

A woman with long, wavy hair, seen from behind, stands on a rocky shore. She is wearing a long, vibrant pink coat and black boots. She is looking out over a body of water towards a coastal town built on a cliffside. The sky is overcast and grey. The text is overlaid on the left side of the image.

DONDE
LA VIDA
NOS
LLEVE

Mónica Mira



¿Cómo sobrevive el amor al paso del tiempo?

¿Se puede querer incondicionalmente a otra persona?

Han pasado los años; Gabriela es madre y ha dejado atrás una época complicada que supuso una revolución emocional en su vida. En su lugar en el mundo, Peñíscola, al que se siente íntima e irremediabilmente ligada, se verá obligada a afrontar sentimientos que creía desterrados, decisiones que había aplazado. Su pasado volverá en el momento más dulce de su vida para forzar preguntas obviadas que exigen respuestas ineludibles. No tendrá más remedio que enfrentarse a sí misma para resolver la principal incógnita: ¿a qué es capaz de renunciar por conseguir lo que quiere?

Mónica Mira

Donde la vida nos lleve



Título original: *Donde la vida nos lleve*
Mónica Mira, 2019

Revisión: 1.0
18/06/2019

*A Belén, por decir siempre que sí con tanta pasión.
A Cosas & Musas por hacer magia con la lectura.
A Brigi, por ser como eres y hacerme mejor persona.*

1

Objetos de infinidad de colores y tamaños decoraban el suelo del salón comedor. Formaba parte de su rutina recogerlos todos para colocarlos en su sitio pese a que, en los primeros compases de la mañana siguiente, volverían a repartirse por los rincones en un ritual diario como dormir, comer o ir al baño. Una caja de madera con cuatro ruedas, construida y decorada por su cuñado, era su destino final. El día en que Keno entró por la puerta de su casa arrastrándola con un cordón grueso de color azul imaginó las decenas de utilidades que podría darle, pero el regalo no era para ella. Diego lo recibió con el entusiasmo propio de los niños, tan intenso como precederó, transformado con el paso de las horas en absoluta indiferencia, como le sucedería a cualquier niño de cinco años al que le regalan una caja con ruedas y un cordón grueso azul. El que estaba llamado a ser un coche de madera, acabó relegado a contenedor de juguetes para satisfacción de Gabriela, que pensó en esa función desde el primer momento.

La chimenea crepitaba al expirar los últimos restos de materia combustible. Apenas unas brasas caldeaban una habitación que ganaba mucho con el acompañamiento del fuego, que no solo cumplía su función primigenia, también completaba una estampa de olores y colores invernales. Con un Hot Wheels en una mano y un muñeco de las Tortugas Ninja en la otra miró su reloj de pulsera. Pedro tardaría en llegar al menos dos horas. Los viernes con tumo de tarde era habitual que alargara la vuelta a casa tomando unas cervezas con los compañeros. Ella trataba de esperarlo en su particular combate contra el sueño, que le ganaba la batalla día sí y día también. Prometieron no desaprovechar los escasos espacios para la intimidad que les quedaban

cuando el pequeño de la familia se rendía al obligado descanso. Un acuerdo infructuoso la mayoría de las veces.

Solo quedaban un par de piezas de plástico junto al sofá y un balón del Villarreal C.F. tras la puerta de entrada y la misión quedaría cumplida. Sabía que debía acostumbrar a su hijo a responsabilizarse de sus cosas, pero dejó el empeño para otra ocasión, una vez más. Ni era una madre de manual ni lo pretendía. Con cada trasto en su lugar se permitió la licencia de sentarse, aún a riesgo de dar alas a la somnolencia alimentada por una jornada frenética en pleno inicio de las vacaciones escolares de Navidad, que habían revolucionado su agenda y agotado su energía. Las obligaciones domésticas y los compromisos laborales no se esfumaban porque el niño dejara de ir al colegio durante casi veinte días.

Aparcó la caja de madera en su lugar habitual y se dejó caer en el sofá concediéndole un reclamado alivio a su dolor de espalda. Desde el nacimiento de Diego dormía como una farmacéutica o una enfermera de guardia, lo que podía y mal. El reto consistía en lograr que no se notara a la mañana siguiente.

Encendió la televisión para distraerse. Por las horas, el informativo de la noche encararía su recta final. De un tiempo a esa parte prefería ignorar la actualidad. Algunos sucesos aumentaban la inquietud que ya de por sí sentía cuando su marido salía de casa dándole un beso en la boca y diciéndole aquello de: «Nos vemos luego», como si en su profesión no existiera el riesgo intrínseco de que no fuera así. El recelo fue en aumento desde el nacimiento de su hijo. Dejó el mando a distancia sobre el reposabrazos y cerró los ojos, no para dormir, sino para planificar el día siguiente. Ese era el propósito. Hacer la compra, limpiar los baños, dar sus clases e ir un rato al parque eran las tareas a distribuir las siguientes veinticuatro horas, aunque la fatiga, intransigente opositora de la concentración, apuntaba a que le tocaría improvisar, como siempre. Casi había perdido el sentido cuando un sonido chillón, inesperado, acabó con su descanso antes de empezar: era el timbre de la puerta.

Sobresaltada, abrió los ojos dejando la agenda mental descompuesta. No esperaba a nadie tan tarde. Si hubiera pasado algo malo la habrían llamado por teléfono, ¿o sería más bien lo contrario? Nunca había pasado una desgracia imprevista y desconocía los protocolos tanto como deseaba que

siguiera siendo así.

La preocupación mudó en prisas tras caer en la cuenta de que el estridente sonido podía despertar al pequeño. Abrió la puerta sin mirar a través de la mirilla. Al otro lado, un hombre sonriente levantaba la mano, mostrándose como si de un ramo de flores con mensaje se tratara. Le costó reaccionar. Cuando su cerebro activó sus enlaces neuronales, que apenas un minuto antes se encaminaban hacia la desconexión, abrió la boca para cubrirsela de inmediato con la mano.

—¿Qué pasa, guapa? ¿Sorprendida?

—¿Cómo...? —La confusión le impedía articular palabra—. Tú...

—¿Qué pasa?, ¿no me vas a dar un abrazo? Es lo que suelen hacer los amigos cuando se reencuentran después de tantos años.

Por un instante, se trasladó a otra época, en la que tanto ella como el hombre plantado en el portal de su casa compartieron una experiencia tan intensa que se rompió por la misma energía que la había sustentado. Hacía mucho que su recuerdo ya no deambulaba por su mente. Le había costado conseguirlo. Y de repente, un viernes por la noche a pocos días de la Nochebuena, ahí estaba, como si hubiera traspasado otra dimensión.

—¿Qué haces aquí? —preguntó más centrada en resolver sus dudas que en dar una respuesta física acorde a un reencuentro con tantas implicaciones emocionales.

—Yo también me alegro mucho de verte —respondió él frotándose las manos—. ¿No me vas a invitar a entrar? Aquí fuera hace bastante frío.

—Yo... No sé si... Bueno, pasa.

No hubo convencimiento. Tampoco vuelta atrás. Él respondió a la invitación con entusiasmo, sin dejar de frotarse las manos como si así pudiera entrar en calor más rápido.

—Huele a leña quemada —afirmó con agrado antes de echar un primer vistazo a su alrededor—. Bonita casa. Las cosas os van bien, ¿no?

Las palabras se amontonaban en algún rincón de su cerebro, aletargado por el cansancio y la visita imprevista. Cerró la puerta, miró hacia las escaleras que llevaban al piso superior, donde su hijo dormía desde hacía apenas media hora, y siguió a su invitado que, sin reparos, se acomodaba ante el calor del hogar. Se había desprendido del abrigo con naturalidad, lo dejó sobre el

respaldo del sofá antes de acercarse al fuego. Asumió el papel de extraña en su propia casa, quieta en la entrada del salón sin saber qué decir o cómo reaccionar, hasta que el *shock* inicial se diluyó al cobijo de un lugar que le pertenecía, en el que se sentía segura.

—¿Qué haces aquí? —inquirió con seriedad.

—Visitar a la mujer más importante de mi vida —contestó sin reparos, abriendo ambos brazos.

—¿Cómo has sabido que...? —Intentó ocultar el rubor con la exigencia.

—¿Qué vivías aquí? —la interrumpió—. Preguntando. Ya sabes eso que se dice de que preguntando se llega a Roma. Este sigue siendo un pueblo pequeño, y yo conservo algún amigo por aquí. —Hizo una pausa a la espera de una nueva pregunta que no llegó—. Vamos, no me digas que no te alegras de verme.

—Claro —dijo sin convicción, más preocupada en buscar una salida diplomática para una situación imprevisible—. Pero son muchos años...

—Demasiados. —Asintió con la cabeza—. Tú estás mucho más guapa. Estás guapísima.

Enrojeció. Los cumplidos en su boca eran más cumplidos. Con las manos sobre el vientre trató de disimular un imposible, esos kilos de más que se le habían quedado tras el embarazo y que no se había preocupado en perder. Pasar de una talla 36 a una 38 con estrecheces, no era ningún drama desde su punto de vista, solo suponía la constatación física de que era una mujer diferente a la joven menuda de huesos marcados de la que se despidió tiempo atrás. Ante él, cobraba una relevancia que nunca le había atribuido.

—Tú no has cambiado mucho —dijo casi en un susurro.

—¿Eso es bueno o es malo?

Sonrió. Un torbellino de sentimientos encontrados la trasladaban hasta esos días en los que, locamente enamorada de ese hombre, se dejaba llevar por la improvisación, la pasión y las ganas de comerse la vida.

—Imagino que bueno —volvió a susurrar con una tímida mueca de satisfacción.

Que comenzara a acercarse para reducir a unos pocos centímetros la distancia que los separaba la intimidó, tanto como que la rodeara con los brazos, igual que entonces. Solapada a él, juntó los párpados para sumirse en

una oportuna oscuridad, la que borraba la realidad del presente. Se olvidó de Diego, de Pedro, del dolor de espalda, del cansancio.

—¡Cuánto te he echado de menos, Gabriela! —musitó las palabras en su oído, como si no hubieran sido pronunciadas.

Ella no contestó. Se dejó atrapar tanto como pudo obviar las inconveniencias, que no fue mucho. Al notar el calor de su respiración en la piel, se separó para marcar las distancias, queso hicieron añicos cuando la besó en los labios. Tres segundos. Uno para dejar que lo hiciera, otro para ser consciente del atrevimiento, y un tercero para separarse, exhibiendo una dignidad resucitada.

—¿Qué haces? Es muy propio de ti irrumpir como elefante en una cacharrería, como si la vida se hubiera parado mientras no estabas.

—En cierto sentido, se paró para mí.

—Darío, ¿qué haces aquí? —preguntó pasándose la mano por la boca para quitarse las ganas de repetir.

—Ya te lo he dicho, he venido a verte. Te echaba de menos.

Después de la boca, las manos se deslizaron por el pelo, mientras lo observaba con miedo tras corroborar el escaso peso que demostraba tener la prudencia en su voluntad. La madurez lo había mejorado, demasiado. Un impulso la obligó a mirar su reloj.

—Pedro está a punto de llegar —mintió—. No creo que le haga mucha gracia que estés aquí.

—¡Pedro! —exclamó socarrón mientras se apoyaba en el brazo del sofá—. Todavía no me creo que acabaras con Pedro Senté. ¡Quién lo habría dicho! Tienes que explicarme cómo fue.

Confusa y excitada, se esforzó por recuperar la compostura, a pesar de que la sonrisa permanente de Darío no ayudaba. Tenía que agradecerle su visita e invitarlo a marcharse; Pedro se enfadaría si al llegar a casa se lo encontraba allí.

—¿Esperas que te resuma tantos años en cinco minutos?

—¿Cinco minutos? Me gustaría que nuestro reencuentro durara un poco más. —Rio con la autosuficiencia del que nada teme.

Darío suspiró. Miró a su alrededor y se concentró en un rincón. Se acercó hasta una caja de madera con ruedas, llena de juguetes. En cuclillas, cogió un

muñeco de plástico de un superhéroe.

—¡Coño! Esto sí que no me lo esperaba. —Se giró y le mostró la figura de Ironman—. ¿Hay un niño?

Gabriela asintió luciendo una ridícula mueca, como si su mayor orgullo pudiera convertirse en motivo de vergüenza.

—Diego, tiene cinco años.

—¡Cinco años! Vaya, vaya... No tenía ni idea.

La sonrisa provocadora se desvaneció. Cabeceó. Manejaba pensativo los brazos del muñeco. El descubrimiento de que entre Pedro y Gabriela había algo más que una relación de pareja no fue razón suficiente para conminarlo a marcharse.

—Este Pedro Senté no ha perdido el tiempo...

—Las parejas que se quieren hacen cosas como tener hijos y organizar una vida en común —arguyó altiva y rencorosa.

—¿Quieres a Senté? —la provocó.

—¡Claro que le quiero! No estaría con él ni habría tenido un hijo suyo si no le quisiera —se defendió displicente.

—Una cosa no siempre tiene que ver con la otra —concluyó mientras dejaba caer la réplica del personaje de Marvel en la caja.

Incómodo, se frotó las manos como si quisiera desprenderse de algún resto contaminante. Aquel gesto instintivo fue interpretado por Gabriela como un desprecio que la ayudó a recuperar la lucidez perdida con el impacto inicial. Junto a la caja de juguetes de su hijo estaba el que fue su gran amor, el hombre por el que perdió la cabeza, que le cambió la vida, que la hizo volar, soñar y desengañarse estrepitosamente. Un solo beso la había encendido, pero sus circunstancias eran distintas.

—Darío, ¿por qué has venido?

—Tengo que confesarte que esperaba que lo tuyo con Pedro no fuera tan serio. Venía a verte, a interesarme por cómo te había ido la vida y a hacerte el amor tantas veces como pudiera.

—¿Estás loco? —dijo sofocada mientras un escalofrío, como una descarga eléctrica, recorría su cuerpo hasta alcanzar la cúspide en sus pezones erizados.

—Por ti, desde luego. Te recuerdo que acabamos porque me convenciste

de que era lo mejor.

—¿Has venido para hablar de eso otra vez? —le recriminó Gabriela con tristeza.

—En parte sí. ¿He de recordarte que alejarme de ti no entraba en mis planes? No quería hacerte daño y tú estabas segura de que te lo haría si seguíamos juntos. Y ahora tienes un hijo y dices que quieres a otro hombre...

Se frotó la cara con las manos. Le faltaban las fuerzas para rememorar una relación que la desgastó y la vació por completo. La presencia de Darío en su casa era una carta blanca a meterse en problemas.

—¿Qué quieres, Darío?, ¿por qué has venido?

—No te vale con que quiera verte, ¿verdad?

—Me valdría si te hubieras preocupado por avisar. Presentarte de esta manera en mi casa, a estas horas, después de tantos años... No me parece muy normal.

Darío sonrió de nuevo. A pesar de las precauciones de su anfitriona, pudo alcanzarla con solo estirar los brazos. La acarició.

—¿Tú estás bien? Me gustaría conocer a ese niño.

—No cambies de tema. ¿Qué te trae por aquí?

—Si me invitas a un café te lo cuento.

—Pedro está a punto...

—Ya lo sé, me lo has dicho.

Chistó. Se pellizó los dedos. Se mordió el labio inferior. Su voluntad y su deseo avanzaban por derroteros divergentes.

—Vamos a la cocina. Un café, una explicación y te vas.

—Hecho.

Darío la seguía cargado de libido y nostalgia. Anhelaba aquellos días en los que deambulaban desnudos por casa haciéndose el amor sobre la mesa, la encimera o contra la primera pared que se brindaba inerte a servirles de apoyo. Desde entonces, había tenido sexo con otras mujeres sin que ninguna despertara las sensaciones que lo dominaron en el corto recorrido entre el comedor y la cocina. Tantos años después estaba muy cambiada, era más mujer, a sus ojos, más deseable.

Una pequeña isla central llena de artilugios, papeles, lápices de colores y los restos de un vaso de leche con pajita revestía de vida familiar la

decoración. Darío envidió y despreció por los mismos motivos a Pedro Senté, un hombre demasiado afortunado, a su parecer, que disfrutaba de las experiencias que habría querido para sí.

Gabriela abrió un armario y sacó una cápsula de un frasco de cristal después de encender la cafetera que descansaba en la encimera. Se sentó. Apoyó el codo derecho sobre un folio lleno de garabatos y se frotó la barbilla sin dejar de observar a la que fue su amante y amiga en el momento más explosivo del tránsito entre la juventud y la madurez, a quien renunció al priorizar sus objetivos individuales antes que cuidarla y hacerla feliz. Se reconoció como una víctima del tópico que condena a los humanos a no ser conscientes del valor de lo que tienen hasta que lo pierden.

—Ya tienes tu café. ¿Por qué has venido, Darío? —insistió inquieta por lo mucho que deseaba que aquella conversación no acabara nunca.

—Siempre por qué... Veo que no dejas de buscar explicación a todo.

—Y yo ya veo que tú sigues practicando la evasiva para no hablar claro.

—Estás muy guapa.

Sus provocaciones le retorcían el ánimo. El reto al que se enfrentaba exigía firmeza, pero sentía ganas de gritar y llorar, menos intensas que las ganas de besarlo, de abrazarlo, de aprovechar un momento que podía ser tan efímero como un suspiro.

—Podrías haberme contado que eras madre —le recriminó sin mirarla, después de dejar la taza medio vacía sobre el plato a juego.

—Decidimos que era mejor romper lazos.

—Lo decidiste tú. Yo solo te complací.

El silencio invadió la cocina. El deseo, que cabalgó por sus cuerpos empujándolos hacia un riesgo que ambos rehusaban y anhelaban a partes iguales.

—No me creo que no me hayas echado de menos —afirmó dispuesto a mantener una conversación que consideraba aplazada.

—Te lloré muchos días, durante mucho tiempo... —susurró melancólica—. Pero eso ya pasó. Pedro me da todo lo que necesito, y Diego... Diego es lo mejor que me ha pasado nunca.

Quiso disimular su desagrado y solo logró enfatizarlo. Ese hijo debió ser suyo, y odió a Pedro Senté como solo había odiado a una persona hasta ese

día.

—Estaba segura de que más pronto que tarde ya no me echarías de menos, que seguirías viviendo tu vida...

—No ha pasado un día, ni un solo día, que no me haya arrepentido de haberte hecho caso —contestó con seriedad—. Gabriela, no ha nacido la mujer que llene tus vacíos.

Adulada, se llevó la mano a los labios. Sonrió para camuflar el temblor de la barbilla.

—¿Por qué has venido? —volvió a preguntar demasiado pronto, sin poder evitar que su voz demostrara que sus sentimientos no eran tan fuertes como su impostura.

Darío no contestó. Dejó poco más de un dedo de café en su taza. Se colocó frente a Gabriela y le acarició un brazo. Los pezones erizados bajo el pijama delataron su excitación.

—¿No te parece como si no hubieran pasado los años?, ¿como si estuviéramos en tu casa, sin preocuparnos por nada salvo por nosotros mismos?

Intentó mostrarse indiferente, pero esa pretensión llegaba con tanto retraso que nadie la esperó. Darío se arrimó tanto que sus respiraciones calentaron el rostro del otro. La besó despacio, apenas abrió la boca. Los dos cerraron los ojos. Envuelta por sus brazos se olvidó de las reticencias y de una realidad que sentía en otra dimensión. La locura transitoria sería su excusa para deslizar las manos por debajo de la ropa y sentir el tacto de su espalda, mientras él la sujetaba por el cuello y la agarraba de los glúteos. Se besaron como entonces, frotándose, encendiendo el mundo a su alrededor. Sus alientos excitados los llenaban de razones para no sucumbir a los reparos. Las ganas de revivir el pasado desterraron la corrección.

Darío la besaba en el cuello mientras su mano derecha abarcaba uno de sus pechos. Al contacto, Gabriela reaccionó.

—Por favor, Darío. El niño duerme en el piso de arriba.

—Si duerme es una bendición —dijo en un susurro sin dejar de incitarla.

—Por favor... Estoy...

Le cerró la boca con la suya. La levantó del taburete en el que había permanecido sentada para sujetarla sobre sus caderas.

—Dime que no me deseas tanto como yo, y pararé.

Lo deseaba tanto que creía enloquecer. Su silencio imprudente desató la intensidad de su amante, que la posó sobre los dibujos de Diego, antes de retirarle con ansia la ropa, dejando al descubierto su busto desnudo.

Iba a hacerlo. Iba a engañar a Pedro sobre la encimera de su cocina, sin premeditación ni alevosía, en ningún caso eximentes de la perfidia. Improvisaba una infidelidad que jamás hasta ese instante se había planteado. Minutos antes organizaba otra jornada como feliz madre, trabajadora y esposa. En un salto surrealista, sustituyó la fatiga por el desenfreno de un encuentro sexual atolondrado, que no pudo acaballar el martilleo de alerta de su conciencia. Diego dormía, pero podía despertarse en cualquier momento; Pedro podía llegar a casa antes de lo previsto, entraría por la puerta con ganas de tumbarse en el sofá abrazado al cuerpo de su mujer. Le partiría el corazón. La mujer desnuda y excitada que jadeaba en su cocina no era ella. No la conocía. Esa extraña ansiaba comprobar si el sexo con Darío era tan especial como lo había recordado, hasta que la pasión se apagó como si de la obsolescencia de un electrodoméstico se tratara, sin previo aviso, como programado por un destino con fecha de caducidad. Esa desconocida en la que se había transmutado por un instinto básico y animal, por revivir un deseo idealizado por la conveniencia de lo que nos gustaría que fuera frente a lo que es, se arriesgaba a desmontar su vida, en un chasquido.

Cuando él introdujo los dedos por la parte superior del pantalón para llegar hasta su intimidad, volvió en sí.

—Darío, para —musitó a su oído casi sin la respiración suficiente para hacerse entender.

—Dime que no me deseas y pararé —repitió él frotándole la espalda mientras la besaba en la cara.

—Darío. Si te importo de verdad, para. Por favor.

—Mierda, Gabriela —lamentó entre dientes mientras apoyaba la frente en su hombro.

—No podemos hacer esto.

—Sí que podemos, solo tienes que dejarme. Te demostraré que ese hombre tuyo te ha dado un hijo, pero no te dará nunca esto.

Atemperó la vergüenza que le provocaban sus pensamientos al juntar los

párpados, entregada a aquello de: «Ojos que no ven...», notó la mano de Darío entre las piernas, y con la lascivia desbocada, reconoció su habilidad para escurrirse entre sus puntos erógenos hasta proporcionarle un placer que parecía vivo en su memoria. Sabía dónde tocar, dónde besar. Con él nunca hubo límites, liquidó tabúes y se reencontró con una sexualidad aplazada. Y en ese pulso reflexivo, mientras Darío accedía a resortes escondidos, Gabriela colisionó consigo misma. Porque con los ojos abiertos el corazón siente con nitidez.

La nevera llena de imanes y folios con dibujos entre abstractos y disparatados en los que solo Diego veía a personas, animales y lugares; las zapatillas de correr de Pedro junto a la puerta del patio, ese lugar en el que le había pedido un millón de veces que no las dejara, le encogieron el ánimo.

—¡Ya, ya! ¡Se acabó! —exigió empujando a Darío para cubrirse los pechos con los brazos—. Ya está bien —musitó fortalecida al decantarse por el lado de la balanza adecuado.

Se miraron sin moverse. Él le pidió consumir su deseo, así, sin hablar. Ella negó con la cabeza y bajó de la encimera. Rozó a Darío, que se resistía a retirarse.

—¿Estás segura?

—Tengo una vida, Darío. Tú ya no formas parte de ella.

Los golpes asimilados hasta tan aplastante sentencia no le habían infligido tanto daño como el rechazo de la única mujer a la que había querido y que, todavía cubriéndose, buscaba la camiseta que había acabado en el suelo, junto al taburete. Se la puso de espaldas a Darío. Una vez vestida, se sintió preparada para zanjar el encuentro.

—Tienes que irte. Vete y no vuelvas.

—No puedo.

—¿Qué quieres? —exigió con ira repentina.

—No puedo irme. Tengo cosas que hacer aquí.

—Bien, pues hazlas, pero no vuelvas a mi casa. Será lo mejor para los dos.

—Será lo mejor para ti.

—Bueno, pues será lo mejor para mí. Sea lo que sea, quiero que te vayas. Quiero a Pedro y...

—¿Quieres a Pedro? Pues ahí encima no parecía que te acordaras mucho de eso —dijo sonriente, antes de que la mano de Gabriela se estrellara contra su mejilla en un arrebato involuntario del que se arrepintió de inmediato.

En cuanto sintió el impacto, Darío reaccionó con contundencia. La agarró por los antebrazos, para acabar tan cerca de su rostro como pudo.

—¡No vuelvas a hacerlo! —masculló entre dientes.

—Lo siento... —se disculpó intimidada por la furia que desprendía su expresión.

—Tú mejor que nadie sabes que...

—Lo siento, Darío, pero es que todo esto... —Abrumada y avergonzada cambió de actitud, pasando de la firmeza a la súplica—. ¿Por qué has venido? No deberías...

La silenció al colocar el dedo índice sobre sus labios. La rudeza se transformó en ternura. La acarició de nuevo. Buscó la piel bajo la ropa, desde la espalda hasta las nalgas, sin encontrar más resistencia que la de la goma del pantalón. Tardó tan poco en bajarlo y dejar expuesta la intimidad de Gabriela como ella en desabrochar el cinturón que sujetaba los tejanos de él. Sin querer, quiso que Darío le volviera a quitar la camiseta. Desnuda, se arrojó a la tentación del engaño.

En el mismo lugar en el que todas las mañanas conversaban sobre sus rutinas, escuchaban las charlas interminables del hijo que tenían en común, en la misma en la que preparaban su comida y compartían mesa y mantel, en la que Pedro le robaba algún que otro beso antes de marcharse al trabajo, o donde al acabar su jornada laboral la invitaba a ir a la cama para practicar un sexo distinto, en esa misma cocina, se entregó a otro hombre al que había odiado tanto como amado. Lo hizo desde el cinismo del embuste meditado y consentido, aferrada a la idea de que no hay daño si prevalece la ignorancia. No hubo reticencias ante los roces, los besos, los movimientos en búsqueda del placer mutuo, con la experiencia que da saber dónde y cómo dar al otro lo indispensable para satisfacer la libido. Cuando alcanzaron el clímax, de nuevo sobre la superficie de la encimera, Gabriela respiró satisfecha y aliviada, un suspiro que allanó el terreno a un remordimiento que empezaba a asfixiarla

tanto o más que el esfuerzo físico requerido para consumar el acto sexual. Darío seguía solapado a ella cuando se cubrió los ojos con una mano. La invadió un arrepentimiento tardío y pueril que no habría existido de haberse impuesto la voluntad firme de no hacer daño a quien se quiere. Era feliz con Pedro y con todo lo que él le aportaba, al menos lo había sido hasta que se dejó follar por su ex amante sobre la encimera de su cocina a cambio de un orgasmo, un goce tan intenso como pasajero.

Incapaz de permanecer más tiempo en una posición incómoda aunque placentera, Darío se incorporó. Lo ardiente de la fricción de sus cuerpos dejó paso a una gélida noche invernal en una estancia poco acondicionada. Recogió la ropa caída a sus pies sin prisa. Exhibía una naturalidad impropia de alguien que está en hogar ajeno y que corre el peligro de ser descubierto in fraganti por el hombre, tanto de la casa como de la mujer.

Gabriela se dio más brío. Se vistió con agobios. Nerviosa, recogió los papeles sobre los que instantes antes no había tenido inconveniente en sentarse en cueros. Los arrugó sin reflexión y los tiró a la basura. Darío la observaba risueño mientras se subía los pantalones y se ajustaba el cinturón.

—No te imagino de madre. —Se le ocurrió decir al contemplar cómo recogía los lápices de colores que se habían quedado desperdigados por el suelo.

No contestó. Estaba demasiado centrada en tirar a la papelera unos Plastidecor que acababa de estrenar hacía apenas unos días. Ya pensaría en cómo explicar a Diego su desaparición.

—Mujer, tampoco hace falta que lo tires todo. No ha pasado nada que no sea natural. —Se apresuró a afirmar para llamar su atención.

—No lo entiendo... —musitó ella sin dejar de moverse.

Darío sonrió inconsciente de la envergadura de su angustia.

—¿Cómo he sido tan estúpida? —gritó contenida con ambas manos en la cara.

—¡Ey! —espetó él, con la autosuficiencia del que ha dado cumplimiento a sus ganas sin temor alguno—. No pasa nada, cariño. Esto tenía que pasar.

—¿Qué quieres decir? ¿Lo tenías planeado? ¡Mierda! ¿Tan previsible soy?

—¿Qué dices? No había ningún plan. Solo venía a verte, pero ha sido inevitable, estar delante de ti... Te ha pasado lo mismo.

—¡Mierda!, ¡mierda! y ¡mierda! —repitió obcecada, dando vueltas per la cocina—. ¿Por qué me haces esto?

Cuando se dio la vuelta para exigirle una explicación, Darío distinguió sus lágrimas. Desterró una insolente sonrisa para mostrar empatía.

—¡Ey! Cariño, no te pongas así.

—¡No me llames *cariño*!

—Gabi, siento no haber sabido pasar de ti. ¿Eso es lo que quieres que te diga? Siento no haber dejado de quererte en todo este tiempo y no haber podido estar en el mismo espacio que tú sin pensar en lo mucho que te deseo.

—¡Mierda, Darío! ¿Por qué has venido? ¿Me lo vas a decir de una puñetera vez? ¿Qué te ha llevado a pensar que podías presentarte en mi casa sin avisar?

—Quería saber si sentías lo mismo que yo, y es evidente que sí.

—¡Joder!

Gabriela se manoseaba el pelo guardando una distancia que no había sabido proteger cuando fue necesario.

—Madre mía... ¡Y Pedro a punto de llegar! ¿Con qué cara voy a mirarle? ¡Lárgate de mi casa! Y te pido por favor que no vuelvas nunca más.

—Deberías preguntarle a tu marido por qué estoy aquí.

Frunció el ceño tan rápido como procesó la información.

—¿Qué quieres decir?

—Que tu querido Pedro es el responsable de habernos puesto en el mismo camino.

El asombro alcanzaba límites inabarcables para Gabriela. Darío lanzó el torpedo de la duda con la naturalidad con la que se abrochaba los botones de la camisa. Pedro lo detestaba, tanto como le permitía su estricto código moral. Hacía mucho tiempo que su nombre había desaparecido de sus conversaciones, pero cuando las protagonizó, los calificativos de su marido hacía él nunca fueron amables. Le guardaba un rencor que partía de la convicción de que su relación con Gabriela quedó interrumpida, pero no concluida. Siempre albergó la inquietud: ¿se puede dejar de querer algún día a quien se ha amado tanto? Pedro sabía lo que Darío significó para Gabriela y lo que ella sufrió para desprenderse de su recuerdo, así que nunca lo hubiera invitado a su casa y mucho menos hubiera permitido que estuviera a solas con

ella.

—¿Por qué me mientes? —inquirió dolida.

—No miento. Cuando vuelva puedes preguntarle.

—Ha llegado el momento de que te vayas.

—Te interesará saber que voy a estar una temporada por aquí.

—¿Qué dices?

—Que vas a tener que acostumbrarte a que no esté a kilómetros de distancia. —Se abrochó el último botón de la camisa antes de ajustársela por dentro del pantalón—. ¡Ah!, y otra cosa. No creo que pueda alejarme de ti. Me fui porque me lo pediste, pero ahora he vuelto, y después de esto... Me queda claro que en realidad nunca quisiste que nos separáramos.

La contrición no compensaba la culpabilidad. Intentó procesar lo sucedido, sin éxito. Le faltaban piezas para completar el puzle. Su vida había sido un remanso de paz y tranquilidad hasta que Darío la interrumpió de nuevo, volviéndolo todo del revés. La primera vez que sucedió, años atrás, se convirtió en el revulsivo que necesitaba para liberarse de su letargo, pero nada quedaba que justificara revivir la misma historia. Carecía de sentido.

El sonido de la llave al encajar en la cerradura y desbloquear la puerta fue como un golpe a traición en la boca del estómago. Todavía en la cocina, comprendió que apenas unos minutos antes la llegada de Pedro habría sido desastrosa. Se habría encontrado a su mujer fornicando con lujuria con el hombre al que más repudiaba de la faz de la tierra. A pesar del providencial retraso, y salvada la imprudencia, la situación no dejaba de ser bochornosa: el cuerpo del delito seguía allí, saciado, autosuficiente y provocador.

Salir a su encuentro le pareció la opción más acertada para anticiparse y amortiguar el impacto.

—¿Qué pronto has llegado! —dijo nerviosa al acceder al recibidor.

—¡Buf!, estoy hecho polvo.

Mientras colgaba el abrigo en el armario de la entrada, Gabriela lo asaltó sin más preámbulos. Temía su reacción.

—Tenemos visita.

—¿Visita? —No ocultó su disgusto—. ¿Quién es a estas horas? —recurrió al susurro para no ser escuchado—. Estoy muerto. Quería darme una ducha y meterme en la cama.

—Pues eso tendrá que esperar —argumentó ella sin saber cómo abordar la noticia, acongojada por la traición.

—Pero ¿quién es?

—Escucha. Creo que debes saber que... —interrumpió su afirmación para carraspear y tragar saliva—. Dice que está aquí porque se lo has dicho tú.

El ceño fruncido de Pedro ratificó su incompreensión.

—Pedro, ¿le has dicho a Darío que venga?

Su rostro mutó. De la curiosidad pasó a la estupefacción y de Inmediato a la furia.

—¿Darío? ¿Qué hace aquí?

—Dice que ha quedado contigo.

Masculló, Gabriela percibió a la perfección el: «Hijo de puta» que profirió tras transformar la tranquilidad de su anhelado regreso a casa después de un duro día de trabajo. Lo siguió asustada. Pedro era un hombre racional, responsable y ejemplar, pero las circunstancias no invitaban a exhibir ninguna de sus virtudes.

Darío les esperaba sentado sobre el taburete que había ocupado su amante antes de que acabara desnudándola y todo lo demás. Se irguió en cuanto Pedro atravesó la puerta de entrada.

—¿Qué haces en mi casa? —exigió sin inhibir la ira.

—He venido a visitar a nuestra amiga común.

—Gabriela no es mi amiga, es mi mujer. Voy a volver a preguntártelo. ¿Qué haces en mi casa?

Gabriela, a una distancia prudencial, temía que el tono de voz de Pedro despertara a su hijo. La actitud altanera de Darío no ayudaba a calmar los ánimos.

—Tal vez podrías empezar por explicarle a *tu mujer* por qué me has pedido que vuelva.

—Esto no tiene nada que ver con ella.

Las incógnitas se multiplicaban al tiempo que se confirmaban las premisas iniciales. Era cierto que Pedro estaba tras el regreso de Darío. Verse obligada a esperar para descubrir las razones iba a ser su penitencia.

—Pensaba que tendríais una relación de confianza. Que me hayas buscado no es una cuestión baladí para ella.

—Lo es —insistió Pedro cada vez más cerca de Darío con la única intención de intimidarlo, porque ambos sabían que iba armado—. Me puse en contacto contigo por trabajo, y lo sabes. Que estés en mi casa solo es una provocación y una falta de respeto.

Darío sonrió. Pedro armó los puños.

—Pues en ese caso, lo siento. Podrías haber imaginado que pasaría a ver a una buena amiga.

—Estas no son horas de visitar a nadie, y los dos sabemos demasiado bien que Gabriela no es solo una amiga. Mira, te voy a pedir con buenos modos que te vayas, porque no quiero decirte lo que realmente pienso. No por ti, sino por ella.

Gabriela no callaba por consentimiento, sino por vergüenza. La rabia de Pedro estaba justificaba, incluso se quedaba corto. Su ánimo se rompía en añicos al reconocerlo.

—Siento haberte molestado. Creí que lo comprenderías y que no tendrías inconveniente —señaló provocador.

—Lo comprendo tanto como lo harías tú en mi lugar. Lárgate de mi casa y no vuelvas por aquí. Ya hablaremos de lo que tengamos que hablar donde tengamos que hacerlo.

—Bueno, en eso de no volver tendrá algo que decir Gabriela, ¿no?

—Por favor, Darío —intervino de inmediato—. Te he pedido ya varias veces que te vayas.

—Está bien —admitió con falsa resignación—. Siento haberos molestado. No era mi intención. Esperaré su llamada, agente Senté. Ya sabes que no tendré ningún inconveniente en colaborar con las fuerzas del orden en lo que sea necesario.

—¡No me toques los cojones y lárgate!

En su trayecto hacia la puerta, Darío pasó muy cerca de Pedro que, erguido frente a él, alzó el dedo índice.

—Espero que esto no vuelva a repetirse. No eres bienvenido en mi casa.

—Esta casa es de Gabriela, ¿no? ¿O ella es una propiedad más?

Pedro constriñó la mandíbula y sintió las uñas incrustadas en la palma de la mano, contenido pese al hostigamiento. Gabriela se amarró al brazo de su marido para evitar el enfrentamiento físico que Darío instigaba con su

soberbia; la misma con la que le brindó un gesto cómplice, el de un hombre que sabe que ha ganado, que se ha llevado el trofeo aunque se reserve el placer de alardear de ello. Inició la retirada con la recompensa del logro alcanzado y la convicción de que lo sucedido en esa cocina solo era el primer capítulo de muchos otros. La actitud de Pedro lo convertía en el perdedor, lo que aumentaba el sentimiento de superioridad de Darío. No lo acompañaron a la puerta, aunque se alejó escoltado por la mirada de un Pedro encendido de rabia con el que le resultaría más difícil lidiar a partir de la atrevida intromisión en su vida privada. Cogió el abrigo del comedor y salió a la calle sin despedirse. Fuera hacía el mismo frío que a su llegada, con una única diferencia: su cuerpo albergaba el calor necesario para sobrellevarlo con indiferencia.

El sonido de la puerta cerrándose no fue el final de nada. Pedro dio la espalda a Gabriela para adentrarse de nuevo en la cocina. Buscaría pruebas, utilizaría su instinto para averiguar qué había pasado en su ausencia... Se estremeció. ¿La traición puede olerse? Escondida tras el hombre con el que había compartido los últimos años, olisqueó con disimulo las mangas de su pijama. Solo percibió el perfume del suavizante, pero Pedro era mucho más perspicaz.

Su estómago iba a volverse del revés. Observaba la escena como si no le perteneciera, como si nada tuviera que ver con ella. ¿Qué haría si Pedro descubría su deslealtad? Se concentró para ser una mentirosa *cum laude*, perdida en la angustia de no tener explicación para lo sucedido. Quería a Pedro y la vida que compartían. Si para conservarla debía ocultar la insultante facilidad con la que se había entregado al único hombre con el que jamás le perdonaría haberlo hecho, guardaría el más fariseo de los silencios. Simular entereza y naturalidad no iba a ser fácil, menos ante un Pedro tan receloso.

—¿Cuándo ha llegado?

—No hace mucho —respondió lacónica.

—¿Qué te ha dicho?

—Poco. Que venía a verme y que había quedado contigo. Al principio no le creí.

Pedro deambulaba por la cocina con un vaso en la mano, el que había cogido para beber agua y que había vaciado de inmediato sin darse apenas

tiempo a respirar.

—¿Por qué lo has dejado entrar?

No supo qué contestar. Temía ser imprecisa y sospechosa.

—Lo siento —dijo sin darse la vuelta. Se apoyó en el fregadero para recuperar la compostura. Lo hizo tras una fuerte exhalación—. Entiendo que es tu amigo. Me cae como el culo, pero es tu amigo.

Su comprensión la desarmó y la humilló a partes iguales. No era un amigo, los dos lo sabían, aunque le costaba precisar qué eran después de tantos años y tanta distancia.

—Lo que no entiendo es para qué lo necesitas —se atrevió a afirmar con la intención de resolver la duda principal, la razón por la que Pedro había decidido ponerse en contacto con Darío.

—No tenías que enterarte, son cosas del trabajo.

—Ya, eso ya lo sé. Pero eres policía, no agente de seguros, ni electricista. ¿Para qué necesitas su ayuda?

—Nena, son cosas del trabajo. Sabes que no puedo contarte lo que...

—Lo sé, lo sé —admitió a regañadientes—. Los asuntos de la policía se quedan en la puerta. Aunque este asunto se ha metido en casa.

Pedro se quedó clavado sobre el mismo azulejo hasta llegar a desesperar a Gabriela, que combatía contra su turbación por no descubrir su vergüenza. Cuando finalmente se dio la vuelta le dedicó una sonrisa dulce que él no correspondió.

En los interminables minutos de silencio con los que la mortificaba sin saberlo, Gabriela reconoció a un hombre bueno, comprensivo y muy enamorado. Pedro era un padre y un marido entregado. Toda su vida más allá del trabajo giraba en torno a Gabriela y su hijo, y ella lo sabía. La hacía reír, la reconfortaba en los momentos de tristeza, la hacía sentir la persona más importante del mundo y era un buen amante, constante y atento. La atormentaba haber puesto todo en riesgo por entregarse a quien no dejaba de ser un recuerdo, intenso y excitante, pero recuerdo al fin y al cabo.

Pedro respiró hondo. Gabriela le acarició el dorso de la mano con timidez dejando que él agarrara la suya; parecía conforme. No pidió explicaciones. Metió la mano bajo la chaqueta. Con su arma, apuntó directamente a la frente de su mujer.

2

Se incorporó conmocionada. En el sofá, con la leña en la chimenea prácticamente consumida, frente a la televisión donde la película que no llegó a ver empezar antes de quedarse dormida encaraba su desenlace, supo que su subconsciente había fabricado una impactante pesadilla, tan real que la dejó en *shock*. Jadeante, se llevó una mano a la boca. Las gotas de sudor le salpicaban la frente y el labio superior, evidencia física de la explosión de adrenalina provocada durante la fase REM de su descanso.

Tardó en recomponerse. No recordaba haber tenido antes un sueño tan palpable y doloroso. La sugestión a la que se vio sometida la llevó a recorrer con prisa el espacio que la separaba de la primera planta. Descalza, subió las escaleras de puntillas sin tener en cuenta el frío que atrapaba sus pies. Se coló en la habitación de Diego y se metió con él en la cama. El pequeño no interrumpió su descanso, apenas se movió para agarrarse de manera instintiva al brazo de la persona que se tapaba con sus sábanas. Lo besó en la frente. Su pequeña presencia, su casi inaudible respiración, la ayudaron a olvidar una historia que tenía tanto de surrealismo como de verdad. Como una niña asustada después de un mal sueño, buscó la única compañía posible. Acurrucada junto a su menudo cuerpecillo, todavía impresionada, se centró en el techo de la habitación, iluminado por una pequeña lamparita encargada de la trascendental misión de persuadir a monstruos, hombres del saco y otros personajes con malas intenciones que pretendían irrumpir en la única estancia de la vivienda en la que la imaginación no tenía límites.

Que Darío ocupara sus sueños de vez en cuando no era ninguna novedad, que lo hiciera de una manera tan veraz y con un desenlace tan abrupto la

sobrecogía lo suficiente como para saber que no dormiría a corto plazo. Se preguntaba si la historia construida por su cerebro tendría posibilidades en la vida real y, en el caso de descubrir el adulterio más allá de lo onírico, si el dolor de Pedro podría acabar en tragedia. Se fustigó frotándose la frente en un gesto reflejo y compulsivo. La presunción de culpabilidad la llenó de vergüenza. Su marido no tenía fisuras por las que pudiera filtrarse la maldad. Confiaba en él sin recelos.

Escuchó con nitidez la llave introduciéndose en la cerradura de la puerta principal antes de dar un par de vueltas para desbloquearla. Percibió el sonido de unos zapatos impactando con los escalones, incluso el del cambio de posición de la clavija que encendía la luz de su dormitorio. Apenas unos segundos después, una silueta se dejó ver en la habitación que ocupaba junto al niño.

—¿Duermes? —susurró con suma precaución.

Con cuidado, se destapó. No había entrado en calor. Arropó a Diego y le acarició la frente. Pedro la besó cuando estuvo lo suficientemente cerca, en la boca, como hacía siempre, todos y cada uno de los días desde que vivían juntos, cada vez que entraba y salía de casa.

—¿No podía dormirse? —dijo en voz muy baja.

—La que no podía dormir era yo —contestó con el mismo sigilo.

—¿Y eso?

Gabriela chistó con el dedo índice sobre sus labios. Marido y mujer recorrieron el pasillo hasta su dormitorio. Pedro dejó entreabierta la puerta para no perderse detalle de cada movimiento del niño. Ella, en el baño, se refrescaba la cara, a pesar de que le sobraba el frío. Seguía helada y conmocionada. Junto a la cama, Pedro se quitaba la ropa. Gabriela se escurría entre las sábanas cuando apreció cómo guardaba su arma en un rincón inaccesible del armario, un gesto rutinario que le provocó un escalofrío muy similar a una convulsión nerviosa.

—¿Qué tal ha ido el día?

—Como todos —contestó sentada sobre el colchón con las piernas cubiertas por la ropa de cama, mientras se untaba las manos con crema hidratante— ¿Y el tuyo?

—Agotador —dijo tras un resoplido, al tiempo que se ponía una camiseta

gris que utilizaba a modo de pijama—. Estaba deseando llegar a casa.

Se metió en el baño bajo la atenta mirada de su mujer. Se lavó los dientes. Hasta con los ojos cerrados y los oídos tapados podría adivinar el siguiente paso. Pedro era un hombre de rituales inamovibles.

—¿Has comido algo? —preguntó para relegar la inquietud.

—Algo, sí. Aunque no tenía hambre. —Su apuesto aspecto se dejó ver de nuevo, listo para meterse en la cama—. ¿Qué tal el nene?

—Muy bien. Ha hecho un nuevo amigo en el parque. Dice que va a ser su mejor amigo a partir de ahora —explicó decidida a que la pesadilla quedara en el único plano que le correspondía: lo imposible.

—Este niño es un *crack*.

—Como su padre —añadió con ternura al sentir el peso de su esposo sobre el colchón.

Pedro se acurrucó bajo las sábanas y la colcha agarrándose a la cintura de Gabriela.

—¡Coño! —exclamó con un aspaviento—. Tienes los pies helados.

—Se me han olvidado las zapatillas abajo —señaló dejándose abrazar como única cura contra la confusión.

—A ver si te enfrías y coges la gripe. Tenemos a tres compañeros de baja. Este año ha venido fuerte.

Gabriela se dejó atrapar por unos brazos moldeados a golpe de gimnasio y una preparación física rigurosa, necesitada como estaba de sentir su calor, más emocional que físico. Lo besó en el cuello y con unas terribles e incomprensibles ganas de llorar le susurró al oído: «Te quiero».

—Yo también.

—De verdad, te quiero mucho —insistió sin poder disimular su afección, lo que provocó que Pedro se separara para buscar más información en sus gestos.

—¿Pasa algo?

—No —dijo rehuendo su mirada.

—Algo te pasa.

Gabriela abrazó a Pedro para esconderse, lo que aumentó su inquietud.

—¡Ey!, ¿qué pasa?

—He tenido una pesadilla horrible —confesó.

—¡Vamos! —dijo Pedro incorporándose para poder abarcarla mejor entre sus brazos—. ¿Y eso?, ¿cómo es que te ha afectado tanto?

—No debiste decirme que habías llamado a Darío.

Notó la rigidez en su cuerpo y respondió al impulso de manifestarle con incuestionable contundencia su apego.

—No te enfades, por favor.

—¿Por qué tendría que enfadarme?

No lo sabía. El sueño había sido tan real que en su cabeza todavía deambulaban sus efectos.

—Ya lo hemos hablado. Pensé que decírtelo era lo mejor —se justificó—. Sé quién es Darío para ti, y que vuelva por el pueblo... Quería que lo supieras por mí.

Ella suspiró. Él la observó apenado. No iba a reconocer que veía en Darío a un enemigo al que creía enfrentarse sin armas suficientes. Estaba con Gabriela, tenían un hijo en común, mucho más de lo que le quedaba a ese hombre tras romper su relación con ella. Y a pesar de todo, lo despreciaba con todas sus fuerzas porque temía que su presencia permaneciera almacenada en algún rincón inaccesible de la cabeza de su mujer. Se obsesionó con eso desde el principio, desde el mismo instante en el que decidió dar un paso más con aquella joven arrolladora que le robó el sentido la primera vez que se vieron en urgencias de un hospital. El mismo día, cuando se subió en el coche junto a su compañero, le confesó que había visto en ella algo especial que no era capaz de definir. Su amigo se burló cuanto quiso, pero desde que se despidieron, no dejó de desear que el destino volviera a juntarlos.

Adoraba a aquella mujer tan diferente a la de entonces, su sonrisa, su manera de tocarse el pelo, de caminar o de acariciarse el lóbulo de la oreja cuando se aburría. La adoraba con pijama, con unos tejanos, con una camiseta o vestida de gala. Era feliz acostándose cada noche a su lado y oyendo su respiración al despertar cada mañana. Le daba paz contemplarla en las tareas cotidianas, cuando se manejaba a la perfección con su hijo, como si hubiera sido diseñada para ser la mejor madre posible. Todo tenía sentido cuando pensaba que al volver a casa la encontraría allí.

A esos sentimientos se encomendó después de un día demasiado duro, de los que duelen. Un individuo había asestado una decena de puñaladas a su

exmujer en plena calle. No había dejado de pensar en Gabriela mientras cumplía con su deber de dar con el agresor para meterlo entre rejas, aunque de nada sirviera eso una vez levantado el cadáver de la madre de tres niños pequeños. Lo último que necesitaba al regresar a casa era meterse en la cama con ella para hablar sobre un tipo al que odiaba, tener que reconocer su falta de astucia a la hora de invitarlo a irrumpir en su vida, con la nada remota posibilidad de incitarlo de ese modo a recuperar lo que dejó en suspenso años atrás. No iba a confesar sus celos. Por orgullo, por miedo, se limitaría a transformarlos en íntima indignación, lo que no hizo más que reforzar una inseguridad que desencadenó en confusión. No supo gestionar que una expresión de cariño pudiera incomodarlo tanto.

Gabriela seguía empeñada en buscar consuelo, pero sobre todo en demostrarle que era el único hombre de su vida, en todos los sentidos. Lo besó en la boca. Buscó la excitación, la invitación a ir más allá, de hecho no tardó en tocarlo por debajo de la ropa. No obtener una respuesta similar por su parte la indujo a aumentar el empeño. Le cogió la mano invitándolo a que la dejara sobre uno de sus pechos, pero volvió a su lugar con la misma rapidez con la que había sido desplazada de manera fortuita.

—Cariño... —susurró antes de volver a meterle la lengua en la boca.

—Gabriela, por favor. Estoy cansado...

—El cansancio nunca ha sido una excusa para no...

—No puedes nombrar a Darío en mi cama y esperar que me empalme.

Como un cristal que recibe un impacto y se rompe en mil pedazos, así quedó esparcida bajo la colcha la pasión y la invitación al sexo de Gabriela, que se retiró abochornada.

Pedro colocó tras su espalda uno de los cojines que había dejado en el suelo antes de acostarse. Ella se mantuvo quieta, tan desconcertada como ofendida. Nunca antes la había rechazado.

—Lo siento —dijo él acariciándole una mejilla—. Hoy no ha sido un buen día.

No contestó, se limitó a observarlo a la espera de una frase cariñosa. Pedro siempre tenía alguna para ella después de una discusión. Tardaba. Se inquietó.

—Hubiera preferido no saberlo —dijo para confesar sus verdaderos

sentimientos.

—¿Por qué?

—Porque tú habrías quedado con él, habríais tratado lo que sea que tenéis que tratar y se habría marchado de nuevo, sin que yo me enterara.

—Puede —reconoció frotándose el mentón con los dedos de la mano izquierda—. Pensé que debías saberlo. No decírtelo era una especie de traición. Podías cruzarte con él por la calle y... preferí que lo supieras por mí.

Le desgarró el alma que alguna parte de su mente hubiera consumado la tentación de engañarlo.

—Te quiero, Pedro... —insistió obligada por la mortificación a la que se sometía por una fantasía diseñada por su subconsciente.

Se deslizó a su lado para volver a acurrucarse sobre su pecho. Esta vez la intensidad del abrazo fue mayor por parte de él.

—Soy un gilipollas. Dice poco de mí, pero pensé que si yo mismo te contaba que estaba aquí... evitaría que tú y él...

—¿Qué pasa? ¿No confías en mí?

Que no contestara fue incómodo.

—¿Después de tantos años todavía crees que Darío ocupa un lugar por delante de ti y Diego?

—Sé lo que significó para ti y sé cómo te quedaste cuando se fue.

—Pude seguirlo, pero estoy aquí, contigo.

—Todavía me pregunto cómo pude tener tanta suerte —dijo en un lamentable recurso al victimismo, como estrategia contra la inseguridad que solo conseguía reforzar.

—¿Suerte? Pedro, no estoy aquí porque me haya conformado con un premio de consolación. Me duele que te plantees siquiera que pudiera ser así.

—Gabi... Es que todo lo que tiene que ver contigo... No hace falta que te diga que no soy una persona insegura, pero... No soy muy expresivo en estos temas, ya lo sabes.

Su mirada, penetrante y llena de ternura, conmovió a su mujer, en absoluto acostumbrada a su vulnerabilidad.

—No necesito que me digas con palabras lo que me demuestras todos los días, a todas horas.

Mantuvieron la mirada, hasta que Gabriela se aproximó y rubricó su

compromiso con los labios. Se sintió estúpido e inmaduro. Plantaba cara a individuos desequilibrados, a personas sin escrúpulos, a desalmados y criminales sin que le temblara el pulso. No se reconocía en el ser inerme y susceptible en el que optó convertirse ante la posibilidad de perderla por un hombre que ni siquiera estaba allí, hasta que él lo incitó a regresar.

—Cariño, no lo dudes nunca...

La calló besándola. Se abrazaron celebrando la sinceridad.

—Darío fue alguien importante, pero es pasado —le susurró al oído sonrojada al recordar el realismo de un sueño en el que hacía el amor con él en su cocina.

—Eres la única persona por la que perdería la cabeza.

—No digas eso.

Cometieron el error de evadirse en sus respectivos pensamientos. Pedro repasó una jornada laboral en la que se había preguntado hasta la saciedad, sin obtener respuesta, como tantas veces antes, qué enfermizo pensamiento impulsa a un hombre, en apariencia como otro cualquiera, a asesinar con brutalidad a su mujer, a la que se supone que alguna vez amó, sin que nadie hubiera sospechado la existencia de diferencias tan graves como para desencadenar semejante locura. Gabriela se angustió con la atroz posibilidad de que Pedro pudiera perder el juicio hasta el punto de cometer un desvarío en el caso de descubrirla en una infidelidad como la que su psique había provocado. Quitándose la ropa bajo la cama, los dos convinieron, sin intuir la coincidencia, que nunca harían daño al otro bajo ningún pretexto, al menos de forma consciente.

El sexo no atendió a la prisa o al pudor por ser descubiertos. Esa noche confiaron en que su hijo no irrumpiría en la habitación con sed, miedo o ganas de orinar. Se empeñaron en demostrarle al otro que no había nada ni nadie que pudiera quebrantar lo que tenían, aunque en el fondo a ambos les quedara una duda inconfesable.

Al despertar, todavía temprano, guardaban el sabor del otro en sus bocas. Desnudos bajo la ropa de cama, recuperaron la consciencia casi al unísono, sincronizados. Sonrieron al descubrirse con idéntica intención. Antes de darse

los buenos días se besaron, obviando lo que dijeron horas antes, para quedarse solo con lo que hicieron.

—Días como el de ayer no deberían acabar de otra forma —susurró Pedro al oído de Gabriela, que se frotó contra él como una gata en celo, obteniendo como respuesta las caricias de su marido en sus partes más sensibles.

—Diego no tardará en levantarse —dijo entre picaras risas, cubriéndose por completo con las sábanas y emplazando a su marido a que la imitara.

—¡Dieguito! Hoy me quedaría todo el día aquí.

—Tiene obligaciones, señor agente.

—Demasiadas —añadió mientras la apretaba contra sí para abarcar su boca con ganas de más noche, como un ladrón furtivo de besos al reloj que solo marcaba deberes.

La intensidad del contacto ganaba en fogosidad cuando una aguda vocecilla interrumpió lo que tenían entre manos.

—Mami, tengo sed.

—Voy, cariño —dijo antes de dar un último beso a su marido.

Con la naturalidad que siempre exhibía ante su pequeño, salló de la cama en cueros. Con Diego pegado a sus piernas, se vistió. Cogidos de la mano se trasladaron a la cocina donde le preparó el desayuno mientras el pequeño garabateaba unos folios con los Plastidecor que la noche anterior había dejado sobre la encimera, cobrando vida en los sueños lascivos de su madre. La Irrupción de Pedro completó el cuadro doméstico. Le dedicó su mejor sonrisa a cambio de otro beso.

—No me canso de hacerlo —le dijo al oído—. No dejaría de besarte nunca.

—Pues no lo hagas —apostilló ella acariciándole la mejilla.

—Dice Izan que los papás que se besan mucho hacen bebés —dijo de improviso el benjamín de la familia—. ¿Estáis haciendo un bebé ahora?

Un estallido hilarante intrigó al pequeño investigador.

—No, cariño —contestó Pedro revolviéndole el pelo—. Pero no me importaría hacerlo. ¿Tú quieres un bebé, Diego?

—No —contestó tajante—. Dice Candela que los bebés son una pesadilla. Su hermana es una pesadilla llorona.

Volvieron a reír. En los minutos siguientes, Gabriela fantaseó con la idea

de volver a pasar por un embarazo, un parto y la crianza de otra persona, gestada en sus entrañas. Pedro se imaginó en la cama poniendo a prueba sus respectivos aparatos reproductivos. Diego se limitó a seguir con lo suyo, indiferente ante los eróticos pensamientos de sus progenitores.

3

Su rostro mudó en cuanto cruzó el umbral dejando a su familia al otro lado de la puerta, un trozo de madera que franqueaba el tránsito a su infierno particular. Se ajustó la chaqueta al cuello para protegerse del frío y la ansiedad, y se encaminó hacia la cita concertada para esa misma mañana, una de las más incómodas de cuantas podía haber tenido desde que recordaba, y por su oficio había tenido muchas.

Mientras Gabriela acudía a su taller, en el que impartía clases de dibujo y pintura, Pedro entraba en una cafetería próxima al paseo marítimo. Se detuvo en la acera un instante dándose una última licencia a la placidez. La vastedad del mar, por muchas veces contemplado, no dejaba de resultarle fascinante. Nunca antes captó tal impresión hasta que conoció a Gabriela, que le contagió su inmensurable pasión por aquella playa tan de todos, pero tan suya, más que de nadie. Echó un vistazo al interior del local con desgana, preparado para afrontar una prueba detestada, pero irremediable. Acabó sentado en la barra, donde pidió un café con leche. Su soledad fue efímera. Apenas cinco minutos después, comprobó que la siguiente persona en cruzar la puerta era la que esperaba. Con seriedad, levantó el mentón como único saludo. El recién llegado hizo un gesto con la mano. Se acercó al tiempo que se desabrochaba el abrigo.

—Hace un frío de narices —dijo situándose a su lado—. ¡Majo!, ¿me pones otro como este? —añadió dirigiéndose al camarero—. ¿Qué tal, Senté?, ¿cómo va la vida?

—Todo lo bien que puede ir —contestó con frialdad sorbiendo de la taza sin dejar de mirar al frente.

—Eres un tío afortunado, macho. Deberías demostrar más entusiasmo.

No contestó. Lo miró de reojo con desprecio, sin recurrir a la ofensa verbal que le pedían las tripas. El camarero dejó la consumición sobre la barra.

—¿Cómo está Gabriela?

Sus pulsaciones pasaron de cero a cien en una fracción de segundo. El riego sanguíneo se concentró entre sus sienes. Creyó que se le iba a parar el corazón o tal vez la actividad cerebral. Los celos lo empequeñecieron. Creyó caber en el interior de una taza vacía.

—Bien, muy bien.

—Joder, no sabes cuánto me alegro. ¿La cuidas como ella se merece, Senté?

—No hemos quedado para charlar sobre nuestras vidas —espetó tajante y molesto.

—Cierto, hemos quedado porque tienes un problema y quieres que te ayude a solucionarlo.

Tragarse el orgullo le supo a hiel. Se rascó la frente nervioso. Reposó ambas manos sobre la barra para desbloquear la tensión que se acumulaba en su cuello.

—¿Le has contado algo?

—¿Quieres dejar de hablar de Gabriela? No tiene nada que ver con esto.

—Lo siento, amigo. No puedes impedir que me interese por ella.

La agresividad se quedó en instinto reprimido. Pedro se aferró a sus años de experiencia como policía para controlar sus ganas de sacarlo a la fuerza a la calle y obligarlo a marcharse.

—Gabriela sabe que he contactado contigo para solucionar un problema del trabajo. Le dije que tu compañero János está por aquí de nuevo.

—János no es mi compañero —matizó.

—Los dos sabemos la relación que tienes con ese tipo.

—Lo único que sabes es la relación que tuve hace años.

—Si ya no tienes relación con él, ¿por qué aceptaste ayudarme?

—Qué gilipollas eres, Senté. ¿De verdad crees que me motiva lo más mínimo ayudarte? Esto lo hago por Gabriela, no por ti.

—Te digo que Gabriela no tiene nada que ver.

—Tiene todo que ver —insistió intransigente—. Eres su marido, todo lo que te afecte a ti le afectará también a ella, de una manera u otra.

—No tienes de qué preocuparte. Está protegida.

Darío se carcajeó. Recuperó su posición inicial por unos segundos, para volver a decantarse hacia el policía con suficiencia.

—No podrás evitar que me encuentre con ella, y lo sabes.

—No me importa. Ese episodio de su vida está más que superado —mintió Senté con una inseguridad que supo camuflar—. Cuando le dije que ibas a volver ni se inmutó.

—No te creo, amigo. Lo comprobaré por mí mismo. A no ser que Gabriela sea tu prisionera, además de tu mujer.

—Habla de ella con más respeto —inquirió furioso mirándolo a los ojos por primera vez.

—Senté, respeto tanto a esa mujer que me marché cuando me pidió que lo hiciera. Me alejé sin querer hacerlo, solo por ella. Así que no me toques los huevos. Nadie la respeta más que yo. Ni siquiera tú. A la vista está. ¿Mentiras con Gabriela? No sabes lo que haces.

Pedro tragó saliva con dificultad. El sentido común lo emplazaba a abandonar la discusión y regresar a su vida al margen de quien fue tan importante para ella, pero una fuerza superior instalada en sus vísceras lo retenía.

—Si tanto la respetas, la dejarás tranquila. Tenemos un hijo, ¿sabes?

No profirió sonido alguno, no fue visible. Algo doloroso se rompió en el interior de Darío. Encajó el golpe con entereza. No iba a soltar el mango de la sartén.

—Gabriela, madre...

—La mejor madre y esposa. ¿Has vuelto para acabar con eso?

Confesarle que entre sus planes estaba convencerla de que lo abandonara para marcharse con él no era una opción inteligente. Se dio un instante para asimilar que hubiera sido madre con otro hombre. Cuando creyó haberlo conseguido, sonrió.

—Ese niño tiene que ser guapo de cojones —afirmó.

—Preferiría no tener que hablar de mi familia contigo.

—Tu familia... Eres muy afortunado, Senté. ¡Me cago en la mar, hijo de

puta! No perdiste el tiempo...

—Ya está bien, Hervás. ¿Has venido a darme por el culo?, ¿o vas a ayudarme?

Su sonrisa no denotaba simpatía, sino rabia contenida.

—Voy a ayudarte y lo haré por tu familia, porque eres un cabrón capaz de poner en riesgo todo lo que tienes por un policía gilipollas que la ha cagado. ¿No es eso?

Pedro se rascó una vez más la frente.

—¿Vamos a un sitio más reservado para seguir hablando?

—Como quieras. Pero voy a necesitar otro café. El viaje ha sido largo y he dormido poco.

Mientras Pedro se acercaba a una mesa junto a una gran cristalera que ofrecía excelentes vistas de la playa, Darío pidió su café, esta vez solo. Sentados uno frente al otro compartieron su mutua aversión.

—Está bien. Ha llegado el momento de que me expliques con detalle qué esperas que haga por ti.

—Necesito que convenzas a János para que se reúna conmigo. Lo he intentado por todos los medios, pero ha sido imposible.

—Para evitarte decepciones ya te avanzo que no va a querer. Los agentes del orden le producís cierta grima.

—No le hablaré como policía.

—Ya, seguro... No eres de esos tipos que se deja la placa en casa. Eres un poli íntegro. ¿No es así? La ley está por encima de todo. ¿O a veces no?

—Te divierte todo esto —afirmó ofendido y humillado.

—Pues tengo que admitir que sí. Me divierte ver que eres capaz de traspasar esa delgada línea roja. Aunque claro, lo haces por un amigo, eres un puto santo.

—Hervás, ya está bien. Suéltalo todo de una. Ríete de mí cuanto quieras, recreáte, consuma tu venganza por haber conseguido lo que tú perdiste...

—¡Vete a la mierda, cabrón, hijo de puta! —dijo con furia dispuesto a levantarse—. Recuerda que estoy aquí porque tú me lo has pedido. Si te pasas un pelo, me voy, y a ver cómo os las apañáis tú y el inútil de tu amiguito.

Pedro respiró hondo y lamentó su imprudencia. Era un error atacar a quien estaba pidiendo auxilio. Guardaron silencio el tiempo necesario para que sus

miradas patentaran la tensión que se palpaba en el escaso metro cuadrado que ocupaban.

—Lo siento —apocó Pedro.

Darío aceptó sus disculpas acomodándose en el respaldo de la silla.

—Necesito saber si este problema se puede solucionar con dinero.

—¿Vas a pagar las deudas de tu compañero?

—Quiero saber si esa es la solución. He agotado las opciones a mi alcance, después de darle muchas vueltas, solo me queda recurrir a János. Si quiere, puede ayudarme, pero es inaccesible. Por eso te necesito, para llegar hasta él.

—Me da en la nariz que ese no es el único problema que tiene Cardona, ¿verdad, Senté?

—Has hablado ya con János, ¿no?

—Claro que hemos hablado. ¿Crees que después de tu llamada iba a presentarme aquí, sin más? Tenía muy claro que no me lo contabas todo y no tenía intención de meterme en un berenjenal por ti. No me interesan los problemas legales, ni personales, mucho menos si no tienen nada que ver conmigo.

—Entonces, ¿por qué has venido?, ¿a reírte de mí?, ¿a humillarme?

—Senté, estás limpio. Eres un puto policía íntegro con trayectoria intachable. Piensa en tu familia y da un paso atrás. Cardona la ha pifiado pero bien. Debería ser capaz de limpiarse la mierda él solito y asumir las consecuencias de sus cagadas.

Pedro cabeceó. Por mucha razón que tuviera, su sentido de la lealtad le impedía abandonar a su amigo en un momento de dificultad. Había cavilado tanto sobre el aprieto que le quitaba el sueño, que creía agotadas las salidas dignas. Su compañero, ofuscado, se sumergía cada vez más en la fosa pestilente que había cavado bajo sus pies, y él se dejaba arrastrar por la espiral de necedad. Su expresión fue transparente. Por un breve lapso de tiempo Darío empatizó con él, sintió compasión.

—Sé que te la trae floja lo que yo pueda aconsejarte, pero todavía estás a tiempo. En serio, dile a tu amigo que lo sientes mucho, que le visitarás en el agujero en el que tenga que meterse a partir de ahora, pero no te líes. Está jodido y no creo que puedas librarle de esta con tu dinero. Además, ¿da para

tanto el sueldo de un funcionario? Imagino que Gabriela hará lo que pueda, pero el taller de pintura debe de ser solo una ayuda. ¿O me equivoco?

—No estamos aquí para que analices mi situación financiera.

—Exacto. De hecho, en condiciones normales me importaría poco o nada el desenlace de esta historia, pero te vuelvo a repetir que si he atendido tu llamada es porque no estás solo. Gabriela sufrirá las consecuencias de cada paso que des, y ahora que sé que tienes un hijo... No seas capullo. Te hacía más sensato. ¿Vas a jugártela por un perfecto inútil? ¿Qué tiene ese Cardona para merecer tanto riesgo?

—No lo entiendes... —susurró Pedro cabizbajo.

—Pues explícamelo. A lo mejor así le encuentro sentido a esta imprudencia temeraria que estás dispuesto a cometer.

Pedro suspiró. Se dio unos segundos para recapacitar por su torpeza al recurrir a Darío en un momento de desesperación.

—No voy a traspasar ninguna línea, si te preocupa eso. Sé que debe dinero... bastante dinero. Cómo me haga cargo de la deuda es mi problema.

—Senté...

Darío le dedicó una mirada condescendiente apoyándose sobre la mesa para escenificar su superioridad. En un susurro casi imperceptible se dispuso a ponerle la puntilla.

—Ese paleta no solo le debe dinero a gente muy peligrosa. Se ha tirado a esa chica y se rumorea que está preñada. Estás enterado, ¿no? No voy a entrar en si fue consentido o no, que es lo que me han insinuado, pero las personas que deben preocuparte dicen que no, y esa es la única verdad que aceptan. Es que no se puede ser más descerebrado, de verdad. ¿En qué estaba pensando?

La realidad le golpeó en los morros sin clemencia. Tuvo que procesar la noticia con rapidez para no aparecer como un estúpido.

—Estaba bebido —inventó desde la vergüenza de no saber de qué hablaba.

—Eso es lo que dicen los que atropellan a una vieja en un paso de peatones después de venir de fiesta, como si fuera una eximente. Que estés borracho no te exculpa del delito, ¿no? Tú sabes de eso más que yo. Tu amigo sabía dónde se metía, y si no lo sabía se merece lo que pueda pasarle.

—Sé que puedes mediar con János. Él conoce a esa gente.

—Senté, esto no depende de János, ya deberías saberlo. En este caso no vale eso de los amigos de mis amigos... ¿O es que eres tan tonto como para creer que todos los que se mueven al margen de la ley son colegas? ¿Corporativismo delictivo? —se carcajeó insultante—. Pretendes que le pida un favor que no le pediría para mí.

Darío se pasó ambas manos por el pelo antes de apoyar la espalda en el respaldo de la silla.

—Siento tener que decírtelo así, pero este marrón no tiene salida buena. ¿Estás seguro de que lo sabes todo?

—Sí —dijo con precipitada convicción.

Una mirada compasiva infligió la enésima degradación en Pedro, que no podía zanjar el encuentro con un «no» como respuesta. Le atormentaba la absurda certeza de que Darío era su última baza.

—Tengo por costumbre no fiarme de gente que actúa de manera tan irracional. Y tú... Tu experiencia profesional debería servirte para alejarte de individuos tan inestables como Cardona.

—Él no es así. Ha tenido una mala racha.

—Senté, tío. Me cansa tu candidez. Te hacía un hombre más versado en la puta vida... Trabajas en la calle, con gente chungu... ¿Una mala racha?

—¿Qué pasa, tú no te has equivocado nunca?

El silencio llevó al límite la cuerda invisible de cuyos cabos cada cual tiraba en dirección contraria.

—Demasiado. Lo sabes muy bien. Por eso has recurrido a mí, porque has pensado que mi pasado me haría sensibilizarme con tu marrón. O tal vez piensas que soy de la misma calaña que toda la gente de mal vivir porque mi padre fue un gran cabrón. Me asombra tu suspicacia.

—¡Está bien! —intervino con contundencia tras golpear con las palmas sobre la mesa—. Estamos perdiendo el tiempo. En ningún momento has estado dispuesto a ayudarme. Solo esperabas comprobar por ti mismo hasta dónde podía rebajarme. Pues ya lo has visto. ¿Quieres que te suplique? Lo haría si supiera que voy a liberar a Cardona del infierno por el que está pasando. Pero si se trata de que te lo pases bien, hasta aquí. Ya has tenido suficiente diversión.

—¡No me vengas de mártir ahora! —exigió constriñendo la mandíbula—.

Me odias. Yo no te tengo ningún cariño, los dos lo tenemos claro. Que te vuelva a insistir en el verdadero motivo por el que he aceptado tu invitación sería meter el dedo en la llaga y, aunque no lo creas, no soy un tipo tan ruin. No disfruto con tu humillación, aunque reconozco que me das lástima. ¿Sabes por qué? Porque tienes todo lo que cualquier hombre con dos dedos de frente podría desear. ¿Te sientes mejor si te digo que te envidio? —Suspiró con resignación—. ¡Serás cabrón! Estás con la mujer de mi vida, tienes un hijo con ella e, incomprensiblemente, estás dispuesto a jugártela por un amigo que te está demostrando que no lo es tanto al dejar que te zambullas con él en la mierda... ¡Me cago en esa suerte que no mereces!

Pedro se cubrió la boca con la mano derecha a modo de contención mientras observaba la expresión de Darío, que miraba hacia el exterior intentando que su parte más racional se impusiera al impulso que le presionaba el pecho.

—Veré qué puedo hacer... —concluyó haciéndole una dolorosa concesión. Aunque trató de eludirlo, los ojos del policía reflejaron su alivio.

—Con una condición: no vas a hacer nada para impedir que vuelva a ver a Gabriela. ¡No hables! —objetó al ver que Senté se descubría la boca para protestar—. Si ella no quiere verme, me conformaré y no insistiré, pero tú no intervendrás. No le pedirás que me evite. Te mantendrás al margen. Si confías en ella no te importará.

El último resquicio de la firmeza que caracterizaba a Pedro Senté se resquebrajó. El hombre inflexible, íntegro, con una personalidad poderosa que achicaba a cuantos se cruzaban en su camino si debían rendir cuentas con la justicia, se difuminaba entre las dudas y la inseguridad. Se sentía querido por su mujer. La admiraba porque sabía que no era de conformarse con cualquier salida cuando se veía acorralada. Y a pesar de sus convicciones, de manera irracional y en respuesta a un complejo latente, se sentía un premio de consolación. Esos días, más que nunca, recordaba la profunda tristeza en la que se sumió tras la decisión de separarse de Darío.

Pedro experimentó una atracción inédita al conocer a Gabriela, entonces una joven asustada que intentaba explicar el extraño accidente que había sufrido un amigo. Su interés fue en aumento cuando acudió a su casa tras una llamada del servicio de emergencias en la que se denunciaba el asalto a un

domicilio que no le costó identificar como el suyo. Aquel día decretó que Darío no le convenía, pero aceptó ser un extraño sin ningún derecho a la intromisión.

Se mantuvo al margen con resignada disciplina. No volvieron a encontrarse hasta el procesamiento y el juicio contra Carlos Hervás, padre de Darío, por blanqueo de dinero y pertenencia a banda criminal, entre otros delitos. Fue entonces cuando confirmó que mantenían una relación. La elevó al altar de los amores platónicos, con una fijación adolescente renacida en la madurez que lo desvelaba por las noches y llenaba sus pensamientos cuando el trabajo no los acaparaba. La rectitud con la que había regido su vida lo había llevado a centrarse en exclusiva en su carrera profesional, descuidando otros detalles personales como buscar estabilidad en las relaciones de pareja, en las que siempre fracasaba más pronto que tarde por falta de motivación o interés. Enamorarse de Gabriela fue un bálsamo convertido en reto con la noticia de que Darío Hervás se había marchado. Le llegó de boca de su compañero Javier Cardona, que era cómplice de su predilección por esa chica. Hizo cuanto pudo por forzar casualidades, por provocar encuentros que al principio fueron fríos y distantes, pero que, poco a poco, desembocaron en una amistad intensa. Cardona lo empujó en más de una ocasión, consciente de su frialdad.

Pedro fue el apoyo de Gabriela para superar la ruptura. El primer beso fue robado y motivó un distanciamiento de días. Ella llamó primero. Tras un par de cenas y varias visitas a la playa, Gabriela tomó la iniciativa. Lo invitó a casa, donde se centraron en recorrer el espacio que les separaba de la cama lo más rápido posible, y ya no se volvieron a separar.

Asumió sin complejos la máxima de que como en la mayoría de las relaciones sentimentales, la veneración que sentía por ella podía no llegar a ser correspondida en la misma medida. Su objetivo fue convertirse en el mejor hombre posible para ella. El día en el que en un paritorio le colocaron entre unos temblorosos brazos al hijo de ambos recién nacido, se cerró el círculo. Juró que los protegería con su vida si fuera necesario. Sentado en una cafetería del paseo marítimo de Peñíscola, delante de Darío Hervás, sintió que le faltaba ese ímpetu.

—¿Cuándo podrás decirme algo?

—No lo sé. Intentaré contactar con János y te diré si está dispuesto a

hablar contigo. Tan pronto como pueda.

Asintió. Solo le quedaba consentir y esperar.

—Si te lo piensas mejor y desistes de cometer esta estupidez, me llamas. Estaré encantado de dejarlo correr.

Tampoco habló. No iba a admitir que tenía miedo, por su amigo Cardona, por Gabriela, por su hijo y tal vez un poco por sí mismo, ante la amenaza de tirar por la borda una carrera intachable y un matrimonio que, si bien no era perfecto, a su parecer, distaba poco de serlo.

El pacto quedó sellado. Darío salió del bar abrochándose la chaqueta y protegiéndose el cuello con un fular. Pedro se quedó junto al ventanal al menos quince minutos, en silencio, observando la quietud y las tonalidades del mar invernal. Aplazó un encargo importante: el regalo de Nochebuena para Diego. Podía esperar. Requería una pausa para respirar, aunque todo el oxígeno era poco para no sentir la asfixia de una soledad sobrevenida.

4

La primera vez que se limpió los dedos en la camiseta, sonrió. No solía importarle que se ensuciara, mucho menos si sucedía al manipular pinturas. De rodillas sobre una de las sillas del taller, improvisaba una gran obra maestra, una parte sobre el papel y otra, más efímera, sobre la mesa. Su madre lo bosquejaba a partir de una fotografía que le había robado con el móvil. Pretender hacerlo a partir del modelo en carne y hueso era misión imposible. Sonaba música, como siempre. Una versión para orquesta del preludio de *Le Tombeau de Couperin*, de Maurice Ravel, alegraba los trazos y daba un matiz de calidez adicional a los tímidos rayos de sol que se colaban por el gran ventanal con vistas al mar que presidía la estancia. En el taller de Gabriela siempre había música para inspirar, acompañar o llenar espacios vacíos. Abría la puerta y cumplía con tres rutinas inamovibles: desconectar la alarma, encender la luz y poner música, todo lo demás simplemente sucedía.

Diego la acompañaba a diario, tanto en época escolar como en vacaciones. El niño había heredado su habilidad y predisposición para las artes. En cuanto supo sujetar un lapicero se convirtió en su alumno predilecto, no hizo falta incitarlo. Copió un comportamiento que lo sedujo desde que tuvo uso de razón.

El resto de pupilos que participaban en las clases de Gabriela, ya fueran niños, jóvenes o adultos se habían acostumbrado a su pulular entre las mesas. Era un poco de todos, un aliciente incluido en la matrícula.

Soltó una risa discreta cuando lo vio rascarse en la mejilla con el pulgar, con el que dejó un trazo de color azul en la piel. Difuminaba con el suyo una de las sombras del dibujo con el que se deleitaba, cuando la puerta del estudio se abrió.

—¡Buenos días! ¿Listos para un enérgico desayuno?

—¡Luz! —gritó el pequeño lanzándose a toda prisa sobre la recién llegada, que tuvo que hacer equilibrios para que la bandeja no acabara en el suelo.

—¡Mi rey! —exclamó al estrujarlo contra sí, estampándole en la cara tantos besos como fue posible.

—Quiero churros.

—Y tu tía Luz te ha traído churros, guapetón. Churros y chocolate calentito.

—Lo que faltaba para el pringue total —dijo Gabriela dejando los lápices sobre la mesa.

—¡Pero es que mi chico está guapo sucio, limpio o vuelto del revés! —precisó sin parar de achucharlo.

Diego se dejaba estrujar por Luz, una presencia permanente desde su nacimiento. La relación de las dos amigas fue en aumento con el tiempo y la madurez, que las ayudó a constituir un singular vínculo familiar sin lazos de sangre.

Luz empezó a destapar paquetes, servir chocolate en vasos y distribuir todo sobre la bandeja. Gabriela se acercó.

—¿Qué tal la visita al médico? —preguntó.

—Como todas las visitas al médico, un aburrimiento.

—Pero ¿está todo bien?

—Tan bien como siempre —dijo sin abandonar su misión.

Gabriela la observaba agradecida mientras daba un primer mordisco al churro que había cogido con el consiguiente disgusto de Diego, que no acababa de comprender el concepto de compartir cuando se trataba de sus cosas preferidas.

—Y tú, ¿qué tal todo? ¿Ya tienes noticias?

—No —afirmó con escaso interés.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no habría de estarlo? —dijo como si desconociera el verdadero sentido de la pregunta.

—Venga... En serio, ¿estás bien?

—¡Que sí!

—¿No te ha llamado?

—No seas pesadita... No me ha llamado. De hecho, igual no lo hace.

—¡Venga ya! Llamará, y quiero asegurarme de que estarás preparada.

—¡Deja de mirarme así! —reclamó incómoda con una mueca espontánea, sentada junto a su hijo, al que ayudaba a trasladar el churro untado en chocolate sin que se desparramara la mitad del contenido en el trayecto hasta su boca.

—Te miro así porque sé lo que está pasando por tu cabeza. Sé que no quieres que me preocupe, pero lo estoy, al menos de una manera razonable. ¿Cuánto hace que no le ves?

—Estamos en contacto por Facebook.

—Sí, sí... Diego, cariño. Tu madre es una ilusa.

—¿Qué es ilusa? —repitió el pequeño con la boca llena.

—Nada, cariño, una palabra que se ha inventado la tía Luz. —Le brindó un gesto de reprobación—. En serio, estoy bien.

—En fin... No hace falta que te diga que si te agobias solo tienes que llamarme.

—Lo sé. Y vamos a dejar el temita, que desde que te lo conté te has puesto muy pesada.

—Sí, claro. Como estamos hablando de una tonta casualidad de la vida... Tu marido te confiesa que va a verse con el hombre que... —Lanzó una mirada fugaz al niño y se contuvo, contra su voluntad—. Pues eso, que no me creo que el *asunto* te deje indiferente.

—Ya está todo dicho. Estoy inquieta, no lo voy a negar, pero no preocupada, ni ansiosa, ni nada parecido, si es lo que quieres saber. Se verán, hablarán de lo que tengan que hablar y se marchará. No le queda nada que lo retenga en este pueblo.

—Casi nada —susurró entre dientes sorbiendo de su chocolate.

—¡Qué pesadita estás!

—Y Pedro, ¿cómo lo lleva?

—Bien, normal.

—Pedro es un tío de puta madre.

—¡Luz! —la increpó señalando con la cabeza hacia Diego, que prestaba más atención en los momentos menos convenientes.

—Eres una *madelucada* —afirmó el pequeño con la misma mueca de

sorpresa en la que se transformaba su expresión cada vez que alguien conocido pronunciaba una palabra malsonante.

—Perdón, no volveré a ser una *madelucada* —dijo dirigiéndose a Diego—. Pero yo me muero de ganas por saber qué ha llevado a tu marido a contactar con Darío.

—Ya te lo he dicho. Necesita localizar a János y pensó que era la manera más fácil.

—A mí todo esto me suena muy raro, guapa. Puedes ser tan ingenua como quieras, pero es extraño... Seguro que hay muchas más personas con acceso a ese húngaro de los co... Ese tipo.

—A ver —intervino Gabriela con determinación—. Por más que insistas no vas a agobiarme. Si Pedro ha tomado esa decisión, sus razones tendrá. Dice mucho de él que me lo haya contado, no tenía por qué. Al fin y al cabo se trata de su trabajo. No hay secreto, por lo que no hay problema, ni nada que ocultar. Es sencillo.

—Ese hombre te quiere, guapa.

—Lo sé.

—Diego, cariño. Tu padre quiere mucho a tu madre.

—Es que es muy guapa —dijo con toda su inocencia para robarle el corazón a su madre, que le obsequió con un abrazo imprevisto que provocó que dos grandes gotas de chocolate impactaran y se expandieran sobre la madera.

—¡Mami!, ¡mira qué *empastre!* —refunfuñó como si se enfrentara a la peor de las tragedias.

—¡Perdón!

Las dos mujeres rieron y dieron por zanjado el dilema. Aprovecharon los minutos siguientes para trivializar su conversación. Comentaron los menús y los planes de sus respectivas cenas de Nochebuena en familia hasta que dieron por concluido el almuerzo. La puerta del estudio volvió a abrirse. Gabriela, en el baño, enjuagaba la bayeta que había utilizado para limpiar la mesa.

—Gabriela, guapa. Tienes visita.

No esperaba a nadie. Faltaba más de media hora para la siguiente clase. Se secó las manos sin prisa y salió a la sala principal. El rostro de su amiga, el primero que divisó, fue esclarecedor. El suyo permaneció impertérrito,

impactada por lo inesperado.

—Hola —dijo el hombre que esperaba junto a la entrada.

No contestó. No pudo hacerlo. Luz intervino, providencial.

—Hace un rato hablábamos de ti, ¿verdad, Gabi? Yo estaba segura de que no tardarías en aparecer.

—Eres una mujer muy intuitiva —afirmó Darío sin saber si acercarse a Gabriela o permanecer quieto junto a la puerta, por si no era tan bienvenido como esperaba.

—No hacía falta ser muy lista —murmuró al tiempo que lanzaba indiscretas miradas a su amiga, en quien detectaba emociones contradictorias. Luz asumió su papel—. Diego, guapetón. ¿Te vienes conmigo?

—No —contestó con claridad atrapado por sus juegos.

—Venga, cariño. Te compro lo que tú quieras.

—¿Me compras un Hot Wheels? —preguntó con el mismo ímpetu con el que abandonó cuanto tenía entre manos.

—Sí, claro. ¿Cuándo no te he comprado yo un Hot Wheels?

—¿Puedo, mami?

Gabriela no contestó al primer requerimiento.

—Déjame, *porfi* —insistió estirando de su manga.

—Sí, sí, claro —concedió confusa—. Abrígate, hace frío.

Luz ya sujetaba la chaqueta del pequeño. Mientras se la ponía, Darío se acercó y le revolvió el pelo.

—Así que tú eres Diego... Eres muy guapo.

El niño se limitó a mostrar una sonrisa ensayada. Cumplió disciplinado con las indicaciones de su madre de ser amable con los desconocidos. No iba a asumir el riesgo de perder la oportunidad de recibir su regalo si no lo hacía.

—Tan guapo como tu madre —añadió mirando a Gabriela, que se sonrojó.

—Bueno, bueno... Pues ya estamos. Te llamo luego, ¿vale?

Gabriela asintió. Luz se acercó y la besó en la mejilla.

—Ten cuidado —le susurró al oído, sintiendo cómo le apretaba los dedos de la mano.

—Quédate —suplicó de manera casi imperceptible.

—Venga, peque. Aprovéchate de tu tía Luz, que hoy estoy espléndida.

—Pórtate bien, Darío —señaló amenazante a su altura, sin temor a que

Gabriela la escuchara.

Apenas la miró. Aunque la advertencia no pasó desapercibida, estaba más centrado en sus propósitos particulares que en los consejos de terceros, por mucho que compartieran las mismas inquietudes: una incontrollable emoción, con grandes dosis de incertidumbre.

Gabriela trató de recordar los detalles del último día, aquel que ambos afrontaron con la congoja del que da un paso irreversible e ingrato en lo más íntimo. Ella lloró. Él evitó hacerlo. Era otoño y ambos tenían algunos años menos. En la casa de su padre, donde habían compartido la intensidad de su relación, Darío arrastró un par de maletas hasta la puerta de la calle con un billete de avión guardado en la mochila que colgaba de su espalda. Insistió hasta en dos ocasiones. Gabriela respondió de la misma forma: «Nuestras vidas se separan a partir de aquí». Él quiso entenderlo como una prórroga; ella, como un vacío blindado por infinitas dudas, que no la arrastraban a retroceder por la certeza de saber que era lo que debía ser. Años después, con una vida construida en su ausencia, en la que se empeñó en restar trascendencia a los esporádicos contactos y un conocimiento permanente de sus movimientos a través de las redes sociales, el hombre que la miraba no la dejaba indiferente.

—No me dijiste que tenías un hijo —afirmó Darío con cautela para que su primera frase no sonara a reprobación.

—No lo he ocultado. Es algo obvio —contestó Gabriela, que se frotaba las manos con un trozo de papel que sujetaba para disimular los nervios.

—Era lo que querías, ¿no?

Calló sin esquivar su inquisitiva expresión. El pequeño estudio era un abismo. Darío se frotó las manos sobre los laterales del abrigo para acabar acariciándose la barbilla, nervioso.

—Te he echado mucho de menos.

Ella estrujaba el papel con tanta persistencia, que se deshacía en pequeñas porciones entre sus dedos. Pese al barullo anímico, sonreía.

—Veo que te va bien. Por fin abriste el taller.

Gabriela observó orgullosa la sala. Exhibir sus logros la seducía más que

esquivar reproches.

—No me puedo quejar. No tener competencia es una ventaja.

—Y que seas una excelente artista también.

Se acercó hasta su mesa de trabajo y tiró los restos de la celulosa medio desintegrada en una papelera, junto a bocetos desechados y los restos del almuerzo. Se sentó en el taburete sobre el que pasaba horas entregada a su pasión, la que les sirvió de excusa para compartir proyectos artísticos y vitales. Aquel trozo de madera giratorio era su trono, el que la hacía sentir poderosa e inquebrantable. Aferrada a esa idea, optó por aprovechar la oportunidad.

—¿Cómo estás tú? —preguntó decidida a controlar la situación desde su atalaya doméstica.

—Bien. No me falta el trabajo. No paro de viajar...

—Era lo que querías...

La complicidad afloró en sus sonrisas. Darío se desplazó unos metros por el interior del taller, rozando con los dedos la mesa en la que antes de su llegada habían degustado el chocolate. Gabriela lo observaba embelesada.

—Al final los dos tenemos lo que queríamos —dijo complaciente, dando por buena la conclusión para ambos.

—Todo no —afirmó él sin abandonar su paseo por el interior de la habitación hasta situarse junto al ventanal, con un prudencial respeto por la distancia de seguridad.

—Pedro me dijo...

—Pedro es un tío con suerte —la interrumpió apoyado en el marco de la ventana.

—Es un buen hombre —argumentó ladeada para no perderlo de vista.

—¿Eso es suficiente para hacer feliz a una mujer como tú?

—Es mucho más —corrigió de inmediato, levantándose para alejarse y mantener una compostura que Darío amenazaba a medida que se acercaba. Aspiró con ganas de llenarse de voluntad. ¿Acaso no podía recibir a un viejo amigo como merecía sin sentirse incómoda? Apostó por ignorar las suspicacias y entregarse a la naturalidad.

—Te veo bien.

—Lo estoy. Y tú...

—Yo estoy muy cambiada —completó antes de estirarse la camiseta para disimular unas curvas que nada tenían que ver con la joven menuda y huesuda de la que Darío se despidió.

—Estás muy guapa.

—No eres objetivo.

—Contigo jamás.

Sonrieron. Gabriela necesitaba espontaneidad como respirar.

—¿Vas a estar mucho tiempo por aquí?

—No lo sé. Depende.

—¿De qué? —preguntó pese a intuir la respuesta.

—De ti, por supuesto.

Tragó para deglutir mejor la declaración de intenciones. Apoyada con sutileza en una mesa trató de disimular su timidez cuando comprobó que Darío avanzaba con aplomo. El tórrido sueño de la noche anterior se reprodujo en su cerebro como una advertencia subconsciente de lo que no debía suceder bajo ningún pretexto.

—¡Ha pasado tanto tiempo! Desde que he llegado le he dado vueltas a la posibilidad de limitar mi visita a encontrarme con tu marido, pero me ha parecido una soberana gilipollez. No estoy aquí por él. Me moría de ganas de volverte a ver.

Una caricia en la mejilla originó un cosquilleo. Su remedio contra la excitación fue tomar la mano de Darío.

—Me alegro de que estés bien.

La abrazó sin darle opción a rehusarlo ni a pensar siquiera en hacerlo. No obtuvo resistencia. Se dejó atrapar entre sus brazos y rodeó su espalda con los suyos. «No hay nada de impropio en un abrazo», pensó. Ambos lo deseaban y necesitaban en la misma proporción.

—Te he echado mucho de menos —le susurró Darío al oído.

—Yo también —reconoció ella para darse una licencia a la ternura.

Él le apartó un mechón de la cara. Una excusa para prolongar el contacto. Ella le acarició el antebrazo.

—¿Por qué no me contaste lo del niño? Ni una sola referencia en redes sociales, ni una insinuación.

—Me tienes controlada.

—Igual que tú a mí.

Darío no subía una fotografía en alguna de sus cuentas de Facebook o Instagram sin que, en pocas horas, recibiera la aprobación inmediata de Gabriela. Un «Me gusta», un *retuit* era cuanto necesitaba. Sin más interacción. Él siempre lo entendió como un mensaje: «Sigo estando aquí». Ella ratificaba de ese modo su sincera devoción. Le fascinaba su trabajo. Era un mago con una cámara entre las manos, y la madurez no hacía más que mejorarlo. Más allá de su pasado, le profesaba una admiración artística muy poco objetiva.

El anuncio de que quería trasladarse al extranjero y aceptar la succulenta e interesante oferta de una revista y portal web especializado en viajes de lujo condenó a la extinción una relación que ya había empezado a polarizarse. Cuando se lo comunicó, Gabriela supo que, por su bien, debía retroceder. Sus proyectos vitales emprendían caminos divergentes. La inflexibilidad de Darío a la hora de no abordar premisas esenciales para Gabriela como permanecer en Peñíscola y ser madre ya los había herido de muerte.

—Me hubiera gustado saberlo.

—No sé, puede que te parezca una tontería. Pero bueno, hacemos miles de tonterías a ojos de los demás que para nosotros no lo son. ¿Qué quieres que te diga? Lo oculté en las redes porque no quería que lo supiera una persona muy concreta a miles de kilómetros. Al decirlo en voz alta suena más estúpido —reconoció—. Deseaba ser madre, lo sabes. Mucho. No fue una imprudencia con la que corté mis alas.

Localizó su desconcierto entre las baldosas del suelo, y en ellas clavó la mirada. Para las recriminaciones no hubo indulgencia ni prudencia ni diplomacia. Reprodujo con exactitud el preciso instante en el que, en medio de una discusión, dijo esas mismas palabras: «¡Pero qué obsesión con tener un hijo! ¿No te das cuenta de que te cortará las alas?». Gabriela lloró a solas encerrada en el baño y siguió llorando días después. El principio del fin de una evolución natural progresiva e invisible a ojos de Darío hasta que se precipitó. A medida que intensificaba la relación con los hijos de su hermana, nació en Gabriela un instinto en el que él solo supo ver un capricho pasajero.

—Soy feliz, Darío —dijo acariciándole el brazo para testificar la ausencia de rencor.

—Me alegro mucho.

—Y ahora es cuando dices que tú también.

—Este estudio es precioso —dijo en un regate chapucero y malintencionado.

—¡El rey de la evasiva!

—¿Qué quieres que te diga? —sonrió y se llevó las manos a los bolsillos del pantalón, un gesto que Gabriela conocía muy bien.

—Quiero que me digas la verdad.

—Soy todo lo feliz que puede serlo un tipo como yo.

Ambos rieron.

—Me gusta mucho lo que hago. A eso se le puede llamar felicidad, ¿no?

—¿Estás solo?

—Soy un hombre de mundo, nunca estoy solo.

Gabriela le observó desafiante.

—Si te digo que soy un hombre triste y solitario ¿dejarás a tu marido y te vendrás conmigo?

—Darío...

—Estoy bien, Gabriela. Todo lo bien que puede estar alguien que, por idiota, perdió a la mujer de su vida.

—No vuelvas con lo mismo.

—Soy transparente contigo. Lo fui desde el primer día.

—Y así nos fue... —murmuró con melancolía.

—Nos fue muy bien.

Los bolsillos del pantalón volvieron a retener su impulso.

—Cuando tu marido se puso en contacto conmigo fue como... Igual te ríes. Fue como una llamada del destino, ¿sabes? Lo habría mandado a la mierda, pero vi en esa llamada una oportunidad. Y aquí me tienes.

—¿Qué quiere de ti?

—Una estupidez de la que no puedo hablarte. De hecho, este es el momento ideal para aconsejarte que lo persuadas de seguir con esta historia. No le interesa, ni a él ni a nadie. No necesita meterse en follones.

—¿Qué dices? ¿Está metido en algún lío? —preguntó incrédula ante la posibilidad de que Pedro pudiera estar involucrado en algún asunto turbio.

—No. Y las cosas deben quedarse como están para que siga siendo así. Me temo que solo tú puedes convencerlo de que deje las aguas correr.

—No entiendo nada. Estaba segura de que era un tema del trabajo... No sé... Cuando Pedro me dijo que iba a ponerse en contacto contigo... No te ofendas, pero eres la última persona en el mundo a la que le pediría un favor.

—Mira Gabi, habla con él, pero no le digas que te he advertido yo. Tienes armas suficiente para sonsacarle, estoy seguro. Dile que te sientes incómoda, que no quieres que yo esté aquí. Miéntele un poco. —Sonrió. Ella respondió a su guiño de la misma forma—. Mereces saber que lo que pretende es una estupidez.

—Cuéntamelo —exigió echando mano a una influencia que creía superviviente al tiempo, reforzando su demanda con la cercanía de sus cuerpos.

—No.

—Cuéntamelo, Darío —insistió con dulzura deliberada.

—Guapa, no intentes manipularme. —Se acercó tanto como pudo sin sobrepasar unas líneas imaginarias que aborrecía—. Habla con tu marido. Yo estaré aquí. Si insiste en seguir adelante haré lo que esté en mi mano, que será muy poco. Aunque lo mejor que puede pasar es que utilices con él estas peligrosas armas de mujer con las que pretendes volverme loco.

Gabriela imploró en silencio. Clavó sus intenciones en las pupilas de Darío, suplicante. Su sonrisa y un beso la hicieron desistir. El juego de provocación se le había ido de las manos.

—Por favor —musitó apartándose y acariciando el lugar exacto en el que la boca de Darío había entrado en contacto con la suya.

Él se pasó las dos manos por el pelo. Acabó imitando el gesto de Gabriela. Descubiertos en la reproducción de emociones que creían desterradas, se regalaron la licencia de saberse correspondidos.

—¡Joder, Gabriela! ¡Cuánto te he echado de menos!

—Yo también —contestó con las manos en la nuca—. Pero no somos las mismas personas.

—No, no lo somos.

Callaron con un silencio que penetró como el frío por debajo de su ropa, adosado a la piel en una capa invisible que les estremeció.

—¿Cuánto tiempo vas a estar por aquí?

—No lo sé.

Se ruborizó al reconocer que lo encontraba más guapo que nunca. Darío se excitó al concluir lo mismo.

—¿Nos volveremos a ver?

—Si por mi fuera no dejaríamos de hacerlo ni un segundo.

—Darío... —refunfuñó.

—Has preguntado. No voy a mentirte.

—Nunca lo has hecho, ¿no?

—¿El qué?, ¿mentirte? Sabes que no. Al menos que yo recuerde. —Sonrió al saberse mentiroso.

Gabriela se acarició la base del cuello, como si en esa zona existiera alguna conexión sensorial que apagara los ardores. Sin Pedro ni Diego cerca, era como si el tiempo no hubiera pasado, como si la separación no se hubiera producido nunca, como si sus diferencias con Darío no existieran.

—No contarme lo que quiere Pedro de ti es mentir —dijo con picardía poco disimulada.

—No sigas por ahí. No te va a servir de nada. Si quieres saber algo se lo tendrás que preguntar a él.

De nuevo esa sonrisa que dice más de lo que expresa sustituyó a las palabras.

—¿Qué es de Santiago? —preguntó para salirse por la tangente—. Me gustaría verle.

—Pues tendrás que hacer unos cuantos kilómetros. Hace años que no está por aquí.

—Ya, lo sé. Una putada.

—Exigencias de la diócesis. Los sacerdotes son empleados itinerantes. Alguien en algún lugar decidió que podía ser más útil en un pueblo perdido del interior, y allí lo enviaron... Lejos de mí...

Sonó nostálgica y culpable.

—Pero hablamos a menudo, vamos a visitarle... Santiago es de la familia.

—Me alegro —no dijo más por no reconocer que también conservaba el contacto con su particular Pepito Grillo.

—Vendrá para Navidad. Cenará con nosotros en Nochebuena. Tú...

—No lo sé —contestó Darío al adivinar la intención—. No he hecho planes. No sé el tiempo que pasaré por aquí, aunque me gustaría mucho darle

un abrazo.

—A él también.

—¿Sabe que...? —rio antes de continuar—. Santiago lo sabe todo, ¿no?

Gabriela asintió. El silencio volvió a ser un unguento para conservar los recuerdos almibarados.

—¿Y tu hermana María?

—Bien.

—Seguís en contacto, ¿no?

—Claro. Los niños están muy mayores.

—Ya imagino.

Callaron. Ninguna conversación cliché dispersaba las verdaderas intenciones que giraban como en un carrusel entre los dos.

—¡Dios, Gabriela! Estás guapísima.

—Estoy muy cambiada.

—Que todo esto sea provisional ya me hace echar de menos, a pesar de estar aquí.

—Somos especiales el uno para el otro —afirmó con una determinación propia de la madurez y una sensatez impuesta con calzador—. Es normal que nos emocione volver a estar juntos. Han sido tantos años...

Los bolsillos dejaron de proteger las manos de Darío, que entraron en contacto con los brazos de Gabriela en una caricia. No quería dar a entender provocación ni ofensa. El gesto se apoyaba en el cariño. Correspondió a la sinceridad de la expresión de Gabriela con un abrazo. Ella cerró los ojos, para ahuyentar suspicacias.

El tiempo pasó de ser un enemigo implacable a una circunstancia irrelevante. Darío cerraba los ojos para imaginar que no había transcurrido; Gabriela desempolvaba otros días en los que esos contactos eran habituales, aunque con matices que la mantenían alerta. La intensidad del momento requería de la frialdad suficiente como para mantener presentes los pesados argumentos que les llevaron a distanciarse. Aunque no rechazó la caricia en la mejilla cuando Darío se separó para mirarla de tan cerca que apenas se veían, más bien solo se sentían. Tampoco rehusó otro beso en la boca que le pareció tan inocente como el primero, hasta que sintió la necesidad de interrumpirlo, en cuanto las manos de Darío la atraparon contra sí, en un salto temerario de la

ternura a la excitación.

—Darío, por favor... —susurró tras interponer sus brazos entre ambos obligándolo a detenerse—. Esto no va a pasar.

—Gabriela... —musitó en su oído, frustrado y motivado a partes iguales.

—No se puede borrar el pasado. Ni puedo ni quiero hacerlo.

Cual niño que filtra con embudo las indicaciones de su madre dependiendo de si son imposiciones o deseos, persistió en su empeño y la besó en el cuello. No fue brusca, manifestó su disconformidad con cuidado, para no hacer daño. Murmuró su nombre a modo de queja. Él, se escabulló con sutileza y acabó con las manos sobre el rostro de quien años atrás no tuvo límites a la hora de escrutar su cuerpo.

—Esto no va a pasar. No voy a lanzarme a tus brazos ignorando lo que eso significa.

—¿Por qué no? —inquirió con fingida inocencia.

La única respuesta que obtuvo fue una mueca amable y una caricia en la mejilla derecha.

—No estropeemos esto, Darío. Esta felicidad de volver a vernos, estas ganas de contarnos cosas, de ser tan buenos amigos...

—Tú y yo no podemos ser amigos.

—Sí que podemos, porque nos queremos de verdad y por eso sabemos que es mejor estar así.

—Gilipollices.

Rieron. Darío volvió a abrazarla y Gabriela lo besó como tantas y tantas veces lo hacía con su hijo. Un pico en la boca que para él fue como un premio de consolación. Su voluntad avanzaba por la cuerda floja y ya había hecho suficientes equilibrios por un día.

Sin decir más, buscó una salida elegante iniciando los preparativos de la siguiente clase, la última antes de las fiestas, observada con atención por Darío, que se esforzaba por recuperar la compostura después de la pasión abortada.

—Así que sigues teniendo relación con János.

La observación imprevista, aunque no imposible, lo pilló con el pie cambiado. No supo qué contestar para parecer convincente y a su vez guardar una distancia imprescindible.

—Te he dicho que si quieres saber algo tendrás que hablar con tu marido.

—Eso no tiene nada que ver con Pedro —dijo apoyada en una mesa con estudiada sensualidad, sustanciada en la reconfortante convicción de saberse deseada—. Solo tiene que ver contigo y con János.

Volvió a sus tareas para camuflar el interés, cuando ansiaba saber.

—Me sorprendió cuando me dijo que necesitaba que le pusieras en contacto con él. Creí que no teníais ninguna vinculación.

—Hay relaciones difíciles de entender —afirmó como única salida convincente.

—¿Por qué? ¿Porque es complicado justificar la relación con un delincuente?

Dejó caer la acusación sin contemplaciones. El ánimo de Darío se encogió. El deseo se apagó de golpe, como si le hubieran derramado una jarra de agua fría por la espalda para sofocar el fuego. No hace daño quien quiere, sino quien puede, y Gabriela era su criptonita.

—Hay muchas cosas de mi vida que no sabes.

—¿Y es mejor que no sepa? —lo interrumpió abandonando sus quehaceres para mostrarse exigente. Había escuchado muchas veces la misma frase de la misma boca.

—No quieres saberlas. Decidiste hacer borrón y cuenta nueva y lo hiciste a conciencia. Podrías haber mantenido el contacto, podrías haberme dicho que estabas embarazada... En todos estos años no has contestado ni a un solo mensaje... Puedo entender que al principio no lo hicieras, pero ¿años después? Sabrías más de mi vida si no me hubieras borrado con tanta eficacia de la tuya.

El dolor mudó de cuerpo. La sonrisa no era más que un disfraz tras la afrenta. La mantuvo un instante, el que requirió para recomponerse, procesar la acusación y seguir centrada en la manipulación absurda de cuantos objetos la rodeaban.

—¿No dices nada?

—¿Qué quieres que te diga?

—Me gustaría saber qué hice que fuera tan malo para apartarme de forma tan drástica. Acordamos seguir nuestras propias vidas, pero eso no significaba que cortáramos por lo sano. No dejamos de querernos, lo sé.

—Era lo mejor.

—¿Para quién?, ¿para ti?

Ese instinto mecánico que se pone en funcionamiento en el cerebro humano cuando sabe que puede hacer daño a quien lo ha infligido, esa tendencia a consumir la venganza cuando se sabe que se tiene la ocasión, se apoderó de Darío.

—¿Un «Me gusta» diario en Facebook o Instagram es todo lo que merezco después de lo que vivimos juntos?

Gabriela recolocaba lápices de colores en un frasco como si de ello dependiera el equilibrio natural del cosmos.

—Tengo clase en un rato —se limitó a argumentar acorralada—. No creo que sea el mejor momento para tratar estos temas.

—Tú has preguntado.

—Dejémoslo estar —insistió comprometida.

—Mírame.

No lo hizo. Utilizó el mismo recurso con el que Darío se escabulló apenas un par de preguntas antes: el oído selectivo.

—Gabriela, deja eso ya y mírame —espetó con firmeza al tiempo que la agarraba por un brazo para obligarla a darse la vuelta, todavía con un par de lapiceros en la mano derecha.

—Darío, por favor. Precisamente por esto, lo mejor era que no nos hubiéramos visto.

—¿Por qué? ¿Porque es fácil acusarme de que te hice daño, pero no puedes reconocer que tú me lo hiciste a mí?

—¿Yo? —respondió sorprendida y agraviada a partes iguales.

—¡La buena de Gabriela! Te lo di todo. Todo lo que soy estaba en tus manos, pero no fue suficiente.

—Tienes una visión muy sesgada de lo que nos pasó.

—¿Un hijo?, ¿eso es lo único que querías de mí?

—No simplifiques. Un hijo no es un capricho que se regala para contentar a alguien.

—¿Cuál fue la verdadera razón? Mientras volaba hasta aquí no dejaba de darle vueltas. A lo mejor ha sido el tiempo, que todo lo distorsiona o todo lo enfría, quién sabe. Lo que te aseguro es que hoy me resulta más complicado

que entonces entender lo que pasó, por qué lo hicimos. La distancia no ha cerrado heridas, más bien ha dejado abierto el gran interrogante.

—Nada de lo que dices tiene sentido a estas alturas... —dijo sin encontrar una salida física o emocional a su enfrentamiento. Darío las abarcaba todas.

—Siempre dirigiéndolo todo, siempre sintiendo por los demás...

—¿Lo ves? ¿No quieres una razón? Pues ahí la tienes. Fui una cretina y te aparté de mí por puro egoísmo —contestó con resquemor.

—No seas condescendiente conmigo.

—Y tú no arruines lo bueno que te pasa para acabar pareciendo la víctima, como siempre.

Como un golpe seco en la boca del estómago, así recibió la réplica. No hubo efecto rebote ni reproches ni más preguntas. Retrocedió sobre sus pasos y cogió el abrigo que esperaba todavía helado, como su ánimo, junto a la entrada. Escoltado por la mirada de Gabriela se detuvo frente a la puerta de la calle.

—Me ha alegrado mucho verte. Si no te importa, me gustaría que le dijeras a Santiago que estaré en el Hotel Don Carlos.

—Lo siento —susurró en un tono prácticamente inapreciable.

—No volveré a molestarte. Como siempre, tienes razón. Es mejor dejar las cosas como están.

—Darío, por favor... No te vayas así. De verdad que lo siento.

—Puedo soportar esto un número limitado de veces... —La misma mueca como pretendida imitación de la sonrisa transparentó su estado anímico.

—Ha pasado mucho... Los dos hemos tomado decisiones equivocadas.

—Tú nunca te equivocas. Tienes la vida que esperabas, estás rodeada de gente que te quiere, que sabe valorarte...

—No seas cruel, Darío —le increpó como argumento contra la irrefrenable culpabilidad que la apoderaba.

—Estaría bien que pudiéramos volver a vernos sin empecinarnos en hacernos daño.

—Darío...

—Estás preciosa.

Cuando la puerta de la calle se cerró dejándola sola en el interior del taller de pintura, se dejó caer sobre una de las sillas. Trató de procesar cómo

habían llegado de los abrazos y los besos a las puñaladas emocionales. Se cubrió la cara con ambas manos y apoyó los codos en la mesa en la que, apenas quince minutos después, sus alumnos intentarían sacar partido de sus habilidades para el arte, bajo la tutela y supervisión de una profesora distante y dispersa, que miraba con más asiduidad de lo normal a través del ventanal que les ofrecía vistas excepcionales del mar Mediterráneo, al abrigo de la fortaleza que cobijó siglos atrás a Benedicto XIII, más conocido como Papa Luna.

5

Sentado en el bar daba vueltas al vaso que sujetaba con la punta de los dedos, sin otra aspiración que amenizar la espera con el movimiento errático del líquido que contenía, concentrando su atención en los giros y en el golpeteo del hielo contra el vidrio para dejar de pensar. Ocupaba uno de los taburetes marrón chocolate de los cinco que se disponían de forma paralela a la barra blanca que mantenía un orden cromático perfecto con el resto de la decoración, líneas modernas y una iluminación natural que entraba por las grandes cristalerías que separaban los diferentes espacios de la planta baja del edificio. Un matrimonio mayor conversaba en uno de los sofás distribuidos a su alrededor y tapizados como en un tablero de ajedrez asimétrico. Con un vaso medio vacío entre los dedos, se vio como un peón descartado del juego. Dio un trago y volvió a lo mismo. El móvil vibraba. Estaba boca abajo y así se quedó. Nadie podía rescatarlo de su abstracción.

—¿Un cubata de buena mañana, amigo?

Reconoció la voz y el acento. Se dio la vuelta y sonrió con sincera alegría.

—¿Qué haces aquí?

—Venir a verte. ¿Qué si no? ¿No me vas a dar un abrazo, cabronazo?

Se abrazaron golpeándose en la espalda como si trataran de salvar al otro de un ahogamiento.

—¿Cómo va todo, János?

—No tan bien como a ti —afirmó tras separarse para zarandear a su amigo con vehemencia—. Estás igual de guapo que siempre, hijo de puta.

—¿Y la familia?

—La familia muy bien, gracias. Balázs está estudiando en Londres... Muy

bien, muy bien... Es un orgullo que ese chico quiera dedicarse a algo útil. Pero vamos al grano. ¿Qué pasa, Darío? ¿Has visto a tu chica?

—Ya no es mi chica —contestó recuperando su posición sobre el taburete.

—¡Chaval! —exclamó el húngaro para reclamar la atención del camarero—. Una cerveza. ¿Tienes una Mahou negra? —Al recibir una respuesta afirmativa, asintió—. Esa mujer siempre será tu chica, amigo.

—La relación con las mujeres es muy complicada.

—¡Y una mierda, complicada! —afirmó con contundencia innata, indiferente ante la posibilidad de que el tono de su voz pudiera contrariar a quien conversaba de forma comedida a escasos metros—. La vida es fácil, es la gente la que la complica. A las mujeres hay que hacerlas felices, *bárat*^[1]. Hay que darles lo que quieren.

—¿Vas a darme otro de tus discursitos sobre el matrimonio, János?

—Yo no doy discursos. Yo te doy lecciones de vida, desagradecido. No llevaría más de 20 años casado con mi Erzsébet si no supiera cómo tratar a las mujeres.

—Vamos, tío —le increpó Darío con expresión burlona—. Pero si le has puesto los cuernos decenas de veces.

—¡Ey!, ¡cabrón! A mi Erzsi nunca le ha faltado de nada, y cuando estoy con ella siempre cumplo como un hombre. Las otras solo son mujeres a las que me folio por pura necesidad. A mi mujer le hago el amor, son cosas distintas.

La pareja que ocupaba los sillones contiguos observaba con desagrado. Resultaba imposible no enterarse de la conversación por la energía con la que János se expresaba. A Darío le incomodaba su falta de tacto en lugares públicos. Al húngaro le traía sin cuidado.

—¿Tú te follas a alguna ahora? —preguntó propinándole un par de golpes en el centro de la espalda con la gigantesca palma de su mano.

—¡Joder, János! Qué mal llevas lo de la discreción.

—¡A la mierda! —gritó entre carcajadas—. Ustedes perdonen, pero acabo de encontrarme con este cabrón *joputa* después de mucho tiempo —añadió dirigiéndose a la pareja de turistas, provocando las risas de Darío.

Los dos jubilados cabecearon con reprobación. Tardaron apenas un minuto en abandonar el bar dejando a los dos amigos solos, bajo la atenta mirada del camarero, con una risa ventrílocua para disimular con escrupulosa

profesionalidad su deseo de intervenir en una conversación que no dejaba de ganar interés.

—¿Qué pasa? ¿Cómo ha ido la vuelta a casa?

—Esta ya no es mi casa.

—Ya.

János rechazó el vaso que el barman le había dejado enfrente. Después de limpiar con la manga el gollete de la botella de cerveza, se lo llevó a la boca. Paladeó su mezcla preferida de levadura, lúpulo, agua y malta. Antes de volver a hablar dio otro sorbo.

—Me jode que nos volvamos a ver por un asunto tan turbio, *bárat*.

—A mí también —confesó Darío, que de un trago había vaciado su vaso.

—¿Por qué te metes en esta mierda?

—Ya lo sabes.

János cabeceó y volvió a beber del botellín.

—Después me dices que esa mujer no te tiene cogido por los huevos. ¡Cabrón!

Darío sonrió, aunque como excusa para esconder su disgusto.

—Eres un completo gilipollas... Para complacerla a ella le quieres hacer un favor al madero que ocupó tu lugar y que le ha dado un hijo.

—¿Cómo sabes que tienen un hijo? Yo no tenía ni idea.

—János lo sabe todo, guapo. Solo hacen falta un par de preguntas.

De reojo, mientras dejaba la cerveza a la mitad, el húngaro captó el apocamiento de su compañero.

—No vas a sacar nada positivo de esto, Hervás. Coge el avión y vuelve a tu buhardilla de París. ¿Por qué quieres sufrir por algo que está perdido?

—Porque no creo que lo esté —confesó sin dejar de mirarse las manos inmóviles sobre la superficie blanca.

—*Öszinte...*^[2] No seas niño. Está con otro hombre y tienen un hijo. Es una buena mujer con la vida que quería. No va a dejarla por ti.

—No lo sabes...

János empujó a Darío, su brusca forma de obligarlo a prestarle atención.

—¡Sé un hombre, hostia! ¿Qué quiere decir eso de encoger el cuello y esconder la cabeza? No lo sabes, no lo sabes... Pareces retrasado. Lo sabes tan bien como yo.

—No la conoces.

—Ni falta que me hace.

—Su madre rompió su matrimonio y abandonó a sus hijas por el hombre al que amaba desde siempre.

—¡Vaya por dónde! —exclamó con un cómico aspaviento para reforzar su tono burlón—. Y tú esperas que eso se transmita de generación en generación por los genes o algo así. ¿De verdad crees que se lanzará a tus brazos como si hubiera llegado el príncipe azul a despertarla de su letargo? ¡Vamos, hombre! Eres un buen partido. Si yo fuera una tía ya estaría abierta de piernas para ti, aquí mismo. ¿A que si fueras tía te follarías a este tipo? —dijo increpando a su único testigo, avergonzando así al barman y a su amigo—. ¡Venga ya, Hervás!

—Dicho así suena estúpido.

—¡Es estúpido! Te conozco bien, *bárat*. No eres un calzonazos. Eres un valiente, un tío con un par bien puesto. Escúchame y no pierdas detalle. Cuando una historia se acaba, se acaba; y un hombre lo reconoce y sigue adelante. ¡No habrá mujeres en el mundo! Yo conozco a unas cuantas que lo dejarían todo y vendrían corriendo si les dijera que necesitas consuelo.

—No las hay como Gabriela.

—¡Tócame los cojones!

El ímpetu con el que dejó el botellín en la barra provocó un turbador estrépito por el que tuvo que disculparse con el camarero, demasiado concentrado en no perderse detalle de la conversación como para preocuparse.

—Tampoco hay ninguno como tú, hermano. ¿Te lo dije o no te lo dije?

—¿El qué?

—Te dije que las historias hay que acabarlas y pasar página. Pero tú llevas todo este tiempo imaginando una historia con esa mujer que es tan falsa como un billete del Monopoly. ¡Estás jodido, majo!

—Puede que tengas razón.

—¡Qué coño *puede*! ¡Tengo razón! Te voy a decir una verdad y me toca los huevos que te deje hecho una mierda. Ella ha superado lo vuestro, ha rehecho su vida, está con otro y es feliz.

No jodas las cosas. Tienes mucho mundo recorrido como para abandonarte en la barra de un bar como un pánfilo desengañado. Esta mierda no te hace

ninguna falta.

Darío acometió su particular ceremonial ansiolítico de mover el vaso entre las manos para canalizar su frustración. Estaba vacío, salvo por un resto de hielo que resbalaba por el fondo acabando poco a poco con su existencia sólida, una evolución natural que contemplaba como si fuera lo único con genuino sentido en su vida.

—Tío, hazme caso. Vete a casa. Dile al madero que le den por el culo y sigue con lo tuyo. Vamos, eso es lo que haría yo. Si fuera tú, a lo mejor encargaba a un par de colegas que le partieran la cara, solo para quedarme a gusto... Aunque ya sé que ese no es tu estilo. Eres un blando para según qué cosas.

Una mueca transparentó su tristeza. Tanto los consejos de János como sus propias convicciones tenían la coherencia necesaria como para ser atendidos sin discusión. Aun así, prefirió quedarse con la luz al final del túnel, con la puerta medio abierta, el vaso medio lleno. Materializó su pensamiento llevándose a la boca las cuatro gotas de agua mezclada con los restos del refresco de naranja con *whisky* que se había bebido.

—¿Vas a ayudarme o no?

—¡Vete a la mierda! —concluyó János finiquitando su cerveza antes de pedir al camarero que les sirviera dos más con un explícito gesto—. Te voy a espabilar a hostias.

6

Sentado sobre la tapa del inodoro, se entretenía centrado en los impulsos de su propia respiración. Rítmicos, pausados, la conclusión de un proceso inducido de búsqueda del equilibrio. Resguardaba su intimidad en un cubículo de uno por uno, con una apertura de un palmo en la parte inferior.

Tenía un mal día, más nervioso de lo habitual, más cansado, más desmotivado, más asustado. Un cigarro le habría ayudado a consumir la tensión con el humo y la ceniza, pero ya no fumaba, desde que Diego nació. Una lástima volver a hacerlo después de cinco años de abstinencia de nicotina, cinco años sin motivos para reincidir. En los baños del trabajo le sobrevenían todos. Se pasó ambas manos por el pelo. Resopló y apoyó los codos sobre las rodillas masajeándose la nuca mientras se escondía en sí mismo. Inspiró. Llenó sus pulmones de oxígeno y de su convicción de que podía reencontrarse con la estabilidad reposando sobre un váter. Los momentos de flaqueza en su ánimo eran excepcionales. Que perduraran horas después de su encuentro matinal era un mal augurio.

La puerta de acceso se abrió para cerrarse de inmediato de golpe. La respiración que escuchó al otro lado estaba mucho más alterada que la suya, como si perteneciera a alguien que hubiera corrido los cien metros lisos.

No se movió. Quería pasar desapercibido. Aguantar un poco más solo. Su estado emocional idóneo requería de un par de minutos más. Lo que al principio eran jadeos, se transformó en una especie de llanto ahogado. Prestó tanta atención como pudo. Con un sigilo profesionalmente aprehendido, se levantó y acercó la oreja a la puerta. ¿Quién lloraba en el baño masculino de las dependencias policiales? Se agachó tan despacio como se había levantado

para tratar de adivinar la identidad de su misterioso acompañante por sus pies. No pensó. Se descubrió sin dar tregua al afligido compañero que había cerrado la puerta de acceso con cerrojo para asegurar su privacidad. Se sobresaltó al saberse acompañado.

—¡Me cago en la puta, Pedro! ¡Qué susto me has dado! —protestó con una mano en el pecho y la otra con el puño cerrado en un acto reflejo de defensa.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada. —Intentó que su malestar pasara desapercibido entre las consecuencias de un sobresalto.

—¿Estás llorando? ¿Qué cara es esa?

Con la intención de ocultarse se giró hacia el espejo. Metió las manos bajo el agua para acabar empapándose el rostro de manera que se disimulara cualquier rastro sospechoso.

—¿Llorando? ¿Qué dices, tío? Que me he pegado una carrera...

—¡Vamos, Javier! Que estaba ahí dentro y te he oído. ¿Qué pasa?

La puerta de acceso seguía cerrada. No podía entrar nadie ajeno a sus problemas. Pedro era la única persona con la que podía hablar.

—¡Me cago en mi estampa! ¡Soy un desgraciado! —espetó. Mantenía la misma posición, de cara al espejo, con las manos apoyadas en el sanitario, con la cara todavía goteando—. Si es que es para pegarse un tiro —masculló antes de propinar una patada a una papelerera de plástico que acabó con todo su contenido esparcido.

—Venga, tranquilo. Te he dicho que lo vamos a solucionar, pero tienes que conservar la calma.

—Esto no tiene arreglo... ¡Me cago en Dios y en mi maldita calavera!

Se llevó ambas manos al rostro y sollozó, como un niño de siete años al que se le ha caído la *tablet* al suelo y ha visto que la pantalla ha quedado hecha añicos; como un bebé que desfallece de hambre y no tiene a su madre cerca; como un hombre que se precipita a un abismo del que no es capaz de salir. Pedro descansó una mano en su hombro derecho. No era muy dado a las muestras de cariño, salvo con Diego y Gabriela, las únicas personas a las que abrazaba con espontaneidad, sin sentirse incómodo. Pero era su amigo, su mejor amigo, y estaba hundido.

—Algo ha pasado.

—¿Qué más dará lo que haya de nuevo? ¡Estoy jodido, Pedro!, ¡muy jodido!

Sin más, se le agarró al cuello como si temiera que una repentina ráfaga de viento huracanado pudiera llevárselo por los aires y su compañero fuera el único anclaje con el que permanecer pegado a tierra firme. Pedro apenas rozó su cadera hasta que se vio obligado a admitir que su compañero imploraba consuelo. Le golpeó con la palma de la mano en la espalda, un par de veces.

—Javi, tranquilízate. Este no es el mejor sitio para venirte abajo.

Lloró desconsoladamente apenas unos minutos que a Pedro se le hicieron eternos. La providencia determinó que nadie necesitara ir al baño en ese tiempo. Cuando Cardona se restableció, Pedro se sintió aliviado, liberado de un contacto físico embarazoso. Con los brazos en jarras, ejerció de padre preocupado, dispuesto a combinar comprensión y rapapolvo.

—Lo siento, tío. Pero es que esto me sobrepasa... No tengo ni puta idea de qué voy a hacer. ¡Se va todo a la mierda!

—Pero ¿me quieres contar de una vez qué es lo que está pasando?

—Que está preñada, ¡hostia! —balbuceó haciendo ímprobos esfuerzos para no volver a derrumbarse.

—¿Corina? —hizo como si no lo supiera.

—¡Claro que Corina, coño! ¿Quién va a ser si no?

Tras su encuentro con Darío había fantaseado con que su revelación fuera una mentira maliciosa ideada para martirizarlo.

—Pero ¿tan grave es? Quiero decir... tener un niño podría arreglar las cosas, formalizarlas —afirmó con ingenuidad manifiesta.

—¿Qué mierda va a arreglar? No arregla nada, lo pone peor. Todo va de mal en peor. Si es que soy un *desgraciao*... —concluyó arreándose un golpe en la frente para volver a apoyarse en el sanitario con la cabeza escondida entre los hombros.

—Pensemos con frialdad... Si es un embarazo no deseado hay soluciones, ¿no? Se pueden hacer cosas...

—Si es que el jodido embarazo es lo de menos. No lo entiendes...

—¡Es evidente que no lo entiendo! —dijo Pedro con contundencia, en una combinación explosiva de nervios e indignación—. Y si no me lo explicas no lo entenderé nunca. Así que empieza a hablar.

—No vale la pena... No puedes hacer nada.

—Pues me voy —dijo amenazante—. ¿Me voy y te dejo aquí llorando en el puto baño del trabajo? ¡Hostia, Javier! Te dije que te ayudaría. Todo en la vida tiene solución, y lo tuyo también.

—Pero es que yo me he liado con la peor gente posible. ¡Me cago en mi maldita estampa! ¡Si es que soy gilipollas!

—Eso no lo niego. A ver. Hasta donde yo sé estás colgado de Corina, la quieres... Si está embarazada no veo qué hay de malo en que lo habléis. Si está contigo es porque algo sentirá.

—Si es que las cosas no son así.

—Y, ¿cómo son?

—Pues que ella...

La vulnerabilidad de Javier Cardona inspiraba toda la lástima posible. Un hombre joven, bien parecido, con un aspecto cuidado, un trabajo vocacional y toda una vida por delante, se había convertido en la sombra de sí mismo, ojeroso, más delgado de lo recomendable, despistado, desconcentrado... Pedro lo apreciaba como a un hermano y le rompía el corazón verlo en ese estado. Se detuvo frente a él, con los brazos todavía enlazados. Inflexible, intimidante.

—Pues que Corina no es libre.

Pedro frunció el ceño y se pasó la mano derecha por la boca, donde dejó un instante. Confuso, no quiso agravar el estado de su compañero exigiendo respuestas. Reposó sus dudas, solo un poco.

—No sé si preguntarte por qué.

El mismo compañero con el que había compartido miles de horas de trabajo durante los últimos años, el padrino de su hijo, al que le confesó su atracción por Gabriela desde el primer instante, le pedía perdón con la mirada. No hicieron falta palabras. Su expresión le encogió un poco más el corazón.

—Mierda, Javi...

Cerró los ojos y le dio la espalda. Pretendía, al perderle de vista, pensar con frialdad. No fue así. Las palabras de Darío se clavaron en su sien reproduciéndose como en una alucinación psicotrópica que le producía mareos. Cualquiera en su sano juicio le aconsejaría alejarse, mantenerse al

margen por su bienestar y el de su familia. Quieto, focalizó el malestar en la boca del estómago. Sintió náuseas. Mentir es fácil y ocultar la verdad en determinados casos mucho más. No era una posibilidad remota que hubiera más secretos ocultos detrás del desastre de vida de Cardona. No sabía si estaba preparado para descubrirlos. Su determinación se matizó con el miedo. Necesitaba pensar, estar solo.

—A ver, Javier —dijo con los brazos bien agarrados entre sí para no darle el par de tortas que creía que merecía—. Es inútil que te pida que no la cagues más, ¿verdad?

—Te juro que no puedo cagarla más, tío.

—Eso no me tranquiliza en absoluto —dijo frotándose la frente con la mano izquierda—. Te pido, más bien te exijo, que te quedes en casa tranquilo, que dejes el teléfono móvil quieto, que no hables con nadie salvo con tu madre o tus hermanos. Ni se te ocurra llamar a Corma ni verte con ella. Dame tiempo para pensar.

—Lo que tú me digas, tío —aseguró asumiendo el papel del niño que consiente en contra de sus deseos para evitar el peor de los castigos.

—No, lo que yo te diga no... ¡Joder, Javi! No soy tu jefe, ni tu padre. Eres un hombre y deberías saber lo que te conviene. Quédate tranquilo en casa y si no estás seguro de poder controlarte, te vas a casa de tu madre, o a dónde se te ocurra, lejos de aquí. Pero no la cagues más.

—Lo siento, Pedro —dijo lastimero.

—No me vengas a mí con tus lamentos. ¡Coño! ¡Piensa un poco! Es que todavía no entiendo cómo has llegado hasta aquí, ni como sigo haciéndote caso.

—Gracias, tío —concluyó Cardona convirtiendo la última afirmación en una especie de súplica de perdón que solo él entendió como tal. Volvió a abrazar a Pedro, que apenas le permitió agarrarse. Lo apartó furioso.

—Me estás jodiendo, Javi. No es broma. Me quitas el sueño.

—Te lo agradeceré siempre, tío. Estoy en deuda contigo. Eres un hermano de verdad, más que mi sangre, mi ángel de la guarda —señaló sin rubor como si los conflictos que lo atenazaban se hubieran disipado cuando Pedro consintió en tomar el timón de su destino.

—No me pongas las alas todavía —refunfuñó agobiado—.

No sé por dónde empezar. Voy a hacer por ti lo que no haría ni por mí mismo. Que te quede claro —añadió con el dedo índice alzado, amenazante—. Le estoy mintiendo a mi mujer por ti.

—Te quiero, tío —insistió Cardona tratando de agarrarse a él de nuevo.

—Ya está bien de tanto abrazo, ¡coño! —Lo rechazó, para que su indignación no pasara desapercibida—. Te juro que como hagas algo inconveniente te dejo solo y me voy a mi casa. ¿Lo tienes claro?

—Sí, te lo juro. No te defraudaré.

La expresión de desagrado de Pedro tuvo respuesta inmediata.

—Al menos ya no más. Te quiero, hermano.

Javier Cardona besó a Pedro en una mejilla y salió por la puerta tras liberar el pestillo. El caos se había instalado en aquel baño hecho en serie. Solo frente a sí mismo se recriminó su estupidez y egoísmo. Se dijo que los problemas de Javier habían salido por la puerta y así acababan para él. Estaba a tiempo de mantenerse al margen, de salvarse, de no complicarse innecesariamente. Ni siquiera Cardona podía reprocharle tomar distancia. Pero no iba a hacerlo. Su amigo no pasaba por su mejor momento. Desde que unos compañeros encontraron a su padre ahorcado en una granja de su propiedad en Vinarós no había vuelto a ser el mismo. Los problemas personales de Cardona iban más allá del lío monumental en el que se había metido con los individuos menos indicados. Pedro lo intuía, pero Javier no compartía su intimidad. Como un mero espectador de su propia vida, rechazó apoyo profesional y equivocó los mecanismos de evasión. ¿Qué podía hacer?, ¿dejarle solo? Tenía calor a pesar de que no hacía.

En su día a día estaba más que acostumbrado a situaciones extremas, a problemas imposibles y desenlaces irreparables. En todos esos casos, sus intervenciones eran frías y efectivas. Hacía su trabajo con rigor y se iba a casa. Conocía su obligación y respondía con disciplina ante ella. Pero los de Javier no eran problemas que pudiera archivar en una carpeta. No ignoraba la irresponsabilidad que suponía seguir adelante, caminar entre las sombras. El hombre que lo miraba desde el espejo le dijo que el siguiente capítulo estaba escrito de antemano. Pese a que el desenlace menos halagüeño era el más probable, iba a sucumbir ante un concepto de lealtad mal entendido y mal gestionado.

János recibió un mensaje en el móvil que leyó con escaso interés mientras arrancaba con los dientes la mitad de un *croissant* con chocolate. Hacía tiempo que los soñaba, desde la última vez que estuvo en esa cafetería del centro. La dependienta lo reconoció y le sirvió el dulce con una sonrisa que él agradeció con una propina. Pensó en que podría tirársela si quisiera, le apetecía hacerlo. Quizás volviera más tarde. El mero hecho de imaginarlo lo había excitado, aunque el mensaje le cortó las ganas de golpe.

Con un gesto de desprecio, como si el bollo de hojaldre, levadura y mantequilla estuviera relleno de hiel, descartó el chat que acababa de abrir para iniciar una nueva conversación. Escribió con dificultad y desgana. Tenía dedos gruesos, incompatibles con ese teclado digital. Tardó más de lo que podría considerarse normal en completar el texto. Cometió varias erratas que no se preocupó de corregir. Cuando consideró que era inteligible, lo envió y se metió en la boca el resto de *croissant*, chupándose los dedos al tiempo que masticaba.

A varios kilómetros de distancia, sentado sobre la cama de su habitación de hotel, Darío cerró el programa con el que trabajaba en el portátil y atendió el mensaje de WhatsApp web. Leyó: «¿Todavía quieres ayudar al madero?». Contestó sin pensar y sin convencimiento: «Sí». Tuvo tiempo de levantarse, de cerrar las cortinas que le brindaban unas vistas privilegiadas aunque distantes del mar y de volver a la cama dispuesto a regalarse una siesta. Llegó el segundo mensaje de János: «Pues prepárate para tratar con gente muy cabrona. Eres un gilipollas».

No contestó. Aburrido, sus pensamientos se enfocaron en Gabriela, como

siempre que no tenía la mente ocupada desde que recibió una inesperada llamada de su marido para pedirle ayuda. Le preocupaba lo que estaba dispuesto a hacer por ella a pesar de las altas probabilidades de no obtener nada a cambio. János tenía razón. Era un gilipollas.

8

La quietud del mar la hipnotizaba, su movimiento constante, incluso cuando parecía que estuviera dibujado en el lienzo que enmarcaba la ventana. Cada día, todos los días lo mismo, sin tedio. Así agradecía el privilegio que se le había concedido, sin desperdiciar ningún instante para valorar en plenitud la fortuna que se había aliado con su destino. Todas las señales indicaban que aquel era su lugar en el planeta. El precio de aquella vieja casa estuvo muy por debajo del que habría considerado normal en el municipio más turístico de la provincia. La intercesión de Santiago en la negociación fue crucial —el cura siempre era crucial en su vida—, y aquel balcón abierto a la inmensidad fue suyo. La ancló a Peñíscola como las raíces a un árbol.

El día se apagaba y Gabriela encontraba en cada reflejo del ocaso un motivo para coger sus lápices y ponerse a trazar emociones, porque así dibujaba ella, pese a estar ante el mismo atardecer de todos y cada uno de los días. Su visión siempre era genuina. Desde lo alto de su porción del castillo, llenó los pulmones de orgullo regio. Cuántos turistas deambularían a lo largo del año por sus calles empedradas y fantasearían con ser propietarios de una de esas casas estrechas dispuestas como con calzador en calles angostas y empinadas coronadas por una fortaleza. Ella era propietaria de una. Su lugar en el mundo, en el que las decisiones presentes y pasadas encontraban justificación o se desvanecían, como si nada tuviera más importancia que estar allí.

Parpadeaba al ritmo con el que las olas impactaban contra la arena, despacio, en respuesta a un movimiento natural y espontáneo que no se preocupaba en comprender. Solo necesitaba saber que era, había sido y sería

así siempre.

La puerta del taller se abrió. El chirrido de las bisagras formaba parte de las particularidades de la casa. Sin ese quejido metálico no sería la misma. Apenas se ladeó. Sonrió antes de volver a la contemplación del Mediterráneo. Recibió un beso en la mejilla que correspondió cogiendo su mano masculina, fría, fuerte, siempre cargada de ternura para ella.

—¿Qué tal el día?

—Bien, como todos los días —dijo tras besar el dorso de la mano que sujetaba—. ¿Y el tuyo?

—Estoy muy cansado.

La abrazó por la espalda. Reposó la barbilla sobre su hombro y cerró los ojos, como si toda la calma posible se concentrara en ese parcela de piel que se comprende entre la parte trasera de las orejas y el nacimiento del brazo. Gabriela le acarició la mejilla. Se recreó en su cálido contacto.

—Cenaremos ligero, ¿te parece bien?

—Me parece genial. ¿Dónde está el niño?

—Con Luz, en casa.

—Luz vale su peso en oro —afirmó aprovechando el balanceo que les permitía el taburete para acunar a su mujer y acunarse en ella.

Callaron. El sol se escondió rápido. Pronto del mar solo se distinguía lo que permitía el reflejo del alumbrado público. La luz artificial del taller impidió que compartieran la penumbra.

Gabriela se dio la vuelta a pesar de la reticencia inicial de Pedro, al que la pausa se le hizo corta. Sin levantarse se abrazó a su cintura. Se besaron en la boca. Pedro la acapará entre sus brazos como el que teme que algo se le escurra.

—¡Cuánto bien me hace volver contigo cada día!

Su mujer le respondió con una mueca.

—¿Y esa cara?, ¿pasa algo?

—¡No, que va! Que estoy muy cansado. Solo necesito estar aquí contigo, así.

Sonrió tan pronto como él volvió a estrecharla contra sí. Respondió a su cariño sin matices. Sabía que Pedro llevaba días preocupado e incómodo, que temía su reencuentro con Darío más que el más complicado operativo policial.

Durante todo el día había rumiado la posibilidad de contarle lo sucedido entre ellos. Las reflexiones y la resaca de la pesadilla que todavía coleaba en su mente reforzaron su resolución.

—Darío ha estado aquí —le dijo intentando transmitirle la serenidad que imponía a sus palabras.

—¿Ah, sí?

Quiso mostrarse desinteresado. No se le dio bien.

—¿Y qué tal?

—Pues no muy bien.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ganando en concentración.

—Pues lo que tenía que pasar. Somos buenos amigos con una historia pasada que nos hizo daño a los dos. Hay cosas que no se olvidan por mucho que pase el tiempo.

A Pedro, la triste confesión le provocó felicidad. Se cuidó de expresarlo de algún modo.

—¿Habéis quedado en volver a veros? —sonó dubitativo y preocupado. Pedro era transparente para Gabriela.

—No sé... Quizás que nos volvamos a ver no sea lo mejor, visto lo visto. ¿Vosotros habéis hablado?

—Sí.

—¿Y cómo ha ido? ¿Su ayuda ha sido útil?

No podía corresponder con la misma sinceridad. Quería que Gabriela se mantuviera a kilómetros de distancia de los problemas de Javier.

—Casi. Imagino que podrá volver pronto a su vida, lejos de aquí... —La conclusión sonó más a súplica que a explicación.

—Y tú tan contento —dijo Gabriela en pie, ansiosa por regresar a casa para abrazar a su hijo.

—Me resulta indiferente —mintió.

—Sí, claro. Seguro que estás emocionadísimo sabiendo que ronda por el pueblo.

—Sabes que no es santo de mi devoción, pero no tengo nada en su contra. Solo que no puedo evitar desconfiar de él, lo sabes.

—¿Y por qué lo has buscado entonces?

—Quedamos que...

—Sí, ya lo sé. Quedamos en que era un tema del trabajo. Pero con los recursos que tenéis, sigo sin entender por qué era necesario hacer venir a Darío desde el extranjero para tratar lo que sea con él en persona.

—Te prometo que si logramos resolverlo pronto, te cuento...

—No vas a contarme nada. Lo sé. No me parece bien, pero no me queda más remedio que conformarme, ¿no?

—¡Venga, Gabriela! No es nada que te interese saber.

—Has hecho que me reencuentre con él tantos años después. Eres el único responsable de que me interese, incluso de que me preocupe.

—No tienes de qué preocuparte —aseguró haciendo un gran esfuerzo por ocultar su inseguridad—. Es solo un..., un trámite. Con su ayuda se solventará con más rapidez.

—Pero ¿tiene que ver con su familia?, ¿con su padre? Nadie sabe nada de Carlos Hervás por aquí. Es raro, cariño, no me lo puedes negar.

La insistencia de su mujer lo angustió.

—Quizás. —Fue su escueta e inconcreta respuesta.

—No será nada peligroso, ¿verdad?

—¿Peligroso?, ¿por qué? —Evitó su mirada para no delatarse. Cambió el semblante cuando una duda lo abordó—. ¿Qué te ha contado?

—Nada. Solo insinuó que se trataba de un asunto que era mejor dejar aparcado.

Que la saliva se evaporara en cuestión de segundos y que le resultara casi imposible forzar el movimiento de la nuez en la garganta no fue la reacción más adecuada para defender su despreocupación.

—Es una estupidez. Sabes que para la policía no hay trabajo fácil.

—Me quedaría más tranquila si supiera que no os traéis entre manos nada demasiado arriesgado. ¿Me prometes que es solo una gestión?

Engañarla a sabiendas le dolió mucho más que encontrarse con Javier Cardona llorando en el baño del trabajo. Seguro de que Gabriela no merecía una falta de respeto y una traición semejantes, asumió de antemano las consecuencias de lo que iba a hacer, pese a desconocer su alcance.

—¡Claro que sí! Ya te dije que no quiero más trato con él que ese. Nos ayudará a contactar con un par de personas, las interrogaremos y avanzaremos en una investigación. Él se irá y todo volverá a la normalidad.

Gabriela no le creyó. No soportaba el engaño; el legado que resumía una juventud en la que todos decidieron qué era lo mejor para ella, dejándola creer todas y cada una de las mentiras, medias verdades o invenciones que se encadenaron hasta convertirla en una completa desconocida para sí misma. Pero, consintió. Si Pedro no le contaba cuáles eran sus tratos con Darío, lo haría él, y si los dos persistían en su intención de mantenerla al margen, pero en medio, hablaría con Santiago. Él no le fallaría, como tantas y tantas veces antes.

—Está bien. ¿Nos vamos a casa?

—Claro —respondió convencido de que había salido ileso de la embestida—. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que te quiero.

—Lo sé. Pero no me dejas tranquila.

Se besaron rozando sus lenguas, sus pechos, sus pelvis... Pedro le habría hecho el amor allí mismo, de pie, contra la pared, sobre una mesa; Gabriela le habría arrancado la ropa para envolverse en su cuerpo, del que conocía cada músculo, cada cicatriz o imperfección. Pero cuando creyó notar las ganas de su marido retenidas bajo el pantalón, él se separó y tuvo que apagar las suyas de golpe. Fue su *vendetta*.

Iniciaron cogidos de la mano el trayecto que separaba el taller de su casa. No era corto. Lo disfrutaron en silencio, por el remordimiento que provocaba en él la mentira y por la inquietud que le generaba a ella saberse engañada. Haber abortado una fogosa reconciliación previa al agravio, no ayudó a mitigar la tristeza clandestina que compartían.

A un par de kilómetros, en el segundo piso de un bloque de viviendas de una urbanización de las afueras, un hombre respondía con un «Ok» a las indicaciones que había recibido a través de un mensaje de móvil. Se quitó el pijama, se puso ropa de calle y salió de forma furtiva. No titubeó, no se planteó límites, ni conveniencias. Actuó por puro instinto, desoyendo los consejos de su mejor amigo.

9

Seguía con la mirada a una mujer que corría por la calle que daba acceso a la entrada principal del hotel Don Carlos, donde se hospedaba. Llevaba buen ritmo, parecía en forma. El sol todavía no se había impuesto y una neblina invernal enturbiaba el ambiente, aunque no lo suficiente como para impedirle apreciar su equipamiento, adecuado para ilustrar la portada de cualquier revista especializada en la nueva moda *runner*. Él también corría cuando tenía tiempo. Quizá lo hiciera un poco más tarde. El día amaneció fresco, lo que no lo persuadió de abrir los ventanales del balcón para, desde el exterior, observar en la distancia el perfil del castillo, testigo inmóvil e inerte de los acontecimientos que se habían sucedido en aquel lugar desde que fue construido por los templarios como fortaleza defensiva entre los siglos XIV y XV, sobre una antigua alcazaba árabe. Así lo explicaba un folleto informativo que habían colocado estratégicamente sobre el escritorio de su habitación. Tantos años viviendo en aquel pueblo y nunca se había interesado por los detalles de lo que mejor lo distinguía. La idea de que hubieran transcurrido seis siglos desde que alguien decidiera construir un castillo en aquel punto de la costa lo llevó a divagar sobre el paso del tiempo y sus avatares, sobre cómo afecta a las personas, sobre cómo las cambia.

De tanto recrearse en la fugacidad de la existencia se descubrió mirando de forma refleja el reloj de pulsera que pocas veces se quitaba. Faltaban unos minutos para las ocho y media. Por delante, menos de diez horas de sol que quería aprovechar. Haría algunas fotos, comería en un chiringuito junto al paseo marítimo, se vería con un conocido de János e intentaría salvar la integridad física de un completo desconocido, tal vez poniendo en riesgo la

suya. Casi nada para un día de diciembre que anunciaba el tránsito entre la luna llena y la nueva. Pensó que su tristeza podía ser fruto de la injerencia invisible del satélite terrestre. La mujer que corría estaba más cerca del paseo marítimo. Darío estornudó. Había llegado el momento de volver a la realidad. Se desvistió sin importarle que las cortinas estuvieran recogidas. Caminó en cueros por la habitación, preparando la ropa que iba a ponerse después de darse una ducha, tras descartar la idea de hacer deporte, por pura pereza. No se recreó bajo el agua. Después de secarse y mientras se ponía los pantalones, sentado en la cama, sonó su teléfono móvil. Se abrochaba el botón de los vaqueros cuando reconoció el nombre de quien lo requería. Se apresuró en contestar.

—¿Qué pasa?, ¡Santiago!

—Darío, amigo. Me alegra oír tu voz. Espero no haberte despertado.

—¡Qué va! Ya sabes que soy madrugador. ¡Ey! De verdad que me alegro mucho de oírte.

—Sí, las conversaciones cobran sentido cuando tienen voz.

Santiago y Darío no habían perdido el contacto en ningún momento, a pesar de que le habían hecho creer lo contrario a Gabriela. Más bien le habían ocultado que era así, por voluntad del segundo. En un mundo dominado por las redes sociales y los mensajes inmediatos, sustituyeron la tradición epistolar de dos amigos que quieren saber el uno del otro desde la distancia por correos electrónicos periódicos, en los que se ponían al día sobre sus vidas. El cura sabía que Darío viajaba a Peñíscola y, de forma sucinta y superficial, conocía los motivos, sus dos versiones.

—¿Cómo estás?

—Bien. Disfrutando de las estupendas vistas desde el balcón del hotel.

—De vuelta en casa —dijo el sacerdote con intención evocadora.

—Hace mucho que esta no es mi casa, y lo sabes.

—El lugar donde crecemos nunca deja de ser parte de nosotros.

—Siempre has sido un romántico. No está mal viniendo de un nómada.

Los dos rieron. Darío sujetaba el móvil con el hombro mientras se ponía unas botas de piel marrón oscuro.

—¿Y tú, qué? Imagino que feliz, como siempre. Para ti no hay destino que tenga inconveniente.

—Estoy bien, sí. Los pueblos pequeños pueden ser muy especiales. Las puertas en estos sitios siempre están abiertas.

—Literal...

—Literal y metafóricamente —completó el cura con la misma actitud relajada de siempre—. Te vendrán bien estos días de descanso y desconexión.

—¡Cómo lo sabes! Que el silencio no sea inquietante es terapéutico, ¿sabes?

—Comprendo.

Darío se tomó unos segundos para recordar. Los últimos años se había cobijado demasiadas veces de bombardeos, tiroteos o emboscadas, que siempre mataban a víctimas inocentes. Todas lo eran. Reprodujo con fidelidad en su cerebro esos lugares donde el más aterrador de los silencios precede a la llegada de la parca a lomos de armas fabricadas por quienes necesitan de la guerra y la muerte para hacer negocio y engordar su opulencia. El recuerdo le trajo, como si estuvieran pegados a su piel, los mismos olores irrespirables. Olor a miseria, a injusticia, a la ciega, sorda y muda hipocresía. Realidades que siempre trataba de inmortalizar en sus fotografías. No creía haberlo conseguido, la razón principal por la que volvía siempre a ese compromiso subconsciente e insoslayable. Suspiró al recuperar el mismo horror que ocupaba sus pesadillas a menudo. Santiago captó la amargura en la pausa.

—Has visto ya a Gabriela, ¿no?

—¿Tú que crees?

—Pues que no habrás ido ni al hotel a dejar las maletas.

—No ha sido para tanto, pero casi.

Sonrió. Santiago tenía la virtud de adivinar sus intenciones antes que él mismo. Albergaba el convencimiento de que esa habilidad provenía de su falta de suspicacia y del tiempo que habían compartido, durante el que se convirtió en un libro abierto en sus manos.

—¿Cómo ha ido?

—No tan bien como esperaba.

—¿Y qué esperabas, Darío?

—Pues ahora no lo sé, la verdad.

Darío se rascó la cabeza en busca de la sensatez perdida. Santiago le dio tiempo.

—Hay cosas que no pueden ser...

—Ya, ya lo sé —lo interrumpió cansado de que le repitieran el mismo mantra—. Me sé de memoria lo de: «Es mejor así». Aunque no sé para quién es mejor así.

—Para todos, amigo.

—Sí, sí... para todos.

Volvió a frotarse la cabeza, como si así pudiera arrancar pensamientos dolorosos y parasitarios, como si pudiera rebelarse contra sí mismo.

—¿Habéis podido ponerlos al día, al menos?

—En parte. Para ser cura eres un poco malicioso —dijo con resquemor—. ¡Un hijo! ¿En serio? ¿No podías decirme que tenía un hijo?

—Tampoco le he dicho a ella que no haces fotos para una revista de viajes.

La culpa apagó la recriminación. Fue muy explícito al pedir a Santiago que no le dijera a Gabriela que ese Matthew Rodrigues que poblaba de fotos sus redes sociales transmitiendo la crudeza de conflictos bélicos, crisis humanitarias o desastres naturales no era un ídolo profesional, sino su *alter ego*. Con criterio poco argumentado, su justificación reconocida era ocultarle su verdadera vida para no preocuparla, evitarle cualquier tipo de sufrimiento cuando se jugaba el tipo para la agencia de noticias para la que trabajaba como reportero gráfico. «Si nadie me espera en casa mi trabajo será mejor, más comprometido, más profesional», llegó a decirle a Santiago para justificar que fuera cómplice de su engaño. Saber que había hecho lo mismo por ella le convertía en el gran amigo que ambos apreciaban.

—Siempre cuidando de todos —confesó sin más defensa.

—Me hacéis daño, los dos. Y lo que más me duele es que no seáis conscientes. Ya he hecho esto antes, ¿recuerdas? Oculté la realidad de María, me mordí la lengua cada vez que a Gabriela le llegaban cartas, supuestamente desde África, llenas de mentiras. Lo que hacéis conmigo no está bien y que yo os siga el juego otra vez, tampoco.

—Lo sé.

—La realidad puede doler al principio, pero al final, con el tiempo, se asimila. No queda otra. La mentira duele siempre... —Se dio una pausa para dársela a Darío—. Tú ya sabes que es madre. Va siendo hora de que ella

conozca tu secreto.

—¿Para qué?

—¿Porque sois amigos?, ¿porque no tiene ningún sentido ocultar cosas así?, ¿porque sois un par de cabezotas que no aprendéis de vuestros errores?

Darío se puso en pie. Quería a ese cura de voz sosegada y aspecto laico, pero ya se fustigaba suficiente él solo como para recibir más castigo externo.

—Ey, espero poder abrazarte antes de irme.

—No te perdonaré que no sea así. Oye, Darío...

—¿Qué?

—Habla con Gabriela. Hacedlo con el corazón en la mano.

—Venga, Santiago. ¿Cuántas veces me has advertido que ahora está con otra persona, que es feliz y todas esas historias? ¿Qué quieres que le diga desde el corazón?, ¿que no me la quito de la cabeza y que quiero que lo abandone todo para venirse conmigo?

—Eso no es lo que quieres.

—Eso es lo que a ti no te gustaría que quisiera... Bueno, avísame cuando estés por aquí, ¿vale?

—No lo dudes.

Colgó. Ya no era aquel joven que recibía los consejos de Santiago como una puerta a la salvación. La soledad, la distancia de todo lo que creía suyo y ser testigo directo de esa parte de la vida desgarradora, instalada en el sufrimiento perpetuo, que no se comprende por muchas veces que se repita, lo habían cambiado. Todo era relativo y prescindible para él. Todo salvo una persona.

Sentada en su taburete de cara al ventanal, absorta en la admiración del color plateado del mar en el típico día gris e invernal en el que se había transformado aquel martes de diciembre, siseaba con discreción la letra de la canción *Porque queramos vernos*, de Vanesa Martín, que sonaba en el equipo de sonido del taller. «Que si me voy, siempre me echas de menos/, sin que te comprometa un solo rato/. Contemos corazón que ya sabemos/, caer de pie como caen los gatos». Se acariciaba los dedos tan despacio que llegó a creer que no eran los suyos. «Que nos quiten la venda después/ cuando el agua nos vuelva a cubrir/ y si abrimos los ojos será/ porque queramos vernos».

Desde la habitación no se oía el ruido de las olas golpear sobre las rocas que sustentaban el casco antiguo del pueblo, pero ella las sentía. Quería, pero no podía, quitarse a Darío de la cabeza, pese a la tortura que le producía la sensación de estar engañando a Pedro al no ser capaz de apartarlo de sus pensamientos. Encontrarse esa noche en la cama con la fornida espalda de su marido, que simulaba dormir para dejarse poseer por lo angustioso de sus inquietudes, no fue el mejor escenario para que Gabriela ignorara la exactitud con la que revivía sus días con Darío. Cerró los ojos cuando la reproducción aleatoria del equipo de música se detuvo para cambiar de corte. Respiró y sintió tan real como si fuera cierta una lengua de agua marina que se colaba por debajo de la mesa para empaparle los pies. Ni había agua en el suelo, ni sus pies estaban mojados, pero fue tan real que le erizó el vello bajo la ropa.

La guitarra de los primeros compases de *A la tienne*, de Gaël Faure, le devolvieron la serenidad, eso y el ruido de los cochecitos metálicos con los que Diego recorría las mesas en un circuito de carreras imposible. Se arregló

el pelo, se recolocó un jersey que ya estaba en su sitio y se dispuso a colocar cada cosa en su lugar antes de ir de compras.

Que la puerta se abriera de improviso y con un ímpetu poco habitual les sobresaltó tanto a ella como al pequeño, que se quedó inmóvil un instante, hasta que reconoció al hombre que se había colado en el interior de la casa, jadeante.

—¿No está Pedro aquí?

—¡Javier! *Joer*, que susto nos has dado. —Sonrió Gabriela con una mano sobre el vientre.

—¿Está Pedro?

La nula simpatía de su expresión y su evidente nerviosismo fueron una novedad para madre e hijo, que lo observaban con idéntica extrañeza.

—No, no está. Estará en casa.

—No, allí tampoco está. Y no me contesta al móvil.

—Pues no sé qué decirte. ¿Pasa algo? —preguntó asumiendo parte de la inquietud que su amigo transmitía.

—¿No sabes dónde puedo encontrarlo?

—Javier... —Esbozó una mueca de desconfianza—. ¿Pasa algo? ¿Por qué tanta insistencia en saber dónde está Pedro? ¿Tengo que preocuparme?

No contestó de inmediato y el pánico se instaló en su pecho en contundentes sacudidas del corazón que casi creyó oír.

—Javi, ¿dónde está Pedro? —preguntó ansiosa.

—No, no... No te preocupes. Solo es que necesito hablar urgentemente con él, y no lo localizo.

—¡Por favor!, me has asustado —añadió sin retirarse la mano del torso, todavía afectada—. No tendrá cobertura o se habrá quedado sin batería. No te preocupes. Sabes que en cuanto vea las llamadas se pondrá en contacto contigo. Si quieres lo llamo yo, a ver si...

—No hace falta. Nos vemos, ¿vale?

Con la misma energía con la que había entrado, salió. Dejó la puerta abierta tras de sí. Diego no se movía. Gabriela se asomó al portal para comprobar como el compañero y mejor amigo de su marido se alejaba a toda prisa calle abajo. Cuando volvió al interior del taller, el niño ya había recuperado sus juegos. Cogió el teléfono móvil y marcó el número de Pedro.

No dio señal. Antes de preocuparse innecesariamente optó por enviarle un mensaje: «Javi ha estado en el taller. Ha sido muy raro. Llámale y llámame a mí, por favor».

11

Muy alejado de sus días de esplendor, aquel restaurante de carretera había perdido toda su vitalidad tras la decisión del gobierno de turno de desviar el tráfico de camiones de la N-340 para disminuir los accidentes de tráfico. La peculiar personalidad del propietario había cambiado desde entonces. Sus risotadas, sus gritos dando la bienvenida a los habituales, sus porfías, sus chistes malos, formaban parte del pasado, como la barra llena de conductores cansados de la soledad de la ruta. Pedro no tuvo problemas para aparcar. Salvo por la afluencia de público, había cambiado poco, aunque esa diferencia le pareció más que suficiente para sentirse un extraño.

Subió las escaleras de acceso con desgana y un nudo en la boca del estómago. Sentía tanto frío como calor. Añoraba la cordura que se le había esfumado de manera incomprensible. Gabriela a esas horas estaría en el supermercado después de recoger el taller. Diego con ella. Ese era su lugar y no aquel restaurante de carretera venido a menos.

Al otro lado de la barra, un hombre delgado y malcarado se apoyaba en la superficie metálica. Le dedicó una mirada indiferente. Alzó la barbilla a modo de saludo, Pedro le respondió con un discreto movimiento de la mano derecha. Escrutó las mesas que se repartían por el salón. Solo tres estaban ocupadas. En la más alejada, Darío, János y un desconocido le esperaban.

Tragó saliva. Caminó hacia el trío como el que se dirige al tribunal para ser juzgado por la comisión de un delito infame. Darío lo miraba. Solo él se levantó cuando estuvo lo suficientemente cerca. Le tendió la mano y se la estrechó con firmeza. Entendió aquella cordialidad no deseada como su mal menor.

—Este es Pedro Senté.

—El madero —dijo con voz gruesa y rota el desconocido, retándole con una mirada fulminante y poderosa.

János también le ofreció su mano. Respondió sin tener demasiado claro si debía permanecer de pie para resolver la conversación cuanto antes. ¿Cuántos de los que estaban en aquel bar podrían ir con el cuento de haberlo visto solo junto a individuos de dudosa reputación en un lugar apartado del pueblo? La conciencia lo castigaba con cada nueva duda. Notó un ligero pálpito en el ojo derecho que intentó calmar frotándoselo con insistencia mientras se sentaba.

—¿Quieres tomar algo, Senté?

—No, gracias.

—Tómame algo, tío. Vas a pagar tú. Al fin y al cabo estamos aquí por ti. Te vendrá bien una cerveza. ¿Te pido una cerveza?

Asintió para no empezar con mal pie la cita más angustiosa de su vida. János alzó el brazo y le hizo una seña al camarero, que comprendió sin esfuerzo.

—Bueno —intervino Darío, tan incómodo como el recién llegado—. Este es Anton, el tipo con el que querías hablar.

—Con el que no hay de qué hablar —dijo Anton con un marcado acento extranjero—. No sé por qué he venido, porque no tengo trato con maderos.

—Has venido porque yo te lo he pedido —le increpó János con seriedad—. Escuchamos, hablamos y vemos qué se puede hacer con ese problemilla que tenéis.

—Yo no tengo ningún problema con este fulano —afirmó con desprecio—. El que tiene uno muy gordo es el hijo puta de su compañero, ¿verdad?

—¿Cómo puedo ayudarlo? —preguntó Pedro dejando a un lado la cohibición propia del que sabe que se adentra a conciencia en arenas movedizas.

—No puedes —dijo entre dientes Anton antes de sorber de la boca de la botella que tenía ante sí—. Cada cual debe saldar sus cuentas.

—¿Cuánto te debe?

—Si me debiera dinero a mí no tendría piernas —insistió en su actitud amenazante y prepotente.

—¿Entonces?, ¿por qué tengo que hablar con él si no es la persona

autorizada para negociar? Te pedí hablar con el que maneja los hilos — increpó a Darío obviando por un instante su delicada posición.

—Pedro, macho. Te metes con la persona equivocada. Me pediste que te echara un cable, yo le pedí ayuda a János por ti y esta es la mejor solución que podemos ofrecerte. Anton trabaja para el tipo que buscas, habla por él. ¿No es así?

—Bogdan no quiere negociar nada, y menos contigo. Él quiere que el cobarde de tu colega dé la cara. ¿Dónde se esconde?

—Estoy dispuesto a pagarlo, todo —dijo muy nervioso y agobiado.

Anton rio de forma estridente y molesta. Todos los presentes desviaron su atención hacia el grupo, lo que incomodó a Pedro más de lo soportable.

—¿Vas a dar la cara por ese gilipollas? —preguntó apoyado en la mesa para acercarse tanto como pudo a Pedro—. ¿Vas a dejar que te la partan por un don nadie?

—¿Cuánto?, ¿cuál es el precio para zanjar este tema?

—La vida es el precio —masculló con convicción, moviendo la cabeza como una fiera a punto de lanzarse a la yugular de su víctima—. ¿Vas a dar tu vida por la suya?

—¡Ya está bien, cojones! —irrumpió imperativo János— Me importan una buena mierda vuestros problemas y negocios, pero no hace falta ponerse en plan chulo para acojonar a nadie. Si Bogdan quiere cobrar, este imbécil quiere pagarle. ¿Qué problema hay?

—Nadie le toma el pelo a Bogdan —dijo su lacayo a regañadientes, al verse desautorizado.

—Hasta donde yo sé, nadie se la ha pegado a nadie. Al amigo imbécil de este imbécil se le ha ido la mano con el juego y ha perdido mucha pasta. ¿Cuánta?

—Mucha.

—¿Cuánta, hostia! —insistió János visiblemente asqueado.

—Ciento cincuenta.

—¿Ciento cincuenta mil?

Pedro transmutó en toro bravo ante el descabello tras haber sido martirizado con picas y banderillas. Ni en sus cábalas más pesimistas se le había pasado por la cabeza que la deuda pudiera ser tan abultada. El sueldo de

un funcionario con hipoteca y familia que mantener no daba para tanto.

—¿Tienes ciento cincuenta mil euros, Senté? —preguntó János asumiendo el papel de mediador, agobiado por una conversación que le cansaba y enfurecía a partes iguales.

—Ahora no —musitó—. Pero los tendré.

—Arreglado. Los tendrá. Os paga y asunto resuelto.

—Hay cosas que no se pagan con dinero —añadió Anton recostado en el respaldo de la silla para exhibir su imponente aspecto ante el hombre que se apocaba por su posición de dominio desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué cosas?

János cabeceó. Le dedicó un gesto de reproche a Darío, que les miró a todos en silencio, arrepentido por su insensatez.

—Ese cabrón ha metido mano en sus negocios y en sus propiedades. Ha violado a su hija y la ha dejado preñada. ¿A que eso no te lo ha contado su amigüete?

—¿Su hija? —preguntó János, que se mordió la lengua en un esfuerzo titánico por retener la ira y no abandonar la conversación y el problema.

—¿Qué harías tú con ese fulano si violara a tu hija? —preguntó Anton tentando al húngaro.

Las miradas que intercambió con Darío resumieron los reproches. Pedro sintió pánico. El aire se convirtió en un elemento espeso y pringoso que no llegaba con fluidez a sus pulmones. Quería llorar, gritar, salir huyendo, pero se quedó clavado en la silla para tratar de convencer a todos de que su amigo quería a esa chica y que las relaciones habían sido consentidas, aunque a esas alturas le costara creer su propia versión.

12

Diego, encaramado a los brazos de su madre, observaba desde el portal el coche que estacionaba frente a su casa. No dejaba de saludar y reír impaciente, con esa emoción pura que solo sabe manifestar un niño feliz al recibir a personas añoradas. En su pequeña cabecita no cabían rencores, ni susceptibilidades. Un cariño immaculado lo llenaba todo. Sus primos Gonzalo y Gabriel se asomaron por la ventanilla trasera mientras Keno, su padre, maniobraba para acoplar el vehículo en el espacio entre dos garajes.

Cuando la puerta de atrás se abrió, con repetitivos y molestos aspavientos reclamó apearse para correr al encuentro de sus «tetes», así los llamaba. Por la parte delantera, en el lado opuesto, se asomó María, tan deslumbrante como siempre. Gabriela levantó la mano para manifestarle su bienvenida, sin moverse del portal. Contempló a su familia con atención y cierta melancolía. Darío no solo había traído consigo los recuerdos compartidos. Otros de cuando estuvieron juntos, apartados para que dejaran de escocer, renacieron.

María estaba igual que ese día en el que se reencontraron en una estación de tren tras muchos años y unas cuantas mentiras. Revivió con exactitud la emoción de conocer a sus sobrinos, por aquel entonces tenían la misma edad que Diego. Reprodujo el ansia con la que gestionó los meses siguientes, organizando visitas periódicas para profundizar en la relación con su familia. No todo fue felicidad. Las dos hermanas tuvieron que afrontar la ineludible colisión. Tras un par de meses de convivencia y muchos pensamientos reprimidos, los rencores y reproches afloraron. María tartamudeó al tratar de ser convincente, le resultó angustioso explicar cómo durante años le envió cartas desde su supuesta vida en una aldea africana, a pesar de que solo

permaneció allí unos meses. Reconocer una falsedad tan vilmente tramada y sostenida constituyó el mayor bochorno imaginable para una mujer que creía expiados sus pecados. Los detalles de la falacia no tenían desperdicio. Hubo cómplices: una joven cooperante y una monja hacían las veces de María y reenviaban sus misivas a cambio de su agradecimiento eterno y aportaciones económicas periódicas, aunque todas sosegaban sus conciencias por participar en el engaño al fundamentarlo en el cariño que se profesaban tras compartir vivencias muy intensas, en algún caso extremas. No conocían a la víctima del embuste, por lo que la falta se difuminaba.

La discusión de las verdades estremeció las paredes de la casa. Cada por qué obtenía un vacío, una explicación vaga del tipo «el tiempo pasa tan rápido», «cuando quieres darte cuenta...». Justificaciones que no convencieron a Gabriela. Se enfadó, lloró, tragó. Dejaron de hablarse durante días. Con la costra de la herida seca, se reunieron con los rencores digeridos y las dudas resueltas. Dejaron espacio para el olvido y hacer viable el perdón.

Acordaron no hablar de África, de sus padres, de su separación, de sus vidas alejadas. Rubricaron el pacto con un abrazo. No siempre resultaba fácil, pero se comprometieron a no perderse en las consecuencias del resentimiento y la vergüenza que se habrían impuesto de lo contrario. María fue el principal apoyo de Gabriela cuando la historia con Darío voló con él para perseguir sus proyectos profesionales, alejándose con una buena excusa del verdadero trasfondo de la ruptura. Su consuelo silencioso y sus conversaciones hasta la madrugada acabaron con cualquier rastro de resquemor. Se hicieron más hermanas de lo que un libro de familia o un análisis genético podrían certificar.

Entre sus citas inamovibles desde la reconciliación estaba la Navidad, la razón por la que la familia descargaba las maletas del coche. Los dos gemelos, el motivo por el que Gabriela aparcó el despecho y abrazó la indulgencia, se disputaban las atenciones de su primo, mientras ignoraban las indicaciones de Keno para que lo ayudaran con el equipaje. Junto a su tía, la besaron arrancándole una risa por su impresionante cambio de voz.

—¿Cómo estás, tía Gabi? —preguntó su tocayo masculino rodeándole los hombros con el brazo, como solía hacer desde que su altura la había convertido en una mujer diminuta a su sombra.

—Muy bien, cariño —contestó mientras le rascaba la barbilla repleta de pelillos rebeldes en un quiero y no puedo de barba que le arrancó otra risilla burlona—. ¿Y los exámenes?

—¡Buf! —fue su única y onomatopéyica respuesta, antes de seguir a Diego hacia el interior de la casa, cediendo el turno para que su hermano la agasajara.

—Gonzalo, cariño. ¿Todo bien?

—Bien, tía —contestó tras un beso—. ¿Me das la clave de la *wifi*?

—Ya sabes que sí.

El segundo siguió al primero, concentrado en la manipulación de su teléfono móvil, justo cuando María, que arrastraba una maleta con ruedas, llegaba a su altura y le brindaba un abrazo añorado.

—¡Mi chica! —le dijo al tiempo que la zarandeaba con efusividad—. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Qué día tus hijos dejaron de ser mis niños?

—¡No me hables! ¡Adolescentes! Para hablar con ellos tengo que enviarles un WhatsApp. ¡Hemos creado unos monstruos tecnológicos! —concluyó.

—¿Habéis tenido buen viaje?

—Sí, muy bien. ¿Santiago ya ha llegado?

—No, mañana.

—¿Y Pedro?

—Tenía cosas que hacer.

—¿No me dijiste que se cogía unos días libres?

—Sí, pero tenía un par de asuntos pendientes. No creo que tarde.

Gabriela no reconoció ante María su ansiedad. Desde la extraña visita de Javier Cardona al taller horas antes, no tenía noticias de su marido. Eligió no dramatizar y esperar su regreso sin mayor pena ni gloria ni noticias desagradables que contar. Nadie sabría que su corazón empezaba a parecerse a una pasa.

Keno, tras alinear un par de bolsas en el recibidor, achuchó a Gabriela con firmeza hasta dejarla sin oxígeno. Ella, una vez liberada, lo emplazó a entrar. En la calle, el viento frío arreciaba invitando a guarecerse.

Los chicos se repartían actividades en el comedor, junto al fuego. El mayor de los gemelos, como le gustaba reivindicarse por haber salido del vientre materno unos minutos antes que su hermano, contemplaba absorto la pantalla de su *smartphone*. Gabriel compartía con Diego su entretenimiento: ver vídeos cómicos en Youtube, también en su teléfono móvil, mientras Keno les observaba relajado, interviniendo de vez en cuando en alguna conversación.

Ocupadas con los preparativos de la cena, Gabriela y María charlaban en la cocina. La buena compañía no lograba apartar, sin embargo, unos pensamientos que vagaban por otros derroteros. Desde que se habían quedado solas, Gabriela esperaba el mejor momento para confesarse, pero el tiempo transcurrido sin verse jugaba en su contra. María no dejaba espacios a los silencios. Cuando se tomó un respiro obligada por el trozo de zanahoria que masticaba, encontró la ocasión para intervenir.

—Darío ha vuelto. —Fue rápida, contundente y explícita, no cabían preliminares.

La expresión de María, paralizada por la impresión, habló por sí sola.

—Está en Peñíscola, de paso, pero nos hemos visto.

—¿Darío? —preguntó una vez deglutido el bocado que masticaba, sin riesgo de asfixia.

Gabriela asintió. Apretó los labios para aparentar indiferencia. Su hermana ya no maniobraba con los utensilios de cocina y las verduras. Solo la miraba.

—¿Y qué?

—¿Y qué, qué?

María hizo un gesto cómico y siguió con sus tareas culinarias en silencio; una pausa que incomodó más a su anfitriona que a ella, que pretendía sonsacarle sin hacer preguntas.

—No ha pasado nada.

—¿Qué tendría que pasar?

—Eso, ¿qué tendría que pasar? Somos dos amigos que vuelven a verse después de muchos años.

—Claro, ¿qué si no?

El sonido del agua al salir a presión del grifo e impactar sobre unos pimientos rojos ya troceados y el del cuchillo al golpear rítmicamente sobre la tabla de madera que Gabriela utilizaba para cortar la cebolla, amenizaron la falta de conversación.

—Ha sido raro.

—Imagino.

—No se esperaba lo de Diego.

—Es lo que querías.

—¿Qué pasa? —recriminó Gabriela ante el tono aséptico de su hermana.

—¿Cómo que qué pasa?

—Ese tonillo, como si todo te diera igual.

—¿Quieres que me importe?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—La clase de pregunta de alguien que prefiere no meterse en laberintos inescrutables. Hablar de Darío lo era hace algún tiempo.

—Eso está superado —afirmó Gabriela volviendo al cuchillo y la tabla de madera.

—¿Lo está?

Se detuvo. Dejó el afilado y cortante elemento sobre el banco de cocina y cogió un trapo para limpiarse las manos.

—La otra noche soñé con él.

María también interrumpió la manipulación de alimentos para atenderla.

—Fue... ¿raro?

—No sé. ¿Qué soñaste?

—Pues... Llegaba de improviso y se comportaba como si no hubiera cambiado nada. Acabamos haciendo el amor ahí encima. —Señaló hacia la isla central. María rio—. ¿Qué te hace gracia? —la increpó molesta.

—Todas hemos tenido alguna vez un sueño subidito de tono con alguien y no suele ser con nuestros maridos.

—Ya sé que no soy única.

Se concentró en cortar la verdura en pedazos casi simétricos como mecanismo de evasión. María la interrumpió.

—Pero ¿sabías que venía?

—Sí. Pedro contactó con él hace semanas. Necesitaba su ayuda para un

caso. No sé de qué va la cosa, no hablamos de su trabajo en casa.

—¿Cómo? ¿Que Pedro le pidió ayuda? Eso sí que es impactante —dijo María con la curiosidad acrecentada—. Pero ¿no te ha explicado nada?

—Solo lo imprescindible. Que necesitaba hablar con János, ¿te acuerdas? Te hablé de él. Trabajaba para el padre de Darío cuando... —interrumpió su explicación. Aquel era uno de los temas prohibidos.

—Sí, el húngaro. Me acuerdo. Es todo un poco raro, ¿no? ¿Darío mantiene relación con ese tipo?

—Es evidente que sí. Tampoco sé de qué clase. Le he preguntado, pero tampoco ha querido darme detalles. No sé... Este asunto me da mala espina.

—Muy normal no es, desde luego. Pero Pedro es un hombre sensato.

—Sí, a eso me agarro para no perder los nervios.

Completar la receta elegida para esa noche era una prioridad. Los cuatro hombres que esperaban en el comedor no tardarían en protestar, hambrientos. Las dos hermanas se aplicaron a esa tarea pensativas, cada una centrada en sus propias reflexiones. Las dudas de María pudieron con su discreción.

—¿Y cómo lleva Pedro que Darío esté aquí?

—Mal. Después de contármelo no hemos vuelto a hablar del tema. Pero no se fía de él.

—Pues no lo demuestra. Si tan poco se fía ¿por qué le ha buscado? Respeto esa norma vuestra de no hablar del trabajo en casa, pero este asunto es bastante personal como para que te responda a un par de cuestiones, las esenciales. ¿A Darío tampoco le has preguntado?

—No quiere decirme nada. Solo me recomienda que convenza a Pedro de dejar el asunto. Estoy bastante inquieta, la verdad. Me cuesta centrarme. Esta mañana regalaba el cambio de cincuenta euros por una compra de quince en el súper.

—Razón de más para pedirle alguna explicación a Pedro. Vamos, yo lo haría.

María se volvió hacia la isla central para seguir con la preparación del menú. De repente, sin mediar incitación alguna, rio.

—¿Qué pasa?

—Así que un sueño erótico con Darío aquí encima... —murmuró provocativa para acabar riendo de nuevo.

—No me hace gracia.

—Pues a mí sí.

Cuando logró controlar su hilarante estallido, Gabriela se acercó con la excusa de darle una ensaladera.

—Oye. ¿Nuestra madre quiso alguna vez a papá?

María ya no reía. Tema prohibido, tema peligroso. Sustituyó la zanahoria por un trozo de tomate fresco para darse tiempo. Meditó antes de responder.

—¿No acordamos que era mejor no hablar sobre determinados temas?

—Vamos, María.

La hermana mayor mantuvo la mirada de la pequeña un instante. Masticó una porción de nuez enérgicamente. Bebió agua.

—Mateo era un buen hombre y nuestra madre lo quiso como se puede querer a una buena persona.

—O sea, que nunca le quiso.

—No digas eso. Claro que sí. Pero ya sabes que en su cabeza siempre estuvo... —María interrumpió su explicación consciente del daño que les causaba a ambas saberse hermanas solo a medias—. Mamá siempre quiso a mi padre. Ese amor prohibido fue la razón por la que se fue. Lo sabes.

—Nos dejó por él. Debió de ser muy intenso.

—Gabi, cariño. ¡Hace tanto de eso! ¿A qué viene volver a sacar el tema? Creía que estaba superado.

Gabriela aliñaba con precisión las porciones de comida que iban dejando sobre la encimera. Las preguntas daban vueltas en su cerebro dispuestas a salir una tras otra, aunque mantenían la boca cerrada y las cuerdas vocales en modo reposo. El paréntesis duró poco.

—¿Le has preguntado alguna vez?

—Gabriela... —musitó advirtiéndola con la mirada sobre las consecuencias de querer saber más de la cuenta.

—Vamos, María. Quizás este sea el momento idóneo para hablar de estas cosas. Ha pasado mucho. Estamos bien.

—Pero ¿qué necesidad hay? Dejaste muy claro que la ruptura era irreparable. No has querido conocerla, ni saber nada de ella. ¿Por qué ahora?

Fue como un clic, como tocar la combinación de teclas adecuada para desbloquear una caja fuerte. María abrió la boca al reconocer que había dado

en el clavo. Gabriela bajó la vista admitiendo así el acierto.

—No me digas que tienes dudas.

—No, no. No se trata de eso.

—¿Entonces?, ¿crees que puede ser algo genético? Como tu madre abandonó a su familia por el gran amor de su vida ¿a ti te va a pasar lo mismo? ¿Es eso lo que preguntas?

—María, no... Bueno, la verdad es que llevo unos días muy confusa.

Aturullada, buscó auxilio en la nevera. Sacó un botellín de cerveza y lo desenroscó tras un poco de esfuerzo. Los abre fácil le parecían una falacia comercial reservada para mañosos. No era su caso. Notó las manos de su hermana sobre los hombros. Se giró para encontrarse con su expresión serena, exasperante de tan comprensiva que la hacía sentir una niña.

—Quisiste mucho a Darío, pero decidiste que lo vuestro no podía ser. Lo dejaste porque querías otra vida, la que tienes ahora. Tú también decidiste, como nuestra madre, como decidimos todos en algún momento de la vida. Que esto no te quite el sueño.

—Desde que Pedro me contó que había recurrido a él y que tenía previsto volver..., no puedo sacármelo de la cabeza. Y cuando se presentó en el taller... ¡Está tan guapo, María!

—Darío es muy guapo, querida. No deja de ser una cuestión física. Pedro también lo es. No me creo que eso sea lo que te inquieta.

—Y si todo es tan normal... ¿por qué desde hace unos días me siento tan extraña? A veces me cuesta respirar y solo tengo ganas de llorar.

Reconocerlo lo hizo plausible. María tardó un suspiro en abrazarla con fuerza, con cariño, con toda la intensidad que una hermana emplea para evitar el sufrimiento de la otra.

—¿Por qué ha tenido que hacerlo? No se fía de él. Sabe lo mucho que me costó apartarlo de mi vida. ¿A qué viene todo esto?

—Mi vida —le susurró al oído balanceándola como hacía con los dramas de sus hijos—, sabes cómo es Pedro. No hace nada que no haya meditado mucho antes. No puede presumir precisamente de ser un tipo impulsivo. Es meticuloso hasta aburrir, responsable, sensato... Te contó que había contactado con Darío para que no te enteraras de forma indirecta y te enfadaras. Hasta ese punto te demuestra su sinceridad. Lo mejor será que te

sientes delante de él y le preguntes. Dile cómo te sientes. Ya verás como te lo cuenta.

—Todo esto me tiene muy agobiada —contestó rascándose la cabeza, una ocurrencia para disimular la vergüenza—. Es que, de repente, no dejo de preguntarme por qué dejé que Darío se marchara, por qué no me fui con él. Llevo días dándole vueltas a lo mismo... ¿Y si le hubiera dado tiempo? ¿No habríamos alcanzado el equilibrio que nos hacía falta?

María amarró a su hermana pequeña con energía para contagiarle entereza porque, nadie mejor que ella, conocía lo que Darío supuso para Gabriela y cuánto le costó dejar que Pedro accediera a su intimidad. Sabía que el amor puede adoptar múltiples formas y las que representaban esos dos hombres se encontraban en extremos opuestos. Se separó y sujetó a su hermana por las mejillas. La acarició con los pulgares.

—Respira hondo, cariño. Ahí fuera tenemos a cuatro chicos que no van a entender que estés tan triste de repente, porque esta no eres tú. Será difícil, pero intenta no pensar más. Habla con Pedro. Solo él te dará las respuestas que necesitas. Te hará sentir mejor. Y para cualquier momento de flaqueza, voy a estar aquí, ¿vale?

Gabriela descansó las manos sobre las de su hermana. Sonrió a duras penas. Recibió un beso en la frente y otro en la mejilla. Diego irrumpió en la cocina y pulsó el botón del *reset* que recompuso a su madre sin matices.

—Dice el tete Gabi que Papá Noel nos está mirando. ¿Dónde está, mami? ¿Está en casa? A mí no me gusta que me mire si no lo veo.

—A tu primo Gabriel le voy a decir yo cuatro cosas —afirmó María observando a su hermana coger en brazos al pequeño, que no tardó en agarrarse a su cuello buscando amparo. Se acercó a ambos—. Céntrate en esto —afirmó mientras acariciaba la cabeza del niño.

Gabriela lo estrujó contra sí. Le besó. No era como su madre, ni siquiera se parecía. Ningún hombre iba a separarla de su hijo.

13

El desesperante avance de los segundos en su reloj de pulsera, que miraba de forma compulsiva desde hacía horas, le aceleraba el pulso. Sentía como si el minuterero, un instrumento de tortura infernal ideado para el martirio de quienes aguardan, se le clavara en la retina. La cena había dejado de humear sobre la mesa sin noticias de Pedro. Solo María supo leer su inquietud en la dispersión que la alejaba de la dimensión real de aquel salón lleno de gente jovial y charlatana. Cuando el ruido de una cerradura desbloqueándose llamó la atención de la familia, cerró los ojos y disimuló un resoplido con el que exhaló el miedo. Diego saltó de la silla.

—¡Papi, papi! ¡Ya están todos aquí!

—¡Campeón! —exclamó agarrando a su hijo en brazos mientras empujaba la puerta con el pie para cerrarla—. Dame un beso, venga.

El niño besó a su padre complaciente para, acto seguido, incitarlo a acudir al comedor, ansioso por mostrarle a todos los presentes como si fueran un regalo de Navidad del que presumir. Keno se acercó al recibidor con su habitual cordialidad. Los dos hombres se abrazaron golpeándose en la espalda.

—¿Qué tal, cuñado? ¿Muchos delincuentes encarcelados?

—No los suficientes —contestó Pedro sin especial interés, pero respondiendo a la amabilidad de Keno con cariño—. Lo siento —se excusó al comprobar la fría expresión de su mujer—. De verdad que lo siento. Un asunto que se ha complicado... María, ¿todo bien?

La mujer también se había levantado para recibirle. Se besaron en las mejillas.

—Muy bien, me alegro mucho de verte.

—Yo también. Mucho. Y vosotros, chicos. ¿Qué tal?

Los gemelos imitaron a sus padres. Recibieron a su tío político con un apretón de mano y besos en la cara.

—Si me perdonáis, me cambio de ropa y os acompaño enseguida. ¿Vale?

Pedro avanzó apresurado hasta el dormitorio, donde se dejó caer en la cama exhalando un gran suspiro. Al apoyarse sobre las piernas para recuperar el aliento, lo sobresaltó la presencia de Gabriela, frente a él, con los brazos cruzados.

—¿No podías llamar?

—Lo siento, cariño. He tenido...

—Ya, lo sé. Has tenido unos asuntos de trabajo que solucionar. Se suponía que hoy no trabajabas.

—Lo sé, pero...

—Estaba muy preocupada, ¿sabes? ¿No has visto el móvil?

—Me he quedado sin batería.

—Eso le he dicho a Javier cuando ha venido a buscarte al taller.

Se incorporó como si un resorte lo hubiera expulsado de su búsqueda de paz en el único lugar en el mundo donde la creía posible. La gravedad de su reacción fue un síntoma inequívoco que condicionó su expresión.

—¿Javier? ¿Cuándo ha ido al taller?

—A primera hora de esta tarde. ¿Qué pasa?

—¿Qué te ha dicho?

—Te buscaba. Estaba bastante nervioso.

La expresión de su marido alimentó su inseguridad. Que se llevara la mano a la boca mientras se dirigía al baño agudizó sus temores.

—¿Qué pasa?

—Nada, solo es un tema de...

—Otra vez. Ya lo sé, un tema de trabajo. Aunque me cuesta imaginar qué tema de trabajo puede provocar esta situación. Estaba desconocido. Hasta Diego se asustó.

—¿Te ha comentado algo más? —preguntó exigente.

—No. Cuando le he dicho que no estabas se ha marchado como ha venido.

—Vale. Voy a darme una ducha —respondió, y empezó a desnudarse.

—¿Ya está bien así? Vienes a estas horas sin avisar, Javier irrumpe en el taller como alma que lleva el diablo ¿y no pasa nada?

—Gabi, cariño. Ya hablamos, ¿vale? Necesito darme una ducha y tu familia espera abajo.

—Pero ¿qué te cuesta darme una explicación? Por superficial que sea, solo para dejarme tranquila.

Pedro resopló sin consentir a los requerimientos de su mujer. Se bajaba los pantalones cuando recibió la estocada, el peor golpe de gracia en su estado.

—¿Tiene algo que ver con Darío?

La miró como el que se enfrenta al lanzador de cuchillos en un número circense tras haberle visto tomar varias copas en el bar. El nombre de Darío era como hierro incandescente en su piel.

—Gabriela, por favor. Estoy muy cansado. Me duele la cabeza y necesito una ducha. No creo que sea el mejor momento para hablar. Tu hermana y su familia nos esperan. Dejémoslo estar por hoy, ¿vale?

La rabia se expandió cual descarga eléctrica por todas las terminaciones nerviosas del cuerpo de Gabriela. No se conformaba. Le urgían sus respuestas y no quería pasar otra noche en blanco por no obtenerlas. La fornida desnudez de su marido, que en otras circunstancias la habría excitado, no le indujo reacción alguna. Tampoco medió provocación. Pedro accionó el grifo para dejar correr el agua hasta que estuvo caliente. Se metió en la ducha consciente de que su mujer seguía en el baño enfadada. Protegido por la cortina plastificada cerró los ojos, aislándose de su vida, atormentado. No recordaba haber estado tan asustado. Gabriela regresó al comedor furiosa. Él se quedó quieto bajo el agua, confiado en que su efecto relajante lo alejaría del pánico. Apeló a la frialdad profesional con la que afrontaba situaciones ajenas mucho más peliagudas día sí y día también, pero se escabullía por el desagüe. No tenía noticias de Javier y la conversación de esa misma tarde en un restaurante de carretera le llevaba a pensar en lo peor.

Gabriela apenas habló durante la cena. Pedro y Keno no dejaron de hacerlo, sobre todo de política, de manera acalorada por momentos. Diego cabeceaba en su obstinada lucha contra el sueño. Sus primos, repantingados en el sofá, solo prestaban atención a las pantallas de sus móviles, mientras, en la

cocina, María no perdía detalle de las reacciones de Gabriela, seria, circunspecta. Nada que ver con la hermana a la que se había acostumbrado. Metía unos sobres de té con ruibarbo en dos grandes tazones bajo la atenta mirada de María, que los llenaba de agua caliente.

—¿Todo bien? —preguntó deslizándose de puntillas entre las palabras.

—Sí.

Fue de todo menos convincente. María optó por no meter más presión.

—¿Qué dirías si te pidiera conocer a nuestra madre?

Carraspeó. La mano con la que sujetaba la tetera de cristal transparente reprodujo un ligero temblor que controló al dejarla sobre la encimera.

—¿Podrías hablar con ella y preguntarle si quiere conocerme?

—¿Estás segura? —dijo María con precaución.

—¿Se lo vas a preguntar? —contestó Gabriela con sequedad.

—Sí, claro. Solo que creo que igual no es el mejor momento.

—¿Cuál es el mejor momento?

—Gabriela...

—¿Vas a preguntarle o no? —insistió exhibiendo una tensa sonrisa.

—De verdad, ¿estás segura? Si esto responde a un impulso, no quiero que te arrepientas después y...

—¿Le preguntarás?

Asintió inquieta, no por el encuentro tantos años aplazado, sino por las motivaciones. Gabriela colocó las tazas sobre la bandeja de madera de teca que su hermana le regaló años atrás en un cumpleaños. Salió de la cocina perseguida por su preocupación.

Media hora después los menores de la familia se habían ido a la cama, Keno y Pedro alargaban la tertulia sustituyéndoles en el sofá; Gabriela irrumpió en el comedor con el abrigo puesto.

—Tiro la basura y voy a dar un paseo.

Todos callaron. María ratificó así su preocupación; Keno, su confusión; Pedro, la resignación.

—No tardaré, pero si estáis cansados no hace falta que me esperéis.

No dijo más. Abandonó la casa. A su espalda dejó una quietud sepulcral.

El reflejo de las luces anaranjadas, amarillas, blancas y azules se extendía desde la base del castillo hasta la orilla del mar. Se estiraba o empequeñecía al ritmo del ir y venir de las olas. La oscuridad perfilaba con precisión milimétrica el entorno del conjunto arquitectónico que coronaba el final del paseo marítimo, superpuesto sobre la negrura de un firmamento sin estrellas. Aterida, se ajustó la bufanda al cuello cubriéndose parte de la boca. El rumor del mar le ponía banda sonora a una noche de invierno riguroso, de esos que, de vez en cuando, todavía se dejan sentir por el Mediterráneo. Cada vez menos. Metió las manos en los bolsillos del anorak. Caminaba despacio sobre el pavimento de color rojizo pensando en lo poco que le gustaba la playa anocheada. Le producía cierto vértigo no distinguir el horizonte, sentir que el mar que oía y olía era infinito, como si la rodeara, como si pudiera precipitarse desde el cielo en una locura surrealista, porque así son las fobias. Acudió hasta allí llevada por el instinto, que siempre marcaba el mismo rumbo cuando se trataba de encontrar alivio.

Un dragón decorado con pequeñas piezas cerámicas de colores delimitaba un espacio reservado a los juegos infantiles. Desde su nacimiento, Diego se había montado sobre él decenas de veces. Todo cuanto la rodeaba formaba parte de su catálogo de lugares cotidianos, el escenario de una vida de tragicomedia. Odiaba dramatizar, pero no evitó hacerlo. Acarició las piezas del *trencadís*, suaves en su superficie y ásperas en las juntas. Sintió las escamas de un dragón real que dormía junto al mar sin temor al frío, porque el fuego nace en su interior. Imaginó que abría la boca para escupir en un destello una llamarada que le arrancaría la gelidez de golpe. Se apoyó en su cabeza de

piedra con la seguridad que le daba saber que una obra de diseño urbano no podía devorarla. Allí quieta, abrazándose a sí misma para atemperar el envite de las bajas temperaturas y la humedad litoral, cerró los ojos. Se centró en el sonido del agua, en sus acompasadas caricias a la costa, en lo mucho que las necesita. Su banda sonora, rítmica, tan monótona y repetitiva como embriagadora.

No oyó sus pasos. Solo apreció su presencia cuando notó el contacto en el brazo derecho.

—¿No te han dicho nunca que estás loca? Hace un frío de narices.

—Hola... —susurró esbozando una mueca de alivio.

—Hola, guapa.

Darío la empujó con cariño antes de pasarle un brazo por los hombros, arrimándola contra sí.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene eso de salir a estas horas de casa dejando a tu familia?

—Lo hago a veces.

—No me lo creo —aseguró repitiendo el gesto de presionar con los dedos en el brazo de Gabriela, que no se movió ni un ápice.

—¿Qué quieres que te diga, que quería verte?

—Esa explicación sería más razonable. Me gusta más. Salir a escondidas para verte en la clandestinidad con tu amante. Mucho más sugerente, ¿dónde va a parar!

Gabriela sonrió. Darío dejó que su afirmación pasara por una broma, un guiño simpático por los viejos tiempos, aunque no lo fuera.

—No hay nada de clandestino. Todos saben que estoy aquí.

—¿Todos?

—María y su familia están en casa. Han venido a pasar las Navidades. Lo hacen siempre, ¿recuerdas?

Sí, lo recordaba. Desde que se reencontraron, las dos hermanas hicieron ímprobos esfuerzos por intensificar su relación, fulminar la distancia que las separó durante años con la cercanía constante. Tuvo la oportunidad de rememorar algunos de esos momentos que, junto al mar, en plena noche, apoyado en la cabeza de un dragón de hormigón decorado con cerámica de colores, echó de menos.

—No hace falta que te diga que me ha alegrado mucho recibir tu Messenger.

Lo meditó poco. En cuanto puso un pie en la calle utilizó la aplicación de mensajería de Facebook, su único contacto con Darío, para enviarle una invitación a encontrarse con ella en el paseo marítimo, en el parque del dragón. Él, acostado ya sin nada mejor que hacer, saltó de la cama dispuesto a aprovechar cada oportunidad que se le presentara, por pequeña y remota que fuera. Llegó jadeante al punto de encuentro acordado. Se dio un tiempo para recuperar el aliento, para no parecer ansioso. Se recreó en la contemplación del cuerpo de Gabriela, camuflado entre capas de ropa, bajo la luz artificial del alumbrado público, hasta que se detuvo en aquel rincón tan familiar, el mismo en el que le insinuó por primera vez su deseo de tener hijos, una sugerencia sobre la que eludió pronunciarse cambiando de tema con picardía, como siempre que quería llevar el ascua a su sardina. Su estrategia no tardó en perder efectividad y el gesto simpático y resignado de Gabriela tras sentirse íntimamente defraudada, se endureció día tras día hasta romperse. Con ella acurrucada contra su pecho, se arrepintió del egoísmo intransigente que originó una pérdida que lamentó tantas noches, en una vida sin lazos que lo ligaran a algún lugar al que querer volver. Cambiaría todos los buenos momentos de los últimos años por alargar eternamente aquel contacto.

El olor de su pelo era distinto, o tal vez había conservado un recuerdo olfativo disfrazado. Pensó que la memoria podía haber idealizado sus detalles con altas dosis de deseo y añoranza; Que ella no rehusara la cercanía no contribuía a persuadirle de sus aspiraciones sedientas de correspondencia. No todo estaba perdido. Buscó un horizonte donde todo era negro. A él no le atemorizaban las tinieblas costeras. Después de tanto tiempo de experimentar en sus carnes el verdadero miedo, el que inspira la realidad más cruda, el que provoca la maldad y la injusticia de quienes imponen su voluntad a golpe de misil, tenía un callo en esa parte del cerebro. Sus fobias eran pocas, las filias menos. Tras las torpezas de su reencuentro, ninguno de los dos se atrevía a hablar, a ser el primero en romper el silencio que les permitía seguir amarrados para eludir todo riesgo de naufragio.

Gabriela se incorporó. Miró a Darío, que la observaba sereno, con la pasión reprimida. Le acarició la mejilla con espontaneidad, incapaz de

reprimir el instinto. El gesto fue interceptado por la mano de él.

—Estás helada.

Sonrió y trató de esconder la piel descubierta. Darío se lo impidió al frotarle las manos con las suyas.

—No tenías que haber venido —dijo mientras disfrutaba de su ternura.

—¿Por qué dices eso?

—Tenías que haberle dicho a Pedro que no. Realmente no querías ayudarlo.

—Eres una chica lista.

—Pero no hablemos de eso. Por mucho que pregunte no me vais a contar nada... Lo que quiero ahora es saber cómo te va.

—Es mejor no hablar de lo que puede hacer daño, ¿no es eso?

Gabriela asintió. Ese pacto implícito en su relación justificó años atrás que no mantuvieran ninguna conversación sobre el proceso judicial que implicó a Carlos Hervás, el padre de Darío, su condena, la huida repentina de su mujer, la liquidación de sus negocios conocidos. Supieron que tras cumplir con la justicia desapareció. Alguien les dijo que no había salido del país, pero no concretó el destino de su exilio. Tampoco les importó, a ninguno de los dos. Durante un tiempo temieron las represalias, la venganza. Pero no hubo nada. Solo olvido.

Darío apartó un mechón de pelo de la cara de Gabriela. La caricia le sirvió para reafirmarse en la convicción de que era tan hermosa como recordaba, con naturalidad, sin artificios, con nuevos rasgos de madurez que le sugerían descubrir otras evoluciones.

—Pues me va bien. No dejo de trabajar. Paso poco tiempo en un mismo sitio. No hay ningún lugar que pueda considerar mi casa. Es curioso. Es como si me hubiera empeñado en convertirme en tu polo opuesto.

Darío tenía la punta de la nariz roja. Gabriela sonrió tras pellizcársela con cuidado.

—Hay cosas que no cambian.

Su guiño aumentó la complicidad y las ganas de hallar más razones para seguir tocándose, para jugar a desearse a sabiendas de que no les estaba permitido.

—La verdad es que tengo que contarte algo.

—¡Buf!, hay frases que asustan —dijo Gabriela al incorporarse y meter las manos en los bolsillos del anorak.

—Digamos que quiero devolver el equilibrio a la balanza.

—Eso suena peor...

—Yo he descubierto tu pequeño secreto, y quiero confesarte el mío.

Gabriela reveló en una mirada su intriga. La curiosidad venció a la paciencia.

—¿Tienes un hijo?

—¡No!, ¡qué va! —contestó de inmediato—. Nada que ver con eso.

Sintió alivio. Sin procesar qué podía tener de malo que Darío hubiera rehecho su vida con otra mujer, la posibilidad de que tuviera con otra lo que a ella le negó, le subió por el estómago transformada en un ardor que le encendió las mejillas.

—Digamos que yo también te he ocultado algo que para mucha gente no es ningún secreto. Es justo que lo sepas —hizo una pausa dramática—. Tiene que ver con Matthew Rodrigues.

Los pensamientos de Gabriela corrían más que la prudencia. El nombre le resultaba muy familiar porque lo seguía en sus perfiles de las redes sociales. Era un fotógrafo de gran prestigio que retrataba los conflictos más duros del planeta con una humanidad escalofriante. Supo de él por Darío. Era muy habitual que compartiera sus fotos. Así supo de él y así se enganchó a su obra. Calló. Había cultivado la virtud de escuchar con esmero.

—Sé que lo sigues, que conoces su trabajo... Mi trabajo.

Gabriela frunció el ceño. Ladeó la cabeza, como si la postura pudiera ayudarla a comprender mejor.

—¿Cómo que su *trabajo*, *mi trabajo*?

—Pues eso. Yo soy él, o él es yo. Tanto monta...

Boquiabierta, trató de procesar la información con la misma parsimonia con la que se llevó la punta de los dedos a la boca.

—Me inventé un personaje. No me preguntes por qué. Si lo pienso me parece estúpido. El día en que me plantearon la posibilidad de trabajar para una agencia de información internacional como *free lance* dije que sí sin pensarlo y me inventé un seudónimo. Algo tan innecesario como que tú no me contaras que tenías un hijo. Ambos decidimos ocultar una parte fundamental de

nuestras vidas para que nuestra realidad no llegara a un lugar muy concreto del mundo.

Gabriela repasó las imágenes en su cabeza: las de Siria, Ucrania, Libia, Afganistán, Palestina, México, Colombia... Recordaba algunas con espeluznante exactitud. Cada una reforzaba la idea de que Matthew Rodrigues era un hombre comprometido, un profesional valiente o temerario, según se mirara. Tragó saliva como el que engulle un trozo de lija.

—Es una solemne tontería. Hay cosas que no se pueden esconder, pero me acostumbré. Muchos compañeros me llaman Mat o Rodrigues. Fue sanador convertirme en otra persona, con otra vida.

Le vino a la mente una foto, la de unos niños tratando de respirar tras un ataque con armas químicas en Siria. Se estremeció al ser consciente de que para tomarla el *alter ego* de Darío estuvo allí. Cuando asimiló la perogrullada ya se cubría la boca con ambas manos.

—Si te soy sincero, estaba seguro de que lo imaginabas. Cuando Santiago me dijo que...

—¿Santiago? —dijo casi sin poder hablar—. ¿Santiago lo sabía?

—¿Qué no sabrá Santiago? —dijo en tono de chanza.

—Pero ¿cómo ha sido capaz...? —añadió patentando su enfado al ponerse en pie.

—Venga, Gabi, no es para tanto.

—¿Cómo que no es para tanto? ¡Te juegas la vida por el mundo! y ¿no me dice nada?

—Gabi, no tiene importancia.

—¡La tiene! —insistió ofendida—. ¡Ha vuelto a hacerlo! Ser cómplice de las mentiras.

—Como lo ha sido de la tuya.

No hubo respuesta, aunque sí reacción. Se quedó muy quieta, con los brazos colgando de los hombros con un ligero balanceo provocado por la inercia. Pillada en su propio cepo. No hay mejor verdad que la que se revela espontánea ante los ojos, brillante y transparente.

—Somos tal para cual, querida.

La rabia se esfumó en un chasquido de dedos. Duró lo que tardó en perder la razón, en sentirse culpable.

—Gabi, es solo un trabajo. Bueno, el trabajo. Nadie como tú puede entenderme. Era mi destino. No sé cómo explicarlo...

Deambulaba por el pequeño parque de arena alrededor de Gabriela, mientras ella seguía conmocionada.

—He conseguido que hacer lo que me apasiona sea útil, de algún modo.

—Estaba convencida de que hacías fotografía turística, que viajabas por el mundo para conocer lugares exóticos y diferentes... Todas esas fotos...

—No me pega una imagen tan comprometida.

—No digas eso.

—Esas fotos también son mías, pero por pura evasión. Como un oasis en el desierto. Hace mucho que no me dedico a eso. Aunque guardo un extenso archivo al que recurría a menudo a pensando en ti, en exponerte una vida maravillosa que no era la mía. Ya ves cuánto esfuerzo, solo por ti. Saber que me seguías, que estabas pendiente... Cada uno de tus: «Me gusta» me han dado tanta paz todo este tiempo.

Sonreía como si su expresión pudiera inspirar sosiego por sí misma. Que Gabriela reaccionara colgándose de su cuello fue inesperado. La sujetó por la cintura entre risas.

—¡Ey! Va a resultar que tenía que habértelo dicho hace años para conseguir que corrieras a buscarme.

—No bromees —inquirió afectada.

—Venga, que no es para tanto.

Se separó con la cara encendida por el cúmulo de emociones que se agolpaban tratando de ser asimiladas por un orden imposible.

—La gente muere en esos sitios —susurró como si revelara la más trascendental de las verdades a un ingenuo.

—La gente muere en todas partes, cariño —contestó acariciándole el cabello—. Yo solo lo fotografíe para que a nadie se le olvide.

—Pero tú estás allí. Tan cerca...

—Hay otro mundo lejos de esta playa, Gabriela, muy jodido, realmente jodido, que hace que todo esto sea un regalo. Cada día, cada minuto, cada contacto...

Una nueva ola, idéntica y tan distinta a todas las precedentes, se deslizaba sobre la arena cuando la besó rendido al deseo, a los recuerdos que se

empeñaba en revivir como si fueran un ayer y no un entonces. Ella se dejó besar, asustada e impresionada. Duró poco. El tiempo exacto para permitirse el abandono del uno en el otro, como el agua salada que retrocede con su misión cumplida. Gabriela apoyó la frente en el pecho de Darío mientras él le acariciaba la espalda y le rozaba el pelo con los labios.

—No he dejado de quererte ni un solo día.

—No digas eso...

—Lo digo porque es verdad.

Chistó. Le impuso el dedo índice de la mano derecha sobre los labios. Él la agarró por la muñeca.

—He vuelto por ti y no me iré sin ti.

—Darío...

—Estás aquí conmigo, ¿no? Podrías estar en tu casa, con tu familia, pero estás aquí.

—No es por lo que crees —se excusó sintiéndose traidora y mentirosa.

—¿Por qué, entonces? ¿Por qué en vez de estar en tu casa con tu familia estás aquí conmigo?

—Darío, ¿por qué preguntas? Ya lo sabes.

—Porque sientes algo por mí, como yo por ti. ¿Sabes? Cuando Pedro me localizó acababa de llegar de Yemen. Me explicó lo que quería y... lo comprendí. Me ponía en bandeja la excusa perfecta para volver, la que llevaba tanto tiempo buscando. No creo en esa gilipollez de las señales, en serio, pero las vi. Por ti lo dejaría todo, ¿entiendes? Lo hice una vez y volvería a hacerlo, pero esta vez sin errores.

Calló. Pensó en Diego agarrado a su cuello en respuesta a las provocaciones de su primo. «A ninguno más que a él». También se acordó de su madre, en cómo dejó atrás su vida, a su marido y a sus hijas por amor. Se asustó. Cuando Darío trató de besarla de nuevo se apartó, precavida.

—Gabriela...

—No hables más. Tengo demasiadas cosas en la cabeza en este momento... Hace años me debía solo a mí misma, ahora soy madre.

—Te daré tiempo, todo el que necesites.

—No es cuestión de tiempo. Me voy a casa... —Miró a su alrededor antes de secundar sus palabras con hechos—. Me voy.

Se planteó detenerla, provocarla un poco más, incitarla a actuar, a abandonar la reflexión, pero mantuvo la distancia para no cometer un error irreparable. Había sembrado la semilla, solo tenía que regarla un poco para que germinara. Con su plan trazado, la observó alejarse a toda prisa. No corría, pero sus pies casi no tocaban el suelo. Darío permaneció junto al dragón arco iris un buen rato. Procesó el que consideró un triunfo. Si Gabriela hubiera pasado página de manera definitiva ese encuentro nocturno no se habría producido. Quiso ver la puerta abierta de par en par y, en virtud de esa oportunidad, iba a dedicar todo su empeño a impedir que se cerrara sin antes quemar todas las naves.

A kilómetros de distancia un hombre lloraba solo en la habitación de una casa construida décadas atrás, con la única compañía de unos gatos callejeros. Amenazado por el silencio y la oscuridad de una vivienda que hacía mucho tiempo que necesitaba una buena reforma, intentó metabolizar desde su estado depresivo un mensaje recibido en su teléfono móvil que le decía: «Te van a matar. Nos van a matar a los dos. ¿Qué vamos a hacer?».

15

Miraba sus botas de goma con desproporcionada concentración. Salpicadas por las gotas de lluvia y los charcos sobre los que no le importaba pisar con su protección, reflejaban la luz artificial que iluminaba el andén donde esperaba bajo un paraguas la llegada del tren que acababan de anunciar por megafonía. El Inter City venía desde Castellón puntual. A pesar de no ser todavía las siete de la tarde, realizaría su breve y planificada parada en la estación de Benicarló-Peñíscola acompañado por la noche. Gabriela añoró la primavera y maldijo el cambio de horario. Entre añoranzas y odios identificó el exiguo dibujo que hacía intuir una moderna locomotora en la distancia. Suspiró.

El convoy impuso su presencia con sonora rotundidad. La lluvia ganó en intensidad. La espera en las estaciones de tren le producía un nerviosismo irracional que no sabía controlar. Las emociones vuelan libres, como las aves, porque coartadas mueren y no son nada. De uno de los vagones se apeó un pasajero que abrió de inmediato su paraguas negro, tan negro como su neutra y estricta indumentaria. Irracional y emotiva, sintió ganas de llorar. Quería tanto a ese hombre que en más de una ocasión había maldecido a la persona que les impuso una injusta distancia.

No hubo pausa dramática, ni cámaras lentas, ni banda sonora que magnificara el acercamiento. La lluvia no fue obstáculo para materializar su cariño en un abrazo pasado por agua.

—¡Qué guapa estás!

—¡Cuánto te he echado de menos!

Se dieron un instante. Sus paraguas recuperaron la verticalidad como

prevención contra un catarro que ninguno de los dos deseaba.

—Venga, vamos rápido al coche. Menudo día has elegido para viajar.

—Ya sabes eso de que el hombre propone...

—Sí, ya, ya. Y tu jefe dispone.

Santiago dejó la maleta y el paraguas junto a la puerta de entrada. Encendió las luces del pasillo y se apresuró a conectar una estufa para extraer a la fuerza el frío que se había instalado en una casa de alquiler que solo tenía residentes en temporada alta. El cura contaba con la bendición de su propietaria para utilizarla cuantas veces requiriera a lo largo del año, siempre que no tuviera inquilinos. Durante los años que regentó la parroquia de Santa María se granjeó mucho cariño, hasta que el obispado, alertado por alguna feligresa sobre su cercanía con una joven soltera y solitaria del pueblo, planificó su traslado a Gaibiel, un pequeño pueblo de interior donde ejercía desde entonces. Los más de ciento cincuenta kilómetros de distancia solo eran eso, kilómetros de distancia. Gabriela y su íntimo amigo mantenían contacto con asiduidad. Se conformaron con creer que la coincidencia de su nombre con el del pueblo en cuestión no era más que un mensaje del universo para ella y del divino proveedor para él.

Gabriela llevó hasta la cocina unas bolsas con la compra que había hecho antes de acercarse a la estación.

—Milagros tiene miedo de que pases hambre —dijo tras abrir la nevera y comprobar que estaba bien provista de frutas, verduras, lácteos y huevos—. Mira que le advertí que nos apañábamos nosotros.

—Mila es una madraza que un buen día decidió adoptarme —aseguró el cura tras entrar en la habitación liberado de su empapada chaqueta—. Y tú no te quedas corta —añadió al comprobar cómo vaciaba el contenido de las bolsas de plástico sobre el banco de la cocina—. No sé por qué os empeñáis en llenarme la despensa. Sabéis que entre que soy de poco comer y siempre estoy invitado en casa de unos y otros, acabáis repartiéndoos las sobras.

—Queremos que te sientas como en casa.

—Esta siempre será mi casa —le dijo complacido, ayudándola a guardar los alimentos.

Con la misión cumplida, Santiago le propuso tomarse una infusión que ella aceptó. Necesitaba un tiempo para los dos antes de llevarlo a su casa para reunirse con su familia.

—¿Cómo está mi chico?

—Pregunta mucho por ti.

—Estoy deseando darle un achuchón.

—Y él a ti.

—¿Y Pedro?, ¿cómo está tu marido?

—Bien —contestó escuetamente, esforzada en hacerle llegar un mensaje subliminal que lo incitara a formular determinadas preguntas que no se atrevía a abordar por iniciativa propia.

—Me alegro.

Frustrada por el fracaso de su primer intento, dirigió su atención al sobre de hierbas que teñía el agua de un color entre marrón y verde oscuro. Sin que llegara a apreciarlo, Santiago sonrió mientras sumergía en el agua hirviendo una cucharilla con miel endurecida por el frío.

—¿Y Darío?, ¿cómo está?

Sus miradas se cruzaron. Ella se mostró desconcertada. Él volvió a sonreír.

—Olvidas que te conozco mejor que nadie. No me limito a rezar por vosotros todas las noches, alguna que otra me quitáis el sueño, en especial desde que supe que esta situación se iba a producir.

—¿Qué situación? —preguntó fingiendo su extrañeza con muy malos resultados.

—No te hagas la tonta. Sé cada detalle de lo que os sucede, a veces incluso antes que vosotros mismos. —Cabeceó sonriente tras comprobar el nerviosismo de Gabriela—. ¿Cómo estás?

—Bien, bien... —repitió sin mirarlo.

—Estupendamente.

—Sí, bueno... Estoy bien. La situación es un poco rara, pero nada que no pueda controlar.

Santiago la observaba en silencio.

—Estoy un poco agobiada, no te voy a engañar.

—No podrías hacerlo aunque quisieras.

—¡Ay, Santi! —añadió tras un suspiro—. ¿Por qué ha hecho esto Pedro? No lo entiendo.

—Es extraño, desde luego. Sin embargo, a la vista está que seguís sin hablarlo.

—No quiere, ya te lo he dicho. Con la excusa de que es un asunto del trabajo no me da explicaciones. Y él tampoco está bien, lo sé.

—No debe de ser plato de buen gusto.

—Entonces, ¿por qué lo ha hecho? No tiene sentido y cada vez que lo pienso lo tiene menos. ¿En qué puede ayudar Darío a la policía? ¿Para qué hacerle venir de tan lejos? Creo que tiene algo que ver con su padre.

—¿Con Carlos Hervás?, ¿después de tanto tiempo?

—¿Qué puede ser si no? Le he dado tantas vueltas que doy por buenas las razones más estúpidas. Toda esta historia me descoloca.

—Pues en tu mano está que no te afecte tanto. Eres una mujer resuelta y para nada conformista. Para mí, lo más extraño de todo esto es que todavía no le hayas exigido una respuesta. No te pega nada esta falta de obstinación.

—Temo la reacción de Pedro.

—¿A qué tienes miedo? No me creo que a una discusión. No eres de las que callan por consentir —argumentó Santiago antes de beber con cuidado de su vaso, todavía humeante.

—No sé, Santi. Pedro está raro. Desde que me contó lo de Darío está distante, muy serio. Evito hablar del tema para no disgustarlo más. Además, tengo razones para sospechar que pueda ser algo serio.

Dejó la infusión sobre la encimera y se acercó a Gabriela para agarrarla por los hombros.

—¿Cómo se tratan los problemas?

Chistó disgustada.

—Sin dramatismos.

—Y sabes perfectamente dónde está la solución.

—En el mismo problema —añadió con disciplina, repitiendo la misma retahíla de sentencias a las que habían recurrido en más de una ocasión en el pasado.

—No te agobies, Gabi. Es una situación compleja que debes abordar con serenidad. Tenemos claro que lo tuyo con Darío está más que superado y...

La mueca de Gabriela lo obligó a replantear su posición.

—Espera, espera... ¿Estamos hablando del mismo conflicto?

—Estoy confundida, Santiago. No imaginaba que pudiera sentirme así.

Se separó de su amigo dejando entre ambos el espacio suficiente para no verse imbuida por sus juicios morales.

—A ver. Solo hace falta un poco de sensatez y a ti te sobra. Gabi, eres madre y esposa.

—Lo sé, lo sé de sobras.

—¿Entonces? Si tenemos eso claro no hay motivos para la inquietud.

—Venga, Santiago. Lo de hasta que la muerte os separe es una condición moral ligada a la fe —afirmó con una risilla forzada, intentando colar una broma.

—¿Qué intentas decirme?

Gabriela se llevó una mano a la frente antes de dirigirle una mirada suplicante.

—No lo sé. Ya te digo que estoy confusa. Me creí eso de que no sentiría nada al ver a Darío, pero no ha sido así. Estoy hecha un lío.

La rigidez de la expresión de Santiago hablaba y dolía más que cualquier sanción explícita. Los consejos, aseveraciones o conclusiones que se le ocurrían no iban a ayudarla, así que los silenció.

—¡Ay, Santi! Me angustia pensarlo siquiera. Pedro no es consciente de lo que ha hecho.

—Pues, mira por dónde, yo creo que es muy consciente. Y por eso mismo no estará mejor que tú.

Los dos callaron. Gabriela, apoyada en la encimera. Santiago, cabizbajo, en la silla.

—¿Tú le quieres?

—¡Claro que le quiero!

—Me refiero a Pedro.

—Ya sé que hablas de Pedro.

—¿No te has planteado que lo que sientes puede ser solo fruto de la euforia por volver a ver a Darío?

—Lo he pensado todo. En cuestión de unas horas he meditado todas las opciones. Seguramente el problema es ese. Debería pensar menos...

—Lo que dicta el instinto es superficial y pasajero.

Cabeceó a disgusto, cansada de escuchar lo que ya sabía. No hubo alegato que le indicara el camino a seguir, la opción más fácil.

—No te dejes llevar por emociones irracionales y poco meditadas. Sufrirás. Tú misma lo has dicho, quieres a Pedro, tenéis un hijo en común...

—Lo mismo que mi padre quería a mi madre.

Se le escapó, como un estornudo que no puedes retener.

—No me digas que te planteas eso.

—¿El qué? —preguntó con falsa ingenuidad.

—No intentes convencerte a ti misma de que estás condenada a repetir esa historia familiar. Los padres no son iguales a los hijos ni estos están predestinados a reproducir sus éxitos o sus fracasos. Parece mentira que lo dudes siquiera. Mira si no a Darío, nada que ver con su padre. Además, tus circunstancias no son las de tu madre ni se parecen.

—Según tú, ¿en qué se diferencian?

—¡En todo, por Dios! —exclamó preocupado—. Sé que odias eso de: «Te lo dije», pero es así y no quisiste escucharme. A ella la obligaron a separarse del hombre que amaba. Tú decidiste cerrar la puerta, pero no la herida. Te negaste a saber más de ella a pesar de tener millones de preguntas. Dejaste que el rencor decidiera por ti. Gabriela, piénsalo detenidamente. No hagas algo de lo que puedas arrepentirte toda la vida solo porque sigues buscando una explicación satisfactoria a que tu madre se fuera y te dejara.

Avergonzada, observó a Santiago, inmóvil. Era la única persona capaz de decirle las verdades que no quería escuchar.

—Estás impactada, lo sé. Tú y Darío cortasteis toda relación de cuajo. Posiblemente no fue la mejor forma después de tanta intensidad, pero pasó. Rehiciste tu vida. La distancia te ayudó a ignorar el pasado. Pero la realidad, más pronto o más tarde, se impone; lo sabes mejor que nadie. ¿No has pensado que esta es vuestra oportunidad para poner un punto y final definitivo, con todas sus consecuencias? Gabriela, no estás sola. Piensa bien lo que vas a hacer. ¿Cómo te marcó que tu madre te abandonara por un hombre?

—Jamás abandonaría a mi hijo —intervino con firmeza.

—¿Y qué dudas tienes entonces?

—No lo sé —espetó cerrando los ojos con ambas manos en la frente—. Lo

que sé es que no necesito sermones, Santiago.

—¿Y qué necesitas de mí? ¿Qué te dé mi bendición?

—Que seas mi amigo.

Santiago se acercó sin dilación. La abrazó. Ella exhaló. Expulsó la tensión. Dejó su mente en blanco por unos segundos, segura de que podría permanecer allí siempre. El cura podría haber insistido en sus responsabilidades como madre y esposa; podría haber reiterado su consideración sobre las diferencias que la separaban de su madre; podría haber hecho muchas cosas propias de su función, pero se limitó a ser su amigo. Apostó por la esperanza de que, como en ocasiones anteriores en la vida de Gabriela, imperaría la cordura. La arropó convirtiéndose en su consuelo para un momento de flaqueza y lamentó que las reacciones humanas pudieran llegar a ser tan contrarias a la razón.

A un par de kilómetros, Pedro contemplaba absorto el golpeteo de las gotas de lluvia en el doble cristal de protección de la ventana de su dormitorio con su cansado cuerpo recostado en la pared. En la mano, el teléfono móvil. En la pantalla, un nombre: Javier Cardona. Una decena de llamadas después seguía sin contestar. La congoja le constreñía el corazón hasta no dejarlo respirar. Nunca, en toda su vida, se había sentido tan solo.

María, en el taller de pintura de la planta baja reconvertido en habitación de invitados, sí que había podido concretar su conversación telefónica privada. Acarició la pantalla táctil antes de bloquearla. Nerviosa como una niña ante su primera cita, dudaba sobre si era el mejor momento. Keno entró en la habitación y se sentó a su lado sobre el colchón. La cogió por la cintura antes de besarla en la sien. «Ya está. Lo hiciste. Ahora solo hay que esperar». Ella chistó acompañando la onomatopeya con un ligero cabeceo. «No sé si es lo mejor, amor». Su marido le acarició la barbilla para reclamar su atención. «No es tu decisión».

16

La llegada de Santiago fue una fiesta. Muchos abrazos, muchos besos. El sacerdote sintió más intensos de lo habitual los de María y Pedro; sostenían el abrazo buscando algo de calma, un antídoto contra su aflicción. Comprendió que esas Navidades tendría mucho trabajo y se encomendó a la patrona del que consideraba su pueblo, para hacer frente a cada reto con la serenidad y buen juicio que todos esperaban de él. Su intención de compartir por una vez una aflicción personal, decayó en un propósito aplazado.

Recibió el diagnóstico en una visita médica a la que acudió solo. Una pequeña masa en la próstata, de apenas unos milímetros, requería de una pronta extracción. Tras un discreto y solitario paso por el quirófano, un análisis y un agresivo tratamiento a base de radioterapia, abordarían el problema de raíz, un problema silencioso, asumido con estoicismo por quien creía a pies juntillas que sus dolencias físicas andaban un paso por detrás de sus obligaciones morales. Se debía a una misión superior. Su destino, al fin y al cabo, estaba escrito y se sentía preparado para afrontarlo. Cuando supo que todo evolucionaba médicamente bien, solo unos días antes de su viaje, consideró que, una vez estabilizada la enfermedad, la única familia que tenía merecía conocer su situación clínica. Había planificado una infusión compartida con Gabriela como el momento idóneo para la revelación. Todo quedó postergado. Sus desvelos personales se desvanecían. Su yo dejó de existir ante los múltiples *yos* que lo acaparaban por completo.

En la cocina, mientras preparaban el postre para servirlo en la mesa donde el resto de la familia disfrutaba de la conversación, Pedro miró de reojo a su mujer armándose de valor. No habían estado solos desde la noche anterior.

Cuando ella regresó se hizo el dormido por no preguntarle dónde había estado. Mucho menos quería saber con quién. Por la mañana se levantó temprano para salir a correr, por la misma razón. Odiaba sentirse vulnerable.

—¿Cómo estás?

Ella reaccionó con fingida naturalidad.

—Bien. Bien...

Le costó un instante vencer el incómodo bloqueo que le impedía hablar con su marido con espontaneidad.

—¿Y tú?, ¿estás bien?

Dudó. Reprimió el impulso de compartir su angustia con quien mejor la comprendería. Separó los labios y se acercó un poco más para percibir su olor y enlazar con él palabras coherentes. Un suspiro que quiso interpretar como hartazgo abortó el acercamiento. Cerró los ojos. Como el primer día que la vio, muchos años atrás, coartó el deseo de tocarle el pelo, de acariciarla, de confesar que estaba locamente enamorado. Nunca se le habían dado bien las mujeres. Una timidez manifiesta, que nada tenía que ver con su resolución profesional, dificultaba cualquier tentativa. Y cuando caían las protecciones, nunca encontró razones para consolidar vínculos hasta conocer a Gabriela. Asumió de buen grado la fama de hombre atractivo, divertido pero inmaduro. Lo hacía todo más fácil. La intervención de Cardona fue crucial para que Gabriela marcara la diferencia. Ejerció de Celestino y abrió de par en par una puerta que no habría atravesado ni de estar entornada si de su determinación hubiera dependido. ¡Le debía tanto a Javier! Se lo debía todo. Por esa deuda moral se mordió la lengua. Se limitó a contestar con desgana: «Bien también». Y los dos salieron de la cocina con sus embustes a cuestas.

Retener a Diego en casa a determinadas horas era una hazaña con fracaso anunciado. Gabriela sabía que había heredado su necesidad de sentir el salitre, la brisa del mar. En cuanto tenían ocasión acudían al pequeño parque del dragón, al paseo marítimo o a la arena de la playa para jugar, la época del año era lo de menos. Ventajas de vivir a un paso del Mediterráneo. Cuando dijo que salía a comprar, Diego no dudó en calzarse los zapatos sobre los calcetines antideslizantes. Gabriela, que habría preferido salir sola, no pudo convencerlo y lo abrigó adecuadamente, a pesar de que el niño consideraba que el pijama de Spiderman era protección suficiente tanto dentro como fuera. Es lo que tienen los superhéroes. Mientras madre e hijo peleaban por la indumentaria más apropiada, María se acercó a Pedro, que se tomaba un café junto a la mesa de la cocina.

—¿Por qué no los acompañas? Hemos invadido vuestra casa y no tenéis ni un segundo para estar solos.

Pedro sonrió agradeciendo la preocupación.

—Tendremos tiempo de sobra para estar solos cuando os vayáis. ¿O vais a quedaros aquí para siempre?

—¡Qué más quisiera yo! —dijo María sentándose junto a su cuñado para poder cogerle la mano—. Venga, seguro que a Gabriela le va bien tu ayuda con la compra, y a ti te vendrá bien el aire fresco. Tienes mala cara.

Se frotó el áspero mentón, tan poco habitual entre sus hábitos de higiene. Aquella mañana no tuvo fuerzas ni ánimo para afeitarse. Frente al espejo del cuarto de baño se abandonó al desánimo. Ojos hinchados y ojeras oscurecidas delataban el escaso descanso de una noche en vela mirando cada dos por tres

la pantalla de su teléfono móvil. Cuando María le colocó la mano sobre la rodilla frunció el ceño y perdió la sonrisa. Aunque sus gestos pedían ayuda, su boca permaneció cerrada. Apreciaba a su cuñada, pero no lo suficiente como para bajar la guardia de su intimidad.

—Sal con Gabi, Pedro. Pasead con vuestro hijo, sin prisa. Os vendrá bien a todos.

María estaba al tanto de las fricciones y el abatimiento del matrimonio. Ser consciente de ello no la ayudó a sentirse mejor. Su cabeza no soportaba más presión. Asintió. Salió de la cocina sin mediar palabra, dejando que su cuñada ocupara la soledad que había buscado esa mañana en una casa llena de gente.

—Voy con vosotros —le dijo a Gabriela asomado a la habitación de su hijo, donde ella le ajustaba la chaqueta al cuello.

—Claro —contestó con cierta extrañeza antes de ponerse en pie y contemplar al pequeño salir a la carrera hacia la escalera. Miró a Pedro, que seguía apoyado en el marco de la puerta.

—Haces mala cara. ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Estaré incubando algo. Me duele un poco la cabeza. Salir me vendrá bien.

—Pues vamos. Abrígate.

Al salir le acarició la mano. Él la retuvo pellizcándole un par de dedos. Gabriela aceptó la invitación a detenerse. Se dejó besar en los labios, apenas un roce, correspondido con una caricia en el brazo que Pedro bebió como un brebaje sanador.

—¡Va, mamá! —gritó Diego desde la planta baja.

—¡Voy, impaciente!

Un instante después, la familia al completo caminaba por el paseo marítimo ante un mar embravecido. Diego rodaba con su patinete de tres ruedas por las baldosas de color *beige*. Sus padres lo dejaban campar a sus anchas con la tranquilidad de no identificar ninguna amenaza en una zona peatonal de la que el niño tenía prohibido apartarse. Avanzaban tras él en silencio, cada cual entregado a su particular tortura. Ante una nueva tentación de compartir la suya con Gabriela, Pedro forzó la mejor escapatoria que se le ocurrió.

—¿Quieres que compre pan?

—Sí, vale.

—¿Me esperáis aquí?

Ella asintió y él cruzó al otro lado de la calle en dirección a la panadería. Gabriela le pidió a Diego con un grito que no fuera tan rápido y se acercó al murete que separaba el paseo de la arena. Se concentró en el mar. Por un instante cerró los ojos. La meditación, aunque breve, obró el milagro. Alivió parte de su carga. Mantuvo el instante de paz tanto como fue posible. Con la tribulación amainada, buscó a Diego. Frunció el ceño al comprobar que hablaba con un desconocido. No se alteró, no lo interpretó como una situación de riesgo, aunque no conocía al hombre y no había nadie más por allí. Caminó hacia ellos con paso acelerado, como solo una madre puede imponerse en respuesta al instinto de protección, tratando de disimular la inquietud. Cuando el hombre cogió a su hijo en brazos, corrió. El extraño la recibió con una sonrisa.

—¿Esta mujer tan guapa es tu mamá? —dijo con marcado acento.

—Es la mamá más guapa del mundo —añadió Diego sin manifestar temor alguno.

—Sí que lo es —ratificó el extranjero aferrando al niño entre sus musculosos brazos.

—Disculpa, ¿te conozco? —preguntó Gabriela nerviosa al comprobar que no soltaba a su hijo a pesar de haberlos alcanzado.

—Tenemos conocidos comunes.

—¿Conocidos?

—Quiero bajar —dijo Diego moviendo el trasero como solía hacer cuando pretendía liberarse, aunque no logró su objetivo, para su disgusto y el de su madre.

—¿Qué tal tu marido? —preguntó el hombre sin aflojar la tenaza que formaban sus brazos sobre las piernas del pequeño.

—¿Mi marido? Vendrá en seguida. ¿Me das a mi hijo?

—Senté es un tío cojonudo, ¿no? Un tío honrado —añadió el extranjero con una soberbia que agravó la zozobra que estrangulaba el corazón de Gabriela, incapaz de saber cómo responder a la presunta amenaza sin asustar al pequeño.

—¿Me puedes dar a mi hijo?, por favor —añadió reteniendo sus ganas de gritar, de llorar, de pedir auxilio.

—Formáis una bonita familia. De dos papás guapos un niño muy guapo. ¿Verdad, majete?

Diego empezó a llorar. Gabriela reprimió las ganas cuando extendió los brazos para cogerlo y el hombre retrocedió un paso.

—¿Eres amigo de János? —se atrevió a preguntar con decisión tragándose el miedo, dispuesta a convertirse en la más peligrosa de las fieras para defender a su prole.

—¡János! Tú también lo conoces... No, no somos amigos. Ese hijo de puta se ha hecho mayor, y muy blando.

—No sé quién eres, ni qué quieres, pero si János se entera de que estás aquí y que no quieres darme a mi hijo, se enfadará.

Las risas contundentes de aquel desconocido, unidas al llanto ya desesperado de Diego, presionaban en el cerebro de Gabriela, que buscaba salida sin encontrarla.

—¡Vaya, vaya! Eres la mujer por la que está haciendo todo esto Hervás. ¡Menudo cabronazo está hecho! Sí que tienes un buen polvo. Aunque no sé si vales tanto la pena. ¿Lo vales?

—Por favor, dame a mi hijo. No tenemos nada que ver con lo que os traéis entre manos.

—¿El niño es suyo o de Senté? Porque te los cepillas a los dos, ¿no?

—Te lo suplico, devuélveme a mi hijo.

La angustia la bloqueó. Su única fijación era rescatar a su hijo. No vio como Pedro se acercaba por detrás. Sin dejar margen a la reacción, se dispuso tras el hombre que retenía al pequeño y dijo con voz contundente, entre dientes: «Suelta al niño o te meto un tiro. Me importará una mierda lo que pase después. Te mato si no sueltas a mi hijo».

Despacio, aunque sin evidenciar rastro de rendición alguno, Anton dejó al niño en el suelo. En cuanto se sintió liberado corrió a los brazos de su madre, que lo agarró con fuerza para alejarse de los dos hombres, a los que no perdió de vista en ningún momento.

—¡Hijo de la gran puta! ¿Cómo te atreves a acercarte a mi familia? —espetó Pedro escupiendo con rabia cada una de las palabras, mientras Anton

levantaba los brazos a pesar de que sabía que lo que sentía en la espalda, sobre la chaqueta, no era el cañón de un arma sino algún objeto cuya apariencia sentía reforzada por la presión que Pedro ejercía con la mano.

—Pobre madero imbécil... ¿Acaso no sabías dónde te metías? El desgraciado de tu amigo ha desaparecido y Bogdan quiere dar con él.

—¡No volváis a acercaros a mi familia! —insistió loco de ira.

—O nos dices dónde está tu amigo o todos vais a estar en un lío. Te dije que no te metieras, pero insististe. O aparece ese cabrón o tendréis problemas. Tú y la tía buena de tu mujer. Me la tiraría aquí mismo, delante de ti. Seguro que te quedas mirando sin mover un dedo, ¿verdad?

De no estar simulando, si lo que empuñara en la mano fuera su arma, tal vez no dudaría, se convenció de tal determinación. Al no existir amenaza ni riesgo, Anton lo retó con altanería. Pedro retiró la mano para ocultar su mentira, pero no la mirada. Se mantuvo firme en la que creía una posición de superioridad.

—Si sabes dónde está el mierda de Cardona, dímelo.

Calló en primera instancia. Cuando Anton se dio la vuelta para mirar a Gabriela y Diego, reclamó su atención.

—No sé dónde está.

—Pues búscalos. Y no tardes. Sería una verdadera lástima.

Le golpeó dos veces en el hombro e hizo un saludo militar a Gabriela, que lo miró con todo el desprecio que fue capaz de transmitir sin dejar de amarrar a Diego, que escondía el rostro lloroso en su cuello. Se alejó tranquilo, dejando a Pedro clavado en el suelo. Un temblor repentino le subió desde los pies, por la columna vertebral hasta la cabeza. Se cubrió la boca con una mano y guardó las llaves en el bolsillo de la chaqueta.

Una bolsa de plástico con dos barras de pan esperaba en el suelo, en la acera de enfrente, a que alguien la recogiera. Gabriela se balanceaba. Acunaba a Diego, que ya no lloraba, como si pudiera retornarlo a la protección de su vientre, haciendo ímprobos esfuerzos por calmarse a sí misma. Pedro se acercó, contrariado pero con la serenidad de comprobar que su familia no había sufrido ningún daño, al menos físico. Cuando estuvo a la altura de madre e hijo alzó la mano para acariciar la espalda del pequeño, gesto abortado por el impacto de la de su mujer en su mejilla. El estallido que produjo el golpe de

la palma sobre su cara fue como una explosión que lo rompía todo, que le decía que no había absolución.

—¡Mierda, Pedro! ¿Qué estás haciendo? ¿Qué coño está pasando?

Protegiéndose la mejilla la miró abochornado. En ese momento más que en ningún otro, debía hablar, decir la verdad. No lo hizo, consumó así el gran engaño y su condena.

—¿No dices nada? ¿Quién es ese hombre?

—Es complicado... —se limitó a responder en un susurro casi inapreciable.

—¿Qué es complicado? Debe serlo, porque casi muero de un infarto. ¿Qué ha pasado? ¿Nos están siguiendo?, ¿estamos en peligro?

Meditó en silencio desde la humillación. ¿Había puesto en peligro a su familia por su inconsciencia? La culpabilidad transformó su lengua en un trozo de esparto.

—¡Mierda, Pedro! Jamás habría creído que pudieras llegar a defraudarme tanto. Tú no. Y lo has hecho de la peor manera posible. ¿Por qué? ¡Contesta! —gritó dejando escapar las primeras lágrimas mientras Diego retomaba su llantina, asustado por un tono de voz inédito en su madre—. ¿No hablas? Ya puedes recapacitar muy bien si todo esto te vale la pena —añadió sin contención—. Poner en peligro a tu hijo es..., es imperdonable.

No hubo margen para un alegato de defensa. Se alejó airada y sobrecogida, con un confuso Diego asentado sobre sus caderas. Pedro se quedó en el mismo lugar. Asumió el fracaso de su apuesta por una integridad y lealtad mal entendidas y mucho peor gestionadas. No se reconocía. No tenía nada que ver consigo mismo. Perdido. Sin saber qué hacer, a dónde acudir.

Sobre la cama, el niño veía dibujos animados en la televisión. Sujetaba con una mano un paquete de cacahuets fritos salados. Nunca había estado en un hotel y la novedad le pareció tan excitante que cumplió a rajatabla las órdenes recibidas: «Quédate ahí quietecito y come con cuidado. Sí necesitas algo, me llamas». Pero no necesitaba nada, hasta que se vaciara la bolsa que protegía como si de un trofeo se tratara, tenía todo lo que podía desear.

En el baño, Gabriela descansaba la cabeza en el pecho de Darío mientras él le acariciaba la espalda. Cuando minutos antes golpearon con insistencia desesperada la puerta de su habitación y descubrió su rostro desencajado al otro lado, sustituyó la sorpresa inicial por la preocupación. Temió lo peor, y mantenía la misma inquietud mientras esperaba a que Gabriela se tranquilizara tras cerciorarse de que el pequeño estaba seguro y distraído. Cuando compungida levantó la cabeza para pedirle perdón por el asalto, la abrazó.

—¡Qué dices! No hay nada que perdonar. Me alegro de que hayas venido. Solo espero que me cuentes lo que te ha pasado.

Gabriela llenó sus pulmones de oxígeno en una única inspiración, embriagada del contacto con Darío. Se separó para sentarse en el lateral de la bañera. Él lo hizo sobre la tapa del inodoro. Cuando rio de forma espontánea, ella lo miró de reojo, mientras se limpiaba las lágrimas con un trozo de papel higiénico.

—¿Qué te hace gracia?

—Recuerdo la primera vez que tú y yo estuvimos juntos en un cuarto de baño.

Rememoró la misma escena. También sonrió, aunque no tardó en revivir

las circunstancias que la llevaron a convertirse en enfermera para Darío, después de que su padre le propinara una paliza tras ser descubierto cometiendo un delito grave que podía dar al traste con su imperio de naipes, como finalmente acabó sucediendo. Se acarició la frente con ambas manos. No tenía el cuerpo para semejantes retrospectivas.

—¿Qué ha pasado, Gabi? Tiene que haber sido algo gordo para que te presentes en mi hotel con tu hijo en brazos. Y no digo que no me alegre, porque me alegro mucho, pero hay una razón y no parece buena.

Lo miró suplicante. Se esforzó tanto por inspirarle lástima que resultó tristemente cómica.

—Tienes que contarme lo que está pasando —imploró.

—¿A qué te refieres?

—¡Dejaos ya de secretos! Tienes que decirme que está pasando contigo y con Pedro, porque hace en rato un tipo, un desconocido, ha cogido a mi hijo y no parecía tener buenas intenciones.

—¿Cómo? —exclamó entre sorprendido y aterrado— ¿Qué tipo?, ¿dónde?

Gabriela movió los hombros para rehusar las manos de Darío, arrodillado a su lado.

—Ha sido en el paseo. En realidad no nos ha hecho nada, pero he pasado uno de los peores momentos de mi vida. Mucho peor que cuando me obligaste a encerrarme en un armario para grabar la paliza que sabías que iba a pegarte tu padre.

Lo increpó con la mirada, cristalina y humedecida por los nervios, tras haber experimentado un repunte de adrenalina que trataba de administrar para recuperar el sosiego.

—Me tomáis por tonta, pero no lo soy. Pasa algo grave que no tiene que ver con la policía ni con el trabajo de Pedro. Te pido... No. Te exijo que me lo cuentes, porque ya no lo soporto más. ¿Qué haces aquí?

—Te lo dije anoche. Estoy aquí por ti.

—¡Darío! —imploró tratando de controlar su tono para no llamar la atención de Diego—. Ya está bien. ¿Qué coño haces aquí y qué está pasando? Porque no pienso poner en peligro a mi hijo ni por ti ni por Pedro.

—No soy la persona a la que tienes que pedirle esas explicaciones, y lo sabes. Pregúntale a él.

—¡Idos a la mierda! ¡Los dos! Sois unos egoístas, unos machitos que creéis que me protegéis por mantenerme al margen mientras jugáis a ver quién se queda con la chica. Tú mejor que nadie sabes que yo me protejo sola. No os necesito a ninguno de los dos —concluyó tapándose el rostro con las manos.

—Y tanto que lo sé. Pero no voy a hablar por tu marido. Solo puedo asegurarte que te protegeré con mi vida si es necesario. A ti y a tu hijo. Si de mí depende no vas a volver a pasar por algo así —afirmó dispuesto a aprovechar la oportunidad.

En el suelo del baño se olvidaron de que no estaban solos, de que no estaban juntos y de que cuando la pasión se esfumara, las implicaciones que ignoraban caerían como una losa sobre los dos. Sus manos se buscaron y se provocaron. Sus bocas y sus cuerpos permanecieron unidos mientras su inconsciencia les permitió. Justo hasta que una vocecilla la llamó desde el otro lado de la puerta, con la cautela que no se le puede pedir a un niño de 5 años, pero que Diego manifestó quedándose en el pasillo que separaba el baño del dormitorio, sin abrir la puerta.

—Voy, cariño —dijo Gabriela casi sin aliento y sin apartarse del abrigo que le proporcionaba el cuerpo de Darío.

La besó en la boca una vez más, después en la frente y salió del baño dispuesto a impresionarla. Gabriela se tomó su tiempo. Le temblaban las manos. Mientras se las sujetaba para concentrarse en su recuperación, escuchó: «¿Qué pasa, Diego? ¿Has jugado alguna vez a *Clash of Clans*? Yo tengo aquí una *tablet* estupenda con la que podemos jugar los dos, ¿te apetece?». Pensó en Pedro, se descubrió preocupada por dónde estaría mientras ella trataba de evadirse de sus temores en brazos de otro hombre. Podía rendirse al llanto por la culpabilidad y el miedo, o podía concentrarse en dejar la mente en blanco para analizar fríamente su situación. Cerró los ojos. Su hijo no necesitaba una madre que se rindiera.

Los destellos en el horizonte, entre unos grises y tenebrosos nubarrones, anunciaban tormenta. La similitud de la meteorología con sus circunstancias personales le provocó una mueca de desagrado. Más lóbregas no podían ser sus expectativas. Pensó en recurrir a Santiago, la única persona que conocía en

el mundo con la que podía compartir un secreto sin temor a que dejara de serlo. Buscaba su contacto en el teléfono móvil cuando recibió la llamada de un número desconocido. Lo que menos le apetecía era otro *desconocido*, pero descolgó de forma instintiva, inevitable. Podía ser cualquiera, y entre los cualquiera se encontraba Javier. Se arrepintió de inmediato por consentir a la propuesta que le plantearon desde el otro lado. Le quedaban pocas opciones.

Hacía mucho que no se acercaba por la Torre Badum. No era el mejor día para apreciar las vistas, pero Pedro estaba fascinado por las calas que se distribuían a los pies de la Serra d'Irta, un paisaje al que se había enganchado por el persuasivo influjo de su mujer. Por eso y porque en esa época del año se convertía en el lugar ideal para mantener una reunión que debía pasar desapercibida, la escogió como punto de encuentro. El mar, de un plata intenso, rompía rabioso contra los riscos montañosos que coronaban aquel monumento, convertido en emblema local. Saboreó el Mediterráneo en los labios. A pesar de la altura, sintió que la espuma blanca que formaba el agua salada al impactar sobre las rocas lo alcanzaba salpicándole el rostro, la única porción de su cuerpo descubierta. Hacía todo el frío posible. No se movió cuando escuchó el ruido de unos neumáticos avanzando sobre la grava. Tampoco cuando el quejido de unas pastillas de freno que necesitaban ser sustituidas anunciaron la llegada de su cita. Se quedó quieto en el rincón más extraño para sentirse seguro.

El particular y cercano sonido de la tierra al reproducir el impacto de unas pisadas fue la señal que esperaba su cerebro para ordenar una reacción. Ladeó la cabeza. Ya no estaba solo. No saludó, no sonrió. Se limitó a devolver la mirada al horizonte, a respirar toda la cordura de la que fue capaz de abastecerse en semejante escenario.

—¿Senté?

Un leve movimiento de cabeza, que expresó más disgusto que asentimiento, fue su única respuesta.

—Soy Corina.

—Ya, imagino.

Corina. La perdición de Javier Cardona. Nunca antes había hablado con ella. Alguna vez la había visto, pero desde la distancia. Era una joven menuda. Su pelo rubio, estirado en una coleta alta, remarcaba sus facciones pálidas.

Unos pequeños aros dorados, muy aparentes, colgaban del lóbulo de sus orejas. Al observarla desde tan cerca advirtió una mirada felina que alertaba sobre el riesgo inminente de caer en sus redes. Perfilados con una delgada línea negra, sus ojos no necesitaban la intensa sombra azul con la que los había maquillado para ser hermosos. Un rojo intenso realzaba sus labios. Corina conjugaba todos los detalles que podían hacer perder la cabeza a cualquier hombre que se dejara cegar por una belleza superficial. Lo único que quiso ver en ella. No sería su caso. Aunque se protegía con un plumas de color rojo, no ocultaba sus formas, sinuosas dentro de su delgadez. Corina, la mujer que llevaba camino de convertirse en su condena.

—¿Qué quieres de mí?

—¿Ya sabes dónde está Javier?

—Si vienes de parte de tu padre o del hijo de puta de Anton ya puedes marcharte por donde has venido. No sé dónde está, y si lo supiera no os lo diría.

—No, te juro que no. Estoy muy preocupada por él.

—¿Preocupada? Hasta donde yo sé eres la responsable de que esté en una situación bastante difícil —farfulló evitando mirarla para retener su enfado.

—Tú no sabes lo que es esto. Yo quiero a Javi.

—¡Vamos! ¡No me jodas! —masculló con expresión burlona—. Tienes una manera muy particular de querer.

Su llanto, que surgió como una explosión inesperada, lo descolocó. Lo hacía sin intención de contenerse, dejando que las onomatopeyas que acompañan a las lágrimas se expandieran con el viento por todo el acantilado. La miró de reojo para manifestarle su indiferencia, pero no fue capaz de mantener la actitud, que de tan aséptica le pareció cruel. El encuentro ya era lo suficientemente incómodo como para que una adolescente irresponsable le añadiera más drama.

—Ya está bien, no llores. Te digo que no sé dónde está Javier, y me gustaría averiguarlo, porque ha desaparecido. Espero que tu padre no tenga nada que ver con esto.

Lejos de consolarla, logró alimentar su pena. Se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un paquete de pañuelos de papel que le tendió como única interacción. Tuvo que esperar más de lo que le habría

gustado a que recuperara la compostura. Mientras sorbía mocos e intentaba que el maquillaje no se convirtiera en un esbozo surrealista sobre su piel, inició la explicación que Pedro esperaba.

—Yo quiero a Javi. Es muy bueno conmigo y también me quiere. Pero es... complicado. Mi padre puede ser un hombre muy malo y no quiere que su hija esté con cualquiera. Él decide... ya sabes.

—Pues no debería. Corina, estás en un país donde las mujeres son libres de hacer y decidir. Si quisieras romper con su control, podrías. Aquí hay recursos a tu disposición, gente que te ayudaría.

—Si fuera tan fácil hacerlo como decirlo... —susurró antes de pasarse un trozo de papel por la nariz—. Tú mejor que nadie deberías saber lo que te digo.

Lo sabía. Estaba harto de historias muy similares. Hombres que dirigen la vida de las mujeres a su antojo, que las controlan como una posesión material más, que las subyugan a sus deseos, que las convierten en negocio o moneda de cambio, en pago de favores, sin que ellas puedan o sepan cómo liberarse. La misma realidad repetida ante sus ojos y los de una sociedad que se llena la boca con condenas, pero que no hace lo suficiente para acabar con unos comportamientos que sus autores atribuían a diferencias culturales. La impotencia lo frustraba más de lo que admitía. No quería ver a Corina como víctima, sino como culpable, pero perdió toda la convicción de la que se había armado para despreciarla.

—¿Qué edad tienes, Corina?

—Dieciséis, casi diecisiete.

Resopló. De estar allí, Cardona habría tenido que luchar para no salir volando hacia el precipicio. A sus ojos, la edad legal no cambiaba el hecho de que fuera solo una niña. Una niña convertida en mujer a la fuerza. ¿Cómo podía gestionar un conflicto que hacía mucho que se les había ido de las manos? Su silencio no expresaba indiferencia, sino desesperación. No había camino fácil ni puertas medio abiertas. El primer trueno se confundió con el fuerte oleaje. Pedro sabía que lo más acertado era apartarse, pedir perdón a su mujer y contarle la verdad. Con las manos escondidas en los bolsillos de su anorak, se hundió más en el fango. Lo más sensato era justo lo contrario de lo que iba a hacer.

—¿Javier habló contigo antes de desaparecer? Por más vueltas que le doy no puedo imaginar dónde puede estar.

—Yo sí que lo sé —contestó Corina en voz muy baja, casi diluida por el temporal.

—¿Qué dices?, ¿dónde está?

—Me pidió que hablara solo contigo. Dice que eres el único que puede ayudarnos.

—¿Ayudaros? ¿Pero qué coño queréis que haga? —gritó mirándola por primera vez de frente, lo que motivó que la chica hundiera los hombros y comenzara a llorar de nuevo.

—Si tú no nos ayudas le harán daño y a mí... A mí no sé lo que me harán —balbuceó reducida a una sombra, pese a la ausencia de sol, o precisamente por ella.

Como única escapatoria, Pedro le dio la espalda. Caminó en dirección contraria. Corina, abandonada, convirtió el llanto en un sollozo incontrolado que penetraba en el cerebro de Senté como la carcoma que vacía la madera por dentro. Creyó sentir sus incisivos mordiscos. No la abandonaba, solo recuperaba espacio vital. Luchaba contra sí mismo, aunque ella no pudiera saberlo. Rodeó la torre. Pensó. La versión más sensata de un policía que siempre se había caracterizado por su rectitud e integridad perdía la batalla por culpa de una concepción de la fidelidad que solo podría entender quien viajara muchos años atrás en el pasado, cuando perdió todo contacto con su familia al delatar a un hermano que, en la adolescencia, escogió el otro lado de todas las líneas rojas.

Ezequiel Senté acabó en prisión por atropellar a una joven y darse a la fuga cuando conducía un coche robado bajo los efectos del alcohol y las drogas. La chica murió. Pese al drama y la vergüenza iniciales, Quillo, como le conocían sus compañeros de desventuras y los agentes del orden, no tardó en recurrir a la manipulación. Se granjeó el apoyo de los suyos presentándose como una víctima. La culpabilidad porque no le habían prestado la atención suficiente al no ser tan perfecto y buen hijo como su hermano mayor fue la estrategia de éxito de Quillo. El ataque como única defensa se convirtió en dogma de fe para unos padres apesadumbrados e incompetentes ante un fracaso que asumieron como propio sin matices. A quien no enterneció con sus

argucias de pobre desvalido fue a Pedro, el estable, disciplinado y responsable de los hermanos. No intuyó el desenlace. Ningún Senté le perdonó que resolviera el suceso poniendo a Ezequiel, con 20 años, en manos de la justicia. De nada importó que hiciera lo que debía, lo que la sensatez y su sentido de la integridad le aconsejaban. Su intervención solo precipitó un desenlace inevitable, demasiadas veces aplazado con la complicidad de algunos compañeros que miraron hacia otro lado para pasar por alto alguno de sus trapicheos habituales. Los múltiples antecedentes por delitos menores no facilitaron la defensa.

Pedro también fue juzgado y condenado. Sufrió durante años la soledad del rechazo familiar. Se refugió en su trabajo policial, en el cumplimiento estricto de la ley, de lo correcto. No recuperó la estabilidad emocional hasta que Gabriela, sin saberlo, se erigió en su contrapié, en su razón de ser más allá de sus obligaciones profesionales.

Años después, la historia se repetía con protagonistas diferentes. ¿Su respuesta? Resarcirse por los errores pasados tomando la decisión más estúpida. Se rompía a pedazos por dentro y no habían inventado la brújula con la que recuperar el norte. Cuando apareció por el extremo opuesto de la torre, Corina dejó de llorar en el acto, entre asustada y confusa.

—¿Dónde está?

—¿Nos vas a ayudar?

—¿Dónde está? —insistió contundente.

—Está en Villavieja, en la casa de los padres de un amigo con el que estudió. Me dijo que si te daba el número de teléfono tú sabrías qué hacer.

Corina metió la mano en uno de sus bolsillos. Le dio un pedazo de papel. El nombre Alejandro Recatalá iba acompañado por nueve dígitos. Lo guardó en su chaqueta.

—¿Y ahora, qué? ¿Qué vamos a hacer? —preguntó la chica, avergonzada.

—Iré a buscarlo y después vamos a hacer lo correcto de una puñetera vez. Hablaremos con alguien que nos asesore, en la policía.

—¡No, la policía no! Javi no quiere. Dice que lo echarán, que se quedará sin trabajo.

—Mejor eso que quedarse sin nada. —Se impuso para apartarse de la senda de la inmólación que había emprendido—. En esta historia nos hemos

equivocado todos desde el principio y estamos pagando las consecuencias. Hay una salida razonable para esta mierda y ha llegado el momento de optar por ella.

—Bogdan Lupei no tiene miedo a la policía —afirmó quejosa una joven que, en cada palabra, regresaba con mayor celeridad a la infancia.

—Bogdan Lupei se puede ir a la mierda. No hay otra cosa que podamos hacer. ¿Entiendes? No hay más salidas.

—Tengo miedo —musitó con ambas manos en el vientre, mientras su voz se quebraba en millones de partículas que el oleaje se tragó sin miramientos.

Pedro cerró los ojos. ¿Cómo podía sucumbir una y otra vez a las necesidades de todos e ignorar las suyas? Dejó marchar a su mujer asustada tras el incidente con Anton en la playa y horas después consolaba a una completa desconocida cuyo destino nadie le reprocharía que le tuviera sin cuidado. Salvó sus reticencias a mantener contacto físico con personas que no pertenecieran a su círculo más íntimo y colocó una mano sobre el hombro de la chica.

—Ya verás como todo sale bien —dijo consciente de la exageración.

Cuando Corina se agarró a su pecho para buscar amparo, Pedro se transformó en el tronco de un árbol, vivo pero inerte, en el que se agazapa un koala que huye de una amenaza inminente. Se limitó a sujetarla anhelando una pronta liberación.

19

Diego avanzaba cogido de la mano de su madre con la naturalidad que nace de quien no da importancia a experiencias que forman parte del pasado. Gabriela, ni esforzándose por imitarlo, podía conseguirlo. Por su cabeza deambulaban decenas de pensamientos que no lograban bloquearla por el singular instinto que solo otra madre podía comprender: el de aplazar cualquier sufrimiento propio para evitar la inquietud de un hijo. Cuando Diego le pidió que cantara con él, como tantas y tantas veces antes, Gabriela cantó y agradeció que esa pequeña criatura la sujetara al suelo como la piqueta que evita que una tienda de campaña salga volando en medio de un vendaval.

A la altura de su casa, no vio el coche de Pedro en la calle. Necesitaba que estuviera tanto como respirar, pero no estaba. La aterraba tanto el impulso que la había llevado hasta la habitación del hotel de Darío como el esfuerzo que tuvo que hacer para marcharse. Matizó su enfado con su marido planificando la que sería una discusión épica, sustentada en la esperanza de que ninguna diferencia podía ser irreconciliable si había una confesión. El hombre con el que compartía su vida no les pondría nunca en peligro, al menos de forma consciente. Plantearse siquiera esa posibilidad le provocaba una desazón que ninguna canción infantil podía enmascarar.

Abrió la puerta. María la recibió con extrañeza.

—Para haber tardado tanto en hacer la compra no se puede decir que vayas muy cargada.

—Hemos estado en un hotel —dijo un Diego jovial mientras su madre le quitaba la chaqueta.

—¿En un hotel? ¡Qué suerte! —añadió una perpleja María, que optó por

seguir el juego a su sobrino sin perder detalle de cada uno de los movimientos y expresiones de su hermana—. ¿Y cómo ha sido eso?

—Hemos estado con un amigo de mamá que tiene una *tablet* y me ha dejado jugar con él.

—¡Vaya!, un amigo de mamá.

Frunció el ceño al comprobar que había captado la atención de Gabriela. Ella le pidió tiempo con la mano.

—Ve a jugar, cariño. Mamá tiene que preparar la comida.

Obedeció. Salió disparado hacia el comedor, donde se entregó al ceremonial de esparcir los juguetes, para acabar escogiendo uno o dos, en un particular proceso de criba que reproducía a diario.

—¿Un amigo? —preguntó María todavía en el comedor mientras su hermana observaba a su hijo—. ¿Has llevado a Diego a ver a Darío?

—Sí —se limitó a confirmar incapaz de inventarse alguna excusa que pudiera eximirlo del sentimiento de culpa.

—Y, ¿qué tal ha ido?

—Bien. ¿Cómo quieres que vaya?

Las evasivas de Gabriela no apaciguaron la curiosidad de María, más bien la aceleraron. La siguió por la escalera hasta el piso superior. Esperó en la puerta del dormitorio mientras ella se descalzaba y deambulaba de arriba a abajo sin demasiado sentido.

—¿Y la compra? ¿La trae Pedro?

—No creo.

Ante el fracaso de la cautela, se decantó por la línea recta, eludiendo los obstáculos de la prudencia.

—¿Y ese incidente del que has hablado? ¿Qué ha pasado?

—Nada importante —mintió—. Cosas que pasan en la calle.

Se metió en el cuarto de baño y se apoyó en el lavabo para respirar profundamente sin ser descubierta. Desde el exterior, María no se rendía.

—Tenía algo que decirte, pero si no estás de humor lo puedo dejar para otro momento.

—No, no. Habla. Igual estoy incubando un resfriado —añadió con una excusa poco original para evitar más preguntas.

—Es que... Me pediste que hiciera algo y ya lo he hecho.

Sin previo aviso, se repetía la trama. Cuando Darío irrumpió en su vida, poco después de la muerte de su padre, los acontecimientos se precipitaron más allá de su control. Descubrió la verdad sobre su madre; supo que su hermana la había engañado durante años y que el cariño mal gestionado, puede ser solo egoísmo; conoció el mal y el sufrimiento que provoca; puso en riesgo su vida y cometió más de una locura sin sentido. Tras años de una rutina feliz, el regreso de Darío abría la caja de Pandora para verter sobre ella sus malos augurios. Como la vejez, la enfermedad o la locura salieron del recipiente que la mitológica Pandora entregó al hermano de Prometeo para consumir la venganza de Zeus por haber revelado a los humanos los secretos del fuego, la desconfianza, la mentira y el miedo sobrevolaban sobre su cabeza a pesar de que los creía desterrados. La mujer nacida de la estatua tallada por Hefesto guardó en el fondo de su afamada caja la esperanza. A ella se aferraba Gabriela para no abandonarse al resto de emociones nocivas. Sabía a qué encargo se refería María y también sabía que no era el momento de añadir complicaciones a las que ya la atribulaban. Dadas las circunstancias, dudaba que en los días siguientes pudiera encontrar uno bueno. Se armó de valor. La salida más fácil era esperar la intercesión salvadora de un ser superior, una alternativa inútil a su desazón y muy alejada de sus propias convicciones. La resolución de tanto conflicto estaba en sus manos. Buscó salidas viables y no angustias sobredimensionadas.

—¿Has hablado con nuestra madre? —preguntó sin dilación al salir del baño.

—Sí. Vive en Tarragona. Bueno, eso ya lo sabes. Está dispuesta a venir cuando tú quieras. De hecho, le he pedido que lo haga; Son solo 135 kilómetros. Le apetece mucho volver a Peñíscola, no ha estado aquí desde... Desde que... Ya sabes.

—Desde que nos abandonó.

—Desde que se fue.

Las dos conocían los límites, dónde podían causar dolor con solo presionar un poco. Gabriela eligió ser consecuente con sus decisiones y no revanchista. Suya había sido la idea y suya era la responsabilidad.

—¿Y bien?

—No sé, María. Igual es un poco precipitado para ellos. No quiero

molestarlos en exceso. Se acerca la Navidad...

—Es una hora y media a lo sumo. Pueden venir y regresar el mismo día. Esos son sus planes. Confieso que fui bastante... insistente. Aunque me dan un poco de miedo tus motivos, tengo la sensación de que si no aprovecho esta oportunidad no volverá a repetirse.

Tenía razón. No la rebatió. Meditó un instante. Había aprendido que al resistirse a la providencia tenía las de perder.

—¿Mañana?

—Seguro que mañana es tan buen día como cualquier otro. La llamo y se lo digo.

Desapareció. Sola, buscó el teléfono móvil. Sin señal de Pedro. Ningún mensaje, ninguna llamada perdida. ¿Dónde se habría metido? Lo necesitaba en casa, a su lado, y no estaba, ignorante de que su ausencia podía causar daños irreparables. Y como un pensamiento inconveniente suele llevar a otro y no a lo contrario, revivió la intensidad del contacto con Darío en la habitación del hotel. No le costó imaginar cuál habría sido el desenlace si Diego no hubiera estado a pocos metros comiendo cacahuets y viendo dibujos animados.

—¿Dónde estás, Pedro? —susurró acongojada manipulando el móvil, a la espera de alguna señal que acabara con el vértigo que tambaleaba su voluntad. No la hubo.

En la escasa distancia que separaba su habitación de la escalera le pareció apreciar un zumbido, el de la vibración del teléfono. Lo había dejado sobre la cómoda. Escuchó con nitidez el sonido del aparato electrónico sobre el mueble en sus movimientos repetitivos para alertar de una llamada, a pesar de estar en silencio. Corrió y descolgó tan pronto como leyó su nombre.

—¡Pedro!

—Lo siento —dijo sin darle margen a una intervención que esperaba airada.

—No te preocupes —intervino aliviada—. ¿Dónde estás?

—Gabriela, te juro que no sé cómo pedirte perdón. Sé que estás enfadada, con razón, y es muy probable que te sientas traicionada, pero te juro que todo tiene explicación...

—Pedro, no...

—Sí, cari. Déjame hablar. Tengo poco tiempo.

—¿Poco tiempo, por qué? ¿Dónde estás?

—Gabi, cariño. Como no has dejado de sospechar desde el primer momento, pasa algo y es grave, pero no tiene que ver conmigo, te lo juro. Bueno, sí que tiene que ver, pero no directamente...

—Si tratas de tranquilizarme lo haces de pena. ¿Qué pasa? Y lo que es más importante, ¿dónde estás? Ven a casa y hablamos.

—Ahora no puedo. Pero te pido, por favor, que no te preocupes más de la cuenta. Solo te diré que tiene que ver con Javier. Está metido en un lío bastante gordo y tengo que ayudarlo.

—¿Javier?

—Siento muchísimo decirte esto por teléfono, pero es que tienes razón y me he dado cuenta tarde. Lo que ha pasado esta mañana... Si os pasara algo a ti y a Diego por culpa de esta historia..., por mi culpa, no me lo perdonaría jamás. He tomado algunas decisiones equivocadas, pero lo voy a arreglar.

—Pedro, por favor. Ven a casa, lo hablamos y pensamos una solución para lo que sea que esté pasando. Ven con Javier y lo hablamos los tres. Pero no me dejes así.

—No puedo, cariño. De verdad que no puedo. Pero no podía irme sin decírtelo.

—¿Irte? ¿A dónde te vas?

—De momento es mejor que no lo sepas. Solo quería pedirte perdón y decirte que estoy tratando de arreglarlo todo.

—Pero ¿qué es todo?

—Escúchame. Necesito que le des un recado a Marga.

—Sí, claro. Pero, Pedro, te suplico que no me dejes así.

—Gabi, amor. Atiende bien lo que te voy a pedir. Cuando cuelgue voy a pasarte por WhatsApp un número de teléfono. Habla con Marga y que llame. Es el contacto de una chica que se llama Corina. Es un asunto delicado. No la llamo yo por no tener que dar más explicaciones. El tiempo corre en mi contra y mi única prioridad era hablar contigo.

—Me estás asustando.

—No te asustes. Tú habla con Marga. Solo necesita saber que esa chica puede necesitar protección. Yo estaré bien. Voy a buscar a Javier y lo traeré a casa para solucionar el lío en el que se ha metido de la mejor manera posible.

Volveré y te lo contaré todo, sin obviar ningún detalle.

—Iré contigo —afirmó desde la ingenuidad más irracional.

—Gabriela, cariño. Me duele el alma pensar que he podido perjudicarte en algo al ocultarte lo que está pasando. Reconozco que se me ha ido de las manos, y todo por no actuar como debía desde el principio. Creí que podría buscar una salida razonable con discreción, pero me equivoqué. Espero que no sea demasiado tarde.

—¿No puedo convencerte de que vengas?

—Sabes que no.

—Por lo que más quieras, ten mucho cuidado.

—En cuanto pueda volveré a llamarte. —Se tomó un respiro insuficiente para ambos—. Te quiero. A ti y a Diego. Más que a nada en este mundo.

La confesión de su marido le supo a despedida. Le encogió el ánimo.

—No me dejes así. Dime al menos a dónde vas —suplicó.

—Sé que no estoy en posición de pedirte nada, pero ten paciencia. Voy a por Javier y volveremos los dos a casa. Te quiero.

—Lláname pronto.

El inconfundible sonido de una conexión interrumpida acobardó a Gabriela, que lamentó con retraso no haberle correspondido. Él había insistido en confesarle sus sentimientos y ella se había limitado a pedirle precaución. Entre sus cavilaciones irrumpió la alarma que advertía sobre la entrada de un mensaje. Al abrirlo leyó el nombre de Corina junto a un número de nueve dígitos. La tentó utilizarlo para saber más, pero fue disciplinada y atendió al encargo de su marido. Telefonó a Marga, la pareja de Luz. Le dio una escueta explicación: «Pedro dice que tiene problemas, necesita ayuda». A lo que Marga contestó: «Pues si Pedro dice que tiene problemas, no hace falta saber más».

Como agente de policía, Pedro había demostrado un compromiso sin fisuras por los vulnerables, en especial por niños y mujeres en apuros, asuntos que gestionaba a través del departamento que dirigía la pareja de Luz. Se había granjeado su amistad y su admiración profesional. Sabía que dejaba a Corina en buenas manos.

Cumplida su promesa, Gabriela volvió a calzarse, cogió una mochila en la que guardó el teléfono móvil, la cartera con dinero y su documentación. Su

hermana jugaba con su hijo en el comedor cuando irrumpió preparada para salir.

—María, por favor. ¿Puedes quedarte con Diego?

—Por supuesto. ¿Qué pasa? ¿Ahora sí que vas a hacer la compra? —sonrió irónica.

—Pedro necesita que le haga un par de recados. Escucha, si se me hace tarde llama al restaurante chino, ¿vale? No sé lo que tengo por la nevera, pero mejor no te compliques. Te dejo algo de dinero.

—Tengo dinero —respondió con una sonrisa encajada con calzador en su preocupación—. ¿Qué ocurre? No vas a convencerme de que nada si sales de casa de esta manera.

—Nada. Solo es algo que Pedro está tratando de solucionar y me ha pedido ayuda.

—Está bien. Estaremos aquí. Keno y los chicos no tardarán en llegar. En teoría solo iban a comprar el periódico. Pero mámenme informada.

—Sí. No te preocupes. Un beso a mamá, guapísimo —dijo acucillada junto a su hijo, que atendió su demanda y le ofreció un abrazo de propina—. Haz caso a la tía, ¿vale? Mamá y papá volverán enseguida.

—Cómprame algo, mami. Lo que tú quieras. Aunque sea una cosita pequeña.

La preocupante predisposición al consumismo del niño merecía una buena charla que iba a aplazar. Gabriela rio y le acarició las mejillas. Besó a María y salió a la calle. Empezaban a caer las primeras gotas de lluvia. Una vez sola, sin protegerse, envió un mensaje. La respuesta se produjo cuando ya llevaba recorrido la mitad del trayecto hacia su destino. Supo que su caminata no iba a ser infructuosa.

20

Cuando Santiago le abrió la puerta del apartamento reaccionó como siempre. Gesto amable y dos besos. Al acceder al pequeño comedor, exiguamente amueblado y mucho menos decorado, torció el semblante. El cura tenía visita.

—¡Vaya! No me habías dicho que estuviera aquí —recreminó al sacerdote.

—Tampoco preguntaste —se excusó—. Aunque no puedo decir que no me alegre de que estéis aquí los dos.

Gabriela se acercó a Darío y le besó en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios, una provocación expresa y espontánea. Él le rozó la mano con intención. Se apartó y trató de disimular el rechazo por una acción que había motivado. Incluso sin pretenderlo, recurría a la seducción para sentir el control. Aprovechó el movimiento para quitarse la chaqueta.

—Pues igual vas a tener razón. Bien pensado, que estéis aquí los dos me va a ayudar a matar dos pájaros de un tiro.

—Eso no suena muy bien —reconoció Darío sin perder detalle de cada una de las acciones de Gabriela.

—Necesito vuestra ayuda.

—Pues tú dirás. —Santiago esperaba con expectación lo que Gabriela tuviera que contarle.

—Sé que Pedro está tratando de ayudar a su amigo Javier y sé que es un asunto muy delicado. También sé que los dos estáis al tanto, quizás uno con más detalles que el otro, pero lo estáis. Ahora mismo va camino de algún sitio para buscarlo y traerlo a casa —concretó.

Las expresiones y reacciones de Darío, a los que permanecía atenta, dieron alas a su preocupación. Frunció el ceño. Había olvidado lo que quería

decirles.

—¿Qué pasa? —inquirió dispuesta a exigir respuestas.

—Nada, no pasa nada. Te escucho —contestó Darío.

—¿Y esa cara?

—¿Qué cara? Es la que tengo. No tengo otra.

—Darío, te olvidas de que te conozco bien.

—Las personas cambian con los años.

La tensión de Darío se palpaba. Acorralado, sabía que no podía ocultar la evidencia. Su mayor deseo al sentirse observado era encontrar una razón plausible para salir de la habitación, incluso del piso, para hacer una llamada telefónica urgente.

—Darío, hasta yo estoy convencido de que tienes algo en la cabeza que no nos dices. E inevitablemente tiene que ver con lo que nos ha contado Gabriela, porque hasta hace un rato estabas la mar de jovial.

—Nada, son cosas mías. Recuerdos del pasado, quizá.

Ninguno le creyó.

—Antes de irse, Pedro me ha pasado un número de teléfono. Es de una chica que se llama Corina. Me ha pedido que se lo pase a Marga para que la ayude.

—Idiota... —susurró.

—¿Cómo? —preguntó Gabriela molesta.

—No, nada.

—Darío Hervás, ahora mismo vas a soltar lo que sabes porque estoy demasiado alterada para estos juegos de sí pero no que tanto te gustan. Si sabes que Pedro corre algún riesgo no tienes derecho a ocultármelo.

—Yo solo sé que tu marido es idiota por no valorar lo que tiene —dijo como única defensa, transformando la tensión en rabia.

Gabriela, en pie, frente a él, trató de ejercer toda la presión física y emocional que creyó poseer.

—Darío, ¿qué está pasando? Y no quiero ni una sola de tus evasivas. Si mi familia está en peligro...

—Si tu familia está en peligro será por culpa de tu marido.

—¡Alto, alto, alto! —intervino de forma determinante Santiago, en pie para mediar entre sus amigos, consciente de cuál podía ser el desenlace más

probable de aquel conato de enfrentamiento—. Sé las ganas que tenéis de encontrar una excusa para establecer una especie de combate en el que podáis acusar al otro de ser el culpable de la realidad inevitable de que ya no estéis juntos. Os puedo dar unas cuantas razones objetivas para olvidarlo, pero no es el momento. Si de lo que se trata es de ayudar a Pedro porque está en una situación delicada, coincido con Gabriela en que no deberías guardar ningún secreto.

—No se trata de guardar secretos, sino de protegerla, algo que, evidentemente, no ha hecho él.

—Ya está bien, va —añadió el sacerdote en tono conciliador—. ¿Qué es lo que tienes que contarnos?

El reflejo del sufrimiento en el rostro de Gabriela agudizó la flaqueza que le provocaba a Darío todo lo que tenía que ver con ella. Se rindió a sus debilidades.

—Te dije que convencieras a Pedro de mantenerse al margen.

—Pues ya ves, no lo he conseguido. No soy tan infalible ni tengo el dominio que crees sobre él.

—Está cometiendo un grave error, y si todavía estáis a tiempo, deberíais persuadirlo, evitar que vaya donde quiera que esté el gilipollas de su amigo.

—Pero, Darío, ¿qué tienes tú que ver con todo esto? —preguntó preocupado Santiago.

—¡Nada, joder! He sido tan imbécil como su marido y he tomado decisiones erróneas por un único motivo, que no tiene nada que ver con todo esto.

—Que ahora no viene a cuento —afirmó Santiago para interrumpir una confesión inconveniente y más que previsible.

—Nada podría venir más a cuento. No os voy a meter a ninguno de los dos en este asunto precisamente porque no quiero que os pase nada. Y a partir de ahí, que cada cual asuma las consecuencias de sus actos.

—¿Otra vez con lo mismo? ¿Qué pretendes con ese rollo de que solo estás aquí por mí? —le recriminó Gabriela. Se sentía dolida.

—¿En qué idioma necesitas que te lo diga para que entiendas que es la única razón? No hay más. No existe esa motivación altruista que creéis que me ha llevado a ayudar al marido gilipollas de la mujer a la que quiero. Cuando

me llamó acepté su invitación implícita a llevarte conmigo.

—Venga, Darío. Dejemos el tema —imploró Santiago.

—¡No! Estáis aquí los dos exigiéndome explicaciones y son estas. El amigo de tu marido se ha metido con gente muy peligrosa y ha dado todos los pasos equivocados que se podían dar. Nadie como él lo tenía más fácil: pudo haber acudido a sus compañeros al primer tropiezo, pero no. Ha ido encadenando cagada tras cagada. El remedio siempre ha sido peor que la enfermedad. Y tu perfecto maridito, no solo lo ha encubierto, sino que ahora pretende solucionar lo que no tiene remedio. Porque en esta vida, más pronto o más tarde, los errores se acaban pagando. Mírame a mí si no.

—¿Y qué error estás pagando tú, si puede saberse? —dijo Gabriela compungida tratando de conservar la compostura.

—Dejarte. ¿Te parece poco? No darte lo que querías. Creer que era más importante huir lejos, hacer otra vida para ser otra persona. Cambiarme el nombre... —Se carcajeó—. ¡Menuda gilipollez! Pero la conclusión siempre es la misma.

Gabriela se llevó una mano a los labios y sintió la frialdad de una lágrima en su recorrido natural hasta esparcirse por su dedo índice, que limpió de inmediato frotando contra los labios, antes de diluir el surco que había dejado en su descenso.

—Pídeme que ayude a tu marido. Si me lo pides, lo haré, pero solo para demostrarte que soy capaz de todo por ti.

—Para algunas cosas es demasiado tarde, Darío —aseguró Santiago con voz dulce, incapaz de ser un mero espectador.

—Con todos mis respetos, Santiago, cállate. No vais a convertirme en el culpable de toda esta mierda.

—Me preocupa que te resistas a reconocer que esto no es bueno para ninguno de los dos —insistió.

—¿Bueno? ¿Qué es bueno y qué es malo, Santiago? Malo es lo que pasa ahí afuera, en este mundo de mierda donde muere gente a diario para que se sigan vendiendo armas con las que lograr que suba el valor del petróleo, por los delirios de grandeza de políticos repugnantes que juegan al Risk en un tablero de verdad y con fichas que son de carne y hueso. ¡Vamos, no me jodas! ¿Que esto no es bueno para ninguno de los dos? Esto es lo único bueno que he

tenido en mi vida —añadió al tiempo que señalaba a Gabriela—. Y la abandoné por ser un puto egoísta...

—Darío, no...

—Santiago, déjanos solos —pidió Gabriela.

—¿Estás segura?

—Por favor.

El sacerdote abandonó displicente la habitación para trasladarse al dormitorio, donde hizo lo único que sabía hacer en situaciones extremas que se le escapaban de las manos: encomendarse a Dios, implorarle la intervención más adecuada.

Una vez solos, Gabriela cogió de las manos a Darío.

—Si te pido que ayudes a Pedro, ¿lo harás?

—Lo haré por ti, no por él.

—Eso me ha quedado claro. Pero me asusta que puedas permitir que le pase algo solo para quedarte conmigo. No soy una propiedad que se pueda heredar.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí?

—Ya no sé qué pensar, Darío. Esto tiene tan poco sentido como meterse en un armario para grabar como un padre apalea a su hijo. Sabemos un poco de hacer estupideces para conseguir lo que queremos.

Ambos callaron y recordaron aquel esperpento compartido.

—Entonces me comporté como una niña capaz de hacer cualquier cosa por el hombre del que me había enamorado, pero ninguno de los dos somos esas personas.

—Tu marido ha demostrado quererte muy poco.

—No digas eso. Lo que fuimos capaces de hacer tú y yo tampoco podría considerarse amor, quizá locura, no sé... Darío, la cuestión es muy sencilla. ¿La vida de Pedro corre peligro? Si es así, te suplico que me ayudes a evitar que le pase algo malo.

—¡Joder, Gabriela!

—¿Eso es un sí?

—Llámale y dile que no se vaya a ninguna parte.

—No puedo. No me cogerá el teléfono.

—¡Hostia puta!

Darío le dio la espalda y se dirigió hacia el ventanal de un pequeño balcón que daba a la calle de un apartamento turístico sin vistas al mar. Sacó su móvil. Manipuló la pantalla y se lo llevó a la oreja. Tardó unos segundos en poder iniciar una conversación: «Sí, soy yo... Escúchame. Está pasando... Sí, lo sé... ¡Venga, no me des más la brasa! ¿Qué puedo hacer?... Algo podré hacer... No tengo ni idea, pero habrá alguna forma de enterarse, ¿no?... Eres un hombre de recursos... Tranquilízate... Sí, lo sé... Está bien, espero tu llamada... Que sí, no insistas más y haz lo que tengas que hacer». Y colgó. Se quedó quieto. Observó a través del cristal a un hombre mayor que trataba de avanzar bajo la fuerte lluvia con un paraguas que parecía tener más años que su propietario. De poder elegir, se habría cambiado por él, hasta que sintió como le rodeaban unos brazos. Una cabeza se apoyó en su espalda.

—Gracias.

—No me des las gracias. Vamos a arrepentimos de todo esto. Yo el primero.

—¿Con quién has hablado?, ¿con János?

—¡Qué más da!

—Muchas gracias.

Se dio la vuelta y se situó frente a Gabriela, dispuesto a aprovechar la cercanía.

—No te miento, y lo sabes.

No dijo nada, ni puso impedimento a que la besara, ni trató de disminuir la intensidad del contacto, que les dejaba sin aliento. Cuando los dos creían que estaban alcanzando ese instante irreversible, el que lo llevó a él a meter sus manos por debajo de la sudadera que cubría el torso de Gabriela y a ella a buscar su pelvis, Darío se detuvo.

—Esto sucederá, pero no porque te sientas en deuda conmigo.

—No lo estropees —susurró pasándose el reverso de la mano por los labios para eliminar el exceso de humedad.

—Lo siento, no he querido insinuar...

—Déjalo estar —insistió sin dar crédito a la ofensa, y escondiendo el pudor repentino en una mirada huidiza—. ¿Y ahora, qué?

—Tenemos que esperar.

—¿Y ya está?

—Si dices que no puedes hablar con tu marido es lo único que podemos hacer.

—¿Y si hablamos con esa chica? Con Corina.

—No es una buena idea.

—Pero igual ella puede decirnos dónde están.

—Aunque lo supiera, dudo mucho que hable con nosotros.

—Con nosotros es posible que no, pero conozco a alguien con el que prácticamente nadie se niega a hablar.

Un instante después golpeaba la puerta del dormitorio donde Santiago oraba. No le costó convencerlo para que hablara con una desconocida en apuros con la única pretensión de sonsacarle información vital.

Marga era al antónimo de cualquier estereotipo. Su aspecto resultaba tan común que no llamaba la atención ni por sus formas ni por su apariencia. Se distinguía por su profesionalidad y la dedicación al servicio público al que se entregaba con vocación. Su relación con Luz tenía la misma edad que Diego. Se conocieron cuando ambas presenciaron una fuerte discusión en un bar entre un hombre y su pareja. La intensidad del enfrentamiento fue subiendo de tono hasta que él acabó agrediéndola en plena calle tras haberla sacado del local a la fuerza. Los pocos testigos del incidente lo increparon, pero Luz no se limitó a gritar para llamar la atención de un cegado agresor, lo agarró del pelo y de la camiseta para evitar que siguiera agrediendo a la mujer que trataba de protegerse la cabeza con las manos mientras permanecía tirada en el suelo. Se llevó un fuerte golpe en la cara, insuficiente para persuadirla de mantenerse al margen. Cuando se incorporaba para agarrarlo del brazo con el que golpeaba sin contemplaciones a su víctima, Magda apareció por una esquina acompañada por dos agentes de policía. Ellos completaron su misión mientras una exhausta y furiosa Luz no dejaba de increpar, no solo al detenido, sino a cuantos miraban impasibles o grababan con sus móviles, exigiendo más brazos para detener al machista y menos cámaras para inmortalizar la indecencia.

El policía que intentó tranquilizarla llevándose algún que otro codazo involuntario se convirtió pronto en una cara familiar. Pedro le sonrió. Ella también lo hizo antes de agarrarse a su cuello.

—¡Pedrito! ¡Si no llegas le arranco la cabeza a ese hijo de la gran puta!

—Pues ha sido mucho mejor que no lo hayas hecho —aseguró excusándola por recurrir una vez más a un diminutivo que no soportaba—. Tienes un par de

huevos, chica.

—No me vengas con lenguaje machista que te arreo a ti también —dijo confusa, tratando de asimilar el *shock*.

—Vale. Respira hondo. ¿Estás bien?

—¡Ese cabrón no tiene lo que hay que tener para poder conmigo! ¡Cabrón, hijo de puta! ¡La próxima vez te tiras a las vías del tren, desgraciado!

Javier Cardona se alejaba en dirección al coche patrulla para meter en su interior al detenido, al que le había costado poco reducir. Tras verse cercado por la autoridad exhibió su verdadera cara, la del cobarde que intenta disfrazar sus carencias sometiendo a su mujer. Pedro se aseguró de que los servicios sanitarios atendieran a la víctima de la agresión y a Luz, que presentaba un impacto junto al ojo derecho. Fue entonces cuando Marga y Luz hablaron por primera vez.

—Quiero darte las gracias personalmente y en nombre de Mari Carmen.

—¿Quién es Mari Carmen? —preguntó todavía ofuscada por la explosión de adrenalina.

—Pues la mujer a la que posiblemente has salvado la vida.

Los movimientos nerviosos que se habían adueñado del cuerpo de Luz se desvanecieron. Repitió en su cabeza la reconfortante afirmación. Sonrió.

—No hay de qué —añadió casi en un balbuceo.

—Eres una mujer muy valiente —insistió Marga cogiéndola de la mano.

Y ya no se soltaron. Años después se había convertido en la pareja más estable que Luz había tenido nunca, y en consecuencia, en un miembro más de la familia que formaba con Gabriela. Aunque Pedro y Magda ya se conocían por motivos laborales, su relación se hizo más estrecha a partir de entonces, llegando a ser grandes amigos.

La casa que Magda y Luz compartían era modesta, rodeada de otras más fastuosas en una de las numerosas urbanizaciones de las afueras, alejada del bullicio que provocaba el aumento de la población en los meses de verano. En la puerta principal los esperaba su amiga, menos sonriente de lo habitual. Besó y abrazó a Gabriela. También a Santiago.

—¿Qué pasa, curilla?, ¿cómo estás?

—Muy bien. ¿Y vosotras?

—Bien, como siempre. Me hubiera gustado volverte a ver en otras

circunstancias.

—¿Está aquí? —preguntó Gabriela casi en un susurro.

—Aquí están. Ella y su barriga.

Gabriela frunció el ceño.

—La chica está preñada. No de mucho, pero vamos, que le costará explicar ese volumen a quien no esté enterado.

Los tres caminaron hasta el comedor, donde Magda hablaba con la que a todos les pareció una adolescente. En cuanto constató su presencia, su anfitriona se puso en pie.

—Hola, Gabi, cariño. ¿Cómo va?

—Bien.

—¿Y tú, Santiago? ¿Todo bien por el reino de los cielos?

—Muy bien, gracias —contestó acostumbrado a ese tipo de referencias, siempre amables.

—Pues aquí estamos nosotras, tratando de darle sentido a este rompecabezas que me habéis dejado en la puerta.

La joven exhibía pruebas inconfundibles de haber llorado desconsoladamente. Gabriela la saludó comedida. Santiago se sentó a su lado y, comprometido con su misión, la cogió de la mano.

—Hola. Eres Corina, ¿verdad?

—Sí, padre —contestó ella dejándose impresionar por el alzacuellos, como si tuviera ante sí algo similar a un ser venido del más allá para salvar a la humanidad.

—Corina está un poco asustada porque hace más tiempo del normal que no da señales de vida por su casa, y digamos que no es el mejor lugar del mundo para que pase algo así. Resulta que conozco a su padre por referencias. Mantiene el equilibrio como un maestro del funambulismo sobre la línea que separa lo legal de lo ilegal. Sabemos que, entre otros quehaceres de dudosa moralidad, trabaja con mujeres, comercia con ellas, aunque aún no tenemos pruebas que lo incriminen de forma directa y así poder llevarlo ante un juez. Otros cumplen sus condenas porque siempre consigue escabullirse. No es trigo limpio. ¿Me equivoco, Corina?

La chica contestó con lágrimas. Carecía de la determinación para hacerlo de otra forma. Como en un tribunal sumarísimo se sintió juzgada, condenada y

humillada. Ninguno intuyó su estado.

—Según acaba de contarme, conoció a Javier Cardona hace algún tiempo. Tontearon un poco, y bueno... Corina dice que se quieren, pero algo no está yendo bien. Por una razón que no acabo de entender todavía, Javier tiene tratos con su padre y la cosa se ha complicado bastante. ¿No es así?

—Javi es un buen hombre —aseguró para excusarlo al sentirse escrutada por unos extraños—. Tiene un problemilla. Las cosas no le han ido bien últimamente.

Gabriela no sabía si sentarse o quedarse de pie. Las piernas no parecían querer mantenerla en posición vertical, por lo que cogió la silla más próxima. Luz pasó por su lado para ofrecer a Corina un vaso de agua. Hizo lo mismo con su amiga. Lo aceptó sin dudar y lo vació de un solo trago.

—El bebé que espera Corina es de Cardona —dijo Magda—. Y hasta ahí os puedo contar, porque no sé más. La verdad es que no sé qué quiere Pedro que haga, porque no me dejas demasiado clara tu posición, cariño —añadió dirigiéndose a la adolescente, que mantenía una distancia temerosa y desconfiada—. Por eso espero que, ahora que estáis aquí, me ayudéis a aclarar este asunto. Por el bien de nuestra nueva amiga.

—Pues podemos aportar poco. Sabemos lo mismo que tú. De hecho, esperábamos que Corina nos ayudara a todos —explicó Gabriela recurriendo al tono de voz con el que hablaría a un niño para no asustarlo.

La responsabilidad que le atribuían, y una mezcla de vergüenza y miedo, provocaron en Corina una reacción inesperada. Se levantó, recogió su bolsa y su chaqueta. Huía ante la estupefacción de quienes la creían la clave de todo.

—Tengo que volver a casa. No puedo decir nada más.

—¿Cómo? Pero no puedes irte ahora —exclamó Gabriela entre sorprendida y preocupada.

—Sí, tengo que irme, porque me estarán buscando y no quiero problemas.

—Nosotros podemos ayudarte, ¿verdad?

Gabriela imploró una respuesta que no obtuvo.

—Si quieres marcharte no vamos retenerte. Solo quiero que sepas que si crees que estás en peligro, podemos ayudarte.

—Pero Pedro dijo que la ayudáramos.

—Sí, Gabriela. Pero Pedro sabe tan bien como yo que si Corina quiere

marcharse puede hacerlo libremente. No podemos retenerla contra su voluntad. Tiene edad para tomar sus propias decisiones. Nosotros solo podemos escucharla y aconsejarla, si nos deja.

—¡Pero si es una niña!

—Tranquilas —intervino Santiago que ya se había situado junto a la joven para asumir su misión—. Yo la acompañaré a donde me pida. ¿Te parece bien, Corina? ¿Quieres que vaya contigo?

—Sí, por favor —musitó aliviada.

—¿Me dejas las llaves de tu coche, Gabriela?

Enfadada y frustrada, no tuvo más remedio que claudicar. Odió a esa niña temblorosa y embarazada que tenía las claves para saber en qué lío andaba metido su marido, la misma que le inspiraba toda la lástima del mundo.

No se dijo nada más en su presencia. El sacerdote la cogió de un brazo invitándola a salir a la calle, mientras Gabriela se dejaba caer derrotada sobre el sofá donde había estado sentado él un instante antes, para explicar a sus dos anfitrionas qué se ocultaba tras su desesperación.

Santiago condujo despacio. Durante el trayecto fue tan amable y comprensivo como lo era siempre con cualquiera, con el matiz adicional indispensable para arropar a quien se siente desamparado. Siguió las instrucciones de Corina para llegar hasta la casa de una tía suya en un pueblo vecino. Se suponía que ella podía acogerla. En el recorrido preguntó lo justo, pero fueron las preguntas clave. En la soledad del coche, todas tuvieron respuesta: Javier debía mucho dinero por distintas apuestas de juego y algún préstamo, no supo precisar para qué. Su padre desconocía la relación que mantenían, y cuando ya no pudo ocultar el embarazo, en medio de una airada discusión, llevada por el pánico, reconoció las amenazantes insinuaciones de que habían abusado de ella. Tras meditar en frío las consecuencias de su confesión forzada, no se creyó capaz de convencer a nadie de lo contrario. Ni siquiera se lo planteó. Bogdan Lupuin decretó venganza y no cejaría en su empeño hasta consumarla. Nadie le robaba y mucho menos ultrajaba su honor. El de su hija era lo de menos.

Ocultó la inquietud cuando preguntó por la situación de Pedro. Corina se

limitó a reproducir lo que conocía por las referencias de Cardona: «Es más que un hermano para Javier. Está tratando de ayudarlo sin que se entere nadie, para que no pierda su trabajo». El sacerdote lamentó la falta de sentido común del género humano cuando más falta hace aferrarse a él, sin desviar la atención de la señalización y el trazado de la carretera, a pesar de que tenía motivos de sobra para perder la concentración.

—Corina, ¿dónde están Javier y Pedro? —preguntó como única conclusión posible para su conversación.

—Javi me hizo jurar que no se lo diría a nadie. Bueno, solo a Pedro — balbuceó la chica asustada.

—A mí puedes decírmelo —afirmó Santiago recurriendo a su rango de hombre de Dios con toda la intención.

—Javi se esconde en la casa de un amigo, en Villavieja. Pedro ha ido a buscarlo.

Santiago tragó saliva y se amarró al volante para conservar la serenidad que no podía permitirse el lujo de abandonar.

—¿Y eso lo sabe alguien más?

—No —dijo la chica decidida. Una decisión que no tardó en diluirse, congelando la sangre de su acompañante—. Bueno, creo que no...

—Corina. ¿Has hablado con alguien más de este tema?

El silencio que acompañó a la espera obligó a Santiago a detener el vehículo en el arcén, justo cuando empezaba a diluviar. Cogió la mano del proyecto de mujer que, como las nubes, se vaciaba en lágrimas. Las gotas de dentro y de fuera se convirtieron en una alegoría que Santiago retuvo en su cabeza un instante.

—No eres una niña. Entiendes la gravedad de lo que está pasando. Sé que te sientes muy sola y estás asustada, aterrada... Pero es vital que me digas si alguien más sabe del paradero de Javier.

—Solo hablé con mi prima. Es como mi hermana, a ella se lo cuento todo.

—Claro, es normal. No llores, mujer. Todos necesitamos un apoyo en momentos difíciles. —Le dio una tregua ofreciéndole su consuelo antes de ejercer la presión exacta para obtener información vital sin provocar rechazo—. ¿Hay manera de saber si tu prima le ha podido contar algo a personas próximas a tu padre?

—No —aseguró en un desgarrador alarido al que siguió un sollozo sin consuelo posible, que ofreció a Santiago la confirmación que le faltaba—. Ella me acompañó a hablar con Pedro.

Intentó reconfortarla en su angustia. Luchó contra sus propios sentimientos, contra la indignación que le producía reconocer que la vida de su amigo podía pender de un hilo, el de la depravación inspirada en el maligno que tan bien asumen los hombres; contra la frustración que le provocaba comprobar un día sí y otro también que en el mundo hay cientos de miles de Corinas, instrumentos en manos de otros que les roban los deseos, los sueños, su propia identidad solo por ser mujeres. Encomendó su protección a la Virgen de los Desamparados mientras el coche permanecía en el arcén, bajo la tormenta, con los cuatro intermitentes alertando de una situación de emergencia, y no precisamente automovilística. No era el lugar más adecuado para permanecer parados, atendiendo a que la cortina de lluvia los exponía en medio de la Nacional 340. Reanudó la marcha.

Tras accionar el freno de mano frente al domicilio indicado, el de la supuesta tía de Corina, Santiago preguntó.

—¿Estarás bien?, ¿seguro que no necesitas ayuda?

—Estaré bien. No me harán nada.

—Quiero que te quedes con mi número de teléfono y me llames siempre que lo necesites, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias, padre.

—No hay de qué. Cuídate mucho, Corina.

—¿Ayudará a Javi?

—No sé cómo podría hacerlo, pero lo intentaré, por supuesto.

Esperó a que se resguardara en el portal de un bloque de viviendas a las afueras de Benicarló. Llamó a uno de los timbres que se organizaban geométricamente en un lateral. Alguien debió de contestar, porque Corina empujó la puerta, y tras dedicarle un tímido saludo con un gesto de la mano, desapareció. Le inquietó con qué suerte. Aspiró el oxígeno cargado de humedad acumulado en el interior del utilitario de Gabriela. Cuántas Corinas abandonadas a su suerte... Se frotó la frente con ambas manos. Necesitaba asimilar la impotencia. Quería hacer más. Sabía que debía hacer más, pero se quedó sentado, escabullendo la culpa en el crepitar de la lluvia sobre la

carrocería plateada que lo protegía. No arrancó enseguida. Cogió su teléfono móvil. «Darío. Pedro podría correr un grave peligro». «Lo sé». Ambos callaron. «Santi, ella no puede saber nada de esto», imploró. «Pues no sé cómo vamos a convencerla. La conoces tan bien como yo. No se conformará con excusas».

Su enfado no pasó desapercibido. Tampoco quiso ocultarlo. La única concesión fue el abrazo que le dio a su hijo, que corrió a su encuentro reclamando sus besos en frente, mejillas, cuello... Era lo habitual, aunque solo los aceptaba de buen grado si provenían de su madre. Cuando preguntó «¿Dónde está papá?», los adultos supieron que algo anormal sucedía. Callaron y observaron con incómoda impaciencia.

—Está trabajando, cariño. No creo que tarde.

—Los tetes me han comprado a Spiderman —exclamó.

—¡Otro Spiderman! —respondió sin dar relevancia a lo que en otras circunstancias habría considerado un capricho innecesario—. ¡Qué bien! —añadió con medido entusiasmo.

—Quiero enseñárselo a papi. Mola mucho —insistió dando pequeños saltitos sobre la cadera de su madre, que se esforzaba por mantener la empatía, a pesar de sentir lo contrario.

—Tranquilo, tendrás tiempo de enseñárselo. ¿Verdad, Santiago? Explícale a Diego que su padre no tardará en volver a casa.

—Seguro que sí, guapo —contestó revolviendo el pelo del pequeño—. Y ahora vamos a comernos esa rica cena que me había prometido tu tía María.

—¡Eso! ¡Estamos hambrientos! —añadió Keno dando un par de palmas para romper el hielo que congelaba hasta el aire—. Ven con tu tío Keno, que me vas a ayudar a hacer la ensalada.

—No me gusta la ensalada —refunfuñó el pequeño, ansioso por acaparar la atención de su madre.

—No te pido que la comas, te pido que la prepares. Tú y yo le haremos

una linda ensalada a tu mamá. Una sorpresa. ¿Te parece? Y así mami podrá cambiarse de ropa y estar bien guapa para cenar.

Lo convenció. Era fácil convencer a un niño predispuesto a hacer tareas supuestamente reservadas para los adultos. Gabriela se excusó para retirarse a la planta superior, seguida de cerca por Santiago y María.

—Me gustaría tener algo de intimidad —exigió mientras rebuscaba entre los cajones de la ropa interior.

—¿Qué pasa? —preguntó María ignorando la invitación a que se marcharan—. Llevo horas preocupada y tu llegada no me deja nada tranquila.

—Pregúntale a Santiago. Él sabe mejor que yo lo que me conviene.

—Gabriela... Piensa las cosas con frialdad.

—¡No me da la gana! —gritó contenida lanzando sobre la cama la prenda escogida sin criterio alguno.

—No levantes la voz —le pidió el sacerdote señalando hacia el otro lado de la casa.

Gabriela refunfuñó, pero obedeció.

—¿Qué pasa, Santi? ¿Dónde está Pedro?

—Es largo de contar —se limitó a decir más preocupado por la más furiosa de las hermanas—. Gabi, sé que estás enfadada, pero en el fondo sabes que es lo mejor para todos.

—Y dale con la misma cantinela. ¿Mejor para quién? Las mentiras y los secretos son buenos para quienes engañan, no para quienes los sufren. El fin no justifica los medios, ¡joder! No voy a pasar por esto otra vez. Y ahora, si no vas a decirme lo que quiero saber, os agradecería que salierais de mi habitación. Voy a darme una ducha y preferiría hacerlo sin público.

—No me iré hasta que me asegure de que estás bien.

—Pues a ver cómo explicas al obispo que has estado en una habitación con esa peligrosa mujer de Peñíscola desnuda —afirmó al tiempo que se quitaba la sudadera quedándose en ropa interior de cintura para arriba.

—No seas niña.

Cuando Gabriela se quitó el sujetador Santiago ya estaba en el pasillo. María dudó entre quedarse o seguirlo. No tardó en comprender que la única persona que le daría explicaciones ya no estaba allí. Cerró la puerta y dejó a su hermana sola.

Junto a la cama, rebuscó en la mochila que había lanzado sobre el colchón. Sacó su teléfono móvil y llamó a Darío. Lo había intentado hasta en cinco ocasiones sin éxito. Probó con el número de Pedro. El resultado fue el mismo. Derrotada, furiosa y cansada, se escurrió poco a poco hasta quedarse sentada en el suelo. Ignoró el frío que le recorrió la espalda por permanecer medio desnuda en una habitación sin acondicionar. Maldijo las mentiras piadosas, los secretos de familia, las medias verdades para no hacer daño y a todos aquellos que en algún momento creen que pueden decidir por los demás sin consultarles alegando que «es lo mejor». Solo ella podía decidir por sí misma, tranquila o alterada, lo mismo le daba. Tenía demasiado sobre sus hombros como para que siguieran tratándola como la mujer que había vivido de espaldas a sus propias circunstancias durante años, por voluntades ajenas. La excusa de lo mucho que la querían le parecía una falacia que no le valió entonces y tampoco en ese momento, en el que se sentía un juguete en manos de otros, una vez más.

Controló el impulso que le pedía lanzar el teléfono contra la pared. Un llanto sordo, escondido, la ayudó a encauzar la rabia los minutos siguientes, mientras su hijo le preparaba una ensalada «con sorpresas» en la cocina; mientras Santiago daba detalles de lo sucedido a María en la parte superior de las escaleras; mientras Darío volvía a encontrarse con János en la cafetería del hotel en el que se hospedaba y Pedro divisaba el cartel que anunciaba que a quinientos metros podía tomar el primer desvío de la A7 hacia La Vilavella.

Diego y Gabriela durmieron juntos esa noche. El pequeño, acostumbrado a hacerlo solo en su habitación, no rechazó la invitación inusual de su madre que, a pesar de la inquietud que la ducha no pudo limpiar, logró conciliar el sueño hipnotizada por su serena respiración. Keno tomaba un café con Santiago en la cocina sin hacer preguntas. Nunca las hacía. Entendía que había cosas en su familia que no le incumbían. Que el sacerdote hubiera aparecido tan temprano en la casa de sus cuñados era poco convencional, aunque no más que otras circunstancias con las que había tenido que lidiar desde que entró a formar parte del particular universo de las hermanas Garcés. La más esperpéntica e incómoda, proteger a su mujer en una gran mentira que nunca entendió. Fue la razón por la que no mencionó su manifiesta y anormal seriedad desde la noche anterior, ni por qué Pedro no había dormido en su casa. Varias suposiciones deambulaban por su cabeza. Las ignoró todas. Se limitó a preparar unas tostadas y dar conversación al cura, que le caía especialmente simpático, entre otras cosas, por compartir con él sus profundas convicciones religiosas, amarradas a sus raíces chilenas. Cuando las miradas cómplices entre su mujer y el sacerdote se repitieron un par de veces comprendió que sobraba. Les anunció su intención de salir a correr aprovechando que ya no llovía. Sus hijos lo acompañarían. Idolatraban a su padre y trataban de imitarlo siempre que tenían ocasión y consentimiento. Su última y gemela meta: emular el cuerpo atlético de su padre, un deportista empedernido.

María y Santiago mantuvieron el recurso a las conversaciones triviales hasta que la puerta anunció que estaban solos.

—¿No les has llamado?

—¿Cómo voy a hacerlo? Sería muy raro, Santiago. Después de implorarles que vinieran de manera tan precipitada... No podía pedirles lo contrario.

—Es un gravísimo error. No es el mejor momento. De hecho, es el peor posible.

—Bueno, pero ahora es tarde. Ya deben estar de camino.

—María, de verdad que a veces no comprendo cómo puedes ser tan egoísta. No has aprendido nada.

—Ahora no la tomes conmigo —protestó.

—Estoy enfadado y no poco. Nadie antes había logrado llevarme hasta este extremo. La visita te interesa más a ti que a Gabriela. Estás empeñada en que se conozcan cuando no hay ninguna necesidad, y menos ahora. Si vuestra madre hubiera querido saber de ella podría haber mostrado interés en cualquier momento, pero no lo ha hecho. Es una soberana estupidez, como tantas otras que están mareando a esta familia, otra vez —lamentó.

Sin argumentos convincentes, la postura más inteligente consistía en callar y consentir. No había nada que rebatir. María deseaba que su madre y su hermana se encontraran, era su manera de completar un círculo que nunca llegó a serlo. La culpabilidad arrastrada durante años era un lastre personal del que pretendía desprenderse forzando un final feliz. Una madre y una hija que vuelven a estar unidas después de que los avatares del destino las distanciaron irremediabilmente, que encuentran motivos para demostrar que los lazos de sangre son irrompibles. Gabriela había consentido atravesar una puerta cerrada con siete candados durante lustros, una oportunidad que no iba a dejar escapar, por complicadas que fueran las circunstancias.

—¿Ella lo sabe?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? ¡Tu hermana! ¿Gabriela sabe que su madre está de camino?

—No exactamente. Ayer no tuve oportunidad de concretarle nada. ¡No me mires así! —le recriminó incómoda.

—¿Cómo quieres que te mire? Estamos cometiendo la misma insensatez otra vez. La tratamos como si fuera tonta, como si no pudiera dirigir su propia vida.

—Puedo hacerlo —dijo Gabriela irrumpiendo en la cocina justo delante de Diego, que agarraba con fuerza su nuevo Spiderman, con cara de sueño y varias crestas marcadas en su rebelde cabello—. Os agradecería que no siguierais hablando de mí a mis espaldas, al menos en mi casa. Es irritante. ¿Te hago la leche, Diego?

El niño asintió. La vergüenza impuso el silencio.

—¿Cuándo llega?

—¿Cómo? —preguntó María, incapaz de hablar con algo de sentido.

—Nuestra madre —contestó con desgana.

—No creo que tarde mucho. Me avisarán cuando estén cerca.

—Pues tendremos que arreglarnos para impresionarla, ¿verdad cariño? —añadió prestando toda la atención a su hijo, mientras cada gesto, mirada y movimiento matizaban con sutileza su malestar—. ¿Te ha llamado alguien para darte noticias? —cambió de tercio. El único que le interesaba.

Santiago no tuvo dudas, la pregunta iba dirigida a él, y no tenía respuesta. Negó con la cabeza, pero Gabriela no le miraba. Ratificó la negativa en un susurro.

—Genial. Pues como todo el mundo sigue empeñado en dejarme al margen, voy a ser una chica buena y acataré vuestras órdenes. Sois los únicos que sabéis lo que más me conviene.

—Gabriela...

Salió de la cocina en dirección al comedor seguida por el benjamín de la familia, con un tazón de leche y un paquete de galletas sobre una bandeja, regalándose la paz que solo su hijo podía ofrecerle.

—¿Te das cuenta?

—Se le pasará —afirmó María mientras recogía la mesa.

—¿Qué te hace pensar que su capacidad de perdón no tiene límites?

—Parece mentira que seas tú precisamente el que diga algo así.

—Soy sacerdote, María, pero no idiota. Lo que hacéis con ella unos y otros no está bien. Y yo no soy mejor que ninguno de vosotros. Soy cómplice, porque os dejo que le mintáis, que le ocultéis cuestiones trascendentales... No se lo merece. Estoy furioso. Indignado y muy defraudado.

María fingió orgullo cuando solo había bochorno. Quería aparentar firmeza de espíritu, cuando su interior se doblegaba ante la razón con la que

Santiago cargaba sus acusaciones.

—Te perdonó lo imperdonable, lo que tú no quisiste perdonar a Mateo. Y ahora, en vez de mirar por ella, vuelves a pensar solo en ti, en lo que tú quieres, en lo que solo a ti te gustaría.

—Ya está bien, Santiago. Ella fue la que me lo pidió.

—Y tú te has agarrado al clavo ardiendo. Está bien, María. No voy a soltarte un discursito, porque no me vas a hacer caso. Estoy cansado y muy preocupado por lo que está pasando. Espero que no tengas que arrepentirte y que no le hagas más daño, porque solo tú serás la responsable.

El cura dejó a María atribulada y con la palabra en la boca. La ausencia de comprensión la descolocó. Aunque sabía que no iba mal encaminado, no influyó un ápice a la hora de actuar en sentido contrario al pretendido. Ansiaba que se produjera el encuentro que había imaginado tantas veces. Por eso, cuando recibió una llamada apenas tres cuartos de hora después, respondió con euforia contenida. Apareció en el garaje, donde Gabriela arreglaba unas cajas acompañada por su hijo.

—Ya están aquí. Nos esperan.

Sobre el pavimento empedrado del casco histórico, las dos hermanas ocultaban su nerviosismo como podían; María emocionada y expectante por lo que pudiera suceder; Gabriela tratando de aparcar la preocupación que le cortaba la respiración. Con la mano metida en el bolsillo de la chaqueta, sujetaba con fuerza su teléfono móvil. No podía permitirse ninguna llamada perdida.

Cuando llegaron a la plaza de la iglesia de Nuestra Señora de la Ermitana tomó una bocanada de aire frío que le quemó la garganta. La expulsó de golpe convertida en vapor. Notó los dedos de María apretar con fuerza los suyos. La inseguridad le impedía entregarse al enfado. Adosado a la muralla, como surgido de la piedra cual apéndice natural, el templo permanecía cerrado en una metáfora del ánimo de Gabriela. Las creencias que se guarecían tras esas puertas le resultaban tan incomprensibles como las dudas que acaparaban sus pensamientos, tan nítidas sin embargo como una gota de aceite sobre el agua, pero tan complicadas de disociar como ambos líquidos una vez en contacto.

Cada intento de intervención a la desesperaba la dividía en porciones menores, como si se multiplicara. Su opción fue aparcar momentáneamente los problemas que no podía abordar y hacer frente a los que estaban a su alcance.

La repentina carrera de Diego hasta el acceso principal de la plaza la despertó del ensimismamiento. El niño se detuvo en el primero de los quince escalones que llevaban hasta la iglesia, haciéndola inaccesible para muchos. Cuando percibió el asentimiento de su madre, trepó sin dilación por cada uno de ellos, como hacía siempre, para situarse sobre la estrella de ocho puntas que coronaba la plazoleta superior. Corrió sobre su perfil rojizo mientras el muñeco que empuñaba profería gritos y onomatopeyas propias de cualquier superhéroe que se precie. Enfrente, en un bar que esperaba a los turistas invernales, una pareja ocupaba una de las mesas bajo una estufa que pretendía alargar la utilidad de la terraza exterior.

María sonrió y levantó la mano. El hombre la imitó. La mujer fue menos efusiva. Él, que se puso en pie, era alto, muy alto. Su herencia genética reivindicaba la natural diferencia de estatura entre las dos hermanas. Lucía un pelo blanco nuclear y una barba de chivo del mismo tono, sobre la que dibujaba una amplia sonrisa que exhibía unos dientes tan relucientes que podrían haber ilustrado un anuncio de dentífrico. Ella, también en pie, no tenía nada que ver con el aspecto que Gabriela había fabricado de cualquiera de sus madres imaginarias. Su melena larga y anaranjada le restaba edad, igual que su vestuario, muy colorido e informal. Iba maquillada y también sonrió para darles la bienvenida. No titubeó. Caminó decidida hasta las dos personas sobre las que más se había preguntado en su vida: cómo serían, cómo hablarían, cómo vestirían, cómo se comportarían... Todas las dudas quedaban resueltas ante sus ojos.

—¡Hola! —dijo una eufórica María entre molestas risillas nerviosas—. La verdad es que no sé qué decir, porque no tiene demasiado sentido que os presente, pero igual es lo más apropiado. Papá, mamá... Mi hermana Gabriela. Hermanita, mi padre, Gustavo y... nuestra madre, Carmen —concluyó con cierta ceremonia forzada, sin disimular la emoción.

—Hola, preciosa —dijo la mujer besando a Gabriela en las dos mejillas mientras le estrujaba los brazos—. ¡Qué guapa eres! ¿A que es guapa, Gustavo?

—Mucho —contestó él con voz grave. Le recordó a Plácido Domingo y ya no pudo quitarse de la cabeza la idea de que debía de ser cantante de ópera—. Encantado de conocerte, Gabriela.

—Bueno. Sentaos. La situación ya es bastante rara como para quedarnos todos de pie como pasmarotes —añadió Carmen—. Me vas a perdonar, pero tengo una rodilla rebelde que se niega a reconocer que la edad es un estado de ánimo.

Gabriela tampoco dejaba de sonreír, por los nervios, la inquietud, el miedo... La imitó y ocupó uno de las sillas.

—¿Qué vais a querer tomar? —preguntó Gustavo con su voz de tenor.

—Un café —contestó de inmediato una satisfecha María, incrédula ante una situación que hasta unos días antes no creyó que llegara a producirse jamás.

—Un café con leche —dijo Gabriela abriendo la boca por primera vez.

—¿Ese niño tan guapo es tu hijo? —preguntó Carmen.

—Sí, Diego.

—Un nombre precioso. ¿No hay peligro de que se caiga por las escaleras? Es muy pequeño.

—Tranquila. Las conoce como si fueran las de su casa. Las ha subido y bajado decenas de veces —añadió ignorando lo que quiso interpretar como una crítica muy inapropiada en los primeros compases de su encuentro.

—María, hija. La verdad es que tus descripciones no le hacen justicia. Tienes una cara muy hermosa. Nada que ver conmigo y estas arrugas terribles.

Tampoco le pareció afortunada una afirmación que, a su modo de ver, perseguía negar su consanguinidad. Se mordió el labio inferior al reconocer su predisposición a cuestionar cada cosa que le dijera. No le importó, aunque se pellizcaba los dedos entre sí, sobre los muslos, para canalizar sus prejuicios y no dejarse influir por unos sentimientos que no eran de gran ayuda. No habría sabido explicar qué esperaba de ese encuentro. Por mucho que lo intentaba no veía más que a una completa desconocida que la trataba como cualquiera trataría a alguien a quien acaba de conocer, y no como lo haría una madre que lleva más de treinta años sin ver a su hija.

—¡Y eres artista!

—Tiene un estudio de pintura muy cerca de aquí, ya sabes, donde da

clases. Igual si os apetece después os lo puede enseñar.

—No he cogido las llaves —mintió.

—No te preocupes. La verdad es que nada que ver conmigo, no tengo ninguna habilidad con el dibujo, ¿verdad, Gustavo? Nunca se me han dado bien los trabajos manuales.

Gabriela carraspeó. ¿Qué pretendía?, ¿justificar el abandono haciéndole creer que nada las unía salvo el ADN? No necesitaba ese encuentro para tenerlo muy claro. La fuerza con la que unos dedos presionaban a otros la ayudó a conservar un nítido y forzado semblante sereno.

—¿Qué tal te va todo? —intervino con amabilidad el tenor—. ¿Tu familia, bien?

—Muy bien, gracias —respondió ágil y efusiva para no dejar margen a la duda.

—Me alegro, mucho —remarcó como si locutara su afirmación—. Hacía muchos años que no venía a Peñíscola. Aunque está muy distinta, hay cosas que no cambian. ¿Verdad, Carmen?

—¡Cuántos momentos vividos en estas mismas calles! —añoró la mujer sin tristeza, más bien al contrario, esbozando una expresión cómplice que compartió con su marido y que María disfrutó casi extasiada, mientras Gabriela se sentía como una expatriada en su propia casa—. Eres una mujer afortunada por haber podido criarte aquí.

—Sí, lo soy —contestó convencida. Aprovechó la oportunidad de reivindicar su identidad de mujer independiente a pesar de todos los abandonos sufridos—. Este pueblo me ha dado todo lo que he necesitado.

Lejos de ofenderse o apocarse ante un ataque en toda regla, Carmen se mostró orgullosa, como si el hecho de que su hija hubiera sobrevivido a los sinsabores de la vida en solitario fuera un mérito que pudiera arrogarse. Gustavo bebió el último sorbo de su café y se levantó.

—Estoy deseando dar un paseo con mi hija por este paraíso. ¿Me acompañas, María?

—Claro —afirmó ansiosa.

La conversación que Gabriela tenía en mente requería de intimidad. Agradeció que, por una vez, todo fuera al ritmo que ella deseaba. Las dos mujeres observaron a padre e hija alejarse hacia las escaleras, donde María

trató de llamar la atención de Diego sin demasiado éxito, porque se negó a bajarlas para acercarse a un desconocido que le pareció enorme, incluso desde la altura que le confería su posición. Las dos madres los observaban calladas, sin saber cómo sortear las barreras que las separaban. De repente, ambas trataron de hablar al unísono. Rieron por la coincidencia. Gabriela indicó con la mano que le cedía el turno.

—Así que tienes un taller de dibujo... ¿Y cómo va? ¿Tienes muchos alumnos?

—Los que se pueden tener en un pueblo pequeño. No me quejo. Podría trabajar de cualquier otra cosa con mejor sueldo, pero estamos bien. No necesitamos más.

—Esa es una gran noticia. Lo más importante, al final, es ser feliz, ¿verdad?

La licencia que esperaba. El argumento que resumía todo. «Lo más importante, al final, es ser feliz». Gabriela bajó la mirada. Carmen no ignoraba el motivo.

—¿Eres feliz, Gabriela?

Alzó el rostro. No rehuyó el contacto visual.

—Sí. Lo soy. Mi marido y mi hijo lo son todo para mí.

Carmen volvió a sonreír complacida, como si hubiera alcanzado el perdón y la expiación de sus pecados con tres monosílabos.

—¿Tú eres feliz? —preguntó como réplica.

—Sí, muy feliz —dijo con firmeza, como el que camina sobre brasas seguro de que no sufrirá quemadura alguna.

—¿Por qué lo hiciste? —sentenció Gabriela sin más dilación, condicionada por un tiempo que no creía tener.

—¿Marcharme?

—Abandonarnos.

No se inmutó. Ningún gesto ni impulso dejaron entrever vergüenza, incomodidad, tristeza o enfado. Su pelo rojizo, sutilmente enganchado en los laterales por unas horquillas decoradas con unas flores de colores, se agitaba al ritmo de la brisa gélida que llegaba del mar. A Gabriela le hubiera gustado captar un atisbo de debilidad, de culpa. No lo hubo. Le pareció hermosa y perversa a la vez.

—Comprendo que estés resentida —dijo con calma—. Lo que sucedió tuvo un sinfín de razones que no espero que comprendas. Sé que a los ojos de todos fue irracional, egoísta... Es bastante probable que así fuera.

¿Eso era todo? ¿Reconocer los hechos, sin más?, ¿sin perdón?, ¿sin arrepentimiento?, ¿sin drama? Gabriela la retaba con la mirada. Carmen no aceptó el reto.

—Hay situaciones en la vida para las que no tiene sentido buscar una explicación. Dependen de tantas cosas...

—¿Por qué nunca has intentado conocerme? Cuando María os encontró, ¿por qué lo dejasteis ahí?

—Porque siempre fui muy consciente de lo que había hecho, a lo que había renunciado. Y uno tiene que asumir las consecuencias de sus actos con entereza. Yo te parí, es verdad, pero renuncié a ti con todas sus implicaciones.

Gabriela no sabía cómo gestionar tanta frialdad. Optó por escuchar con idéntica actitud.

—No quiero que creas que no me alegro de estar aquí, de conocerte, pero es tan complicado ofrecer una razón convincente que tú aceptes, que considero mucho más honesto no tratar de excusarme contigo. —Se tomó una pausa y acompañó el gesto de Gabriela que, nerviosa, miró hacia donde su hijo seguía jugando—. ¿Quieres a tu hijo?

—Es lo más importante de mi vida.

—Eso es precioso y te ayudará a entender todo esto, si eso es lo que necesitas. Una cosa es ser madre, querida, y otra la maternidad. Nuestro cuerpo está preparado para crear vida, es un hecho biológico, pero esa posibilidad natural no siempre va acompañada del deseo. Tú amas a tu hijo porque sin duda es fruto del amor, de tus ganas de tenerlo. Hay mujeres que no desean procrear y viven de una manera muy distinta convertirse en madres.

—¿Me estás diciendo que no querías tenerme? —preguntó Gabriela ofendida.

—¿Decir que sí te ayudaría a sentirte mejor? Mira, preciosa. No he venido para justificarme y agradarte. Si es lo que esperabas, lo siento. María me dijo que querías conocerme y aquí estoy. ¡Faltaría más! Tampoco puedo dar la espalda a la realidad y tú eres hija mía, porque yo te gesté y te parí.

—Pero no me deseaste —le recriminó con actitud severa.

Carmen se apoyó sobre la mesa luciendo unas uñas largas y cuidadas, pintadas de varios colores. Su permanente sonrisa de color rojo comenzaba a resultar irritante para una Gabriela confusa y desengañada.

—Gabriela, me disgustaría que este encuentro fuera doloroso para ti, pero me temo que esperas algo de mí que no puedo ofrecerte. Sé por tu hermana que conoces las circunstancias que rodearon nuestras vidas; y son las que son. Puedes juzgarlas o no, pueden haber sido más bonitas o más feas, esa apreciación es subjetiva, pero no las podemos cambiar. Nunca quise a tu padre como una mujer que se compromete de por vida con un hombre debería hacerlo. Me dejé dirigir por lo conveniente, lo apropiado, lo correcto... El resultado no pudo ser más nefasto: la infelicidad más absoluta. Quedarse embarazada puede ser el momento más feliz de la vida de una mujer que lo desea, pero también llega a convertirse en una condena más en una vida que no es la que una anhela. Cansada de sentirme juzgada, me rendí. Dejé de tomar precauciones y me quedé preñada del hombre con el que estaba casada. Le di una hija biológica y las aguas volvieron al cauce adecuado para todos... menos para mí. Sé que lo que te voy a decir será difícil de digerir, pero no voy a engañarte. María fue la salvación para una existencia insoportable. Era la única licencia para el amor que me permití, porque aunque la sociedad me prohibía estar con el hombre de mi vida, tenía parte de él dentro de mí. Y eso no sucedió contigo... Significabas todo lo que repudiaba.

Que Gabriela frunciera el ceño fue la señal inequívoca de que había llegado el momento de darle un respiro. Ambas miraron de nuevo hacia donde Diego jugaba.

—Entonces, ¿nunca quisiste a mi padre?

—¡Mateo! —exclamó con cierta ternura la mujer, recordando el día en el que, muchos años atrás, se casó con el padre de Gabriela en la iglesia que presidía esa misma plaza—. No puedo decir nada malo de él, a pesar de todo. Era un buen hombre atrapado, igual que yo, en una vida que no le correspondía.

—Él sí que te quiso.

—No lo dudo. Hay tantas formas de querer... Hacerlo sin ser correspondido debe de ser muy duro, pero él sabía que yo amaba a otro hombre, lo supo siempre. Que al final acabáramos casados no significó nada.

Solo firmamos la mentira de mutuo acuerdo. Cuando le dije que estaba embarazada de María no le cupo ninguna duda. Y seguramente su sufrimiento lo llevó a convertirnos a las dos en su castigo personal. Fueron años muy complicados para la familia que nunca formamos. Tanto, que me consumieron. Me cansé de esperar, de la soledad de mi corazón, e hice lo que todos me exigían: ser una esposa y madre abnegada, convencional. No sé si podrás entenderlo, tampoco te lo cuento para que cambies tu visión sobre mí, pero la única verdad es que nunca he sido tan infeliz. Me sumí en una depresión invisible para todos... Hasta que Gustavo volvió de América. Estuvo emigrado muchos años, haciendo fortuna, ya sabes. Y la hizo, pero tenía un proyecto vital inamovible: volver a rescatarme, y volvió. Me rescató.

—Y lo dejaste todo.

—No fue exactamente así... No dejé nada, porque nada tenía. Así viví durante años. Sabía que Mateo os cuidaría. Que, si de él dependía, tendríais todo lo que necesitarais, incluso María, tu hermana, porque tu padre era un buen hombre, víctima de sus propias circunstancias, un poco como todos... En realidad sí que dejamos algo, una promesa. Reencontramos con nuestra hija, y un día sucedió.

—Y fueron felices y comieron perdices.

—Estás en tu derecho de guardarnos rencor. Te convertimos en víctima de nuestros dramas y traumas.

De nuevo una confesión sin arrepentimiento que afectó a Gabriela menos que la primera.

—Nos gusta pensar que somos incapaces de hacer daño a los demás, pero es tan complicado... El sufrimiento forma parte de la vida, Gabriela. Podemos rendirnos a él, como yo hice en un momento determinado, o podemos rebelarnos buscando una salida, que no siempre es la más fácil.

Gabriela asimilaba la confesión perturbada, no por las revelaciones de una madre que en absoluto se sentía como tal, sino por las conclusiones a las que le llevaba su historia. Hay tragos duros por los que hay que pasar, quizá muy duros, pero se superan. La mujer de pelo rojizo y actitud serena se presentaba como el paradigma de que un mal paso no tiene por qué conllevar unas malas consecuencias. Dejó a su marido, con el que tenía una vida aparentemente buena, abandonó a sus hijas, contraviniendo todas las leyes naturales y

morales, y encontró la felicidad por obedecer a su instinto, por atender solo a sus sentimientos.

—Por lo que me cuenta María, tienes todo lo que quieres. Has perseguido tus sueños y has superado sola situaciones muy difíciles. ¿Qué más da ahora si tu madre te abandonó? Tu vida es obra tuya, eres dueña de tu destino. Eso es lo que importa. Nadie te condiciona. No has renunciado a nada que mereciera realmente la pena por lograr tus objetivos. Considérate una mujer afortunada. ¡Cuántas habrá con una familia al uso que estarán viviendo la vida de otros, anuladas y terriblemente solas!

El nombre de Darío se instaló en su cabeza sin querer, como una presión insoportable en una parte inaccesible del cerebro de la que no podía protegerse. Observó a Gustavo. Jugaba, ahora sí, con Diego, sentado en uno de los bancos que se disponían en el lateral del muro del castillo. Apretó los labios.

—Que te reconcilies conmigo a estas alturas de la vida no creo que sea lo más trascendente que te pueda pasar. Que me guardes rencor estaría justificado, sería lo natural, si me apuras. Cualquiera al que le diéramos la opción de opinar en voz alta te daría la razón, pero no te lo recomiendo, no te aportará nada guardar ese resquemor. Los sentimientos negativos te bloquean el alma. Te paralizan la vida. Eres el mejor ejemplo de que la única decisión acertada es hacer frente a las adversidades para superarlas. El pasado ya no importa.

Gabriela apenas prestaba atención a lo que se le antojaban arengas propias de un discurso de autoayuda que la aburría, como esa moda que imponía ser feliz sin discusión ni pausa con eslóganes en colores pastel impresos en tazas, cojines, agendas y una infinidad de soportes publicitarios más. Las preguntas esenciales tenían respuesta. Carmen no se había disculpado, no mostró signos de flaqueza en su discurso contra los que atacar y hacer daño, solo por resarcirse tras tantos estigmas. Nada que ver con su verdadera pretensión que, tras años de interrogantes abiertos, se presentaba ante sus ojos con clarividencia. No se planteaba el perdón, tampoco la venganza. Se habían conocido. La deuda pendiente quedaba saldada.

—Si quieres que mantengamos contacto, que nos conozcamos mejor, no tengo ningún inconveniente, sé que eres una gran mujer, y siempre es positivo

relacionarse con gente como tú. Pero no quiero que te sientas obligada. Forzar determinadas situaciones no tiene demasiado sentido.

Nada la unía a la mujer que la había traído al mundo. Ni siquiera compartían rasgos físicos. Caprichos de la genética. Tampoco era la persona insensible y malvada que había inventado. Estaba ante una mujer amable, sosegada, con una vida complicada, como muchos, que había superado las dificultades de la manera que consideró más adecuada, tal vez de la única que supo. No empatizó ni aspiraba a lograrlo. Le costaba concebir su huida, aunque sí vio en ella a las mujeres que deciden gestar a los hijos de otros. Con el corte del cordón umbilical se desprenden de cualquier vínculo, salvo el biológico, que no deja huella donde de verdad importa. «Ser madre y la maternidad no son lo mismo». Una afirmación que adquiría más sentido a medida que la repetía en su cabeza, como la idea de querer y que se puede llegar a hacer por la persona amada. Un pensamiento este que sí la torturaba y del que no podía desprenderse.

Carmen respetó su silencio. Dejó espacio para la reflexión. Una reflexión abruptamente interrumpida por una vibración. No había soltado el teléfono móvil y al notar su movimiento mecánico saltó en la silla.

—¡Qué susto! —se rio Carmen, aunque no tardó en cambiar de impresión al ver el rostro descompuesto de Gabriela—. ¿Pasa algo?

—Disculpa, tengo que atender esta llamada.

En pie, se alejó dejando intrigada a la mujer que la parió y preocupada a su hermana, su único nexo, que contemplaba la escena en la distancia, desde la plaza de acceso a la iglesia mayor.

Dejar atrás la salida de La Vilavella en la autovía no fue más que una estrategia. Se dejó aconsejar por el sentido común al sopesar los posibles riesgos. Optó por dar tumbos para engañar a supuestos seguidores. No podía fiarse de nadie, menos de una chica asustada y confusa con un padre sin escrúpulos, machista, posesivo y demasiado peligroso, que se creía tan omnipotente como para no tener miedo a nada. Reservó una habitación en el Belcaire de la Valí d'Uixó, el único hotel que quedaba en la zona. Se resguardó entre sus paredes, protegiéndose de sus temores y de sí mismo. No iba a pegar ojo. Llamó al número de prepago que Javier Cardona le había facilitado a través de Corina. Le exigió, por enésima vez, que no abandonara su escondite bajo ningún pretexto, y dedicó las horas siguientes a tratar de evadirse con la programación televisiva, castigado por unos minutos que avanzaban con desesperante lentitud. Sobre las dos y media de la madrugada se vio superado por el estrés. Salió a la calle como única vía de escape. Por primera vez vio la escultura del toro que presidía una de las rotondas de acceso al casco urbano, justo delante del hotel, se había enterado de la polémica por la prensa. Caminó muy despacio por la acera que trascurría paralela al cauce de un río que solo llevaba agua en época de lluvias torrenciales. Ni una alma en una ciudad que descansaba ajena a los problemas y sinsabores particulares. ¿Cuántas personas sufrirían su misma desazón o muy similar, por problemas económicos, familiares, de salud...?, ¿cuántas maldecirían en ese mismo instante la parsimonia con la que pueden llegar a avanzar las agujas del reloj, dejándose dominar por la pésima influencia que ejercen sobre la angustia la oscuridad y el silencio en el que la noche se sume?

El paso de un coche de gran cilindrada por la avenida que daba acceso al turístico Paraje de San José lo puso en alerta. Solo se relajó cuando comprobó que no se detenía ni reducía la velocidad. Se ajustó la braga con la se cubría el cuello y ansió tener un cigarro para darle un par de caladas. Una hora después, tumbado sobre la cama de su habitación, buscaba algo decente con lo que aburrirse.

Más solo que nunca, revivió la inquietud que le provocó comprobar que Corina no acudió sola a su cita en la Torre Badum, lo que le llevó a trazar un improvisado plan con la intención de confundir a cualquiera que pudiera seguirle. No se fiaba de ella, mucho menos de una silueta escondida en el interior de un coche. Tras el incidente con Anton y Gabriela en el paseo marítimo, no le cupo ninguna duda de que lo controlaban por si se encontraba con Javier. Debía aparentar normalidad, hacer las cosas que haría cualquier padre de familia en vísperas de Navidad: compras en centros comerciales, visitas a familiares... Todo, menos ir al rescate de un amigo amenazado de muerte por unos individuos contra los que poco podía hacer con la ley en la mano, porque no se había cometido ningún delito, ni siquiera existía una amenaza explícita. Cuanto más lo pensaba, más estúpido se sentía.

Sobre las seis y media de la mañana, cansado de la espera que se había impuesto, salió a correr. Lo hizo por el mismo paseo en el que había tratado de despejarse sin éxito horas antes. Completó la distancia que separaba la avenida Europa del paraje de San José, donde se encontraba el río subterráneo navegable más largo de Europa. Pensó que era un eslogan infalible para despertar la curiosidad de cualquier visitante. Recuperó el aliento junto a dos barcas reconvertidas en reclamo turístico de bienvenida sobre una superficie de hormigón. Antes de que acabaran las vacaciones escolares llevaría a su familia a navegar por una cueva, si para entonces había logrado un perdón que no creía merecer.

Jadeante, miró a su alrededor con más atención de la que sería lógica en circunstancias normales. Nadie a la vista. ¿Se estaba dejando llevar por la peor versión de sí mismo? Paranoico, desconfiado, mentiroso... Porque había mentido a Gabriela pese a saber mejor que nadie cómo odiaba el engaño. Javier Cardona no tenía derecho a exigirle tanto sacrificio. Pero allí estaba, arrepentido y asqueado por un ataque injustificado de rebeldía contra su

pasado, un arrebató que no iba a reportarle nada, salvo disgustos. Algunas cosas se rompen y ya no se pueden reparar. La pregunta parecía escrita como un mensaje luminoso en el oscuro firmamento: ¿Estaba a tiempo de dar un paso atrás? Notó el frío calar entre su ropa convirtiendo el sudor en un amenazante enemigo.

Volvió por el mismo itinerario a un ritmo exigente, con el cuerpo al límite. Quería quemar la insensatez que había ido acumulando desde que un día, frente a un café, su compañero Cardona le confesó un «pequeño problema» por una deuda de juego que le suplicó que no trascendiera, temía quedarse sin un ascenso para el que llevaba preparándose mucho tiempo. Se sentía insensato e ingenuo, porque a pesar de considerarlo íntimo amigo, ni siquiera sospechó que, cuando no velaba por el cumplimiento de la ley, dedicaba su sueldo y su tiempo libre a rodearse de las peores amistades posibles, evadiéndose en una ludopatía disfrazada de inocente diversión hasta que fue demasiado tarde.

Se dio una ducha, desayunó ligero y volvió a salir dispuesto a encontrarse con un antiguo colega, su excusa perfecta para estar en esa ciudad, lejos de su familia. Antes, compró un juguete a Diego en una tienda ubicada en el polígono industrial donde décadas atrás estuvo el principal fabricante de calzado de España. De él, a parte del legado arquitectónico, quedaba un recuerdo omnipresente, el de los Segarra, uno de los apellidos más comunes en la población.

Medio en penumbra, sentada sobre su taburete, reducía su existencia a aquel lugar y a aquella posición. Observaba el exterior iluminado, en un mutismo que le permitía apreciar los detalles de su propia respiración. No se había quitado la chaqueta ni el frío. La tensión acumulada durante los últimos días le pasaba factura con un dolor de espalda que ya no podía ignorar. Estiró el cuello hacia atrás tanto como pudo, con los párpados sellados. La despedida de su madre y Gustavo fue cordial. Presionados por María se comprometieron a volverse a ver. Dudaba que llegara a cumplir aquella promesa. No quedaban espacios vacíos en un pasado que quería dejar atrás de forma definitiva. Sabía todo lo que podía soportar y un poco más. Se balanceaba con cadencia para tratar de relajar así sus músculos y sus pensamientos. Tras llamar a su marido una veintena de veces, se resistía a efectuar la número veintiuno por si se convertía en la que finalmente la abocaba a la más absoluta desesperación. No podía escuchar de nuevo aquello de: «Está apagado o fuera de cobertura». Analizó las más que probables consecuencias de lo que estaba dispuesta a hacer.

Discutir con Santiago no ayudó. Convencerlo de que no debía acompañarla fue una verdadera batalla. Le pidió que cuidara de Diego en su ausencia, le dijo que necesitaba a alguien sensato que se quedara en casa con su familia. Escuchó con estoicidad sus recriminaciones y advertencias, para acabar recordándole que era muy capaz de dirigir su vida y tomar sus propias decisiones. Aceptaría los riesgos, los errores y las consecuencias que de ellos se desprendiesen. Fue altanera e irrespetuosa con quien menos lo merecía. Santiago lo perdonaba todo, hasta lo imperdonable.

Cuando oyó el sonido de las bisagras de la puerta de acceso esbozó una mueca. Había pasado un día más sin untarlas en aceite. Hasta sus alumnos habían protestado en más de una ocasión por la chirriante molestia. Se limitó a abrir los ojos y abandonar el balanceo. Al sentir la mano sobre su hombro buscó la caricia. El corazón comenzó a acelerarse.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —preguntó Darío tan cerca que sintió el movimiento provocado por su respiración en el pelo.

Asintió. En correspondencia recibió un abrazo por la espalda. Se agarró a sus manos. Estaba muerta de miedo. No se resistió cuando él le dio la vuelta. Sus miradas casi se tocaban.

—Esto es lo más insensato que has hecho en tu vida —sentenció él en un susurro.

—Es posible, pero no podrás persuadirme. Si estás aquí para eso, ya puedes marcharte. Además, no soy la única que comete insensateces —contestó con un hilo de voz.

—¡Ya me cuidaré yo de llevarte la contraria! —dijo con una risa que apenas duró un instante por la gravedad de la situación—. No pienso hacerlo. No pienso dejarte sola.

Mantenerse la mirada era una especie de reto, una provocación que medía su capacidad para reprimir el instinto. Seguían muy juntos, tanto que llegaban a notar el corazón del otro a pesar de las capas de ropa. Darío la besó. Gabriela le dejó hacer. Aunque breve, fue intenso.

Sin que hiciera falta hablar, salieron de aquella casa vieja, cuidadosamente restaurada, para encauzar el camino que les llevaba al paseo marítimo. En pocos minutos dejaron atrás el casco histórico. Caminaban sin prisa pero con determinación. Atardecía demasiado pronto para Gabriela, que en su esfuerzo por parecer relajada y ocultar sus temores a ojos de Darío, desvió la mirada hacia el mar, cuyo oleaje se teñía de colores plata y reflejos anaranjados. Ver repetida la misma imagen decenas de veces no le restaba belleza. Se estremeció.

—¿Tienes frío? —le preguntó Darío rodeándola con el brazo, obviando que alguien conocido pudiera verles, que ella estuviera casada y que él no fuera su marido, seguro de que le convenía si así podía precipitar sus aspiraciones.

—No, estoy bien. —contestó Gabriela sin rehuir el contacto.

Cruzaron la avenida del Papa Luna y caminaron varios metros más hasta llegar al hotel de Darío. Ya en la habitación cerró la puerta tras de sí con el único deseo de que nunca volviera a abrirse si no era para salir juntos de forma definitiva.

Gabriela se había situado junto al ventanal que daba acceso a la terraza. Retiró apenas las cortinas.

—Tienes unas vistas preciosas.

—Es lo bueno de viajar en temporada baja. Las mejores habitaciones siempre están disponibles. —La observaba en la distancia sin saber demasiado bien qué hacer o qué decir—. Esperaremos aquí a János, no creo que tarde.

Gabriela simuló ignorarlo. Permaneció de pie escrutando el exterior con todas las fobias posibles pululando en su cabeza. Miedo a lo que pudiera pasarle a Pedro, miedo por lo que podría encontrarse al llegar, por no saber procesar el encuentro con su madre biológica, pánico por no identificar lo que sentía en la intimidad de una habitación de hotel que la aislaba de la que había sido su realidad en los últimos años.

Darío se sentó en un sillón rojo colocado en un rincón, entre la cama y el balcón. Con la espalda erguida y los antebrazos apoyados en los muslos, se esforzaba por contenerse. No podía permitirse ni un desliz. Iba a quedarse allí, quieto. Sería Gabriela quien decidiera qué sucedería a continuación, aun a riesgo de que no fuera nada. Respiró hondo, con sutileza, para no ser descubierto en su excitación. Se frotó las piernas y trató de centrarse en cualquier otro cometido alejado de la apetencia física que reprimía a duras penas. Los minutos siguientes se eternizaron. Ella seguía de pie, distante. ¿Y si Santiago tenía razón?, ¿y si todo había acabado? Pero Gabriela estaba allí, con él, en una habitación que escondía muchas historias como la suya, o que propiciaba el inicio de otras mejores. Los nervios y el deseo lo sobrepasaron. Se levantó.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

—Pues yo voy a ver qué hay por aquí para beber.

Cuando pasó por su lado en dirección al mueble-bar, Gabriela se interpuso

en su camino. Lo frenó tocándole el pecho con la punta de los dedos de la mano derecha, con cuidado, con el temor de presionar algún botón que accionara la eyección o la autodestrucción.

—Muchas gracias por hacer esto por mí.

—Ya te he dicho que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por ti. Lo repetiré cuantas veces sea necesario, hasta que no lo dudes.

—No digas eso —le imploró con una mueca que no hizo más que enardecer la tensión sexual que mantenían.

—Gabriela, yo...

—No digas nada, por favor —le suplicó tras pasarle los dedos del pecho a los labios—. No compliques más las cosas.

Darío apoyó las manos sobre sus caderas. Fue como la mecha que se prende al contacto con una chispa. Sus bocas se llenaron del otro dando por buenas las ganas contenidas. La posición vertical que dibujaron en el abrazo inicial se desvirtuó tan pronto como la ropa empezó a sobrar. Cuando Darío cayó sobre la cama ya tenía el pecho descubierto. Gabriela estaba vestida, pero eso no impidió que el juego de seducción continuara provocando un incendio, mientras la realidad ocupaba una dimensión paralela al otro lado de los muros que los encubrían.

Cuando los labios de Darío tocaron la parte inferior de su vientre supo que ya no había vuelta atrás. Gabriela escogió no hacer nada para rehusar el desenlace escrito con el primer beso el día de su reencuentro. Embriagada por la intensidad de las pasiones renacidas, se entregó con todos sus sentidos a disfrutarlo, a sentirlo en plenitud, a dejarse acariciar, exhibiéndose gallarda como la mujer que era. Para desconcierto de Darío, que esperaba un encuentro más atropellado, que saciara de golpe todo lo pospuesto, Gabriela se incorporó y retrocedió. De pie, desnuda frente a él, se apartó el pelo de la cara, y repitiendo de forma rítmica el aliento propio de la excitación, lo observó. Dibujó el contorno de su ombligo con los dedos; se acarició la parte posterior de las orejas, dejó que las yemas de sus dedos recorrieran su cuello, y su escote, se acarició los pechos en una especie de danza sin música que enloqueció a Darío, a esas alturas, desbocado.

—No soy la mujer que conociste —susurró lasciva.

—Ninguno de los dos somos las personas que fuimos.

—¿Y por qué sigues deseándome? —preguntó provocativa alejándose lentamente de él, para lucir su desnudez, con un control de la situación que aumentaba la libido que alimentaban con cada gesto.

—¿Estás loca? —afirmó tras una carcajada, ahora en pie, acercándose a ella, con toda la excitación retenida en unos pantalones que le sobraban—. Es evidente.

—No deberías estar aquí. No está bien.

—¿Quieres que me vaya?

—Sabes demasiado bien lo que quiero.

La provocación indujo el estallido. Darío la arrinconó contra el mueble de color caoba que daba forma al escritorio y a un pequeño banco de láminas que detuvo su retroceso y estuvo a punto de hacerles perder el equilibrio. Rieron sin dejar de besarse. Él la agarró a horcajadas sobre sus caderas y la llevó hasta la cama donde la arropó con su propio cuerpo. Piel con piel sellaron el regreso a su origen, aquellos días sin conveniencias ni inconvenientes donde una mirada era suficiente para acabar haciendo el amor. Con la complicidad de un espacio que no les pertenecía, el sexo fue como entonces, y se entregaron sin límites a un reencuentro en el que no pensaron en otra cosa que no fuera poseerse mutuamente.

Fingía estar dormida desde hacía un buen rato. Tenía los ojos ligeramente entreabiertos, como cuando bajas una persiana y dejas una leve ranura entre las láminas. A través de esa exigua separación de los párpados espío el cuerpo desnudo de Darío que, él sí, dormía a su lado. Respiró hondo y consintió la expansión por todos los rincones de su cuerpo de cada pequeña partícula responsable de la excitación. Con ese cosquilleo espontáneo instalado bajo la piel, se sometió estoica a la culpabilidad por la traición. Apenas una semana atrás habría jurado que nunca le sería infiel a su marido. Una semana antes ni siquiera imaginó que Darío pudiera volver con tanta determinación por recuperar el tiempo perdido.

El estrés acumulado las últimas horas había desaparecido, incluso el dolor de espalda. El sexo, tan placentero como en aquellos días de experimentación sin tabúes ni complejos, había obrado el milagro. Darío era un hombre apasionado sin demasiadas rutinas en la cama ni fuera de ella; no como Pedro, un amante cuidadoso que la estimulaba a fuego lento, convirtiendo el erotismo en un ritual devocional. Con su marido no se hablaba de sexo, se practicaba, con una asiduidad que las estadísticas considerarían por encima de la media en una pareja casada con un hijo pequeño. Disfrutaba de una vida sexual plena. Con Darío, las preguntas sobre cómo le gustaba una postura aparecían en cualquier contexto: en el desayuno, en el supermercado, en la librería en la que un día le propuso comprar un Kamasutra con el que exploraron los límites de su flexibilidad...

Los recuerdos y las comparaciones la hicieron sentir aún más culpable. Cerró los ojos. Arrugó el ceño. Sintió una presión en el pecho, como si el

corazón se le encogiera. Optó por evadirse en la desnudez de Darío, causa y a su vez vía de escape para los remordimientos, justo cuando se daba la vuelta exhibiendo toda su masculinidad. Sonrió de esa forma tan irresistible... y Gabriela volvió a erizarse.

—¿Cómo estás?

—Bien —musitó con timidez, aunque nada hubiera de inocente en sus emociones. No ocultó su torso descubierto. La sábana la tapaba hasta las caderas. Posaba con pudor sibilino, como si esperara que un gran maestro del pincel la inmortalizara en un lienzo.

Darío se sentó a su lado. La besó. Acarició uno de sus pechos.

—Cuánto te he echado de menos —dijo pasando del pecho a los muslos—. Solo así, contigo, puedo ser feliz.

Ella se dejó tocar complacida. La felicidad de Darío la enternecía. Pocas veces se daba por satisfecho con un único polvo. La estaba tanteando para saber si existía predisposición a corresponderle.

—Quieres recuperar el tiempo perdido, eso está claro —declaró sin impedir que sus dedos se escurrieran entre sus ingles, provocando la distorsión de la última palabra.

—Todo... Demasiado tiempo perdido. No se me acaban las ganas de ti —le confesó destapándola.

—János no tardará —susurró entre risas.

—¡A la mierda János! ¡A la mierda todos!

Encima de ella, la agarró de las muñecas, colocadas a ambos lados de su cabeza.

—Te deseo tanto que quiero que se pare el mundo ahora mismo y que se quede en esta habitación.

—Darío... No seas tonto —bromeó tras evitar el último beso, tratando de liberar los brazos sin la suficiente voluntad.

—Te quiero, Gabriela. Mucho más de lo que te quise. La distancia me ha hecho darme cuenta...

—La distancia es mentirosa, Darío —musitó.

—¿Acaso crees que miento? —le dijo a dos centímetros de su boca, adosado a sus caderas con lujuriosas intenciones.

—Creo que exageras.

—¿Crees que esto es exagerar?

Darío sabía cómo debía moverse, qué teclas tocar, conocía el cuerpo y los gustos de Gabriela y recurrió a ellos para acentuar su efervescencia. A las puertas del siguiente orgasmo, sonó el teléfono de la habitación. Ambos se sobresaltaron. Él ignoró la interrupción, ella lo detuvo.

—Será János.

—Que espere.

El teléfono se imponía como el mejor inhibidor de la libido.

—Darío, seguro que es él.

A pesar de la reticencia inicial, Gabriela no tuvo dudas a la hora de completar el coito, aunque lo hicieron con más brío del que les habría gustado. El teléfono dejó de sonar cuando Darío se dejó caer extasiado, de espaldas sobre el colchón. No había recuperado el aliento cuando la estridencia del timbre lo desesperó.

—¡Jodido János! —protestó.

Se sentó en la cama y descolgó el auricular. Pidió al recepcionista que indicara a su visita que esperara en el bar: «Bajo en 15 minutos». Colgó. Se quedó un instante quieto, junto a su amante, recuperando la placidez tras un encuentro sexual plenamente satisfactorio.

—De vuelta a la realidad.

—Sí —dijo Gabriela, tendida todavía sobre la cama digiriendo el esfuerzo y la pasión desbordada.

Darío se ladeó para dedicarle una amplia sonrisa. Acariciándole la piel entre los pechos, dijo:

—Al final va a ser verdad eso de que lo de tu madre se podía transmitir en los genes.

Con la plenitud de un logro que atribuyó a su persistencia se dirigió al baño para darse una ducha. El antónimo a su euforia quedó en la cama. Con el semblante en tensión y un nudo en la garganta, Gabriela dejó que la consternación se extendiera como una tenebrosa niebla, silenciosa y espesa, entre la pasión y la resaca de un impulsivo, aunque gratamente placentero, polvo. Con prisas, se vistió. Todo rastro de goce mutó en censura. Una nueva inquietud se sumó a las que ya la acechaban y no iban a abandonarla en las horas siguientes.

Darío divisó al robusto húngaro desde el ascensor. Aceleró el paso para dejar a Gabriela unos metros atrás. Estrechó su mano con firmeza. János alzó la mirada para saludar a la mujer, que respondió cohibida. Con gesto firme agarró a Darío y le rodeó los hombros con el brazo contrario para obligarlo a caminar a su lado, de espaldas a Gabriela. En voz muy baja, un tono del todo inusual, susurró casi a su oído.

—¿Ya te la has follado?

—No hables así. Ten un poco de respeto —respondió incómodo, tratando de liberarse sin éxito.

—¿Respeto? El que le has tenido tú, cabrón —se carcajeó.

—No me des lecciones de moral. Tú precisamente...

—Hervás, *majete*. Me caes bien, y lo sabes. Te diría incluso que te quiero como quiero a mi hermano. La mayor parte del tiempo eres un tío de puta madre, pero hoy has sacado a pasear tu lado gilipollas. Esa mujer no es como las periodistas o las cooperantes a las que te tiras en hoteles de mala muerte en esos jodidos infiernos en los que te empeñas en trabajar.

—¿Qué te crees?, ¿que no lo sé?

—Sabes que no me refiero a eso, *barát*. No es de las que se folian a un tipo, se lavan el coño y a otra cosa mariposa. Le vas a joder la vida.

—Pero ¿de qué hablas? —le recriminó esforzándose por recuperar la circulación en los dedos que János apesaba como si al final del brazo naciera la mandíbula de un cocodrilo.

—Es una buena mujer, con un buen marido y un hijo. ¿En serio quieres cargarte eso por unos cuantos polvos, por buenos que sean?

—No lo entiendes.

—Ya me conozco yo tus razones, *monín*. Uno puede ser el mayor hijo de la gran puta, pero no hace daño a la gente que quiere.

—No hables de lo que no sabes. No comprendes nuestra relación.

—¡Claro! —exclamó en tono jocosos—. Me falta ir a la universidad para estudiar la carrera de gilipollas para serlo tanto como tú. Escúchame —afirmó a apenas un centímetro de su cara, sin importarle que Gabriela observara atenta a una distancia prudencial—. Puede follar como la jodida Madame de Pompadour, pero no es tu mujer. Tú verás lo que haces.

—¡Déjalo ya! —espetó incómodo tras liberarse, aunque solo por la voluntad de János de aflojar la tenaza en la que podía convertir sus manos con poco esfuerzo—. Tiene narices la cosa que un tipo como tú esté dándome lecciones de integridad.

—No me toques los huevos, Hervás, porque me voy a mi casa y os dejo a todos con el culo al aire. Sabes quién soy, pero quién soy de verdad, y eso no lo puede decir cualquier fulano. Conoces a mi familia, te he dejado entrar en mi casa, has comido en mi mesa... Te lo dije una vez y te lo repito ahora, a todas esas que me cepillo cuando me pican los huevos solo me las folio. A mi mujer le hago el amor, nunca le faltará de nada si de mí depende, porque es la única por la que me partiría la cara o me cortaría un brazo sin dudar. La familia es sagrada y para esa mujer a la que te acabas de tirar lo es más todavía.

—Curioso código moral...

—Si quieres ser un hijo de perra, allá tú. Yo no seré el que tenga que arrepentirme después. ¿Sabes por qué puedo hacer determinadas cosas que tú no? Porque tú tienes escrúpulos. Esa jodida conciencia que te carcome ahora mismo. A mí no me engañas. Mírala bien. Venga, chulito. ¡Mírala! —le exigió con un golpe en un brazo, tras el que guardó silencio hasta que Darío cumplió su orden—. ¿Podrás vivir con su tristeza cuando se os pase el calentón? Te quiero, cabrón, y lo sabes, pero me importan una mierda las maneras en que quieras destrozarte tu vida. Vamos a rematar lo que tenemos entre manos y nos despedimos. Ya está bien por esta vez, porque me estás tocando mucho los cojones.

Después de propinarle dos cachetes en la mejilla izquierda, salió a la calle

dejando a la pareja en el *hall* del hotel. Solo entonces Gabriela se acercó.

—¿Qué te ha dicho? Parece enfadado.

—No te preocupes. János en estado puro. Es mejor tipo de lo que crees — afirmó buscando el contacto para combatir contra las dudas que le provocaban las advertencias del húngaro.

—Hay muchas cosas que no sé de ti... —dijo con cierta melancolía, mientras se colocaba la chaqueta para rechazar la mano de Darío con sutileza.

—Sabes lo único importante. Que te amo, Gabriela Garcés —susurró acercándose para besarla en los labios.

No quiso dar importancia a su posición distante. El pudor de encontrarse en un espacio público justificaba que lo hubiera rechazado agachando la cabeza y dando un paso atrás.

—¿Nos vamos? Tu amigo nos espera.

—Gabi, ¿estás segura de que quieres hacer esto?

—No tienes por qué acompañarme. Solo dile a János que me lleve hasta donde quiera que esté Pedro. No hace falta que te comprometas más.

—¿Cómo no voy a acompañarte?

Que Gabriela volviera a retroceder cuando trató de acariciarle la nuca, por debajo del pelo, ya no le pareció una reacción prudente de una mujer casada que temía verse descubierta en una infidelidad. Algo había pasado desde que dejaron vacía y deshecha una cama varias plantas por encima de sus cabezas. No se preocupó por averiguarlo. Sabía que estaba mucho más cerca de conseguir su propósito que unas horas antes.

La noche reinaba entre los campos de naranjos que cercaban de manera casi omnipresente el pueblo. Salvo por la fábrica de cerámica que rompía cruelmente la estética de un paisaje dominado por el verde y el marrón, La Vilavella vivía enmarcada entre los cítricos y la montaña, rodeada como una famosa aldea gala por el término municipal de Nules, origen de una implícita rivalidad entre ambas, arraigada en el imaginario colectivo como una tradición más, casi indispensable para entender la identidad de dos poblaciones tan íntimamente ligadas.

Pedro conocía su destino por la reputación de sus aguas termales. Un único balneario conservaba la memoria de otros muchos, desaparecidos a mediados del siglo veinte. Sus padres lo habían visitado en alguna ocasión, pero él nunca había caminado por esas calles como lo hacía en la recta final de uno de los días más desconcertantes que recordaba. El reencuentro con su antiguo compañero en la Valí d'Uixó, las conversaciones amenas que propició el hecho de volver a estar juntos, no consiguieron arrebatarse el regusto a insensatez que espesaba su saliva y liquidaba su apetito. El cansancio y un fulminante dolor de cabeza le pasaban factura por la falta de sueño.

Preguntó a un hombre en pantuflas y bata que levantaba la tapa de un contenedor para tirar una pequeña bolsa de basura. Con inconfundible y marcado acento propio de quien solo utiliza el valenciano para expresarse, le explicó que debía seguir hasta llegar a la Parreta. Con afabilidad innata, aderezó sus explicaciones informándole de que hacía poco tiempo el ayuntamiento había decidido recuperar el «*poblé vell*» encalando las paredes de las casas que se disponían en pendiente sobre la falda de la montaña que

les servía de abrigo. Sonrió al afirmar:

«Dicen que es para que vengan turistas», a lo que añadió que para lo que necesitara, estaba a su disposición en una casa que hacía esquina en la calle del Forn Nou.

Pedro fue amable y atendió a sus explicaciones con educación y una sonrisa forzada pero amplia, bosquejada en su gélido rostro. El hombre fumaba con parsimonia un destartalado y hediondo caliqueño. Exhibió un sosiego que su inesperado interlocutor a deshoras envidió. Sus grandes manos arrugadas, marcadas por callos perennes, describían con precisión biológica, como los anillos en el tronco de un árbol, toda una vida dedicada al campo, un oficio que le había labrado el cuerpo y el carácter. Su villa le había grabado la espontaneidad natural del que no vive en una permanente competición, de quien no trata de ser siempre el primero, el más rápido. Que a pesar de la nocturnidad se mostrara tan predispuesto a mantener una conversación con un extraño, le habló de su hospitalidad. Por eso no se molestó cuando le preguntó de dónde venía ni cuando quiso saber a quién buscaba. Acompañando sus pasos pesados y exhaustos cedió ante cierta intromisión. Lo necesitaba. Aplazó sus recelos gracias a un agricultor que paseaba despacio a su lado para alargar su efímero encuentro. Era tan probable que no volviera a verlo, que optó por creer sin fisuras en la bondad que le atribuía su instinto, una cualidad que demasiadas veces moría aniquilada ante sus ojos cuando rascaba la superficie de los conflictos ajenos en los que debía intervenir.

En otras circunstancias lo habría invitado a tomar un café en el casino. «Ningún pueblo que se precie no tiene un casino», le dijo una vez su padre. A él le recordó. A las veces que, a regañadientes, le había dejado acompañarlo cuando iba a «jugar la partida». Le dolió echarlo de menos. Mucho más haber permitido al tiempo y a la desidia enquistar su distancia. Carraspeó antes de agradecer las indicaciones y desearle buenas noches. El anciano le correspondió antes de añadir: «Millor será encomanar-se a Sant Sebastià^[3]» para que esa madrugada, en plena campaña de recolección de la clementina más afamada del mercado, la Clemenules, «No caiga una gelà que llance a perdre el treball de tot l'any. Que ací tots tenim la cartera al ras^[4]».

El silencio de aquellas angostas calles era muy distinto al de Peñíscola en temporada baja, como diferentes eran los olores. Le faltaba el mar, a pesar de

su proximidad, diez kilómetros a lo sumo. Suspiró. En realidad añoraba a Gabriela, porque no había ola, ni sal, ni espuma que no se la recordaran. Cruzó la plaza del ayuntamiento en dirección a la calle San Roque. Allí estaba el edificio del balneario, modesto en su ornamentación, pero imponente, recordando un pasado próspero en el que aquel pequeño municipio llegó a tener una decena de instalaciones similares. De ese ayer hablaban también algunas casas, construcciones modernistas que muchos vecinos se habían preocupado por mantener, aunque algunas acusaban el abandono. Lo pudo comprobar en su trayecto por la calle San José, donde sensaciones contrapuestas convertían el itinerario en un verdadero suplicio. Sabía que a pocos metros, si las instrucciones que le había pasado su compañero eran exactas, encontraría la casa en la que se escondía Javier Cardona. Los ladridos de un perro a cierta distancia acompañaron a su exhalación, que se convirtió en vapor en cuanto salió por la boca. Le sobraban muchos nervios y le faltaba la templanza necesaria para hacer frente a sus paranoias. «Nadie te está siguiendo. Pareces idiota», se dijo tratando de convencerse. Nada a su espalda, enfrente... Estaba solo, como lo había estado desde que salió de su casa. Miró su móvil para ver qué hora era. Tres llamadas perdidas más de Gabriela. Su mujer no iba a perdonarle ese vacío. Había cometido ya tantos errores que uno más no agravaría su delicada posición.

Se detuvo frente a una vivienda que, por su aspecto, bien podría estar cerrada desde hacía décadas. El polvo se acumulaba en la reja que protegía la única ventana que daba a la calle en la planta baja. La puerta principal, de madera, había perdido el barniz y el color. En el portal, un plato de plástico recogía los restos de pequeños aros de colores. Comida para gatos. En la primera y única planta superior, un balcón con una persiana de láminas verdes, también de madera, resistía a las inclemencias del tiempo sujeta por un único tornillo a la pared. Sobre el portal el mismo número que figuraba en el papel que sujetaba con la mano derecha. Escribió un mensaje: «Soy yo, estoy en la calle». Y esperó. Se apoyó en la pared de la casa de enfrente. Escrutó ambos extremos de la calle una vez más, como haría en cualquier operación de vigilancia policial, para volver a sentirse el hombre más estúpido del planeta. Cuando escuchó el sonido de un cerrojo demasiado viejo para ser sigiloso, se incorporó. Saltó la distancia que separaba ambas fachadas. La madera apenas

se separó un centímetro. Al otro lado solo había oscuridad.

—¿Pedro?

—Sí, soy yo —susurró.

La puerta se entreabrió lo suficiente para que cupiera su cuerpo de perfil. Una vez dentro sintió como le estiraban del brazo; de inmediato, la envejecida madera se ajustó en el marco. En una negrura casi absoluta no supo si se trataba de su compañero o de cualquier fulano dispuesto a acabar con su vida. Salió de dudas en cuanto el hombre que le había recibido lo estrujó con ímpetu en un abrazo.

—Venga, ya está bien.

—Me cago en mi estampa, Pedro. Muchísimas gracias por estar aquí, ¡joder! Creía que iba a perder la cabeza.

Aquella oscuridad tan profunda le asfixiaba. Olía a alcohol. Mucho. Demasiado.

—¿No hay luz aquí?

—No, solo tengo una linterna de *camping*. La he apagado por si acaso. Ven a la cocina.

Lo agarró por el antebrazo para tirar de él. Pedro tropezó dos veces con lo que parecían muebles o trastos viejos acumulados en un pasillo tenebroso. Una repentina presión le oprimió la boca del estómago. Atufaba a orín de gato y hacía incluso más frío que en la calle. Pese a sentir náuseas, no podía vomitar nada. Tenía el estómago vacío. Supo que entraron en una habitación porque se golpeó en el hombro con lo que intuyó como el marco de una puerta. Su compañero lo liberó. Se quedó quieto. Un instante después una luz blanca iluminó el centro de una antigua cocina. El rostro descompuesto y desdibujado de Javier entre las sombras lo estremeció.

—¿Qué estás haciendo, Cardona? ¿Qué coño es esto?

—Estoy acojonado, tío. Nunca en mi vida he estado tan acojonado.

Sobre la mesa, junto a la linterna de led que les había sacado de las tinieblas, se amontonaban varias cervezas vacías y una botella de ginebra a la que apenas le quedaban tres dedos, un paquete de galletas y pieles de naranja. Pedro se llevó la mano a la frente.

—Javier, has perdido la razón.

—Lo estoy pasando muy mal, tío, te lo juro. Pero ahora estás tú aquí. Todo

será distinto.

—¿Pero qué esperas que haga? Esto no es ni medio normal, ¿no te das cuenta? ¿Cuánto has bebido?

—No te preocupes, es solo porque estaba muy jodido. Te habló Corina, ¿verdad? ¿Qué te pareció? Es una buena chica.

—Es una niña, Javier.

Aunque se esforzaba por razonar con frialdad, no podía. La angustia iba en aumento, como su dolor de cabeza.

—Es más madura de lo que crees... —dijo para justificarse—. Bueno, Pedro, ¿y qué hacemos ahora?, ¿cómo salimos de esta? Porque yo tengo que salir de aquí o cometeré alguna locura. Te juro que no aguanto ni un día más en este agujero.

—De verdad, no entiendo qué estás haciendo... No sé qué clase de película te has montado en la cabeza, pero esto se ha acabado. ¿No ves que no tiene sentido? ¡Joder, Javier! Los problemas como el tuyo no se solucionan haciendo... lo que sea que estás haciendo.

—No lo entiendes, tío. Esos tipos están locos y si dicen que me quieren matar, me matarán.

—¿Tú te estás escuchando? ¡Eres policía, coño! Si la culpa es mía por seguirte la corriente como un gilipollas... ¿Acaso no has pensado por un segundo que este tipo de situaciones tienen soluciones lógicas y sencillas? Lo vemos a diario... —Se tomó un respiro—. A ti te está pasando algo que no me cuentas y no nos vamos a ir hasta que lo sueltes.

Miró hasta donde le alcanzaba la vista y concluyó que así no podía vivir nadie en su sano juicio. La luz solo le permitía distinguir las formas: no identificó nada útil para hallar las explicaciones que no obtenía de boca de Cardona. Oisqueó el ambiente absorto en la percepción de los detalles. Entre la humedad y el pis de felino concentrado, identificó otro olor.

—¿Estás fumando?

—¿Qué?, ¿cómo? —murmuró confuso y descubierto.

—Venga, Javi. ¿Qué es?, ¿chocolate, maría? Porque espero que no sea otra mierda...

—Tío, tú mejor que nadie sabes que un canuto no es malo... Un canuto para relajarme, para no pensar... —insistió con una sonrisa ridícula.

—Cardona, dime la verdad. A ti te está pasando algo serio. ¿Qué fumas? Venga, enséñamelo.

—Pedro, hermano. ¿Has venido a ayudarme o a juzgarme? —le recriminó con un evidente cambio de actitud.

—¿Juzgarte? ¡Vamos, no me jodas! He dejado a mi familia en casa sin decir nada, jugándomelo todo por ti, ¿y ahora te pones en plan digno? Tengo todo el derecho del mundo a pedirte explicaciones y me las vas a dar. O me dices ahora mismo lo que estás fumando o...

En un impulso impropio, agarró uno de los botellines de cerveza vacíos y lo arrojó contra el suelo. El sonido del vidrio impactando contra el pavimento estremeció a un Javier de nuevo apocado.

—Algo de maría y alguna pastilla para los nervios, pero solo eso, de verdad.

—¿Pastillas?, ¿qué pastillas? —Ante el inmovilismo de su compañero no dudó en imponerse—. ¡¿Qué pastillas, te digo, hostia?!

Javier se apartó unos segundos tras los cuales reapareció con una caja en las manos que dejó con cuidado en un extremo de la mesa. Pedro se hizo con ella de inmediato. Leyó el nombre impreso en letras azules sobre fondo blanco: Rivotril clonazepam. Se tapó la boca con la mano.

—Me cago en todo, Javier. ¿Cuántas te has tomado?

—Tío, no te preocupes, que voy con cuidado.

—¿Con cuidado, imbécil? —gritó furioso—. ¿Sabes lo que te puede hacer esto mezclado con el alcohol? ¡Qué coño! Claro que lo sabes. Estamos hartos de ver cosas así. Y además fumando... No hará falta que te mate nadie, porque lo estás haciendo tú solito.

El silencio tras la explosión de ira duró poco. Cardona rompió a llorar tras derrumbarse sobre una silla carcomida y agonizante.

—No me llores, Javi. No jodas y no me llores —masculló lanzando furioso la caja de tranquilizantes sobre la mesa que escenificaba el fracaso de su amigo.

Tras de sí había otra silla, tan carcomida y agónica como su gemela. No le importó la suciedad, ni el quejido que acompañó a su impulso de sentarse. Se apoyó sobre sus muslos y escondió la cabeza entre los brazos un instante. Necesitaba aire fresco, pero tuvo que conformarse con el rancio que les

envolvía.

—Cardona, ha llegado el momento de hablar claro. Tu problema no son las deudas de juego, ni el embarazo de Corina, ni esos húngaros que dices que van a por ti. Aquí hay algo que yo no he sabido ver, y mucho que lo siento, de verdad... —Tragó saliva afectado—. Pero sea lo que sea tienes que soltarlo de una puta vez, porque ahora mismo no sé si arrancarte la cabeza o dejarte aquí con tus miserias y volver a casa con mi familia, que es donde debería de estar.

Su amigo solo lloraba, para su desesperación. Le dio una tregua. Él también la necesitaba.

—Tú me conoces —afirmó entre lágrimas Cardona, tratando de dar sentido a unas palabras que le costaba pronunciar—. Soy un buen tío, lo sabes.

—Eres un buen tío, Javier. Claro que sí. Pero tienes problemas y te los estás guardando para ti. Así no vamos a encontrar una solución para lo que sea que te atormenta. ¿Quieres contármelo? Te he demostrado que puedes confiar en mí.

—¡Claro!, ¡por el amor de Dios! Eres todo para mí, Pedro. Eres como de mi sangre.

—Vamos, no exageres.

—Sí, tío, sí. Tú siempre me has respetado, has estado a mi lado. Me has abierto las puertas de tu casa y me has dado lo que nunca tuve...

—¿Qué dices? Pero si tu familia es un amor —aseguró desde el absoluto convencimiento.

—No digas eso, tío. No hables de lo que no sabes.

El silencio llenó de ausencia la distancia que se impuso entre los dos hombres. Algo había cambiado en el tono de voz y la actitud de Cardona que lo convertía en un completo desconocido. Supo que se trataba de un punto sin retorno a partir del cual iba a descubrir una realidad que no le iba a gustar. Se incorporó. No había nada en el mundo que le preocupara más que sus explicaciones.

El oído musical de János se asemejaba al de una piedra. Tarareaba un éxito musical con tal desatino, que de haber apagado la radio habría sido imposible identificar la coincidencia de dos notas con el original. Gabriela lo sufría en silencio, absorta en la oscuridad exterior. Darío, en el asiento del copiloto, ojeaba su teléfono móvil. Las acusaciones de su compañero de viaje le taladraban la conciencia. El mutismo de su amante no ayudaba. En ese punto de la Nacional 340, un gran rótulo informaba a los conductores de que a quinientos metros tenían una salida hacia la CV-231.

Un nudo en la garganta acongojó a Gabriela de forma súbita. Que se le encharcaran los ojos fue el desenlace inevitable a tanta tensión retenida. Necesitaba encontrarse con Pedro para cerciorarse de que estaba bien, al tiempo que peleaba contra su deseo de claudicar y pedir a János que tomara el primer cambio de sentido para volver a casa. Planificar cómo actuaría en cuanto estuvieran frente a frente después de haber consumado la peor de las traiciones la mortificaba. Por su parte, Darío escondió el móvil con una única fijación, demostrarle al hombre al que habían ido a buscar que era el perdedor.

El coche aminoró la velocidad al llegar a una rotonda y tomó la primera salida. Gabriela observó que dejaban a la izquierda una empresa cerámica. Una espesa humareda blanca señalaba la posición de cuatro chimeneas. Se distinguía incluso a pesar de la nocturnidad. Se limpió una lágrima que empezaba a escurrirse dibujando el perfil de la nariz. Se incorporó. Si no la habían engañado, en pocos minutos vería a su marido. Quería estar preparada.

—Chicos, ya hemos llegado. ¿Listos para cometer la gilipollez más grande

de vuestras vidas? —dijo János en un tono socarrón con el que disimulaba su enfado por haberse implicado en un asunto que no le concernía.

—Ya está bien —musitó Darío, como si Gabriela estuviera a metros de distancia y no pudiera escucharles.

—¿Qué pasa, *barát*? Las cosas están así. Donde mejor estabais era en vuestra casa. Pero no, querías haceros los valientes y venir aquí. Pues ya estamos. Ahora, no esperéis que haga algo más que traeros. Paso de esta mierda de historia.

—Nos ha quedado muy claro —insistió Darío con la misma actitud.

—Mujer, si me lo pides doy la vuelta ahora mismo. Solo tienes que decirlo.

Sus ojos la buscaban a través del espejo retrovisor central. Ella le obsequió con su mirada más inquisidora. No le había hablado en todo el trayecto. No pretendía hacerlo en ese momento.

—Sois tal para cuál, eso no hay quien lo niegue.

Lo siguiente que dijo lo susurró en húngaro. Por el tono bien podría haber pasado por una blasfemia mayúscula. La última rotonda estaba coronada por una escultura metálica que emulaba el tronco de un árbol, sobre una isla de *trencadís* blanco, marrón, rojo y naranja. János tomó la primera salida y circuló varios metros por una carretera que separaba el pueblo de una urbanización con viviendas unifamiliares, algunas en construcción. En un cruce de caminos, el conductor optó por la izquierda y se adentró en el pueblo por la calle Vieta, que les llevó hasta un parque presidido por un gran depósito de abastecimiento de agua que recordaba una antigua conexión ferroviaria con Burriana. Estacionó. Cuando paró el motor no dio margen a la reflexión, se apeó y estiró las piernas. No había sido un viaje largo, pero sí muy incómodo. Darío y Gabriela se quedaron sentados al abrigo de la carrocería.

—¿Estás bien? —preguntó él dándose la vuelta.

Ella asintió.

—Si quieres puedes quedarte aquí —añadió con ternura, asumiendo el papel del caballero que rescata a la damisela en apuros.

—Quiero encontrarme con Pedro cuanto antes. Si he llegado hasta aquí no ha sido para quedarme al margen.

—Puede ser peligroso —insistió preocupado.

—Pues tendremos que asumir los riesgos —concluyó abriendo la puerta y saliendo a la calle, donde sintió el impacto fulminante de un viento que cortaba como una navaja. Se ajustó la chaqueta al cuello. Darío se situó a su lado, cerca. Trató de arroparla, pero se escabulló al avanzar hasta donde el húngaro investigaba para tratar de ubicarse. Ignoró el rechazo, pese a la reincidencia.

—No estamos lejos. Si no me equivoco, es por allí —y señaló hacia la calle del Pou, que parecía esconderse entre las viviendas que se apretujaban para delimitar el casco histórico de un pueblo con un vasto pasado.

Gabriela se adosó a él. No tenía intención de perderle el paso, a pesar de las dificultades para aguantar las largas y contundentes zancadas de un hombre descomunal desde cualquier perspectiva. Darío los seguía muy de cerca. Por un momento, reprodujo en su mente escenas muy similares, aunque en lugares más inhóspitos, arrasados por la irracionalidad de los hombres. Se alegraba de estar lejos de un mundo que prefería observar desde el otro lado de una cámara fotográfica. El miedo allí se sentía distinto, aunque no dejara de ser miedo.

Javier Cardona tardó unos desesperantes minutos en recuperar el aplomo indispensable para centrarse y ordenar sus pensamientos. Cabizbajo, con la boca pastosa y medio adormecido, se rascó la cabeza antes de empezar a hablar.

—Soy un desgraciado y lo he sido toda mi puta vida, amigo.

—No digas eso. Desde que te conozco tu madre siempre ha estado pendiente de vosotros. Tú y tu hermano sois su vida. Sé que la relación con tu padre era distante, pero sabes muy bien que esa misma historia se repite en muchas casas. Al final, todos acumulamos vivencias que no siempre sabemos manejar. —Pensó en sí mismo—. Tal vez a él le pasó algo...

Javier se carcajeó para crispación de Pedro, que calló esperando una justificación para tal reacción.

—Mi padre vivió más de lo que merecía.

Los labios de Pedro apenas se separaron. No tenía intención de intervenir, solo de escuchar. Todos los compañeros conocían el desenlace de esa historia: un hombre colgado de una viga en la cuadra donde cuidaba varios animales. Jamás hablaron de la historia que se ocultaba tras aquella acción terminal. Javier mostró cierta frialdad durante esos días y superó el duelo pronto. Nada sospechoso o que no hubiera visto antes en situaciones similares. Conocía la tensa relación de Alonso Cardona con sus hijos, de hecho apenas le unía nada con el hermano menor de Javier, que vivía en Alicante. Con el mayor, sus conversaciones eran esporádicas. Siempre concisas y triviales. Por él sabía que el nombre del patriarca había sido un homenaje del abuelo de Cardona, republicano hasta la médula, a Cervantes y su personaje más universal: Alonso

Quijano, Don Quijote de la Mancha. De hecho, el segundo nombre de Javier era Ginés, por un personaje de la misma novela, el pícaro condenado a galeras que fue liberado por el hidalgo caballero. Una intimidad que solo había compartido con Pedro. Por razones que nunca le había desvelado, no se sentía orgulloso de aquella herencia.

—Era un cabrón hijo de la gran puta, que nos hizo la vida imposible mientras le dejamos. Un indeseable que, hasta que se colgó, amargó la existencia de mi madre.

Javier cogió un botellín de cerveza y se amorró para pegar un trago. Su compañero cabeceó desaprobando el gesto, aunque no habló. Observó y escuchó con la distancia que le confería la destartada mesa. Hasta aquel punto, el relato se le antojaba el argumentario de una excusa, una manera como otra cualquiera de expiar culpas señalando a otro. Unos buenos padres pueden tener una oveja descarriada en su rebaño y viceversa. Su propia familia era un buen ejemplo de lo inconsecuentes que pueden ser a veces los derroteros en los que desembocan las vidas de personas unidas por los mismos lazos de sangre.

—No sabes lo que era asistir impotente, un día sí y otro también, a las humillaciones a las que sometía a mi madre. Creo que las recuerdo todas. Las tengo aquí grabadas —afirmó entre dientes golpeándose con el dedo índice en la frente—. Mi hermano y yo nos escondíamos y llorábamos porque no sabíamos qué hacer, salvo obedecerla a ella, que nos exigía que nos mantuviéramos al margen. Siempre nos decía que cuando viéramos que la cosa se le iba de las manos, corriéramos a la habitación. Decía que aquello era solo asunto suyo.

Tosió, como si fuera a expulsar los hígados por la boca. Pedro se recolocó en la silla, que se quejó sonoramente.

—El día que me partió la cara..., creo que tenía diez años. ¡Joder!, no me acuerdo... —rió nervioso—. Creo que me estoy mareando.

—No bebas más, por favor —imploró Pedro con toda la compostura que fue capaz de transmitirle.

—Casi me revienta un tímpano, el muy cabrón. Era un niño, pero así y todo pensé que la venganza era fácil. Llegué a planificarla. Podía ir a la cocina, coger un cuchillo y rebanarle el pescuezo. Habría sido el final de la pesadilla

que se vivía en mi casa de puertas para adentro. Pero me acojoné. Como me acojono ahora. Me callé —retraído, como un erizo que busca la manera de protegerse con unas púas inexistentes, rio con desgana—. Dolió, ¿sabes? ¡Coño, si dolió! ¿Alguna vez te han dado una hostia, pero de verdad? Tío, no es como en la televisión que se tiran media hora dándose de golpes, ni como en las clases de defensa personal. Una hostia bien dada es suficiente para dejarte grogui. A partir de aquel día evité cualquier enfrentamiento con él. Por eso de: «Evita la ocasión y evitarás el peligro», ¿sabes? Lo llaman instinto de protección, ¿no? Al cabrón le gustaba jugar a las cartas, pero apostando, nada de tonterías. Como me dedicaba a complacerle en todo lo que podía para evitar el enfrentamiento, se ve que me perdonó por haber nacido y alguna vez me llevó con él. Mi hermano desapareció en cuanto pudo. Siempre estuvo muy pendiente de mi madre y tal, no la dejó tirada, no como yo, que la traicioné. — Sonó como un quejido. Se pasó la mano por la nariz y siguió con su relato sin alzar la mirada del suelo—. Mi hermano todavía no me perdona que escurriera el bulto cada vez que había lío, cada vez que las cartas le venían mal dadas y perdía el jornal del mes en una sola noche... Tú me entiendes, ¿verdad, tío? —Le miró por primera vez buscando su aprobación—. En la vida hay gente valiente y gente que no lo es, debe de ser algo genético, ¿no? Yo soy de los segundos. Le tenía miedo y me protegía como podía. Dejando a mi madre a su merced... El viejo cabrón estaba enfermo, ludopatía y alcoholismo, llegó incluso a tratarse en una ocasión, porque mi madre se empoderó... — acompañó la afirmación irguiendo la espalda y apretando el puño de la mano que tenía libre—. ¡Qué mujer, la Rosario! ¡Qué ovarios más bien puestos! Con el tiempo se hizo fuerte. Buscó ayuda y le plantó cara. El muy miserable se cagó la pata abajo, pero porque tenía miedo a quedarse solo, no porque en realidad la respetara. Un día mi madre le puso las maletas en la puerta. En un primer momento se largó, orgulloso el muy cabrón. Pero volvió horas después llorando a moco tendido, pidiéndole perdón. Creo que desde entonces no volvió a ponerle la mano encima. A partir de entonces la mala lengua fue su mazo, pero a ella ya no le importaba, ni le dolía, o eso parecía. Si no lo echó fue por lástima. —Resopló como un toro que sabe que está a las puertas del tercio de muerte—. Sentí tanta vergüenza por no haber sido capaz de protegerla, que prometí que iba a convertirme en un hijo del que pudiera

sentirse orgullosa. Estudié mucho, tú lo sabes, me preparé las oposiciones y acabé con el mejor compañero que podía imaginar.

Punzadas insistentes a ambos lados de la cabeza lo obligaban a esforzarse más para permanecer atento a las explicaciones. Jamás habría imaginado que detrás de su compañero se ocultara una historia semejante. Conocía a Rosario y a su marido, le parecía inaudito, aunque no increíble. Demasiados casos, demasiadas veces... La realidad le agarraba por el cuello, una vez más, aunque tan cerca y con tanta firmeza que le asfixiaba.

—Tío, no me preguntes por qué, pero cuando el cabrón se colgó, me pasó algo que no te puedo explicar. Fue como si metieran mi cerebro en una centrifugadora y me lo volvieran a poner en el cráneo. Mi madre se liberó. Llegué a verla sonreír en el tanatorio delante del cadáver de su marido, el hombre que tenía que protegerla, pero que se empeñó en destruirla. El desgraciado no contaba con que ella iba a marcar la diferencia. Otras mueren en las mismas circunstancias, tú lo sabes, pero ella se vino arriba, ¿entiendes? Y al verla así, al comprobar que lo consiguió sin mi ayuda... Ha sido una caída en picado, tío. No sé en qué momento empezó, te lo juro. No sé que estúpido pensamiento me llevó a hacerlo por primera vez. En el entierro coincidí con gente con la que él tenía amistad, tipos con los que organizaban timbas semanales, a los que yo conocía, y me perdí... Me convencí de que era un cobarde como él, y aquí me tienes, demostrándotelo. Sigo sus pasos como un buen discípulo. —Y vació otra botella de cerveza.

—No bebas más, Javier.

—¡Qué más dará ya! ¿No me ves? No sé cuántos días llevo en este vertedero por ser un cobarde de mierda que no tiene los huevos para solucionar solo sus problemas. ¿No te das cuenta? La historia se repite.

La ayuda que Javier requería no estaba en sus manos. Se llevó los dedos índice y corazón de ambas manos a las sienes para amortiguar las punzadas que lo martirizaban. Debía pensar. Quizá llamar a Marga. Ella le orientaría sobre qué recursos públicos se ponían a disposición de personas con el perfil de su compañero. Lo conocía. A pesar de la dureza de su relato tenía buen fondo, era buen policía, buena persona. No merecía perderlo todo por una vida azarosa y muy desafortunada de la que no había sabido desprenderse. Encontrar el origen de su desequilibrio le ayudó a relativizar la gravedad de

los hechos que le habían llevado hasta allí. Ya no se acordaba de la deuda de juego, ni del embarazo de Corina, ni de las amenazas de Bogdan Lupuin. La resolución para todos esos conflictos estaba en una simple llamada telefónica.

—Está bien —afirmó con recuperada lucidez—. Vamos a hacer una cosa. Nos largamos de aquí esta misma noche. No puedes pasar en este agujero ni un minuto más. Te llevaré a casa, te darás una buena ducha, comerás y dormirás lo que sea necesario para que te restablezcas. Mañana buscaremos ayuda. Conocemos a gente, Javier. En el ayuntamiento, en la conselleria, hay especialistas que te ayudarán a salir del hoyo. Es lo que deberíamos haber hecho desde el primer momento. Si me lo hubieras contado... Lo siento, tío. No me di cuenta... No supe ver que necesitabas ayuda...

—Si fuera así de fácil... Te olvidas de lo más importante. Unos tipos muy malos quieren arrancarme la cabeza. ¿Qué respuesta tienes para eso?

—¿Me lo estás preguntando en serio? Somos policías. Hasta ahora hemos tomado las peores decisiones teniendo en cuenta nuestra condición. Está claro que no hay delito donde rascar, pero si hay amenazas, algo se podrá hacer. Sé que te avergüenza tener que reconocer ante todos que pasas por un bache, pero es el primer paso para superarlo. Aquí no vas a solucionar nada, solo vas a hundirte más en la miseria. Nos plantearemos cómo se puede solventar el tema de la deuda y lo del embarazo de Corma, pero lo haremos de una manera racional. Hemos cometido todos los errores posibles y alguno más. Ahora solo podemos acertar.

—Siento no ser tan optimista como tú —musitó Cardona, con serias dificultades para abrir los ojos.

—Coge tus cosas y vámonos de aquí. No soporto este olor.

Se situó junto a su compañero y lo agarró del brazo para ayudarlo a incorporarse. Con torpeza, aletargado por los efectos del cóctel de drogas y alcohol, cogió una cosa de aquí y otra de allá para meterlas en una mochila negra que había sacado de la oscuridad. Apagaron la linterna de led que iluminaba la estancia y salieron con cuidado de la casa. Pedro iba delante. Parte de la crispación acumulada había desaparecido, solo le dolía el corazón por empatía con el sufrimiento que venía arrastrando en soledad su compañero desde hacía tanto tiempo.

El dolor emocional no tardó en ser reemplazado por el físico. Cuando

abrió la puerta dispuesto a salir a la calle recibió un implacable golpe en la parte frontal de la cara. La nariz y la boca le ardían. Profirió un sonido gutural ahogado como único lamento. Se llevó las dos manos al rostro y cayó sobre sus rodillas. En la confusión reconoció la voz que dijo: «Los dos maderos juntos en un nido de ratas, como anillo al dedo». Anton, el subalterno de Lupuin. Apenas tuvo un segundo para lamentarse por haber acertado en sus sospechas. Que las paranoias tuvieran justificación le quemaba tanto como los intensos pinchazos que se concentraban en su cara. Confuso y mareado, notó humedad en las manos. Como poco le habían roto la nariz. Oyó voces tras de sí: «Cardona, Cardona... ¿Cuánto aprecias tus huevos? Porque hoy igual los pierdes, por hijo de puta». Tenía que levantarse, proteger a su compañero. Instintivamente se llevó la mano a la cintura. No llevaba su arma reglamentaria, como siempre que no estaba de servicio. Escuchó ruidos a su espalda y un par de lamentos que le desgarraron el ánimo. Debía ponerse en pie, intervenir, pero cuando separó una rodilla del suelo, tuvo que apoyarse en la pared para no caer desplomado, una pretensión inútil dado que las fuerzas no tardaron en abandonarlo; tan pronto como recibió un segundo golpe en la espalda tras el que acabó de bruces, confuso y casi inconsciente.

Avanzaban al ritmo que imponía János. Darío se situó junto a Gabriela, mientras ideaba fórmulas eficaces para demostrarle que lo compartido en la habitación del hotel no había sido un capricho pasajero, ni una ensoñación hecha realidad que perdería interés con el transcurso de los días. Quería repetirlo cuantas veces fuera posible, quería compartir su vida con ella de nuevo, alejarse de los dolores del mundo y llenarse de simplicidad, de ternura... Si Gabriela no quería abandonar a su hijo, él cuidaría de ambos. Con el egoísmo del que se revisten los celos, ignoró que en aquella ecuación faltaba Pedro. Obviarlo era su manera de no enfrentarse a la complejidad de tener que despejar esa incógnita. Si Gabriela quería quedarse en Peñíscola lo harían, al menos al principio. Con el tiempo la convencería para trasladarse a algún otro lugar, tal vez en Cataluña, algún pueblecillo de la Costa Brava. Sabía de la conexión que mantenía con el Mediterráneo era como su batería, la energía que la convertía en la mujer fuerte de la que le había costado tan poco

volverse a enganchar. En la recta final de la calle del Pou creyó firmemente en sus posibilidades. Llegó a sonreír. Gabriela caminaba en un mutismo absoluto. Doblaron la esquina con la calle San José. Apenas habían avanzado unos metros cuando János los interpeló con una seriedad que helaba la sangre.

—Cógela y lárgate de aquí.

—¿Qué pasa? —preguntó Gabriela de inmediato, avanzando en lugar de retroceder.

—¡Que te la lleves de aquí, pero ya! —gritó amenazante antes de darles la espalda para acercarse hacia una casa vieja con la puerta abierta.

—Venga, Gabi, ya lo has oído.

—¡No! —dijo con contundencia intentando desprenderse de las manos que tiraban de ella en dirección contraria a la deseada—. ¡Suéltame!

—No pienso hacerlo. Ahora mismo volvemos al coche y esperamos allí.

Se contorsionaba como una anguila. Retorcía su cuerpo para recuperar la libertad y Darío aumentaba la presión sobre sus muñecas, al no poder asirla por la cintura.

—¡Que me sueltes, te digo! —insistió con rabia, obcecada por el pánico de no saber lo que sucedía, pero segura de que no era nada bueno.

—Te soltaré cuando nos hayamos alejado, ¿de acuerdo?

No atendió.

—Gabi, no quiero hacerte daño, y si no te estás quieta, te lo haré. Por favor.

Cuando notó que la resistencia disminuía, Darío creyó haber logrado su cometido. Arrodillada en el suelo, dejó de moverse, salvo por unas ligeras convulsiones que él identificó con el inicio de una llorera que sabría gestionar. Dejó de presionar sobre sus brazos y se agachó a su lado. El empujón a traición que lo dejó tendido en el suelo, de espaldas, le impidió reaccionar con la agilidad suficiente. Gabriela se levantó resuelta. Corrió tras János.

—¡Joder, Gabriela! —la increpó incorporándose para alcanzarla. Dobló la esquina solo para ser testigo del reencuentro.

János salía de una vivienda de fachada destartalada agarrando a un hombre por el cinturón. El grito desgarrador de Gabriela le hizo el ánimo añicos. Su ansiado papel protagonista devenía en el de mero espectador. El húngaro sujetaba a Pedro que, como Gabriela en los instantes previos, se resistía a

dejarse llevar. El alumbrado público le permitió identificar el rostro sanguinolento de su contrincante, igual que sus manos y parte de la ropa. Pedro increpaba al húngaro e incluso le golpeó en un par de ocasiones, para disgusto máximo de su rescatador.

—¡Suéltame, cabrón! Javier está ahí dentro.

—No te pases, madero. No te pases. Que János te salve el culo solo pasa una vez en la vida.

—¡Que me dejes! —gritó con rabia escupiéndole restos de sangre acumulados en la boca, antes de escuchar su nombre en una voz femenina muy familiar que lo desarmó. Alzó la cabeza y abandonó la resistencia.

—¿Gabi?

Antes de que pudiera reaccionar, su mujer se le lanzó al cuello. No pudo más que apoyarse en su cintura.

—Pedro, por el amor de Dios. Por un segundo... Creí que me moría. Si te hubiera pasado algo...

—Pero ¿qué haces aquí?

—A ver, tortolitos. O nos largamos o la cosa se puede poner muy fea. Aligerando —exigió János empujándoles hacia el final de la calle.

—Tengo que sacar a Javier de ahí —insistió Pedro apartándose de Gabriela instintivamente para recuperar su propósito principal.

—No vas a hacer nada. Tu mujer está aquí, ¿vas a ponerla en peligro? ¡Camina, coño!

—János, tú puedes ayudarlo. Haz algo —le imploró Gabriela.

—¿Estás loca? —dijo con una mueca de desagrado—. He hecho mucho más por vosotros de lo que haría por mí mismo. Lo que tenga que ser, será. Ha llegado el momento de desaparecer.

—Pero lo matarán —le increpó Pedro, que insistía en su tentativa de desprenderse de los brazos de su mujer.

—Ya está bien de gilipollecés.

János agarró a Pedro por debajo de la chaqueta, y lo inmovilizó con una habilidad aprehendida tras media vida perfeccionando técnicas de autodefensa. Su presa se resistió, pero el brazo que lo sujetaba por el cuello parecía una viga de hormigón. Mareado y exhausto, poco pudo hacer por liberarse. Gabriela los acompañaba. Dudó un instante, pero cuando menos lo

esperaban corrió hacia la puerta de la casa, seguida por Darío, que la alcanzó a duras penas. Ambos cayeron al suelo. El asfalto le arañó la mejilla, él arrastró los nudillos por el firme y se golpeó en un hombro al tratar de protegerla del impacto. Cuando intentaban recomponerse del traspiés, dos hombres salieron de la casa. Los miraron con extrañeza.

—Cuentas saldadas —dijo Anton sacudiendo las manos como el que se quita el polvo acumulado tras un duro día de trabajo—. Buenas noches a todos.

Ante el pasmo de Gabriela y Darío, los dos se alejaron calle abajo como si salieran de un bar. Ella fue la primera en reaccionar. Entró en el edificio a toda prisa, seguida de cerca por Darío, que sentía un dolor intenso en el hombro derecho, por lo que tuvo que sujetarse el brazo para tratar de aminorar la quemazón.

Caminaron a tientas por la casa, hasta que Gabriela utilizó su móvil como linterna. Seguida por Darío, recorrió el pasillo iluminando a su paso el interior de todas las habitaciones hasta que alcanzó la cocina. No le costó identificar el cuerpo de Javier tendido en el suelo.

—¡Dios mío, Darío! Está aquí.

No sangraba, al menos no lo distinguía a simple vista, pero presentaba un aspecto alarmante. Se arrodilló a su lado. Le acarició una mejilla. Alrededor de la boca tenía restos de una especie de arenilla de color blanco.

—Respira, está respirando. Javier, soy Gabriela. Háblame. Dime algo —le exigió asustada sin saber qué hacer, repasando mentalmente sus escasas nociones de primeros auxilios, mientras Darío se acercaba—. ¿Qué es esto? —preguntó deslizando un dedo por la comisura de sus labios para recoger parte de unos restos desconocidos. Los olió. No identificó nada. El interior de la casa desprendía un tufo que no fue capaz de definir. Le produjo náuseas.

Un ruido en el exterior llevó a Darío a agarrar a Gabriela por el brazo para obligarla a separarse. Alguien entraba en la casa y debía protegerla. Pedro irrumpió en la habitación. Se abalanzó sobre su compañero.

—Todavía respira —le informó Gabriela recuperando su posición junto al cuerpo—. ¿Qué le han hecho?

Pedro no habló. Se centró en prestar a su amigo las atenciones vitales que requería. Le tomó el pulso; su respiración era cada vez más trabajosa.

—Haz algo útil y llama a emergencias —ordenó a Darío.

No le contravino. Se levantó para alejarse de la pareja mientras marcaba el 112. János había desaparecido.

Entre la podredumbre, Pedro se empleaba a fondo para atender a Cardona mientras Gabriela observaba sin saber cómo ayudar.

—¿Qué es eso? ¿Has visto lo que tiene alrededor de la boca? —Enfocó la linterna de su móvil para iluminar mejor la zona.

Pedro acercó la cara y, tras rozar la superficie de la piel, chasqueó la lengua, afectado.

—Son calmantes.

Buscó a su alrededor, inquieto. Arrebató el móvil de la mano de Gabriela sin mediar advertencia. Dirigió el haz de luz a todos los rincones, hasta descubrir en el suelo dos blísteres vacíos donde minutos antes hubo pastillas, imposible saber cuántas. Se maldijo por no haberlo comprobado cuando tuvo ocasión. Justo al lado, una botella de cristal vacía. Los tres dedos de ginebra habían desaparecido, con toda probabilidad a través de la garganta de Javier, junto con el clonazepam machacado. Habían utilizado el vidrio para deshacerlos. La mejor manera de que hicieran efecto más rápido era colocando el polvo resultante bajo la lengua. No tenía ni idea de qué cantidad le habían obligado a ingerir pero, a tenor del estado en el que se lo había encontrado, una sobredosis fulminante era más que probable. Cada segundo de más iba a ser determinante. Le golpeó en las mejillas con energía para tratar de espabilarlo. Javier convulsionó. El peor síntoma. Se ahogaba. Sus esfuerzos por hacerle volver en sí no surtieron efecto y los estertores de su compañero finalizaron. Dejó de respirar.

—¡Mierda! ¡Javier, respira! —le exigió golpeándolo en las mejillas—. ¡Respira!, ¡joder!

Conocía las técnicas de reanimación, había recurrido a ellas en más de una ocasión. Con su compañero no iba a ser tan fácil. Se limpió la boca todavía ensangrentada con la manga de la chaqueta. Gabriela esperaba sentada en el suelo, aterrorizada. Darío los acompañaba en silencio, junto a la entrada de la destartada cocina, lamentando que aquel incidente lo obligara a aplazar sus planes.

El tiempo perdió todo su sentido. Pedro no cejaba en su empeño.

Intercalaba los impactos en el pecho con la insuflación directa de oxígeno a través de la boca de un inerte Javier Cardona. Gabriela asistía conmocionada a una reanimación eterna, imposible... Darío no se atrevía a moverse. A lo lejos se oyó una ambulancia que, segundos después, estacionó ante la puerta. El personal médico entró en la casa con iluminación adicional. Les hicieron preguntas básicas que Pedro trató de contestar con coherencia hasta que le pidieron que los dejaran trabajar. Apenas se desplazó unos centímetros. Se negó a alejarse de su compañero mientras los sanitarios proseguían con las tareas de resucitación. Gabriela se abrazó a su marido, ambos arrodillados sobre unas baldosas que en su día decoraron una casa humilde. Fue cuestión de pocos minutos, eternos. Cargaron a Javier en una camilla y lo trasladaron hasta la parte trasera de la ambulancia cerrando las puertas tras de sí. Pedro se quedó de pie, junto a Gabriela, que no le soltaba la mano. Darío, pese a estar presente, había desaparecido para todos. Un sanitario preguntó a Pedro por su estado. En primera instancia no lo escuchó. La segunda vez apuntó en un susurro que creía que le habían roto la nariz, aunque restó importancia a la lesión, pese al dolor. Le manipuló el tabique para acabar aconsejándole el traslado al hospital para un examen más exhaustivo. Se negó.

Adujo que no se movería de allí hasta saber cómo evolucionaba su compañero.

Una patrulla de la Guardia Civil aparcó a pocos metros de la ambulancia, en medio de la que se había convertido en la calle más transitada de La Vilavella. El dolor, sumado al cansancio y la debilidad, acabaron por derrotar a Pedro. Aceptó acudir al hospital donde también trasladarían a Javier, aunque antes dio información muy precisa sobre los agresores y las circunstancias en las que se había producido el incidente a los agentes que se iban a hacer cargo de la investigación.

Descansaba la cabeza en la pared con los ojos cerrados. Dos gasas ocupaban sus fosas nasales. Tenía el tabique nasal fracturado, así que no había más remedio que respirar por la boca, donde presentaba un importante hematoma por el impacto de los labios contra los dientes.

Gabriela se recostaba sobre su hombro sin soltarle la mano. No habían intercambiado ni una sola palabra en horas. Pedro se limitaba a contestar taciturno a las preguntas de los médicos mientras ella escuchaba atenta y aliviada. Darío, en la calle, asumía su papel de observador incómodo a la espera de noticias. Poco después conduciría el coche de Pedro en dirección a Peñíscola. En la parte trasera, el matrimonio mantenía la misma actitud. Él, rígido y absorto. Ella pegada a su cuerpo, arrojándolo en los momentos más complicados que habían compartido. Muchos kilómetros después, a la altura de Alcalá de Xivert, tras divisar la emblemática torre de su iglesia, la más alta de la provincia, Pedro tosió un par de veces. Repetía en su mente una y otra vez el fulminante parte: la depresión respiratoria provocada por la ingesta abusiva de benzodiazepinas y alcohol desencadenó una apnea prolongada y el consiguiente coma estructural por hipoxia. Un coma irreversible, según el responsable de la UCI, que llevaba aparejadas complicaciones neurológicas cuyas consecuencias se harían evidentes en varios días, tal vez horas. Su corazón latía, el esfuerzo de Pedro lo reinició tras el apagón fortuito e inducido. Los sanitarios lo estabilizaron. Para su cerebro todos llegaron tarde. Se había desconectado. Un temblor espontáneo se instaló en su barbilla. Como un niño, rendido a la amargura, lloró.

—Cariño —susurró Gabriela apesadumbrada—. Cariño, lo siento mucho.

Abrazó a Pedro con ternura. Le ofreció un consuelo imposible.

—Lo siento mucho, cariño. Lo siento. —No dejaba de repetir con cada caricia.

Darío los observaba a través del espejo retrovisor central. Constreñía la mandíbula reconcomido, porque en aquellas duras circunstancias en lo único que podía pensar era en sí mismo y en las consecuencias que aquel episodio podía acarrearle.

Cuando frenó frente a la casa de Gabriela ya amanecía. La lividez de la expresión de Pedro no dejaba lugar a las dudas, como tampoco la sangre reseca que marcaba gran parte de su rostro, sus manos y su ropa. Se apeó sin hacer más que dejarse llevar por el automatismo que regía sus movimientos. Darío bajó al mismo tiempo que ella. Le entregó las llaves del automóvil.

—¿Estaréis bien?

—Todo lo bien que podamos —afirmó sin perder de vista a su marido, inmóvil en la acera—. Darío, muchas gracias por todo —le dijo cogiéndole la mano—. Si no hubieras convencido a János, ahora... Ahora no sé... —se le entrecortó la voz.

—¡Ey!, no te preocupes —contestó acariciándole una mejilla—. Manténme informado, ¿vale? No me moveré del hotel hasta que sepa que estás bien.

Gabriela forzó una sonrisa de agradecimiento y le besó en la cara. Del interior de la casa salía un Santiago alarmado.

—¡Por Dios! ¿Qué os ha pasado? —preguntó a la altura de Pedro, sujetándolo por un brazo.

No contestó. Gabriela, que ya lo cogía de la mano, trató de tranquilizarlo con la escasa entereza que le quedaba.

—Estamos bien —mintió—. ¿Diego duerme?

—Sí, todavía.

—Mejor. No quiero que vea a su padre así.

—¿Y tú? —insistió preocupado, rozando el aparatoso enrojecimiento que presentaba en la cara.

—De verdad, que estamos bien. Y estaremos mejor en cuanto entremos en casa.

La pareja completó el recorrido que los separaba del portal de la vivienda y de forma sigilosa se trasladaron a su dormitorio, donde se encerraron. Santiago, junto a Darío, no tardó en exigir una explicación.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Muchas cosas —se limitó a contestar frotándose el hombro.

—¿Tú también estás herido?

—No, qué va. Ha sido solo un golpe.

—¿Un golpe? ¿Vas a contarme de una vez que ha sucedido?

—La vida, Santiago, la puta vida, ni más ni menos.

Sentado sobre la cama, con una inquebrantable introspección, Pedro centraba toda su atención en sus manos manchadas.

—Te vendrá bien darte una ducha. Venga. No quiero que Diego te vea así. Se asustará.

No reaccionó. Gabriela, arrodillada frente a él, le acarició los muslos.

—Cariño, vamos. Quítate esa ropa.

—Estaba mal, ¿sabes?

—Sí, lo imagino —contestó con dulzura.

—Estaba muy mal. Tenía problemas y no me di cuenta. Pasábamos juntos horas y no me di cuenta.

—No te tortures. Era un hombre reservado. Apenas hablaba de su vida, y lo sabes.

—Coño, Gabriela —la miró molesto—. Me dedico a esto. Mi trabajo es buscar más allá de lo evidente. Estoy harto de intervenir en situaciones similares, de ver lo que me ocultan, o al menos de desconfiar cuando tengo la mínima sospecha.

—Pero eso es lo fácil, desconfiar de las razones de completos desconocidos. Javier era tu amigo, no tenías por qué sospechar que le sucedía algo tan grave.

Pedro se llevó una mano a la frente rechazando como consuelo los argumentos de su mujer.

—Le he fallado. Él confió en mí y tomé las peores decisiones. Debí mantenerme firme y actuar de forma correcta desde el principio. Buscar ayuda

profesional, como hago en otros casos. Pero me obcequé. Quise hacerlo de forma diferente a como lo hice con Ezequiel. ¡Seré imbécil! Confiar en mí es un puto error. Cuando más me necesitan, peor respuesta doy. —Se levantó para alejarse de la comprensión de su mujer.

Entró en el baño y abrió el grifo para que el agua se calentara. Empezaba a desvestirse cuando ella se apoyó en el marco de la puerta.

—Pedro, cariño. No conozco a ninguna otra persona en el mundo en la que se pueda confiar más que en ti.

—Déjame solo, por favor.

—Preferiría quedarme aquí, contigo. Ahora eres tú el que necesitas ayuda.

—Gabriela, por favor. No tengo ganas de hablar. Quiero darme una ducha y acostarme.

—Y yo quiero asegurarme de que vas a estar bien.

—¡Déjame solo, joder! —le exigió entre dientes trasladando toda su frustración a la persona más próxima.

—Está bien —asumió complaciente—. Para lo que necesites estoy aquí. No pienso moverme.

Cerró la puerta con cuidado. Cuando la madera les aisló en sus culpas particulares, apoyó la frente en ella. Cerró los ojos. Escuchó el ruido de la cortina de plástico al extenderse y el del agua sobre el cuerpo de su marido. Salió de la habitación. Cuando se dio la vuelta para dirigirse al dormitorio de su hijo, se encontró con Santiago, inmóvil junto a la escalera. No hablaron. Su mentón arrugado y el ceño fruncido fueron las señales que el sacerdote necesitó para tenderle los brazos. Gabriela se acercó despacio y se acurrucó en su pecho para desahogarse en un llanto reprimido durante horas, y que trataba de silenciar para no alertar al resto de su familia.

María, que salía de su habitación arrojándose la bata, se sobresaltó al encontrarse con la escena. Santiago alzó la mano para pedirle que no interviniera. Se cubrió la boca, preocupada. Durante la ausencia de su hermana había hablado mucho con el cura sobre los pormenores que rodeaban el extraño comportamiento de la pareja desde que habían llegado. El estado de Gabriela no anunciaba el mejor desenlace.

—¿Mami? —dijo una pequeña y tímida voz asomada a la habitación contigua.

—¡Mi vida! —exclamó recomponiéndose a la fuerza—. ¿Dónde vas tan temprano? —añadió tras secarse las lágrimas para acercarse a Diego, al que cogió en brazos a pesar de que ya no era el bebé al que tantas veces había acunado.

—¿Dónde estabas, mami? Tenía miedo.

—Cariño... Pero si estaban aquí Santiago y María para cuidarte.

—No es lo mismo, mami. Te he echado mucho, mucho de menos. Siempre estás en casa cuando me voy a dormir.

—Yo también, mi amor —afirmó abrazándolo con fuerza para controlar sus propias emociones.

—¿Dónde está papi?

—Está descansando, cariño. Ha trabajado mucho y necesita dormir. Le vamos a dejar, ¿verdad?

—¿No puedo darle un beso?

—Después, Diego.

—Mami, por fa... ¿Por qué no puedo ver a papá?

—Lo verás, mi vida. Claro que lo verás. Ahora está en la ducha.

Cuando acabe podrás darle todos los besos y los abrazos que quieras, ¿vale?

—Bueno... —consintió el pequeño sin soltarse del cuello de su madre, como si temiera que pudieran arrebatársela.

—¿Quieres que desayunemos un poco?, ¿tienes hambre?

—Quiero ver a papi —insistió de nuevo, olvidando con pasmosa facilidad su acuerdo previo.

—Ahora lo verás. Escucha, Diego. Papá no solo está muy cansado, también está un poco triste, ¿sabes? No creo que tenga muchas ganas de jugar.

—¿Por qué? Si esta noche viene Papá Noel.

Gabriela cerró los ojos. Se le habían olvidado por completo las imposiciones del calendario: 24 de diciembre, un día señalado. El peor día posible para asumir una desgracia, aunque las desgracias siempre lo sean, en día laboral o festivo.

—Ya, a veces la gente también se pone triste el día de Nochebuena. Pero tú no te preocupes. Estará bien pronto, ya verás. Porque nosotros le ayudaremos y papá es muy fuerte y muy valiente. ¿A que sí?

De la habitación de Diego salió Gonzalo con la misma cara de sueño que su primo. Los dos gemelos dormían junto a él cuando les visitaban, en un par de colchones dispuestos en el suelo.

—¿Qué pasa en esta casa? ¿Nadie entiende que en vacaciones hay licencia para no madrugar?

—¡Tete, tete! Hoy viene Papá Noel y mi mamá y mi papá ya están aquí.

—Ya lo sé, pesado. Ayer me lo recordaste unas tres mil veces —protestó el adolescente rascándose la entrepierna sin ningún complejo, al tiempo que se dirigía al baño común.

Diego lo siguió dando entusiastas saltitos mientras su primo insistía en protestar por lo pesado que se ponía el niño. «Venga, que me verás mear otra vez», afirmó con resignación.

Gabriela se incorporó con una mano en la frente. Santiago le acarició la espalda. María se situó junto a ambos y le cogió la otra mano.

—Sea lo que sea lo que haya pasado, sabes que estamos con vosotros. Para cualquier cosa que necesitéis.

—Gracias, María —dijo en un susurro—. Javier Cardona, el compañero de Pedro, está en coma. No creen que despierte —explicó sucintamente.

El abrazo de María fue inmediato.

—¿Y cómo está Pedro?

—Mal, muy mal —aseguró cuando se separaron—. Era... es su mejor amigo y... bueno, las circunstancias en las que ha sucedido no han sido nada agradables. Va a necesitar que seamos todos muy comprensivos, ¿entendéis? Es posible que no quiera hablar con nadie. Probablemente ni salga de la habitación. Vamos a dejarlo tranquilo, ¿vale?

—¿No quieres que hable con él? —preguntó Santiago.

—De momento no. Gracias, Santi. Démosle espacio.

Diego salió del baño dando brincos y Gabriela le tendió la mano para bajar por las escaleras hasta la cocina, donde le preparó el desayuno. Todos se vieron obligados a madrugar por el entusiasmo del pequeño, un despertador de lo más eficiente. A pesar de la evidente herida en la mejilla de Gabriela, ninguno preguntó. María se encargó de persuadirles para que no lo hicieran. También asumió el encargo de distraer a su sobrino animándolo a salir a la calle con una excusa sencilla. Sola, Gabriela regresó a su dormitorio. Accedió

muy despacio. La persiana, medio cerrada, no impedía el paso de la luz del sol. Pedro, sentado sobre la cama, miraba hacia un punto indeterminado de un horizonte imaginario. Llevaba pantalones, pero no camisa, a pesar de que en la habitación hacía frío. Cogió la manta que cubría un butacón, la desdobló y la colocó sobre sus hombros con cuidado. Suspiró aliviada cuando la cogió por la mano sin retirar la vista del infinito. Se apoyó en su hombro para transmitirle tanto cariño como pudo y ocultar la congoja que le provocaba la culpabilidad. Sobre la cama que tantas y tantas veces habían compartido recordó su infidelidad con el peor hombre posible. Se convenció de que su marido no merecía una mujer como ella.

Dormitaba cuando sonó el teléfono de su habitación. Una amable recepcionista de voz dulce le informó de que alguien lo esperaba en el bar del hotel. Cuando preguntó por quién, se limitaron a indicarle que «un amigo», las únicas señas que había dado. Pocas personas sabían que estaba allí y no quiso perder el tiempo en especulaciones. Se espabiló lavándose la cara. Su hombro dolorido dificultó la simple intención de ponerse el jersey gris de punto que había escogido para abrigarse. Convencido de que tras tanto misterio solo podía encontrar a János, bajó sin prisa por las escaleras.

Se detuvo a pocos metros del bar al reconocer al hombre sentado en un taburete frente a la barra. Se frotó la barbilla. Nada había que le apeteciera menos que mantener la conversación que propiciaría traspasar aquella puerta. Meditó un instante. Era libre de darse la vuelta y volver a su habitación, buscar una excusa convincente. Se encontraba mal, tenía prisa, o simple y llanamente no quería hablar con el marido de su amante.

¿A santo de qué estaba ese tipo allí? Su reacción iba a estar a la altura de la que interpretó como una estúpida visita: marcharse. Retrocedería sobre sus pasos y evitaría un contacto desagradable e innecesario. Pero el marido de Gabriela se volvió antes de que su cuerpo respondiera a las indicaciones de su cerebro. Quedó al descubierto. Cruzaron las miradas y se lo dijeron todo. Sin escapatoria, sintió la presión de su mandíbula y el chirriar de los dientes. Avanzó con desgana. Ocupó el taburete dispuesto a su lado. Pidió una cerveza.

—¿Qué haces aquí, Senté? —preguntó con el tercio pegado a los labios, antes de dar un sorbo.

—Venía a darte las gracias por haber venido hasta aquí y por haber

cumplido con tu parte del acuerdo, aunque no haya servido de mucho —afirmó Pedro con gravedad, enroscando hasta un límite físicamente imposible el sobre de azúcar vacío que sujetaba entre los dedos.

—¿Qué quieres decir?

—Viniste para ayudar a mi compañero. El mismo que está postrado en una cama de la que no se levantará nunca.

—¿Me haces responsable?

—¿Te sientes responsable? —respondió con actitud intimidatoria.

—¡Vamos, no me jodas, Senté! ¿Has venido aquí para limpiar tu conciencia ensuciando la de otro? Pues te has equivocado, macho. Me gustaría saber dónde estarías tú ahora mismo si no fuera por mí.

—Entonces, ¿te debo la vida?

—Solo digo que tienes una manera muy particular de dar las gracias.

—Serás arrogante... —contestó con rabia tocándose con cuidado el apósito que le cubría la nariz.

El trago de cerveza esta vez fue más cumplido. Cuando la botella regresó a la barra, Darío emitió un leve chasquido con la lengua.

—¿Hemos acabado? Porque yo creo que sí. No nos caemos bien. ¿Hay que firmar algún documento oficial para que quede constancia?, ¿o te conformas con la evidencia?

—Quiero que le digas a János que...

—¡Alto, alto, alto, amigo! —dijo Darío con una sonrisa socarrona que indignó a su interlocutor—. Así que quieres pedirme otro favor.

—No es un favor. Te exijo que cumplas con tu deber cívico de colaborar en la investigación por la comisión de un delito. Conocéis a esos tipos. Si János dio con ellos una vez, puede volver a hacerlo.

—János no es imbécil y por lo que a ti y tus compañeros de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado respecta, él no ha tenido nada que ver con todo esto. ¿Entiendes? Intenta probarlo si quieres. Te hacía más espabilado, Senté.

—Obstaculizar la acción policial es un delito.

—¿Vas a detenerme? ¿Se trata de eso? ¿Lo vas a hacer aquí? ¿Dónde llevas las esposas?

—Lo que haría ahora mismo si pudiera sería partirte la cara.

—Si quieres salimos a la calle ahora mismo. Como los vaqueros, ¿eh? A ver quién la tiene más larga...

Los orificios de sus fosas nasales se expandían y se contraían como si de un toro bravo a punto de embestir se tratara. La rabia le ardía dentro. No tenía nada que perder y todo a la vez. Cogió otro sobrecito de papel sobre el que ejerció tanta presión que se reventó, esparciendo los granos de azúcar por la barra.

—Relájate, Senté. Se supone que eres un tipo íntegro. Tienes una imagen en este pueblo. No querrás dar que hablar...

—Dime al menos dónde puedo encontrar a vuestro contacto. Me encargaré yo mismo.

—Senté, estás solo en esto. Ni puedo ni quiero hacer nada más por ti. Ha llegado el momento de que recojas los platos rotos de tu irresponsabilidad. Al final no eras tan jodidamente perfecto, ¿eh?

—Eres un cabrón —masculló reteniendo sus ganas de desahogarse.

—Yo también te admiro profundamente.

En pie, indicó al camarero que anotara lo que se debía a la cuenta de su habitación y se dispuso a retomar sus asuntos.

—¿Y qué pasa con Gabriela? —dijo Pedro enfrentándose a la respuesta más temida.

—¿Qué pasa con Gabriela?

—¿Ha pasado algo entre vosotros?

Darío volvió a sonreír con una superioridad manifiesta que humilló hasta el extremo su oponente.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? Si tanto os queréis, si tanta confianza os tenéis... ¡Ah!, que en realidad no es el paraíso matrimonial que te creías. Tú le mientes y le ocultas tus tejemanejes para esconder los deslices de tu compañero, y ella tampoco te confiesa lo que de verdad siente. ¡Qué desengaño!

—¿Qué pretendes, Hervás? ¿Por qué no te has largado todavía?

—Lo sabes bien.

—No voy a dejar que te acerques a ella nunca más. ¿Lo entiendes?

—¿Y qué vas a hacer para evitarlo?, ¿encerrarla? Ha sido ella la que ha venido a buscarme. Me duele ser yo el que te lo diga, pero...

Pedro lo cogió por el jersey, a la altura del cuello. Cuatro hombres que conversaban a pocos metros, sentados en los sillones que se distribuían por el local, interrumpieron sus disquisiciones. El barman, de veinte y pocos, se acercó con prudencia.

—Caballeros, por favor. ¿Algún problema?

Era público y notorio que lo había. Pedro mantuvo la posición un instante, lo suficiente para sentirse ridículo. Tras soltarlo, volvió a sentarse en el taburete. Darío se recolocó la ropa y miró a su alrededor. Nunca le había gustado sentirse observado. Se acercó a Pedro con la soberbia de saberse protegido por los testigos y la templanza.

—Ni tú ni yo somos propietarios de Gabriela, ¿entiendes? Ella dirige su vida, toma sus propias decisiones. Siempre ha sido así y seguirá siéndolo. Que nos enfrentemos por ella como dos gallos no hará más que dejarnos en evidencia y lograremos el efecto contrario del que perseguimos. Si todavía no has aprendido esa lección viviendo a su lado, ha llegado el momento. No vas a poder hacer nada por manipular su voluntad en nuestro beneficio.

Se separó. Dio un paso atrás anunciando su despedida, aunque le quedaba algo más por decir.

—Voy a quedarme. Esperaré. Si la conoces tanto como yo, sabrás que ahora mismo esa preciosa cabecita suya que nos vuelve locos a los dos, no hace más que dar vueltas buscando una respuesta para sus dudas. Porque las tiene. Y cuanto más queramos inmiscuimos, peor será para nosotros. Es su elección. Lo siento, macho. Hay muchas mujeres en el mundo, millones, es cierto, pero esta nos ha tocado de muerte a los dos. Estos días ha querido conocer a su madre, ¿lo sabías? —La expresión de disgusto de Pedro reforzó su autosuficiencia—. ¡Ah!, que no te lo ha contado... Mientras tú jugabas al superhéroe de pacotilla, ella se ha visto con su madre. ¿Imaginas por qué ha sido ahora, precisamente?

Tocado y hundido. Llevar el enfrentamiento a su terreno propició la victoria. Con todo dicho, se alejó altivo, convencido de su superioridad frente a un hombre que no alcanzaba a ser ni la sombra de sí mismo, desesperado e inseguro. A la altura del *hall* notó que le estiraban del brazo. Al darse la vuelta se lo encontró tan cerca, que notó la saliva con la que cargaba de rabia sus palabras. Le apuntaba con el dedo como toda arma, fuera de sí.

—No te acerques a mi mujer, ¿entiendes? Estás muy acostumbrado a conseguir lo que te propones, pero esto no es un juego. Es mi mujer, la madre de mi hijo. Nada la une a ti.

—¿Tú crees? —dijo arrogante, tirando de las riendas a su antojo.

—¡Hijo de puta! Te prohíbo que te acerques a ella.

—¿De qué tienes miedo?, ¿de que se dé cuenta de lo que puede perder si me marchó? Me das mucha lástima, amigo.

Alzó el puño amenazante.

—Te voy a...

—¿Sucede algo, señor Hervás? —preguntó el recepcionista dispuesto a evitar un incidente en su turno, sin arriesgar más de la cuenta.

—Nada, no te preocupes. Mi amigo, que está pasando por un mal momento. Pero ya se iba. ¿Verdad, Senté? Ya te marchabas. No querrás que llamen a la policía.

—No te acerques a Gabriela.

—Eso no está ni en tu mano, ni en la mía.

Pedro abandonó el edificio dejando a su paso una estela de ira y vergüenza. La tensión se acumulaba en la parte de su cuerpo más sensible en ese momento, la nariz, en intensas descargas de dolor que lo aturdían y magnificaban su confusión. Asumía la culpa por el vuelco que había sufrido su vida, vapuleada por su insensatez y una serie de malas decisiones cuyas consecuencias se precipitaban en cascada para mortificarlo. Ignoraba qué fuerza había evitado que su puño impactara en la cara de Darío. Recordarlo devolvió el temblor a sus manos. Albergaba una única certeza: conocía el origen de su frustración.

Recorrió a ritmo de marcha olímpica la distancia que separaba la avenida Mestre Bayarri de la intersección entre la del Papa Luna y la del Mar. Por la calle Mayor accedió al recinto amurallado. Empujado por el instinto, se adentró por las angostas y empinadas calles que serpenteaban hasta alcanzar el punto culminante, el castillo. En General Aranda se detuvo ante una estrecha puerta decorada con flores y guirnaldas de colores, pintadas a mano. Encontrarse allí, frente al taller de Gabriela, lo hizo reaccionar. Miró a su alrededor. Oscurecía. Varias personas pasaron por su lado deseándole Feliz Navidad. No contestó. Ni siquiera escuchó. Notó humedad y un cosquilleo en

el labio superior. Pasó el dedo índice de la mano derecha por encima para comprobar que sangraba. Chistó agobiado ante un efecto más de su imprudencia. No tenía manera de retener una posible hemorragia. Cerró los ojos. Urgía regresar a la senda de la serenidad.

—Pedro, ¿estás bien?

Se dio la vuelta tratando de restar gravedad a su estado, a pesar de lo que daba a entender la sangre. No le costó reconocer a la mujer que se había acercado preocupada.

—No... quiero decir, sí. Claro que sí.

—¡Uy! —exclamó sorprendida por su aspecto—. ¿Qué te ha pasado? Estás sangrando.

—No es nada. No se preocupe. He tenido un accidente.

—¿Buscas a Gabriela? —preguntó extrañada—. Hoy no ha venido. Estará en casa, ¿no? Preparando la cena.

—Sí, sí. Solo estaba por aquí y... —buscó una excusa verosímil para justificar su errático comportamiento—. Creía que llevaba llaves, para lavarme... Pero no, no las llevo.

La mujer le tendió un pañuelo de papel. Agradeció el gesto y se alejó, bajo su atenta mirada, en dirección a ninguna parte. Avanzaba por aquellas calles tan familiares ofuscado por unos sentimientos que no sabía cómo controlar. Cuando comenzaba a cuestionar de nuevo su integridad, notó la providencial vibración del teléfono móvil.

—Hola.

—Cariño, ¿dónde estás? Estoy un poco preocupada.

—Necesitaba respirar, pensar —musitó sin dejar de andar.

—¿Vas a tardar mucho? Diego pregunta por ti.

—¿Puedes pedirles a Santiago o a Keno que vengan a por mí?

—Claro, ¿dónde estás?

—Esperaré en la puerta de Sant Pere.

—Vale. No tardarán. ¿Seguro que estás bien? —insistió.

—Seguro.

Gabriela, su amarre a puerto. Contempló un instante la pantalla hasta que se bloqueó. Guardó el teléfono en su lugar, junto con la angustia por lo que iba a pasar a partir de entonces. No quiso atribuirle más protagonismo a un futuro

que desconocía. Resarcir sus errores comenzaba por asumir las consecuencias. Sereno ante lo inevitable, dejó atrás la enajenación transitoria que lo había llevado a buscar un chivo expiatorio en el hotel donde se hospedaba Darío. Se cruzó con varios grupos de personas a los que saludó con cordialidad. Tras atravesar el arco que separaba el recinto amurallado del resto del mundo, se apoyó en el murete lateral que protegía a los viandantes de caer al mar, oscuro ya a esas horas. El temporal arreciaba un día más. Sentía el sabor del agua salada en el ambiente. Pensó en Darío, probablemente solo en una habitación de hotel, mientras a él lo esperaba su familia en casa. Sentirse un perdedor carecía de lógica. Llenó sus pulmones al máximo de su capacidad una vez más. Los retuvo plenos un instante. Cerró los ojos. Mientras esperaba, rezó por Javier Cardona, porque solo un milagro, en el que no creía, podía revertir su destino.

Su hijo logró arrancarle las únicas sonrisas. Los adultos estaban pendientes de sus movimientos y reacciones, por lo que se centró en actuar de forma natural, tragándose la acritud de la tristeza por Diego, que a pesar de no ser consciente de la realidad, intuía que algo anormal sucedía, aunque solo apreciara las heridas exteriores del que consideraba un héroe invencible de carne y hueso. Asustado por si había encontrado su criptonita, no se separaba de él bajo ningún pretexto, hasta el punto de tener que ser apercibido por su madre.

—No, no importa —intervino cogiendo las dos nueces que el pequeño le entregaba mientras le imploraba que volviera a hacer de Hulk, rompiéndolas con las manos al presionarlas entre sí.

Con el resto de invitados participando en los juegos con los que alargaban la sobremesa, Pedro acudió a la cocina, donde creyó que estaría Gabriela. No fue así. Subió a la primera planta y la encontró sentada en la cama manipulando su teléfono. La espió inquieto antes de atreverse a intervenir.

—¿Qué haces?

—¡Qué susto! —afirmó llevándose una mano al pecho mientras con la otra bloqueaba la pantalla del móvil—. Nada, la gente no deja de enviar mensajes. Intento contestarlos todos.

No la creyó y prefirió no indagar más. Optó por no saber.

—¿Bajas?

—Sí, enseguida.

Dispuesto a retirarse con las dudas renacidas, atendió al requerimiento de su mujer.

—Dime.

—Ven aquí, conmigo.

La obedeció. Se sentó a su lado. Permanecieron apenas unos segundos mirándose a los ojos. Gabriela le acarició la mejilla. Él le sujetó la mano con ternura.

—Cuando quieras hablar... Quiero decir, si necesitas hablar...

—Sí, tranquila —intervino al comprender su intención—. Estoy bien.

—Pedro, yo... Quería decirte que...

Su indecisión lo afligía. Sin querer, la temía.

—Vamos, ya me lo cuentas mañana. Están esperándonos.

—No, quiero decírtelo ahora. Quiero que sepas que... Siempre has sido muy bueno conmigo. Me has hecho... Me haces feliz.

Intentó controlar la respiración, al dar por imposible hacer lo propio con el ritmo cardíaco.

—Y tenemos un hijo maravilloso, un niño de los dos... ¡Joder!, te pareceré tonta. No sé por qué me cuesta tanto decírtelo.

—Sabes que puedes decirme lo que quieras.

—Es eso exactamente. Eres comprensivo y respetuoso. Me has acostumbrado tanto a tenerte pendiente de mí, que no me he dado cuenta de que tú también me necesitabas. Lo siento si...

—Gabi, cariño... Yo no...

—Déjame acabar.

No quería hacerlo. Esperaba el «pero». El pánico lo asfixiaba. Todo sonaba a ultimátum, a discurso de clausura.

—Pedro, te quiero.

Tragó saliva. Ella sonrió y volvió a acariciarle la mejilla.

—No quería que pasara el día de hoy sin decírtelo, para que no te quepa duda. Te quiero, mucho.

La besó en la boca. Cuando se separaron ella sonrió.

—¿Bajamos?

—Sí, enseguida. Voy al baño.

—Pues nos vemos abajo.

Volvió a besarlo. Una vez solo, sentado sobre el colchón, impuso la resignación sobre el resto de emociones que le comprimían el pecho. No le cabía más dolor, aunque aquellos besos supieran a adiós.

Madrugar el día de Navidad era una obligación ineludible desde hacía dos años. Diego los arrancaba de la cama con una combinación de emoción por descubrir qué le había dejado Papá Noel y de temor ante la remota posibilidad de encontrarse con ese hombre misterioso del que no acababa de fiarse. Lo de entrar por la chimenea lo consideraba más propio del malo de la película que del hombre de los regalos. Al irrumpir en el dormitorio no encontró a su padre acostado, sino sentado en un butacón observando la placidez del descanso de su madre. Recibió al pequeño con una sonrisa y rio cuando saltó sobre el colchón para exigir que compartieran sus ganas. Gabriel y Gonzalo protestaban desde el pasillo por el madrugón, disfrazando con sus quejas los nervios por descubrir si entre las cajas que encontrarían en la planta baja, como cada año, estaría el nuevo teléfono móvil que habían pedido. El ritual de abrir los regalos fue una fiesta de gritos y aplausos en el que participaron todos con similar entusiasmo. Hubo iPhone para los gemelos, acompañado de una nota en la que les recordaban que tenía un mecanismo de volatilización si los resultados académicos no eran los esperados. Refunfuñaron cuando María se empeñó en leer la tarjeta en voz alta entre las carcajadas de los presentes. Diego corría fuera de sí con la tortugoneta, un vehículo donde no tardó en meter a sus ídolos de caparazón de plástico.

Otro ritual familiar consistía en desayunar juntos churros con chocolate. María atesoraba una receta artesanal que cocinaba una sola vez al año: el día de Navidad en casa de su hermana. En todos y cada uno de esos ceremoniales, Pedro hizo cuanto pudo por camuflar su abatimiento, el que le provocaba una inusual sensación de vacío que fue a peor cuando, a media mañana, Gabriela

anunció que iba a salir. Quiso preguntarle, pero calló, lo que le provocó una presión desconocida en la boca del estómago.

Tras la tormenta, llega la calma. Así se expresaba el Mediterráneo tras muchos días de temporal. Brillaba con majestuosidad infinita bajo un sol que ya empezaba a echarse de menos por aquellas latitudes. No eran pocas las personas que deambulaban por la calle como caracoles tras la lluvia. En el horizonte se pintaban algunas nubes que recordaban lo maleable de la estación invernal. Al acceder a la plaza del faro, desde la calle del Castillo, agradeció la calidez que le ofreció el astro rey. Al fondo, apoyado sobre el muro con el que se remataba la urbanización antes del acantilado, Darío contemplaba el mismo paisaje. Se acercó, convencida como nunca de lo que iba a hacer.

—Buenos días y feliz Navidad.

Se giró en cuanto escuchó su voz. Se besaron en la mejilla primero. Tras la formalidad inicial, él la besó en la boca.

—Feliz Navidad. ¿Cómo estás?

—Bien, bien... Agradeciendo este calorcito después de tantos días de frío.

—Sí. Se está genial —corroboró mostrando su chaqueta sobre la madera de un banco que quedaba a su espalda.

—Anoche estuviste solo...

—Sabes que la Nochebuena no tiene para mí esa relevancia que tú le das. Estoy acostumbrado a vivir estas fechas lejos de casa.

Gabriela sonrió y se apoyó en el muro absorbiendo las vistas como unas vitaminas fundamentales para seguir en movimiento.

—Muchos días lejos de este mar... ¿Te he dicho alguna vez que hasta que te conocí nunca le había dado tanta trascendencia? Solo era una inmensidad de agua salada.

—El mar es la inmensidad —aseguró aspirando profundamente—. Es pura energía.

—Tu energía.

—Sí, mi energía.

—¿Cómo está Pedro? —preguntó con desgana, solo por complacerla.

—Hace lo que puede. Sufre, pero se lo calla. Para ese tipo de cosas es

muy suyo.

—¿Le has contado que...?

—No —respondió contundente—. No le he contado nada, ni pienso hacerlo. Es del todo innecesario, sobre todo ahora. ¿De qué serviría?

—No sé. Tú nunca mientes.

—Pues ya ves. Quizá ha llegado la hora de ser como el resto y recurrir a la mentira de vez en cuando, por mi propio interés —dijo sustentada en la placidez que iluminaba su cara.

Darío le cogió la mano. Que no se apartara lo llenó de ganas. Se acercó cuanto pudo.

—Me ha alegrado mucho volverte a ver —dijo pletórica, prestándole toda su atención por primera vez.

—A mí también.

—Y lo que pasó el otro día...

—Estoy deseando repetirlo —intervino ansioso y excitado, eliminando cualquier distancia entre sus cuerpos.

—Hemos hecho grandes cosas juntos.

—Y las que nos quedan por hacer —le susurró al oído antes de besarla en la mejilla mientras le acariciaba la espalda.

—Siempre serás una persona muy importante en mi vida.

No hubo más besos. El semblante de Darío se ensombreció.

—Pero... —añadió apocado, sin mirarla.

—Pero nuestras vidas tienen que volver a separarse —completó con delicadeza, para no hacer daño, rozando su barbilla con la punta de los dedos.

—Gabriela, no me hagas esto.

—No te hago nada... ¿De verdad creías que saldría corriendo detrás de ti?

—Pues sí. Entraba en mis planes.

—Tú siempre tan seguro de ti mismo y tan frágil al mismo tiempo.

Darío la besó en la comisura de los labios, su manera de rebelarse ante el no.

—Gabi. Lo que hay entre nosotros no es casual.

—Lo que hay entre nosotros es especial —dijo invitándolo con sutileza a que le devolviera su espacio.

—Pero... —repitió, resignado en el rechazo.

—Pero no es suficiente. Ya he pasado por esto, por esta intensidad. Estar contigo es excitante, emocionante, imprevisible... Ya sé qué es que me queme el cuerpo cada vez que te acercas, no poder evitar esto, que me beses, que me toques, hacerme falta incluso si estás cerca. Pero la vida no está hecha solo de atracción.

—¿Me estás diciendo que lo nuestro es solo físico? Sabes que es mucho más.

—Claro que sí. Pero tú no quieres mi vida.

—Lo quiero todo de ti.

—Darío, vives aferrado a un recuerdo que no existe. ¿No te das cuenta? Tú rompiste lo nuestro metiéndolo en una caja a la que de vez en cuando echabas un vistazo para recordar lo bonito de estar juntos. Yo sufrí mucho. Tuve que cerrar heridas y tuve que rehacerme sin ti. Y cuando ya estaba restablecida, cuando era dueña de mi destino otra vez...

—Llegó Senté.

—Llegó Pedro. Y llenó todos los vacíos. Es un hombre que vive la pasión de una manera distinta, pero con el que puedo ir al supermercado con una lista de la compra. Sabe cuál es mi plato favorito, pero no pide por mí en los restaurantes. Conoce mis peores defectos y los tolera. Es de esos que igual plancha la ropa, que te arregla un grifo. Es un padre maravilloso. Podemos pasamos horas viendo series, doblamos calcetines, hacemos una ruta de montaña o nos tumbamos en la arena, uno junto al otro, sin hablar, sin tocarnos. Todo le parece excitante si lo hace conmigo.

—Un aburrido... —refunfuñó hastiado.

—Es introvertido con sus cosas. No comparte lo que le hace sufrir y tiene la fea costumbre de dejar los calcetines por todas partes —rio acompañada por el intento de sonrisa de Darío—. Y este sitio no se le queda pequeño. Es todo su mundo. Nuestra casa, este pueblo, yo... Somos todo lo que necesita para ser feliz.

—Así que estás con él porque hace lo que tú quieres.

—Estoy con él porque su prioridad es nuestra felicidad, y por eso le quiero.

—Así se quiere a un hermano, no a un hombre. Por un momento habría jurado que estabas casada con Santiago.

Darío forzó su imaginación para ofrecer un argumento que rescatara de su ceguera a la Gabriela que había querido recordar. La ratina era un engaño fácil de desmontar, pero no supo cómo hacerlo. Se separó para sentarse en el banco.

—Tú necesitas sentirte libre. No tener ataduras, ni siquiera las mías, por mucho que ahora te empeñes en convencerme de lo contrario. Cuando estás mucho tiempo en un sitio te sientes prisionero, te asfixias. Ya hablamos de esto. ¿Recuerdas?

—Me asfixiaría por ti si me lo pidieras.

—No quiero eso.

—¿Y qué quieres? ¿Conformarte con un hombre plano, que no te complique la vida, que te siga a todas partes, te consienta y te haga el amor una vez al mes?

—No lo estropees. Siendo ofensivo no cambiarás nada, solo lo ensuciarás. Entiendo que pueda dolerte y siento que sea así, pero Pedro es el hombre de mi vida. Me completa y me hace mejor persona.

Darío aceptó con estoicismo la realidad que despreciaba. Frunció el ceño antes de recuperar un rictus de indiferencia, perfectamente ensayado.

—Entonces, ¿lo del otro día?

—El capítulo final. Siento que suene tan mal. Lo nuestro acabó de golpe y muchas veces me pregunté si no fue todo demasiado rápido, si mi destino estaba contigo, allá donde estuvieras. Darío, la pasión da sentido a muchas cosas, es vital en una relación, pero no es la razón de todo.

—Seguro que él no te hace sentir lo que sientes conmigo.

—Déjalo ya. No seas niño. El amor no tiene nada que ver con una competición para decidir quién es el mejor.

—O sea, que me das la patada —farfulló con la vulnerabilidad como último recurso.

—Tienes una vida a la que yo no pertenezco y debes volver a ella. Has guardado un recuerdo idealizado que me halaga, pero solo es eso. Lo que tengo aquí es todo para mí, Darío. Este mar, este pueblo, mi hijo y mi marido. No quiero estar en ninguna otra parte.

—Si me dieras tiempo te convencería. Sé que acabarías volviendo conmigo. Si tuviera más que unos pocos días...

—¿De verdad crees que abandonaría a mi hijo?, ¿o que lo arrancaría de todo lo bueno que lo hace feliz por muy irresistible que fueras para mí? Si piensas eso es que no me conoces.

—Te conformas.

—Sabes que no.

—Y como siempre, no hay nada más que hablar.

—Los sentimientos no son negociables.

—Ya veo. —Se tomó un respiro para escoger entre atacar o comprender

—. No voy a dejar de acecharte.

Gabriela rio.

—¿Quieres meterme miedo?

—No te rías. No te voy a perder la pista, y como ese marido tuyo no te cuide como mereces, volveré a por ti.

—Lo hará.

—Estaré atento, por si no lo hace.

Gabriela descansó la mano derecha sobre las de Darío con ternura.

—Solo quiero pedirte una cosa.

—¿Encima? Me dejas hecho una piltrafa y quieres exprimirme más. Sabes que no podré negarme.

—Eso espero —rio de nuevo—. Quiero saber por dónde anda Matthew Rodrigues en todo momento. Y quiero que te cuides mucho.

—Vente conmigo —insistió cambiando las tomas antes de aceptar el desenlace inevitable.

—¿Me lo prometes?

—¿Qué remedio me queda?

—No hagas ninguna locura.

—Eso te lo dejo a ti —afirmó incorporándose para apoyar las manos en el banco a ambos lados de su cuerpo—. Y ahora no se te ocurra decirme que encontraré a alguna mujer que será para mí, porque es el único tópico que le falta a esta puta conversación.

—Está bien, no lo diré. Pero me gustaría que fueras feliz.

—Ya sabes que tenemos una concepción muy distinta de la felicidad. Está sobrevalorada.

—Darío...

—Te voy a echar mucho de menos. Lo sabes, ¿verdad?

—Y yo a ti.

—Joder, Gabriela. Con lo grandes que podríamos ser tú y yo juntos.

Fantaseó con la posibilidad de ser una persona distinta, en otro momento, en otras circunstancias muy diferentes a las suyas, en las que cerraría los ojos y se lanzaría a la aventura de seguir sus pasos, les llevaran donde les llevaran. En virtud de aquella ensoñación que no anhelaba, pero para la que se dio una pequeña licencia, no puso impedimento a que la rodeara con los brazos, ni tampoco a que la besara. Solo lo frenó cuando trató de aumentar la intensidad en la búsqueda de un imposible. Cuando identificó el reflejo de la rendición en su mirada, le dedicó una sonrisa sin artificios ni mentiras.

—Jodido Senté, menuda suerte tiene.

Le sujetó los dedos de ambas manos.

—Otra cosa más.

—Señorita, está usted excediéndose. Mi capacidad para soportar la humillación tiene un límite y esta mañana lo he sobrepasado con creces.

—¿Qué pasa contigo y con János?

—¿Qué quieres decir?

—Sois amigos, es más que evidente. ¿Por qué? ¿Qué pasó entre vosotros que a mí se me escapa? La última vez que os vi juntos salíais del despacho de un abogado con unas sospechosas mochilas idénticas.

Darío se levantó. Oteó el horizonte. Organizó sus pensamientos. Mentir o decir la verdad eran sus opciones.

—János es un sujeto muy particular. Tiene un curioso sentido del honor y una conciencia un tanto díscola, pero es fiel con su gente.

—¿Y cómo te convertiste tú en *su gente*? ¿Acaso tienes algo que ver con *sus asuntos*? —dijo con un retintín cargado de preocupación.

—Es una historia muy larga y tú tienes que volver con el *suertudo* de tu marido.

—Seguro que eres capaz de resumirla.

—Eres mala... Te aprovechas de mi momento de debilidad.

—Cuéntame la verdad esta vez.

Darío se apoyó en el muro con las manos en los bolsillos del pantalón. Primero miró al suelo, después a los ojos de Gabriela, su perdición.

—Tengo claro que sospechaste desde el primer momento que aquella reunión fue un asunto de dinero, y no te equivocaste. Que no lo habláramos nunca no significaba que lo ignoraras, lo sé. Digamos que saldamos cuentas con el señor Carlos Hervás. Con una inteligente estrategia, todo hay que decirlo, limpiamos algunas de sus abultadas cuentas y nos repartimos los beneficios de la venganza. János fue el mejor parado, también el que más arriesgó. Al final la justicia le dio a mi padre un buen varapalo, ya lo sabes, y János salvó el culo mucho más rico que antes. No volvimos a encontrarnos hasta que, por esos giros extraños que da el destino, años después, en uno de mis viajes, me encontré con su hermano, Iván... Ya te digo que es muy largo de contar, pero la vida está llena de casualidades que te marcan para siempre. Trabajaba de seguridad para una empresa privada en Afganistán. Nos trasladaban en el mismo convoy, pero en vehículos distintos, cuando nos atacaron. Él y dos compañeros más resultaron heridos. Tratamos de ponernos a salvo como pudimos. Yo me encontré con él. La verdad es que todavía no entiendo cómo lo arrastré, es una mole, como su hermano. Tal vez fue la adrenalina, por el miedo. Fuera como fuera, logré ponerlo a salvo. Cuando estuvimos a cubierto nos rescataron unos militares, cascos azules. Mientras nos trasladaban hablamos mucho, y descubrí que era hermano de János. Fue impactante. —Se dio una pausa, como si reviviera aquella angustiada vivencia—. Para él yo era Matthew Rodrigues, pero la intensidad del momento nos llevó a celebrar que habíamos salvado la vida y entre copa y copa... Una buena borrachera con según quién y según dónde puede unir bastante. En cuanto tuvo ocasión lo puso al tanto de todo... y me buscó. Cuando los tipos como János quieren encontrar a alguien, lo consiguen, tarde o temprano. Dio conmigo en París. Por cierto, vivo en París, es donde pago un alquiler... Y por todo lo que te cuento, nuestro amigo el húngaro me juró fidelidad eterna. Conozco a su familia, a su mujer y sus hijos. Nos vemos de vez en cuando y, por qué negarlo, nos tenemos cariño. Cómo se gana la vida es algo que no me incumbe.

Gabriela asimiló la información sin perder detalle de los gestos y las expresiones de Darío, que se abría ante ella con más transparencia que nunca. Decidida a aprovechar aquella predisposición a resolver incógnitas, formuló una nueva pregunta.

—¿Qué hiciste con el dinero?

—¿Qué importa eso ahora?

—Aquel día, en la mochila negra...

—Llevaba mucha pasta.

Exageró la expresión. No había remordimiento y, por lo tanto, tampoco motivos para sentirse juzgado. Ni por un instante durante todos los años transcurridos sintió arrepentimiento por lo que hizo. Justicia poética lo llamaba. La mirada imperturbable de Gabriela no le dejaba escapatoria posible. La confesión se presentaba como la puerta abierta a una nueva fase en su relación. Cerrarla de golpe, como habría hecho en condiciones normales, lo estropearía todo, aunque ese todo fuera demasiado poco para él.

—Aseguré mi futuro, no te voy a engañar. Lavé mi conciencia con una donación a Santiago, le obligué a prometer que no te lo diría nunca. ¡El bueno de Santiago! La caja fuerte de tantos engaños... —Se rascó la cabeza al pensar en su amigo y en lo que le iba a doler despedirse de él, de nuevo—. El resto lo invertí y creció.

—¿Por qué nunca me dijiste nada? Lo habría entendido.

—No lo creo. Estás del lado del bien. —Sonrió—. Lo nuestro se acabó demasiado pronto. Llevaba mucho haciendo planes para los dos y ese dinero tenía que ver con gran parte de ellos. Te lo habría contado en cuanto se hubiera presentado la ocasión de sacarlo a la luz. —Hizo una pausa en la que se frotó el mentón, nervioso—. Como cuando compraste tu taller.

—¿Mi taller?, ¿qué quieres decir?

—Santiago asumió un encargo a parte de preservar los secretos de unos y otros: ayudarme a hacer realidad tus proyectos, que el dinero nunca fuera un obstáculo.

—Espera. ¿De qué estás hablando?

—¿Cuánto crees que vale una casa como la tuya en este sitio?

Trató de hablar. Las palabras se esfumaron.

—Digamos que tenías un fondo de contingencia. Santiago me comentó que buscabas un taller por esta zona, pero no había nada dentro de tus posibilidades. Ese dinero era tuyo, lo decidí así por el bien que me hiciste. Negocié antes que tú con los propietarios, y bueno... No fue una ganga por casualidad.

—Ese empeño de Santiago por acompañarme... Me llevó directamente hasta la casa. Sabía que me interesaba, pero ni siquiera estaba en venta — balbuceaba confundida—. Fue poco después de...

—Sí, poco después de que me marchara. ¿Sigues creyendo que fuiste la única a la que le costó superar la separación?

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Por qué? ¿Algo habría sido diferente? Ese dinero tan sucio debía servir para algo bueno. Voy a ser un poco más egoísta. —Le hizo un guiño, ella bajó la mirada—. Bien pensado, me gusta que lo sepas. Así recordarás siempre lo agradecido que estoy contigo por cambiarme la vida.

—Darío...

No cabía reproche. No, después de tanto tiempo. Lo abrazó para que el cariño y el agradecimiento se impusieran a la reprobación. Él la correspondió con entusiasmo.

—¿Habrás por el mundo otra mujer al menos parecida a ti? —le susurró al oído.

—No busques algo así, Darío. Solo te hará ser muy infeliz y hará infeliz a cualquier mujer que se te acerque. Deja que pase lo que tenga que pasar. —Aumentó la presión que ejercía con los brazos alrededor de su cuerpo—. Te voy a echar mucho de menos.

Separarse les dolió a ambos. Gabriela lo besó en la mejilla. Él prefería la boca. Un último beso que la dejó sin respiración.

—No se te ocurra ocultármelo si vuelves a quedarte embarazada —le exigió antes de un roce en los labios que repetiría para confirmar su reticencia a dar por concluida la despedida—. Quiero formar parte de las cosas buenas que te pasen.

—Y tú no te pongas en peligro —replicó ella antes de que la callara con otro beso—. En serio. Cuídate mucho. Quiero saber dónde estás.

—Será mejor que no. Te evitaré una preocupación innecesaria.

—Darío, ¡júrame que me mantendrás informada!

—Haré lo que pueda.

El contacto definitivo fue secundado por otro abrazo. Gabriela lloró, él se resistió a hacerlo. Con los surcos de las gotas cálidas y saladas trazando el rastro de su tristeza, se distanció sin darle la espalda.

—Me voy. Me esperan.

Darío suspiró. Abrir la boca solo serviría para romper las palabras.

—Cúidate mucho, por favor. ¡Prométemelo! —Al no obtener respuesta, insistió—. ¡Que me lo prometas!

Él asintió con la cabeza. Le mostró la palma de la mano.

—Te echaré mucho de menos —repitió acongojada, mientras Darío se limitaba a reiterar el asentimiento.

Aprovechó un último gesto de despedida para llevarse la mano a la boca y zanzar el adiós. Caminó tranquila, sin ocultar las lágrimas. A su espalda, Darío recogía su chaqueta. Nada lo retenía allí. Planificó el regreso a su vida con una sensación de abandono y soledad que tardaría en desterrar.

Recorría la acera con una mezcla de pena y paz interior que intentaba gestionar de la mejor manera posible. Como cuando uno entra en el quirófano para quitarse algo que sobra, que duele, una vez en la calle, la molestia desaparece, pero queda la cicatriz. En casa la esperaba el analgésico para mitigar su particular postoperatorio. Alzó la mirada. Sonrió. La providencia, esa mañana de su parte, quiso que Santiago se acercara en dirección contraria por el mismo lado de la calle. Él llegó antes a la entrada del domicilio familiar, donde se preparaba la comida navideña. Cuando estuvieron uno frente al otro, la abrazó.

—¿Estará bien?

—Seguro.

—Ha sido duro.

—Lo sé.

—Cuéntame todo lo que puedas sobre él.

—Tranquila, lo haré.

—Me ha prometido que mantendrá el contacto, pero no lo hará. Pondrá tierra de por medio e intentará olvidar para no torturarse.

—No te preocupes. No dejaremos que se aleje tanto —afirmó incitándola a reanudar la marcha y entrar en su casa.

—Me ha contado lo del dinero... Te hemos hecho sufrir un poco entre todos, ¿no?

—Gajes del oficio. Prefiero guardar vuestros secretos que vuestros sufrimientos, aunque al final ha habido un poco de todo.

—Gracias por ser mi brújula, Santi. Por ser ese salvavidas que nos mantiene a todos a salvo —confesó estrujándole la mano.

—¡Qué ciega estás! Eres una mujer muy fuerte, resuelta, el fundamento de esta familia tan particular que formamos. Giramos a tu alrededor, ¿no te das cuenta? Eres ese lazo sutil que nos une.

Aceptó complacida su beso en la mejilla y esperó a que abriera la puerta, tras la que un eufórico Diego los recibió. No les dio un respiro porque reivindicaba una necesidad inaplazable, obtener la autorización de su madre para no tener que esperar a que todos estuvieran en la mesa para comer «la ensaladilla del tío Keno». Gabriela, para su disgusto, no consintió. Tan pronto como el niño desapareció hacia el comedor relegando a un resoplido su evanescente frustración, su padre hizo acto de presencia en el pasillo con una bandeja vacía entre las manos. Le sonrió. Él le correspondió. No disimuló la inquietud. Santiago los dejó solos para sustituir a Pedro en sus quehaceres domésticos.

—¿Qué tal? —preguntó sin saber qué otra cosa decir.

—Muy bien. ¿Y por aquí?, ¿todo bien?

—Sí. Está todo listo.

Hizo una pausa para ordenar su mente y no parecer tan desesperado como se sentía.

—Has tardado un poco, ¿no?

—Vengo de ver a Darío.

El impacto le dio de lleno en el pecho. La angustia se hizo visible en una ligera separación de las fosas nasales, que no tardaron en regresar a su lugar. No estaba preparado para otro mazazo. Camufló el malestar con la templanza nacida de un dolor omnipresente, el que lo ligaba a una cama de hospital.

—Nos hemos despedido.

—¿Despedido? —repitió tratando de ocultar su satisfacción.

—Se va.

Esbozó una ridícula mueca en su empeño de parecer aséptico al regreso de su mujer, con independencia de un desenlace que escogió augurar como desalentador.

—Se va —insistió acariciándole el mentón antes de posar las manos en su cintura—, porque nada lo retiene aquí. No le ha quedado ninguna duda. Sabe que estoy con quien quiero estar.

La besó en la frente. Después en la boca. No para celebrar un triunfo, sino por el alivio de no tener que asimilar otra derrota.

—Confieso que me duele que hayas dudado de mí —acusó para excusar sus propias debilidades.

—Lo siento, Gabi. Han sido unos días... difíciles. He dado todos los malos pasos que podían darse y te he fallado con tanta torpeza que no sé ni cómo pedirte perdón —susurró cabizbajo.

—Estás aquí, conmigo, ¿no? Después de todo lo que ha pasado es lo único que me importa. Tenerte a mi lado sano y salvo.

Abrazados, Pedro se resistió a llorar, y como otras muchas veces, se tragó la tensión acumulada durante horas, durante días. En Navidad tampoco tendría una buena digestión, si al final sorteaba su falta de apetito.

—Escúchame, señor Pedro Senté —le dijo sujetándolo con ternura por las mejillas—, te quiero.

—Lo sé.

—Pedro, mírame —reclamó para sí una mirada esquiva y avergonzada—. Te digo que te quiero.

Se mordía el labio en su fracasada batalla contra el pudor por el daño infligido.

—Te lo diré una vez más, por si no te ha quedado lo suficientemente claro, te...

La besó para que callara.

—Lo siento —musitó tras unir la frente con la suya, sujetándola por la nuca.

—Olvídalo. Solo quiero que me prometas que vamos a recuperar nuestras rutinarias, monótonas y maravillosas vidas.

—Mi vida contigo no tiene nada de monótona.

Un nuevo abrazo refrendó el acuerdo.

—¡Ey, pareja! La mesa no se pondrá sola —les recriminó Keno, cargado con una gran fuente de ensaladilla.

—A sus órdenes, chef —afirmó Gabriela separándose de su marido

después de rozarle la mejilla con los labios.

—La madre de Javier está en el hospital. Es donante y... —carraspeó. Le costó continuar, mantenerse entero—. Me gustaría estar con ella cuando...

—Sí, claro.

—Me gustaría que tú...

—Claro que sí —dijo besándolo de nuevo, antes de adentrarse en la cocina para poner orden—. Veamos, ¿qué es lo que falta por aquí? Pero ¿qué es esto, Keno? ¡Has vuelto a hacerlo! Es un desastre.

—La buena cocina es espontánea, pura improvisación —adujo en su defensa ante el caos de recipientes, cazuelas, cuchillos, bayetas y restos de comida reinante a su alrededor.

—Espontáneo... Te lo he dicho cien veces. No voy a dejarte entrar en mi cocina nunca más.

—Todos los años repites la misma monserga —intervino una María satisfecha, celebrando con una caricia su grato y ansiado cambio de actitud.

Tan pronto como se quedó solo, con las conversaciones y las risas a una distancia prudencial e indispensable, Pedro salió a la calle. El estrés acumulado durante tantos días experimentó una inesperada somatización con el regreso de su mujer. Lejos de sentirse reconfortado, sus pulsaciones se aceleraron, el cerebro le pidió más oxígeno. En ningún rincón de la casa había suficiente. Tomó aire por la boca y lo expulsó con rapidez, varias veces. Se frotó la frente para ayudarse a asimilar las consecuencias de la revolución a la que había sometido su vida las últimas semanas. Reaccionó al sentir un toque en la espalda.

—¿Estás bien? —preguntó Santiago.

—Tú sabías que Gabriela no se iba a marchar, ¿verdad?

—Estaba bastante seguro.

—No sé cómo he podido dudar... —Volvió a frotarse los labios, inquieto—. ¿Crees que ha pasado algo entre ellos?

—¿Cómo me preguntas eso?

—Lo siento...

—No sé —dijo el cura en una apuesta incómoda por la sinceridad—. Cabe esa posibilidad, lo sabes tan bien como yo. Pero ¿qué sentido tiene pensar en eso ahora? Está aquí, contigo. Pasa página, Pedro. El perdón es esencial

siempre, pero mucho más en estos casos.

—Es complicado. Si ellos... Solo de pensarlo...

—Complicado es resolver un dilema cuántico. La vida es mucho más sencilla si nos centramos en lo importante.

—¿Crees que se arrepentirá? —preguntó con seriedad, tras cruzar los brazos a la altura del pecho.

—Depende de ti.

—¿De mí?

—De que no vuelvas a abandonarla.

—¿Cómo voy a abandonarla?

—Sabes a qué me refiero. Lo que ha pasado es duro, muy duro.

Pero ya está, pasó. Escúchame bien. ¿Sabes por qué no debes obcecarte en lo que pueden haber hecho o no?

Consciente de que era una pregunta retórica, esperó a la segunda parte de su alocución, atento al movimiento que una repentina brisa provocó en los árboles que se dispersaban por la acera a lo largo de toda la urbanización.

—Gabriela no se ha quedado contigo porque sea lo correcto, porque tenga un mandato legal firmado en un papel. Su decisión no ha tenido que ver con una obligación moral que ha hecho que dé la espalda a sus verdaderos sentimientos. Está aquí porque te quiere, a ti y a todo lo que tiene contigo. Amigo, no desperdices esa apuesta por ti fustigándote por la locura que acabáis de vivir, porque no es incondicional, requiere correspondencia. Deja las dudas y cree. Al final todo confluye en lo mismo, en hacer un acto de fe.

Dos hermanos pasaron a la carrera por la calle en unas flamantes bicicletas nuevas. Papá Noel había sido benévolo con ellos.

—Javier no... —Tosió. Se llevó la mano a la boca—. Lo peor es que todo esto, lo que hemos pasado, no ha servido de nada. No me lo puedo quitar de la cabeza. No solo no le he ayudado, sino que está todo perdido.

—No digas eso —dijo sujetándolo por el hombro para aliviar su afección—. Todo en la vida pasa por algún motivo.

—¿Cómo lo he podido hacer tan mal?

Se cubrió la cara con una mano. Apoyó el codo en la contraria. Así armó un escudo contra la culpabilidad que lo humillaba. La respiración acelerada lo delató. La voluntad y el consuelo no fueron remedio contra la pena. El

sacerdote le palmeó un hombro.

—Tenía que ser así. Él trazó su propio camino. Has hecho cuanto has podido. La muerte no es el final, Pedro. Ese debe ser tu consuelo a partir de ahora, nuestra esperanza.

—Ya tardaba en aparecer *el jefe*, el que quiere convencernos de que por su intercesión las desgracias no son tan malas, y todo arreglado.

—¡Ya llegó la irreverente! —se quejó Santiago resignado tras escuchar la voz de Gabriela, que se acercaba dispuesta a arrastrar a su marido hasta el calor familiar que tanta falta le hacía.

—Solo tienes un defecto. Ser tan cura.

—Y tú tan atea.

Ambos sonrieron. El sacerdote le cedió el relevo del consuelo. Antes le susurró al oído: «Te necesita más que nunca».

Gabriela se agarró a la cintura de un hombre poderoso en lo físico y vulnerable en lo emocional. En cuanto la sintió, la estrujó contra sí. No hablaron. Se quedaron quietos, abrazados, abrigados por el sol. Pedro se secó una lágrima con el dorso de la mano. La siguiente la difuminó ella con una caricia. El dolor, irreversible, hacía de aquella Navidad familiar un trago amargo. Sentir a su mujer no fue suficiente, ni siquiera cuando le dijo: «Lo superaremos juntos. Será duro, pero tu hijo necesita a su padre. Yo te necesito. Necesito que vuelvas cuanto antes». El yugo de una más que probable infidelidad, el engaño, las mentiras, los errores, la muerte, teñían de negro un horizonte del que no sabía desprenderse.

Después de pasarse la mano por la cara para arrancarse la pena adosada a su semblante como el espejo del alma, Pedro aspiró toda la entereza que le cupo y entró en la casa aferrado a la mano de Gabriela. Diego protestaba con insistencia por tener que esperar para sucumbir a su capricho gastronómico; los gemelos adolescentes explotaban al máximo el rendimiento tecnológico de sus flamantes teléfonos móviles; Keno debatía con Santiago sobre la conveniencia de servir los entrantes a cada uno en su plato o dejar que cada cual gestionara las viandas como más le apeteciera y María se escondía para consentir al más pequeño con una buena cucharada de su ansiada ensaladilla. Y observando todo lo suyo, lo que había estado a punto de perder, la mujer que los sustentaba y enlazaba, a pesar de la dureza de los envites, no pudo más

que sentirse completa por el lugar al que le había llevado la vida.

Agradecimientos

Detrás de toda historia hay muchas más que no se ven ni se cuentan, pero son esenciales porque son fundamento y razón de todo.

La palabra «gracias» suele quedarse corta cuando la aportación no se puede medir, pero es necesaria y justa. Por eso doy las gracias a África Ventura, compañera periodista y gran profesional que siempre está al otro lado para informar y para ayudar. Al doctor Enrique González Hernández, jefe de la Unidad de Cuidados Intensivos (UCI) del Hospital Universitario de la Plana (Vila-real, Castellón) por ayudarme a dotar de verosimilitud lo que rondaba por mi cabeza. A la gerencia y la dirección de los hoteles RH Porto Cristo y Don Carlos de Peñíscola, así da gusto estar fuera de casa. A Laura Hidalgo, porque me encantó la suerte de conocerte y que el tiempo nos haya unido tanto, gracias por alimentar esa conexión inexplicable que me atrapa al segundo pueblo más bonito de la provincia de Castellón (ya sabes cuál es para mí el primero, no soy nada objetiva). A Álvaro Fenollosa, porque eres especial y a menudo envidio lo que haces y dónde estás. A Eva Olaya por interpretar mis pensamientos y hacer portadas tan bonitas. A Esther Herranz, porque me ayudas a ver las cosas desde una perspectiva necesaria que me ayuda a crecer. A Juan Vicente Centelles, de Librería Argot, porque me pones alas y me empujas para que vuele; desde que te conozco todo me parece más fácil y más divertido. Y al resto de amigas del «Picnic que nunca fue», Inma, Yolanda, Ana Rosa, hacéis que me sienta parte de algo muy chulo (y que risas nos echamos). A Marina, siempre serás mi lectora. A mi hermano, porque si nos dejaran y pudiéramos haríamos locuras juntos (y las haremos. Alguna hemos

hecho ya...). A Mayte y Lorena, siempre. A Franc, por poner imagen a esta historia y a mi vida. A mis niños, Rodrigo y Guzmán, porque sufrís mis *estreses* y mis cansancios y me llenáis de amor y felicidad infinitos. Todo es por vosotros.

Y unas gracias especiales a ti que tienes esta novela entre las manos. Podrías tener cualquier otra, pero tienes la mía. Solo deseo que tu apuesta por mí se vea correspondida.



MÓNICA MIRA (Nules, Castelló, 1974). Licenciada en Ciencias de la Información, trabaja como periodista en diferentes medios de comunicación e instituciones en la provincia de Castellón. En el año 2000, funda junto a Franc Ortiz la productora y agencia de comunicación *Soldat de Plom Produccions* en la que, entre otros trabajos, destaca la realización del documental *Olvidados*, proyectado en el Festival Internacional de Cine del Sáhara en 2006.

Escribe desde la adolescencia, aunque nunca ha dado una trascendencia pública a sus historias hasta que en 2008 finalizó *En lo más profundo*, una novela que autoeditó a través de un *crowdfunding*. En 2016 publicó dos cuentos infantiles, *Ser de Nules* e *Ítaca t'espera*.

Desde el año 2015 es la coordinadora de *Cosas & Musas*, una agrupación de mujeres empresarias que organiza, promociona e impulsa actividades culturales.

Notas

[1] Amigo en húngaro. <<

[2] Ingenuo. <<

[3] Mejor será encomendarse a San Sebastián. <<

[4] No caiga una helada que eche a perder el trabajo de todo el año. Que aquí todos tenemos la cartera al raso. <<